IRIS BLYTHE GREY

Creo que tengo algo tuyo

ESTE NO ERA EL PLAN.



Iris Blythe Grey

Creo que tengo algo tuyo

Copyright © 2026 by Iris Blythe Grey

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

Safe Creative: 2604235370075

First edition

Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

22
23
24
25
Epílogo

1

AMY

La hoja de cálculo le estaba mintiendo.

Amy la había revisado tres veces, que eran dos más de las que merecía cualquier hoja de cálculo, y seguía devolviendo la misma respuesta: cuarenta y tres dólares con diecisiete centavos hasta el día quince. Faltaban once días para el quince. Tenía un examen parcial dentro de seis semanas, tres libros de texto que todavía no había podido comprar y un casero que había deslizado una nota por debajo de la puerta dos días antes —una nota de verdad, en papel, como si estuvieran en 1987— informándole de que el alquiler subiría doscientos dólares a partir del mes siguiente por ajustes de mercado.

Había tenido que buscar en Google ajustes de mercado para confirmar que significaba exactamente lo que ella creía, es decir: podemos hacerlo, así que lo haremos.

Cerró el portátil.

Volvió a abrirlo.

Cuarenta y tres con diecisiete.

—Vale —le dijo al apartamento vacío—. No pasa nada.

Sí pasaba. Y mucho.

Su compañera de piso, Jade, tenía grupo de estudio los jueves por la noche, lo que significaba que el apartamento estaba sumido en ese tipo concreto de silencio que se parecía menos a la paz que al universo aclarándose la garganta antes de darte una mala noticia. Amy se abrazó las rodillas en el

sofá —el del lamparón en el cojín izquierdo que ella y Jade habían acordado en silencio no investigar jamás— y se quedó mirando la mancha de humedad del techo, a la que en privado había bautizado como Gerald.

Gerald la había acompañado en cosas peores. Probablemente.

Se suponía que segundo de Medicina tenía que ser duro. Todo el mundo lo decía, siempre con ese alegre tono retrospectivo de quienes habían sobrevivido y se sentían con derecho a filosofar sobre la experiencia. Lo que esa gente nunca mencionaba era que duro y económicamente catastrófico no eran conceptos incompatibles, y que la versión de ya mejorará que intentaban vender venía con mucha letra pequeña.

Amy se había leído toda la letra pequeña. Se lo leía todo dos veces. Eso era lo que pasaba cuando crecías sin red de seguridad: te volvías muy buena con la letra pequeña, porque nadie iba a atraparte si se te escapaba algo.

Cogió el móvil y abrió la calculadora, aunque ya había hecho esas cuentas cuatro veces en los últimos dos días y las matemáticas no habían colaborado ni una sola vez. Era ese tipo de optimismo testarudo que reconocía como irracional y no lograba terminar de apagar. A lo mejor esta vez los números eran distintos. A lo mejor el universo le había ingresado discretamente seiscientos dólares en la cuenta corriente mientras no miraba.

No lo había hecho.

Dejó el móvil boca abajo sobre el cojín bueno y se apretó los talones de las manos contra los ojos hasta ver motas.

Vale. Lista. Necesitaba su lista.

Amy funcionaba con listas. Las listas eran lo que ocurría cuando crecías con una sola persona de tu lado y luego esa persona desaparecía y tú tenías dieciocho años y estabas sola y la única manera de seguir adelante era escribir cuál era el

siguiente paso, y luego darlo, y después dar el siguiente, sin mirar demasiado más allá. Su abuela Evie lo llamaba un paso, como en: solo pon un paso delante del otro; ya averiguarás el resto cuando llegues. Lo decía para todo, desde los deberes de cálculo hasta la semana de los preparativos de su funeral, cuando Amy se había encargado de todo porque no había nadie más.

La echaba de menos con un dolor callado, aprendido, que ya no le arrancaba el aire. Simplemente se instalaba en algún lugar hondo y estable cuando las cosas se ponían lo bastante difíciles como para notarlo.

Cogió el portátil y abrió el documento que guardaba bajo el título LOGÍSTICA, todo en mayúsculas, porque así parecía más serio, menos una lista y más un plan, y los planes eran cosas que funcionaban.

La lista decía:

1. Turnos extra en la cafetería — preguntado, no hay vacantes
2. Vender atlas de anatomía — anunciado hace dos semanas, cero interés
3. Clases particulares — dos estudiantes, 40 $/semana en total, no basta
4. ???

Había puesto cuatro interrogantes. No estaba orgullosa de ello.

Se quedó mirando el número cuatro un largo momento. Afuera, empezó a sonar la alarma de un coche y luego se rindió, algo con lo que resultaba fácil identificarse. El frigorífico zumbaba. Gerald le devolvía la mirada desde el techo.

Entonces abrió una pestaña nueva en el navegador y escribió aquello en lo que llevaba dos semanas pensando y

que siempre cerraba antes de llegar a la información de verdad.

Compensación donación de óvulos Los Ángeles.

Los resultados aparecieron enseguida, abundantes. Varias clínicas. Varias páginas web que usaban la palabra regalo de una forma que Amy, como futura profesional de la medicina, consideraba ligeramente manipuladora: un enfoque que estaba haciendo una gran parte del trabajo emocional en nombre de lo que, en el fondo, era un procedimiento médico con una transacción económica asociada. Ella no tenía nada en contra de la transacción económica. Solo pensaba llamarla por su nombre.

Leyó con atención, como lo leía todo, tomando pequeñas notas mentales. La compensación iba de cinco mil a diez mil dólares dependiendo de la clínica, del historial médico de la donante y —y aquí estaba la parte a la que volvía una y otra vez— del nivel educativo. Las donantes matriculadas en programas de posgrado o estudios profesionales entraban en categorías superiores.

Medicina contaba.

Claro que contaba. Había entregado dos años de su vida y aproximadamente todo su dinero a esa carrera, y el único lugar en el que eso se traducía en un beneficio material inmediato era la web de una clínica de donación de óvulos. Decidió no encontrarle la gracia, porque si empezaba quizá no podría parar.

Siguió leyendo. El proceso de selección era exhaustivo: varias citas, análisis de sangre, pruebas genéticas, una evaluación psicológica. El plazo mínimo era de varias semanas antes de que ocurriera nada. Tendría que estar sana, no tomar medicación y estar dispuesta a ponerse ella misma inyecciones hormonales durante un periodo previo a la extracción.

Se detuvo en inyecciones hormonales unos tres segundos y después siguió. Iba a ser médica. Sabía perfectamente cómo funcionaban las inyecciones. No iba a ser la clase de persona que se acobardaba por unas inyecciones.

La extracción en sí era un procedimiento ambulatorio. Sedación suave. Un día o dos de recuperación. Hizo mentalmente el cálculo de fechas de forma automática: podía encajarlo con las clases, con sus alumnos particulares, probablemente también con el examen parcial si lo programaba con cuidado. Era manejable. Era muchas cosas, pero era manejable.

Cerró la pestaña.

Volvió a abrirla.

—Ayuda a la gente —le dijo a Gerald—. A gente que quiere formar una familia y necesita ayuda. Para eso sirve. Y también ayuda a la gente que está a cuarenta y tres dólares de tener que elegir entre comer y comprar *Step Up to Medicine*, así que...

Gerald no puso ninguna objeción.

Amy siguió leyendo durante veinte minutos más, cruzando la información de dos clínicas distintas, comparando las estructuras de compensación, los plazos del proceso de selección y el lenguaje que usaba cada una en sus apartados de preguntas frecuentes, porque las preguntas frecuentes te decían mucho sobre cómo pensaba una organización acerca de la gente con la que trataba. Las de una de las clínicas empezaban con ¿Estás lista para cambiar la vida de una familia?, y eso la agotó. Las de la otra empezaban con Esto es lo que puedes esperar en cada etapa del proceso, que era el tipo de lenguaje directo y logístico con el que sí podía trabajar.

Anotó el número de la segunda.

Luego se quedó un rato con él, móvil en mano, el número en la pantalla, el apartamento en silencio a su alrededor.

Aquel no era el plan. El plan había sido becas y clases particulares y sobrevivir a segundo y pasar a las rotaciones y

convertirse en médica en la secuencia normal de los acontecimientos, tal y como su abuela Evie siempre había creído que haría. El plan no incluía estar sentada en un sofá con una mancha sospechosa a las diez y cuarenta y cinco de la noche de un jueves, investigando procedimientos médicos electivos como estrategia financiera.

Pero el plan tampoco había incluido que su abuela muriera con sesenta y ocho años, ni que las tasas subieran tres años seguidos, ni los ajustes de mercado, ni los cuarenta y tres dólares.

Los planes eran cosas que hacías y luego revisabas. Amy ya había revisado el suyo antes. Podía hacerlo otra vez.

Pensó en lo que diría Jade. Jade usaría esa voz prudente —la que empleaba cuando creía que Amy estaba a punto de convencerse a sí misma de hacer algo sin haberlo pensado del todo— y le preguntaría ¿estás segura?, y Amy diría que sí, porque para cuando sacara el tema ya le habría dado al menos cuarenta vueltas más. Y Jade diría vale, pero ¿te has informado de verdad?, que era la manera que tenía Jade de decir te apoyo, pero estoy pendiente, que, sinceramente, era la mejor clase de amistad que Amy sabía aceptar.

Se lo diría mañana. Después de llamar.

Se levantó, fue a la cocina y puso la tetera. Se quedó en la encimera, a oscuras, mientras el agua se calentaba, mirando por la ventana la franja de Los Ángeles visible entre dos edificios: un trozo de calle, el letrero encendido de una taquería que probablemente ya había cerrado, el naranja grisáceo tan característico del cielo nocturno de la ciudad, que nunca llegaba a oscurecerse del todo.

Siempre le había gustado eso de Los Ángeles. El cielo nunca se quedaba completamente a oscuras.

La tetera hizo clic. Vertió el agua, observó cómo se infusionaba el té y se obligó a dejar de hacer cálculos otra vez, porque ya los había hecho suficientes y no iban a cambiar y,

llegado un punto, había que actuar en función de la información que se tenía en lugar de esperar otra mejor que no iba a llegar.

Cuarenta y tres dólares. Once días. Doscientos más al mes a partir del mes siguiente.

Cogió el móvil.

Llamó a la clínica a las ocho y cuarto de la mañana siguiente, antes de poder echarse atrás, de pie frente al edificio de la facultad, con el café enfriándosele en la mano y la ciudad despertando a su alrededor. La mujer que contestó fue eficiente, cálida, y usó la palabra regalo dos veces en menos de noventa segundos. Amy lo anotó mentalmente las dos veces y no dijo nada.

Le dieron cita para el martes siguiente.

—Es solo una consulta —le dijo a Jade aquella noche, porque Jade llevaba mirándola con esa expresión desde que había entrado por la puerta—. No me estoy comprometiendo a nada. Solo quiero información.

Jade la miró por encima de sus apuntes de inmunología.

—Claro —dijo, exactamente con el tono que Amy había previsto—. Y te lo has pensado.

—A fondo.

—Y estás bien.

Amy cogió sus propios apuntes y buscó por dónde iba.

—Yo siempre estoy bien.

Jade lo dejó ahí, porque conocía a Amy lo suficiente como para saber cuándo insistir serviría de algo y cuándo no. Eso era lo que tenían las personas adecuadas: sabían cuándo esperar.

Amy leyó el mismo párrafo cuatro veces sin enterarse de nada.

Martes, pensó. Solo información.

Se lo repitió hasta que estuvo a punto de creérselo.

2

LUCY

La carpeta llevaba tres días en la mesilla de noche, y ella la había cambiado de sitio dos veces.

No para apartarla —no la había guardado en un cajón, ni la había puesto boca abajo sobre el escritorio, ni la había metido en el bolso para no tener que verla a las seis de la mañana, cuando no estaba preparada para verla—. Simplemente la había movido. Del lado izquierdo de la mesilla al derecho. Y luego de vuelta. Pequeños desplazamientos circulares que no conseguían nada salvo confirmar que era consciente de ella en todo momento, cosa que ya sabía.

Era abogada corporativa. Discutía para ganarse la vida. En tres ocasiones distintas, había hecho llorar al abogado contrario durante declaraciones —no a propósito; no era cruel, pero sí precisa, y la precisión, en el ángulo adecuado, podía cortar—. No le daba miedo una carpeta.

No le daba miedo la carpeta.

La cogió a las seis y cuarenta y siete del martes por la mañana, sentada en el borde de la cama bajo la luz gris de primera hora, porque llevaba despierta desde las cuatro y no había ninguna versión productiva de seguir sin cogerla.

Confirmación de la clínica. Dra. Naomi Feld. Dos embriones congelados. Los últimos.

Leyó las palabras y esperó a sentir lo que se suponía que debía sentir, eso que era esperanza o determinación o alguna otra cosa limpia y orientada hacia delante. En su lugar sintió

lo mismo que llevaba sintiendo seis semanas: una náusea concreta, de bajo grado, que no tenía nada que ver con el estómago. La sensación de estar al borde de algo que podía salir mal.

Metió la carpeta en el bolso.

Fue a prepararse café.

Esto era lo que Lucy no le decía a Sophie, ni a su madre, ni a nadie que le preguntara con ese cuidado con el que pregunta la gente cuando sabe lo de las citas:

Estaba cansada de resultar admirable con todo aquello.

Estaba cansada de decir *he tomado esta decisión con total claridad y sé que este es el camino correcto y no estoy enfadada, solo soy realista*. Llevaba catorce meses diciendo esas cosas, desde la primera cita, desde la primera vez que se había sentado en una sala de espera y se había quedado muy quieta, interpretando una versión de sí misma que estaba llevando aquello estupendamente. Había interpretado ese papel para Sophie, para su madre y, de la forma más agotadora, para sí misma.

La verdad, la que no le había contado a nadie, era esta:

Tenía treinta y dos años y quería un hijo, y lo quería con una ferocidad que había aprendido, muy pronto, a mantener a una distancia concreta de la superficie de sí misma, porque la ferocidad no era una cualidad que le sirviera en aquella situación. No podías desear hasta conseguir una transferencia embrionaria viable. No podías discutir con la biología. No podías gestionar ni organizar ni preparar el resultado, y ella era una persona que gestionaba y organizaba y preparaba, y el fracaso absoluto de esas habilidades en este caso era algo con lo que llevaba sentándose catorce meses.

También estaba, y esa era la parte que menos admirable le parecía, enfadada.

No con una persona concreta. No con la clínica ni con el proceso. Con la situación. Con la injusticia específica de

haberlo hecho todo bien —la carrera, la casa, la elección minuciosa del donante de esperma, el duelo metódico y la recalibración tras cada intento fallido— y seguir allí. Con las mujeres que se habían ido cuando la cosa se puso seria. Con Dana, en concreto, por dos años de *ya me lo plantearé más adelante* que se habían convertido en *lo he estado pensando y creo que en realidad no quiero esto en absoluto*, dicho durante una cena como si estuviera corrigiendo un malentendido menor. Con Rebecca por motivos más largos y peores.

A veces, consigo misma, por haberlas elegido.

Por ser el tipo de mujer al que resulta fácil dejar.

Se sirvió el café y se quedó de pie en la encimera bebiéndoselo sin dejar que nada de eso se reflejara en su cara, lo cual no era difícil porque estaba sola, pero aun así practicaba para cuando no lo estuviera.

La habitación de arriba estaba pintada de un blanco cálido que ella misma había mezclado porque había ido tres veces a la tienda de pintura y ninguna de las muestras existentes era la adecuada. No entraba mucho allí. Había dejado de entrar después de Rebecca, cuando el dolor concreto de pasar por delante había superado un umbral que decidió que no merecía la pena pagar. Ahora pasaba deprisa camino de su despacho. Se había dicho a sí misma que aquello era práctico y no evitación.

Era ambas cosas. Lo sabía.

Sabía también que llevaba dos años haciendo cálculos sobre una persona que todavía no existía, que quizá no llegaría a existir, y que no tenía ningún marco de referencia para esa forma concreta de querer a alguien que aún no era real. Había intentado encontrar un marco. Había leído sobre ello, tomado notas, intentado abordarlo como abordaba otras cosas que no entendía. No se había convertido en claridad.

En lo que sí se había convertido era en un terror sordo que guardaba en una caja concreta y no abría delante de la gente.

Sophie llamó a las ocho y cuarto.

—Hoy es el día —dijo Sophie.

—Buenos días.

—Son las ocho y cuarto. Ya hemos pasado la fase de las cortesías. Hoy es el día.

—Mi cita es a las once.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Lucy.

—Sophie, si me llamas para pedirme que sienta mis sentimientos, necesito que sepas que les he reservado un hueco para más adelante esta semana y no voy a reajustar el calendario.

Una pausa.

—Eso es muy propio de ti.

—Gracias.

—No era del todo un cumplido.

—Lo sé.

Lucy miró hacia el jardín trasero. Era principios de octubre, el jardín en esa fase concreta en la que el calor del verano por fin empezaba a aflojar —todo seguía verde, pero algo en la luz era distinto, más bajo, más medido, la primera insinuación de que el año estaba empezando a girar—. No le había prestado atención.

—Estoy bien —dijo, bajando apenas el tono—. Estoy... funcionando. Creo que es la palabra correcta.

—Llevas catorce meses funcionando —dijo Sophie.

—Eso no es una crítica, ya lo sé, solo que...

Sophie se interrumpió.

—Quiero que te permitas que sea posible. Hoy. No seguro. Solo posible.

Lucy miró el jardín.

—Siempre ha sido posible —dijo.

—Has estado gestionando lo posible —dijo Sophie—. Quiero que te permitas desearlo.

Lucy no respondió de inmediato.

—Te llamo después —dijo.

Sophie la dejó ir.

Que conste que sí se había permitido desearlo. Se lo había permitido de esa manera concreta en la que una se permite desear cosas cuando entiende el coste de no conseguirlas: con cuidado, con ambas manos, sabiendo perfectamente qué se siente cuando el deseo se convierte en su contrario.

Lo había deseado con Dana. Se había sentado frente a Dana durante una cena y le había dicho *quiero tener hijos, necesito que sepas esto de mí* con la franqueza con la que decía las cosas importantes, y Dana había contestado *lo sé, creo que yo también*, y Lucy la había creído porque Dana no era una persona deshonesta; simplemente era una persona que creía cosas sobre sí misma que todavía no habían sido puestas realmente a prueba.

Lo había deseado con Rebecca con tanta plenitud que amueblaron juntas la habitación. Un sábado de marzo, en una tienda de bebés de Silver Lake, Rebecca escogiendo la cuna con el placer concentrado de alguien que iba en serio —o que sabía parecerlo muy bien—. La cuna, el cambiador, la lámpara pequeña para la cómoda. Rebecca había llevado las cosas al coche y había dicho *esto va a ser tan bueno*, y Lucy la había creído por completo, porque Rebecca nunca le había dado un motivo para no hacerlo, hasta que lo hizo.

Había dejado de hacer visible el deseo porque, para ella, desear algo a la vista de todos era una forma de riesgo que había decidido que ya no podía seguir asumiendo.

Por eso estaba haciendo aquello sola. No como una gran declaración. No como un acto de liberación o un rechazo a la pareja o cualquiera de los relatos que la gente intentaba imponerle cuando lo explicaba. Simplemente: estaba cansada

de esperar a alguien que seguía sin llegar. Tenía treinta y dos años. Había querido aquello toda su vida adulta y ese deseo no había disminuido, y la estrategia de la paciencia había demostrado claramente que no funcionaba.

Iba a ir a buscarlo.

Iba, hoy, a ir a buscar la última versión posible de ello, y saldría bien o no, y si no salía bien tendría que sentarse frente a una puerta cerrándose que llevaba dos años intentando mantener abierta, y no iba a pensar en eso.

No iba a pensar en eso.

La clínica estaba en una zona tranquila de Brentwood: luz cálida, plantas de verdad, la estética cuidadosamente calculada de un lugar diseñado para hacerte sentir que todo iba a salir bien.

Había estado allí cuatro veces. Conocía el aparcamiento. Conocía el sonido ambiente de la sala de espera. Sabía qué silla junto a la ventana era la suya.

Se identificó en recepción. Se sentó.

A su alrededor, otras personas con sus propias carpetas, su propia contención cuidadosa de lo que fuera que las hubiera llevado a una clínica de fertilidad un martes por la mañana de octubre. No les miró la cara. Ellas tampoco le miraron la suya. Ese era el acuerdo tácito de aquella habitación concreta.

Pensó en los embriones.

Dos. Creados catorce meses atrás con la eficiencia de un proceso para el que se había preparado y la intimidad de algo para lo que no. Pensó en la primera transferencia, siete meses antes, que no había funcionado, y en el fin de semana que se había concedido para procesarlo, y en cómo ese proceso había sido minucioso y privado y la había dejado, el lunes por la mañana, exactamente igual de funcional y bastante más vacía que antes.

Pensó: estos son los últimos.

Y entonces, porque estaba sola y la sala de espera seguía haciendo su cosa ambiental y no tenía ningún otro lugar donde ponerlo, se permitió pensar aquello que normalmente no pensaba:

No sé qué hago si esto no funciona.

No en un sentido estratégico. No como un problema que resolver. Es que, de verdad, no lo sabía. Siempre había tenido un siguiente paso, un siguiente plan, una ruta recalibrada hacia lo que quería. Aquí no la tenía. Si esto no funcionaba, estaba al final de un camino que llevaba dos años recorriendo y no tenía mapa alguno para lo que había más allá.

Miró hacia la ventana.

No iba a pensar en eso.

Tenía treinta y dos años y estaba en una sala de espera y dentro de una hora estaría o bien al principio de algo o bien al final, y se iba a quedar allí sentada, serena, y luego iba a volver al trabajo y todo iría bien.

Al otro lado de la sala, una mujer joven miraba el móvil con la atención desenfocada de alguien que no estaba leyendo lo que tenía en la pantalla. Rubia, veintitantos, con una chaqueta que en otro tiempo había estado bien y había visto días mejores. Tenía ese aire de alguien que intenta parecer que está exactamente donde ha decidido estar, que Lucy reconoció como una interpretación muy concreta.

Apartó la vista.

Cogió su propio teléfono y no leyó lo que tenía en la pantalla.

La enfermera la llamó por su nombre.

Se levantó. Se alisó la chaqueta. Cogió el bolso.

Cruzó la puerta.

Pensó: última oportunidad.

Lo pensó con claridad, sin suavizarlo, como debería haberse permitido pensarlo desde hacía semanas, y la claridad era peor que la versión gestionada y también, de

algún modo, más honesta, y cruzó la puerta con eso exactamente donde estaba: sin resolver, real y suyo.

3

AMY

La clínica era más agradable de lo que había esperado.

Se había preparado para algo más clínico: luces fluorescentes, sillas de plástico, ese olor concreto a desinfectante que todos los edificios médicos parecían considerar un elemento de diseño. En cambio, la sala de espera tenía lámparas colgantes de luz cálida, plantas de verdad y sillas realmente cómodas, detalle que Amy apreció con la precisión particular de alguien que pasaba una parte considerable de su vida en salas diseñadas sin la menor consideración por la comodidad humana.

Había llegado con siete minutos de antelación. No diez —diez parecía demasiado ansioso—. No cinco —cinco parecía apurar demasiado—. Siete era competente. Siete decía *tengo mi vida bajo control* sin exagerar.

Dio su nombre en recepción, recibió un portapapeles con un formulario sujeto y se sentó junto a la ventana.

Lo habitual de admisión. Nombre, fecha de nacimiento, datos de contacto, historial médico. Lo rellenó deprisa, con esa letra pequeña y precisa que le salía cuando estaba prestando atención. Había investigado. Sabía lo que iban a preguntarle y, aproximadamente, cómo se desarrollaría la primera cita: explicación general del proceso, análisis de sangre iniciales, exploración física preliminar, conversación con la coordinadora de donantes.

Estaba preparada. Siempre lo estaba.

Para lo que no se había preparado era para que la sala de espera fuera tan silenciosa, ni para que aquel silencio le dejara tanto espacio para pensar.

Miró al resto de la gente sin que resultara evidente. Una pareja cerca de la puerta. Una mujer sola al otro lado —morena, treinta y tantos, vestida de una forma que decía que venía de algún sitio en el que a las once de la mañana se exigía ese aspecto—. Tenía un bolso sobre el regazo y miraba el móvil con la concentración vacía de alguien que en realidad no estaba leyendo nada.

Amy volvió a mirar su formulario.

Motivo de la visita, decía el último apartado.

Escribió *consulta sobre donación de óvulos* y devolvió el portapapeles.

La doctora Chen no se parecía a la persona que Amy se había imaginado.

Había supuesto que sería alguien rápido y eficiente. La doctora Chen era rápida y eficiente, pero también cálida de esa manera concreta de quien ha escogido esa especialidad porque le importan de verdad las personas que pasan por su consulta. Tendría unos treinta y muchos, era menuda, concentrada y tenía el aire de alguien que atravesaba sus mañanas con una precisión ensayada.

—Amy —dijo, tendiéndole la mano—. Siéntate. Dime en qué punto estás con esto.

—He investigado —dijo Amy—. Entiendo el proceso básico. Estimulación ovárica, seguimiento, extracción. Conozco los plazos. He leído sus preguntas frecuentes y las de otras dos clínicas.

La doctora Chen la miró con algo que podía ser diversión.

—Te has leído las preguntas frecuentes.

—Me leo todo.

—Estudiante de Medicina —dijo la doctora Chen, como si eso lo explicara, y lo explicaba—. Bien. Entonces nos saltamos

la explicación general y vamos a lo concreto.

Abrió el expediente de Amy.

—¿Por qué ahora? Se lo pregunto a todo el mundo: el porqué importa.

—Por dinero —dijo Amy. No tenía sentido adornarlo—. Necesito cubrir un hueco. Esto es una solución real con un plazo claro.

La doctora Chen asintió.

—Aprecio la sinceridad.

Tomó una nota.

—De acuerdo. Te explico cómo va a ser hoy. Primero te haremos la analítica —Rosa te acompañará para eso— y después una exploración física preliminar. Exploración y recogida de muestra, lo habitual en el cribado inicial de donantes. Nada complicado.

Levantó la vista.

—¿Alguna pregunta sobre la parte física?

—No —dijo Amy—. Sé lo que implica.

—Bien.

La doctora Chen cerró el expediente.

—Rosa vendrá a buscarte dentro de unos minutos para la analítica. Después, una de las coordinadoras te acompañará a la zona de exploración. Allí nos veremos.

Amy asintió.

Volvió a la sala de espera y se sentó.

Miró el móvil. Jade le había escrito: *qué tal va*.

Amy tecleó: *primero analítica y luego exploración. todo sencillo.*

Jade: *¿estás bien?*

Amy: *sí*

Guardó el móvil.

Rosa fue eficiente y delicada.

Manga remangada, algodón con alcohol, el pinchazo pequeño y profesional de siempre. Amy no apartó la vista.

—La doctora Chen estará contigo en breve —dijo Rosa, presionando un algodón sobre su brazo—. La coordinadora te acompañará cuando estés lista.

Amy se bajó la manga.

Regresó a la sala principal.

Se sentó.

Miró el móvil. Miró a la mujer del otro lado de la sala, que seguía allí, aún mirando el teléfono con la misma cualidad de no estar leyendo. Miró por la ventana hacia la calle.

Pasaron tres minutos.

Entonces apareció una chica joven en la puerta —veintipocos, eficiente, una acreditación de la clínica colgada del cuello—. Miró a Amy y luego al portapapeles que llevaba en la mano.

—Hola —dijo—. ¿Lista para pasar?

—Sí —dijo Amy.

Cogió el bolso y la siguió.

La coordinadora —su nombre estaba en la acreditación, pero Amy no llegó a verlo en el movimiento de levantarse y echar a andar detrás de ella— caminaba deprisa, con ese ritmo concreto de alguien que está gestionando muchas cosas a la vez. La condujo por un pasillo por el que Amy no había pasado aún, más allá de varias puertas cerradas, y luego bajaron medio tramo de escaleras hasta una planta inferior.

—Las salas de exploración están aquí abajo —dijo la coordinadora, sin volverse—. La doctora Chen vendrá enseguida.

Se detuvo ante una puerta y la abrió.

—Ponte cómoda —dijo—. Tienes una bata en la silla, si la necesitas.

Amy entró.

La puerta se cerró a su espalda.

Se dio cuenta en seguida de que la sala era distinta de lo que esperaba.

Había estado en salas de exploración ginecológica durante las prácticas clínicas. Sabía cómo eran: la disposición habitual, la camilla, el equipamiento básico. Aquella tenía todo eso, pero también equipo que no había esperado ver en una exploración física preliminar estándar. Equipo más específico, apartado a un lado, pero presente. El tipo de equipo asociado a procedimientos más complejos.

Se quedó mirándolo un momento.

Pensó: *clínica de fertilidad. Más especializada que una consulta normal de ginecología. Tiene sentido.*

Pensó: *la doctora Chen ha dicho exploración y recogida de muestra. Sencillo.*

Dejó el bolso.

Se sentó en la camilla cubierta con papel.

Esperó.

Lo que no sabía, y no sabría hasta la sala de recuperación, era esto:

La coordinadora que la había recogido en la sala de espera estaba cubriendo a una compañera que había avisado esa mañana de que no iba a trabajar. Llevaba el doble de pacientes de lo habitual y se movía entre tareas con la eficiencia ligeramente frenética de alguien que mantenía todo en el aire por pura inercia.

La lista de tareas de su compañera, que le habían entregado a las ocho de la mañana, incluía: recoger a la paciente de las once de la Dra. Feld en la sala principal, llevarla a la Sala 4.

La paciente de las once de la Dra. Feld era Lucy Davenport. Transferencia embrionaria, once y cuarto.

Lucy Davenport no estaba en la sala de espera principal cuando la coordinadora fue a buscarla, porque otra empleada la había llevado directamente a una sala de consultas para completar una documentación que faltaba en su expediente.

La coordinadora fue a la sala de espera principal.

Vio a una mujer sentada sola.

Consultó el portapapeles, donde arriba ponía *Sala 4, 11:15* y la descripción *paciente mujer, Dra. Feld*.

Recogió a Amy.

La llevó a la Sala 4.

Pasó a la siguiente tarea.

La doctora Feld entró cuatro minutos después.

Se movía a su ritmo habitual —ligeramente más rápido que la sala que la rodeaba—, con la historia clínica en la mano y pensando ya en lo siguiente. Abrió la puerta de la Sala 4, vio a la paciente en la camilla y entró.

—Hola —dijo, dejando la historia sobre la encimera y poniéndose los guantes de un tirón—. ¿Cómo te encuentras? ¿Nerviosa?

—Un poco —dijo Amy, y era verdad.

—Completamente normal.

La doctora Feld estaba ya junto al equipo, de espaldas a Amy, preparándolo.

—Enseguida habremos terminado. Rápido y fácil.

Amy la observó.

Pensó: *la doctora Chen ha dicho que vendría enseguida. Quizá se ha retrasado. Igual esta es una compañera que la está cubriendo.*

Pensó: *las clínicas funcionan así. Los horarios se mueven. No pasa nada.*

—¿Has comido hoy? —preguntó la doctora Feld.

—Sí, esta mañana —dijo Amy—. Un desayuno ligero.

—Bien.

La doctora Feld se volvió. Tenía el aire de alguien que había realizado aquel procedimiento cientos de veces y operaba sobre una clase de seguridad ensayada que dejaba muy poco espacio para la duda, propia o ajena.

—Túmbate y empezamos.

Amy se tumbó.

La parte clínica de su cerebro entró en modo observación —anotar, clasificar, ese registro profesional automático que llevaba dos años desarrollando—.

Los primeros pasos le resultaron familiares. Previsibles. Del tipo de preparación común a varios procedimientos ginecológicos y que no le decía nada concreto sobre lo que iba a venir después.

Luego dejaron de serlo.

El equipo no era el que había esperado. Era más específico. La configuración concreta de algo que había visto en libros de texto y demostraciones clínicas, pero nunca experimentado desde dentro.

Pensó: *¿qué es esto?*

Pensó: *la doctora Chen ha dicho exploración y recogida de muestra.*

Pensó: *esto no es…*

Pensó: *no sé cómo es esto desde dentro.*

Pensó: *soy estudiante de segundo de Medicina y conozco la teoría, pero no la experiencia, y no sé si esto es algo que nunca he vivido o algo que no debería estar ocurriendo.*

Pensó: *pregunta.*

Abrió la boca.

La doctora Feld dijo, con el tono cálido y eficiente de alguien que está en mitad de un procedimiento que ha hecho cientos de veces:

—Ya casi hemos terminado. Lo estás haciendo muy bien.

El momento pasó.

Amy cerró la boca.

El procedimiento fue breve.

La sala de recuperación tenía una butaca reclinable, un vaso de agua y una lámina botánica en la pared con cinco flores rosa pálido.

Amy se sentó en la butaca.

Bebió un poco de agua.

Dejó que la parte clínica de su cerebro, que llevaba comentándolo todo desde la Sala 4, terminara la frase que había empezado.

La frase era: *eso no ha sido una exploración y recogida de muestra.*

Repasó las pruebas.

El equipo. Los pasos concretos. La disposición. La brevedad y, al mismo tiempo, la naturaleza particular del procedimiento, la manera en que había sido dirigido y deliberado y... buscó el vocabulario clínico, la palabra precisa, la que llevaba diez minutos rondando.

Transferencia.

Dejó el vaso de agua.

Pensó: *no.*

Pensó: *eso no ha sido eso.*

Pensó: *la doctora Chen ha dicho exploración y recogida de muestra. Exploración y recogida de muestra. Eso es lo que ha dicho.*

Pensó: *la médica que ha entrado no era la doctora Chen.*

Pensó: *la coordinadora me ha llevado a una sala y ha dicho que la doctora Chen vendría enseguida y luego ha entrado otra doctora distinta y yo no he preguntado por qué porque ella estaba segura de sí misma y yo estaba en un entorno clínico y he reaccionado como paciente y no he preguntado.*

Pensó: *debería haber preguntado.*

Apoyó las dos manos, planas, sobre los muslos.

Miró las cinco flores rosa pálido.

Pensó: *si eso ha sido una transferencia. Si de verdad ha sido una transferencia. Entonces ahora mismo hay algo dentro de mí que...*

Detuvo ese pensamiento.

Contó las flores.

Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Seguía contándolas cuando entró Tessa.

La cara de Tessa estaba haciendo algo para lo que Amy no tenía categoría.

Durante su formación clínica, Amy había desarrollado la capacidad de leer expresiones de profesionales sanitarios. La cara de *todo ha ido bien*. La cara de *tenemos que hablar*. La cara de *necesito consultar esto con un compañero*.

La cara de Tessa no era ninguna de esas.

Era la cara de alguien a quien le habían puesto algo en las manos que no sabía cómo llevar y que, aun así, lo estaba llevando.

Se sentó, cosa que nadie hacía en una sala de recuperación a menos que estuviera pasando algo.

—Amy —dijo—. La doctora Feld necesita hablar contigo.

—Qué ha pasado —dijo Amy. No era una pregunta.

—Voy a dejar que la doctora Feld...

—Dime qué ha pasado —dijo Amy.

Su voz sonó estable. Era consciente de lo estable que sonaba. También era consciente de que aquella estabilidad era una función del registro clínico en el que la habían entrenado y de que debajo de eso estaba pasando algo que no tenía nada de estable.

—Ha habido una confusión —dijo Tessa con cuidado—. Con la asignación de salas. Esta mañana.

Hizo una pausa.

—Te han llevado a la sala equivocada.

Amy oyó aquello.

—La doctora que ha entrado —dijo—. No era la doctora Chen.

—No —dijo Tessa—. Era la doctora Feld.

—La doctora Feld —repitió Amy—. Que hace transferencias.

La cara de Tessa hizo otra vez aquello.

—Sí —dijo.

La sala de recuperación estaba muy silenciosa.

—Ha pensado que yo era otra persona —dijo Amy.

—Ha habido una confusión con la asignación de salas —repitió Tessa—. Un error de coordinación. Te han recogido en la sala de espera en lugar de...

Se interrumpió.

—En lugar de a la paciente a la que tenían que recoger —dijo Amy.

—Sí.

Amy miró las cinco flores.

—De quién —dijo.

—La doctora Feld te lo explicará...

—De quién son los embriones —dijo Amy.

Hubo una pausa.

—De otra paciente —dijo Tessa—. Está aquí. Ya ha sido informada.

Amy miró las flores.

Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Pensó en la coordinadora con la acreditación que había aparecido en la puerta de la sala de espera y había mirado el portapapeles y había dicho *¿lista para pasar?* y Amy había respondido que sí y se había levantado y la había seguido sin preguntar adónde iban, porque eso era lo que se hacía en entornos clínicos: seguir a la persona del portapapeles, confiar en el sistema.

El sistema había fallado.

Ella había entrado en ese fallo y se había sentado en una camilla y se había tumbado cuando le habían dicho que se tumbara, y el momento en que debería haber preguntado —*¿qué procedimiento es exactamente este?*— había pasado arrastrado por la seguridad decidida de una médica que no sabía que tenía delante a la paciente equivocada.

Pensó: *yo no podía saberlo.*

Pensó: *aun así debería haber preguntado.*

Pensó: *es posible que ahora mismo lleve dentro al hijo de otra persona.*

Clavó más las manos sobre los muslos.

—Quiero hablar con la doctora Feld —dijo—. Ahora.

—Ya viene —dijo Tessa.

—Ahora —repitió Amy. En voz baja. Completamente estable.

Tessa se fue.

Amy se quedó sola.

Miró las cinco flores.

Respiró.

Dentro, sostener, fuera.

A través, no contra ello.

Como salía adelante.

La doctora Feld entró dos minutos después.

Tenía el aspecto de alguien que acababa de vivir los peores veinte minutos de su vida profesional y lo estaba gestionando moviéndose deprisa, hablando con precisión y evitando mirar de frente lo que había hecho.

Se lo explicó.

La coordinadora que cubría a una compañera enferma. La lista de tareas con *recoger a la paciente de las once de la Dra. Feld en la sala principal*. Lucy Davenport, a quien habían llevado a otra sala para rellenar unos papeles y que no estaba en la sala de espera cuando la coordinadora fue a buscarla. Amy, que sí estaba.

La coordinadora había recogido a la mujer equivocada.

La había llevado a la Sala 4.

Había pasado a la siguiente tarea.

La doctora Feld había entrado, había visto a su paciente —o a la persona que creía que era su paciente— y había continuado con la transferencia que tenía programada.

—Debería haber confirmado tu nombre —dijo la doctora Feld.

Las palabras tenían la cualidad de algo examinado desde todos los ángulos y hallado irreductiblemente cierto.

—Antes de empezar el procedimiento. Te he preguntado si habías comido, te he preguntado cómo te encontrabas. No te he preguntado el nombre porque la coordinadora acababa de traerte y yo he asumido...

Se detuvo.

—He asumido que en la sala estaba la paciente correcta. No es una excusa. Es lo que ha pasado.

Amy la miró.

Pensó en todas las veces que, en habilidades clínicas, les habían dicho: confirmad siempre la identidad del paciente antes de cualquier procedimiento. Siempre. Aunque lo conozcáis. Aunque ya lo hayáis visto antes. Todas y cada una de las veces.

Pensó en la doctora Feld, brillante y caótica, atravesando su mañana a la velocidad a la que siempre se movía, segura de que en la sala estaba su paciente porque ¿por qué no iba a estarlo?

Pensó: *así es como ocurren los errores médicos. No por maldad. Por acumulación de pequeñas suposiciones.*

—Los embriones —dijo Amy.

—Son viables —dijo la doctora Feld, con la precisión de alguien pronunciando una frase construida con enorme cuidado—. La transferencia, en sí, ha sido técnicamente un éxito. No tengo motivos para creer que el procedimiento se haya visto comprometido.

Amy miró la pared.

—No son míos —dijo.

—No.

—Genéticamente.

—No.

Pausa.

—Pertenecen a otra paciente. Ya ha sido informada.

—¿Qué quiere ella? —preguntó Amy.

El rostro de la doctora Feld hizo algo.

—Te recomendaría encarecidamente que ambas hablarais con asesoramiento legal antes de...

—¿Qué quiere ella? —repitió Amy.

Pausa.

—Le gustaría hablar de la posibilidad de que continúes con el embarazo —dijo la doctora Feld—. Quiero dejar muy claro que la decisión es enteramente...

—No —dijo Amy.

La palabra le salió antes de haberla decidido. Y aquello era o su instinto o su miedo, y no se fiaba de ninguno de los dos en una sala de recuperación a las once y cincuenta y tres de la mañana.

—Necesito pensar —dijo. Oyó cómo su voz hacía algo que no controlaba del todo, lo reconoció y lo apartó a un lado—. Necesito un minuto.

—Por supuesto —dijo la doctora Feld.

—Necesito que os vayáis las dos —dijo Amy.

Se fueron.

Amy se quedó sola.

Miró las cinco flores rosa pálido.

Pensó: *esto no está pasando.*

Pensó: *esto está pasando.*

Pensó: *tengo que llamar a Jade.*

Pensó: *no puedo llamar a Jade desde una sala de recuperación porque, si oigo ahora mismo la voz de Jade, dejaré de estar estable y necesito estar estable.*

Pensó: *soy estudiante de segundo de Medicina y entiendo todos los mecanismos fisiológicos de lo que acaba de pasar y entiendo las estadísticas y entiendo los plazos y no tengo ni idea de qué hacer.*

Se quedó sentada.

Después de un rato, se levantó.

Cogió el bolso.

Salió de la sala de recuperación, recorrió el pasillo y llegó a la sala de espera principal porque necesitaba estar en cualquier sitio que no fuera aquella habitación con aquellas flores, y la sala de espera era el primer paso.

Se detuvo.

La mujer morena seguía allí.

Pero había algo distinto en ella respecto a antes: la forma en que estaba sentada, la quietud específica de alguien que había recibido una información y estaba dentro de ella. Tenía el aspecto de una persona en pleno proceso de no venirse abajo en un espacio público.

Levantó la vista.

Se miraron a través de la sala.

Amy pensó: *es ella.*

El reconocimiento llegó de inmediato, por completo y sin una sola duda.

La mujer se levantó y cruzó la sala con la determinación de alguien que ha decidido algo y lo está ejecutando, y Amy se quedó muy quieta, observándola acercarse.

—Creo —dijo la mujer, cuando estuvo lo bastante cerca, y su voz era estable de esa manera que cuesta algo— que deberíamos hablar.

Amy la miró.

Miró a la mujer cuyos embriones estaban dentro de ella, colocados ahí por una coordinadora que había recogido a la paciente equivocada y una doctora que no había confirmado un nombre, y pensó en la sala de recuperación y en las cinco flores y en el momento en que debería haber preguntado y no lo hizo.

Pensó en los cuarenta y tres dólares.

Pensó en todas las formas en que un martes puede saltar por los aires.

—Sí —dijo.

La voz le salió más firme de lo que tenía derecho a esperar.
—Creo que sí.

4

LUCY

La espera era la peor parte.

Lucy ya sabía que iba a ser la peor parte. Lo sabía intelectualmente, como sabía la mayoría de las cosas que aún no había vivido: con precisión, pero a distancia. La transferencia en sí era la parte para la que podía prepararse, leer, gestionar. La espera de después era la parte que exigía simplemente permanecer dentro de algo sin hacer nada al respecto, que, para Lucy, era la forma más exigente de disciplina que conocía.

Llevaba veinte minutos en la sala de recuperación.

La habitación era tranquila y cálida y tenía esa cualidad ambiental de los lugares diseñados para hacerte sentir que todo iba a ir bien, algo que, después de cuatro citas, había aprendido a recibir sin terminar de creérselo. Estaba sentada con las manos en el regazo, respirando, intentando no repasar otra vez las estadísticas, que ya había repasado lo suficiente como para sabérselas de memoria y que no iban a cambiar por volver a hacerlo.

Los dos embriones transferidos.

Sin problemas, había dicho la doctora Feld. Todo ha ido sin problemas.

Pensó en las dos semanas siguientes. En la disciplina de no interpretar síntomas en cada sensación. En esa vigilancia concreta de esperar algo que podría no llegar, algo que ya

había hecho antes, cuya forma conocía, y que no se volvía más fácil por el hecho de resultar familiar.

Pensó en la habitación al final del pasillo.

Pensó: *esta vez*.

Se permitió pensarlo una sola vez, con cuidado, como se permitía las esperanzas pequeñas y cuidadosas. *Esta vez.*

Luego lo apartó.

Bebió un poco de agua.

Pensó en volver al despacho. En la reunión de las tres, en la de las cuatro y media. En la utilidad concreta de tener algún sitio al que ir después de algo así: la manera en que el trabajo funcionaba como un recipiente para las horas inmediatamente posteriores a las citas, dándoles a los sentimientos algún lugar adonde ir mientras ella procesaba.

Llamaron a la puerta de la sala de recuperación.

—¿Señora Davenport?

Una coordinadora a la que no reconocía, joven, un poco apresurada.

—La doctora Feld querría verla en su consulta cuando esté lista. Solo un seguimiento rápido antes de que se marche.

—Por supuesto —dijo Lucy.

Se levantó. Se alisó la chaqueta. Cogió el bolso.

Siguió a la coordinadora por el pasillo.

La consulta de la doctora Feld le resultaba familiar.

Cuatro citas a lo largo de catorce meses. Lucy conocía el escritorio, la pizarra blanca con notas medio borradas, la planta que estaba mucho mejor de lo que le correspondía dado el aparente nivel de atención que recibía. Conocía la silla frente al escritorio y la forma en que entraba la luz por la ventana a aquella hora del día.

Se sentó.

Esperó.

La doctora Feld entró un minuto después, moviéndose a su ritmo habitual —ligeramente más rápido que la habitación—,

con la historia clínica en la mano y la atención ya puesta en algo que venía después. Se sentó frente a Lucy, abrió el expediente y empezó a hablar mientras aún lo miraba, como hacía a veces.

—Así que... hoy todo ha ido bien —dijo, al expediente—. La transferencia está hecha, los dos embriones colocados, estoy satisfecha con cómo ha ido técnicamente. Me gustaría programar el análisis de seguimiento para...

Pasó una página.

—... dentro de diez días, lo que nos situaría en...

—Perdone —dijo Lucy.

La doctora Feld levantó la vista. No hacia Lucy. Hacia la página.

—Diez días a partir de hoy sería...

—Doctora Feld.

La voz de Lucy fue estable.

—¿Qué transferencia?

La doctora Feld miró el expediente.

Lo miró con la atención concentrada de alguien que acaba de oír algo que no encaja y está comprobando su propia comprensión contra el registro escrito.

—La transferencia —dijo despacio—. La de esta mañana. Los dos embriones...

—Aún no me han hecho ninguna transferencia —dijo Lucy —. He estado en la sala de recuperación. Me han dicho que la transferencia sería después de la consulta de seguimiento.

La doctora Feld miró el expediente.

Después levantó la vista.

Miró a Lucy.

Durante un momento no se movió. Se quedó completamente inmóvil, con el expediente en las manos, mirando la cara de Lucy —mirándola de verdad, como se mira algo cuando de repente, desesperadamente, intentas

confirmar o desmentir una conclusión a la que tu cerebro ha llegado antes de que estés preparada para ella.

Lucy la observó mirar.

Vio el cambio de color en el rostro de la doctora Feld. La secuencia concreta: la confusión inicial, la comprobación, la doble comprobación, y después aquello que sustituyó a todo lo demás, aquello que ya no era confusión sino algo mucho peor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucy.

La doctora Feld dejó el expediente sobre la mesa.

Lucy se fijó en que sus manos no estaban quietas.

—Lucy —dijo la doctora.

La voz le había cambiado por completo. Había desaparecido de ella cualquier rastro de profesionalidad automática.

—Necesito preguntarte una cosa y necesito que respondas con mucho cuidado.

—Dígame qué está pasando —dijo Lucy.

—¿Dónde has estado desde que has llegado esta mañana?

Lucy la miró.

—Me he identificado en recepción. He estado sentada en la sala de espera. Ha venido una coordinadora y me ha llevado a una consulta —no esta, otra distinta— porque faltaba documentación en mi expediente. He estado allí unos quince minutos rellenando papeles. Después me han llevado a la sala de recuperación.

Hizo una pausa.

—Me han dicho que la transferencia sería después de esta consulta.

La doctora Feld cerró los ojos.

Fue algo brevísimo. Menos de un segundo. Pero Lucy llevaba ocho años leyendo rostros en situaciones de alta tensión y sabía lo que significaba cuando alguien cerraba los ojos así: no cansancio, no reflexión, sino la reacción

involuntaria y concreta de una persona que acaba de confirmar algo que esperaba que no fuera cierto.

—Doctora Feld —dijo Lucy.

Su voz fue muy baja.

—Dígame qué ha pasado.

La doctora Feld abrió los ojos.

Miró a Lucy a través del escritorio con la expresión de alguien que acaba de entrar en el peor momento de su vida profesional y entiende, por completo, que no hay salida posible salvo atravesarlo.

—Ha habido una confusión esta mañana —dijo—. Con la asignación de salas.

Lucy se quedó muy quieta.

—Una coordinadora —estaba cubriendo a una compañera, llevaba el doble de carga de trabajo de la habitual— fue a buscarte a la sala de espera principal.

La voz de la doctora Feld era llana y precisa, la voz de alguien que entrega hechos porque los hechos son lo único que queda.

—Tú no estabas en la sala de espera principal. Te habían llevado a otro sitio para rellenar documentación.

Pausa.

—Había otra paciente allí. Una mujer joven. Había venido esta mañana para una consulta como donante.

Lucy oyó aquello.

Lo oyó llegar, oyó a su cerebro procesarlo y esperó a que la frase se resolviera en algo distinto de lo que era.

No lo hizo.

—La coordinadora la recogió a ella —dijo Lucy.

—Sí.

—La llevó a la sala del procedimiento.

—Sí.

—Y usted…

Lucy se interrumpió.

—Entré —dijo la doctora Feld—. Vi a una paciente en la sala. Asumí…

La voz se le alteró levemente en aquella palabra.

—… asumí que eras tú. No confirmé su nombre antes de empezar. Le hice unas cuantas preguntas. Me respondió. Continué.

La habitación quedó por completo en silencio.

Lucy miró sus manos sobre el escritorio.

Estaban muy quietas. Las estaba obligando a estar quietas con ese esfuerzo deliberado y concreto de alguien que, con el tiempo, había aprendido a mantener la compostura exterior con independencia de lo que ocurriera dentro.

Dentro estaba ocurriendo algo que todavía no tenía nombre.

—La transferencia —dijo Lucy.

—Está hecha —dijo la doctora Feld—. Los dos embriones. La realicé creyendo que la estaba realizando en ti.

Lucy miró sus manos.

Pensó en catorce meses. Pensó en la carpeta de la mesilla de noche. Pensó en las seis y cuarenta y siete de aquella mañana, sentada en el borde de la cama, en la sensación a la que había tenido tanto cuidado de no poner nombre.

Pensó en los dos embriones.

Los últimos.

Dentro de otra persona.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Lucy.

—En la sala de recuperación —dijo la doctora Feld—. Tessa está con ella. Le acaban de… se lo acaban de decir.

—¿Sabe de quién son?

—Sabe que ha habido una confusión. Aún no conoce los detalles.

Pausa.

—Lucy, quiero dejar muy claro que esta clínica asume toda la responsabilidad…

—No —dijo Lucy.

La doctora Feld se calló.

Lucy miró la pizarra con sus notas medio borradas. La planta del alféizar. Los objetos familiares de una habitación en la que había estado cuatro veces, una habitación que había sido el lugar de la esperanza cuidadosamente administrada y que ahora era otra cosa.

—Esos son mis últimos embriones —dijo.

—Sí —dijo la doctora Feld, muy bajo.

—No tengo más.

—No.

—Y usted los ha puesto en alguien que había venido a donar óvulos.

Las palabras salieron muy serenas. Ella estaba haciendo que salieran serenas. Estaba obligando a todo su cuerpo a esa misma serenidad con el mismo esfuerzo con el que mantenía quietas las manos, y por debajo estaba ocurriendo algo con lo que tendría que lidiar más tarde, no ahora, no en aquella habitación.

—Sí —dijo la doctora Feld.

Lucy inspiró por la nariz y soltó el aire por la boca.

—Voy a necesitar el informe completo del incidente —dijo —. Por escrito. Hoy.

—Por supuesto.

—Y todo lo que sea relevante para mi caso. La documentación de consentimiento. Lo que haya firmado la otra paciente.

Hizo una pausa.

—Aún no voy a hacer nada con ello. Solo necesito tenerlo.

—Haré que alguien…

—No Tessa —dijo Lucy—. Tessa está ocupada.

La doctora Feld asintió.

Lucy se levantó.

Se alisó la chaqueta con la precisión automática de alguien cuyas manos necesitan hacer algo reconocible. Cogió el bolso.

Salió de la consulta de la doctora Feld.

Recorrió el pasillo.

Atravesó la puerta hacia la sala de espera principal y se sentó en la silla junto a la ventana, la que elegía siempre, y se puso el bolso sobre el regazo y miró hacia la calle.

No llamó a Sophie.

No hizo una lista.

No hizo ninguna de las cosas que hacía cuando necesitaba procesar algo, porque lo que iba a tener que procesar en este caso no era del tipo que admitía método.

Se quedó sentada.

La sala de espera siguió moviéndose a su alrededor. El sonido ambiente siguió haciendo su labor tranquilizadora. Fuera, la calle siguió siendo la calle.

Pensó: *esos son mis embriones.*

Pensó: *puede que esa haya sido mi única oportunidad.*

Pensó en una habitación al final de un pasillo, con paredes blancas cálidas y una cómoda con una imperfección en la esquina.

Pensó en todas las veces que había tenido cuidado. Toda la gestión de la esperanza. La carpeta. La primera transferencia que no había funcionado. La recalibración. La decisión de volver a intentarlo.

Pensó en la injusticia concreta de haberlo hecho todo bien y llegar igualmente hasta allí.

Y debajo de todo eso, más silencioso que el resto, algo que no quería mirar de frente:

El cuerpo de otra persona.

Su hija.

Empezando, quizá, dentro de alguien que no lo había sabido.

Miró la puerta que daba al pasillo del fondo.

Esperó.

La puerta se abrió.

Una mujer joven salió por ella —rubia, veintitantos, una chaqueta que había visto tiempos mejores, un bolso que estaba haciendo lo que podía— y se detuvo en mitad de la sala de espera con la cualidad particular de alguien a quien acaban de darle una información que lo ha reorganizado todo.

Lucy la miró.

La joven levantó la vista y, sin parecer proponérselo, le devolvió la mirada.

Durante un momento ninguna de las dos se movió.

Luego la joven miró hacia la salida. Dio un paso en esa dirección y se detuvo, como si su cuerpo hubiera tomado una decisión a la que su cerebro aún no hubiera llegado.

Lucy se levantó.

No estaba segura de haberlo decidido. Simplemente estaba de pie, con el bolso en la mano, cruzando la sala de espera, y luego ya estaba lo bastante cerca como para que la otra la oyera y se volviera.

De cerca tenía los ojos azules y el aspecto de alguien que se está manteniendo entero alrededor de algo enorme, y Lucy lo reconoció —no porque fueran parecidas, sino porque ella llevaba haciendo exactamente lo mismo los últimos treinta minutos y, al parecer, se le daba mejor disimularlo—.

—Creo —dijo Lucy, y su voz salió serena, lo cual era profesional o preocupante— que deberíamos hablar.

La joven la miró durante un largo momento.

—Sí —dijo.

Aquella firmeza le costó algo.

—Creo que sí.

5

AMY

La cafetería estaba a tres manzanas de la clínica, lo cual era o bien conveniente o bien una muestra de que el universo gestionaba sus desastres con eficiencia. Amy no sabía cuál de las dos había sugerido ir allí; había ocurrido en el pasillo, algún murmullo logístico entre ella y la morena mientras ambas seguían todavía en ese modo de funcionar con el piloto automático porque la alternativa era quedarse plantadas en mitad de una sala de espera de Brentwood y procesar del todo lo que acababa de pasar, y ninguna de las dos parecía preparada aún para eso.

Recorrieron las tres manzanas sin hablar.

Amy era consciente de la mujer a su lado de esa forma concreta en que una se vuelve consciente de alguien cuando el sistema nervioso lo ha marcado como relevante: el ritmo de sus pasos, la rectitud de su postura, la manera en que se movía por la calle como alguien acostumbrada a saber adónde iba. Le sacaba unos cuantos centímetros. Olía vagamente a algo limpio y caro.

Amy miró al frente y pensó: vale. Vale. Eres estudiante de Medicina. Entiendes lo que ha pasado hoy a nivel fisiológico mejor que la mayoría de la gente de esta ciudad. Puedes ser racional con esto.

La parte racional de su cerebro le ofreció: *una médica ha transferido los embriones de otra paciente a tu útero sin tu consentimiento informado.*

El resto de su cerebro dijo: sí, eso ya lo había entendido.

La cafetería tenía mesas en la terraza. La mujer —Lucy, había dicho la doctora Feld, Lucy Davenport, el nombre pronunciado con ese énfasis cuidadoso de quien entrega una información que sabe que va a importar— eligió una mesa en la esquina, apartada del resto de clientes, lo que era o considerado o estratégico o ambas cosas. Amy apartó la silla, se sentó, se puso el bolso en el regazo y miró la carta sin leerla.

Se acercó una camarera. Lucy pidió café solo sin mirar la carta. Amy pidió lo mismo porque su cerebro había dejado temporalmente de procesar decisiones secundarias.

Esperaron a que la camarera se fuera.

Entonces Lucy la miró directamente, y Amy le devolvió la mirada, y hubo un instante —breve, extraño— en el que no eran más que dos personas sentadas una frente a la otra con algo enorme entre ellas que ninguna había elegido.

—No sé cómo empezar esta conversación —dijo Lucy.

Lo cual, pensó Amy, era una cosa notable en alguien que tenía pinta de no haber dejado de saber nunca cómo empezar una conversación en toda su vida.

—Yo tampoco —dijo Amy—. Pero... quiero que sepas que yo no... no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Creía que el procedimiento formaba parte del cribado para donantes. Firmé los formularios de admisión, y el lenguaje era ambiguo, y yo no...

Se interrumpió.

—Soy estudiante de Medicina y aun así no lo detuve. Tuve un momento —cuando vi que el equipo no era el que esperaba — y no pregunté. Llevo pensando en eso desde entonces.

Lucy la miró con serenidad. Su rostro estaba compuesto de una forma que debía de costarle algo.

—Lo sé —dijo—. La doctora Feld me lo ha dejado claro.

—Vale —Amy soltó el aire—. Vale, bien.

Llegó el café. Amy rodeó la taza con las dos manos.

—Soy Lucy —dijo la mujer.

—Lo sé. Yo soy Amy.

—Lo sé.

Una pausa.

—¿Cómo estás…?

Lucy se interrumpió. Empezó de nuevo.

—Físicamente, ¿estás bien?

La pregunta le cayó a Amy de una forma distinta a la que esperaba. No clínica. No transaccional. Había algo en la manera de formularla —la breve pausa previa, el ligero reajuste en la voz de Lucy— que hacía que pareciera una pregunta de verdad sobre ella, no sobre la situación.

—Estoy bien —dijo Amy—. El procedimiento en sí… quiero decir, ha sido una transferencia estándar. Sé lo que implica. Físicamente estoy bien.

Miró el café.

—Todo lo demás todavía lo estoy alcanzando.

Lucy asintió. Giró la taza un cuarto de vuelta sobre la mesa, un movimiento pequeño y preciso, como si necesitara hacer algo con las manos pero no estuviera dispuesta a mostrarlo.

—Quiero ser directa contigo —dijo—. Porque creo que solo así esta conversación sirve para algo.

—Sí —dijo Amy al instante—. Por favor.

Algo cambió en la expresión de Lucy. No calidez exactamente, pero algo contiguo a ella. Como si hubiera esperado tener que defender la franqueza y no hubiera sido necesario.

—Eran mis dos últimos embriones —dijo—. Llevo más de un año intentándolo. Antes de este tuve una transferencia fallida. Tengo treinta y dos años, estoy soltera y tomé la decisión de hacer esto sola porque…

Se interrumpió.

—Porque era la decisión correcta para mí. Y se suponía que hoy iba a ser…

Volvió a detenerse.

Amy la observó mantenerse muy quieta alrededor de lo que fuera que pugnaba por salir.

—Hoy iba a ser muchas cosas —terminó Lucy.

Era una frase tan cuidadosa. Una manera tan precisamente construida de no decir lo que estaba sintiendo de verdad. Amy tuvo de pronto la impresión nítida de algo enorme mantenido a una distancia considerable por pura fuerza de voluntad, y algo en el esfuerzo de ello —el coste de esa compostura, visible solo en los puntos pequeños donde tensaba los bordes — le golpeó en algún lugar sin defensa.

—Lo siento —dijo Amy—. Sé que eso no… sé que no arregla nada, y sé que técnicamente no es culpa mía, pero aun así lo siento. Que te haya pasado a ti.

Lucy la miró. Apenas un momento, algo se movió en su cara. Luego volvió a aquietarse.

—Gracias —dijo en voz baja.

Se quedaron un instante dentro de eso.

Luego Amy dijo, porque necesitaba saberlo y no había manera suave de rodear la pregunta:

—¿Qué quieres que pase?

La pregunta quedó entre las dos.

Lucy tenía ahora las manos alrededor de la taza, quietas.

—Quiero responder con cuidado —dijo—, porque creo que hay varias capas y no quiero mezclarlas.

Amy asintió. La parte estudiante de Medicina de su cerebro, la que siempre iba haciendo el comentario clínico en silencio, tomó nota de que aquella era una persona que pensaba por capas. Lo archivó.

—La primera capa —dijo Lucy— es lo que quiero para mí. Y lo que quiero es…

Respiró.

—...que el embarazo siga adelante. Esos embriones son míos. Genéticamente. Ese es mi hijo.

Miró a Amy directamente.

—Pero eso es lo que yo quiero. No una exigencia. Entiendo la diferencia.

—Vale —dijo Amy con cuidado.

—La segunda capa es lo que entiendo de tu situación. Que tú has venido hoy para algo completamente distinto, y que han hecho algo con tu cuerpo sin tu consentimiento real, y tienes todo el derecho a sentir... lo que sea que sientas respecto a eso. Y todo el derecho a tomar la decisión que necesites tomar.

Pausa.

—No voy a decirte lo que tienes que hacer. Quiero dejar eso muy claro.

Amy la miró.

—Pero sí vas a decirme qué esperas.

—Sí —dijo Lucy—. Eso sí.

Un instante.

—Espero que te plantees continuar con el embarazo —dijo Lucy—. Y quiero ser sincera contigo: no sé exactamente qué aspecto tendría eso, ni qué sería justo pedirte, ni... no he tenido tiempo de pensarlo. He tenido unos cuarenta minutos. Así que no vengo a ti con un plan.

Algo cruzó su expresión.

—Eso es poco habitual en mí.

A pesar de todo, a pesar del café enfriándose entre sus manos, de la cualidad irreal de las últimas dos horas y del hecho de que todo su martes había saltado por los aires, Amy sintió que la comisura de la boca quería moverse.

La mantuvo quieta.

—Necesito saber algunas cosas —dijo Amy— antes de poder pensar en nada de esto.

—Pregúntame.

—Los embriones. Has dicho que son tuyos genéticamente... ¿esperma de donante?

—Sí.

—Entonces, si el embarazo siguiera adelante, el bebé sería biológicamente tuyo. No mío.

—Correcto.

Amy asintió despacio.

—¿Y tú querrías... qué? ¿La custodia? ¿Todos los derechos parentales?

—Sí.

Ni una vacilación.

—Ese fue siempre el plan. Yo iba a ser la madre de este hijo. Eso no ha cambiado.

Hizo una pausa.

—Pero qué serías tú... cuál sería tu papel, qué querrías, qué necesitarías... esa es una conversación para la que todavía no tengo respuestas.

Amy miró hacia la calle. Pasó una mujer con un perro. Un hombre estaba quitando el candado a una bicicleta. El mundo seguía con lo suyo, con absoluta indiferencia hacia el hecho de que todo el martes de Amy se hubiera descosido por las costuras.

Pensó en su lista. En los cuatro interrogantes.

Pensó en los cuarenta y tres dólares y en los ajustes de mercado y en el examen dentro de seis semanas.

Pensó en su abuela Evie diciendo *un paso*.

Pensó en que estaba sentada frente a una desconocida que acababa de decirle, con una precisión notable, exactamente lo que quería y exactamente lo que entendía que no podía exigir, y que la combinación de esas dos cosas era de algún modo más difícil de soportar que lo habría sido la rabia.

—No estoy diciendo que sí —dijo Amy.

—Lo sé.

—Tampoco estoy diciendo que no. Estoy diciendo que necesito… tiempo. E información. Y necesito pensar.

—Por supuesto.

—Y necesito que entiendas que, decida lo que decida, es mi decisión. No de la clínica, ni tuya, ni de…

—Amy.

La voz de Lucy era baja y serena.

—Lo sé. Iba en serio cuando lo he dicho.

Amy la miró. Lucy le sostuvo la mirada. Fuera, la ciudad seguía siendo la ciudad.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Amy.

—Sí.

—Cuando has dicho que decidiste hacer esto sola…

Hizo una pausa, intentando encontrar la forma de la pregunta.

—¿Era eso lo que querías de verdad? ¿O era simplemente lo que había disponible?

Algo cambió en el rostro de Lucy. La compostura aguantó, pero algo se movió detrás. Era la primera vez que Amy veía eso: lo que había detrás del control, breve y sin defensa.

—Ambas cosas —dijo Lucy al cabo de un momento—. Creo que ambas cosas.

Amy asintió.

Miró el café. Miró la calle. Miró sus manos, que eran las mismas manos de siempre, unidas a un cuerpo que, desde hacía aproximadamente noventa minutos, albergaba los embriones de otra persona y quizá, estadísticamente, el principio mismo de un embarazo que ella no había elegido.

—Vale —dijo.

Lucy la miró.

—Hoy no voy a tomar ninguna decisión —dijo Amy—. Pero lo… pensaré. Lo pensaré de verdad.

Le sostuvo la mirada a Lucy.

—Es lo único que puedo darte ahora mismo.

—Es suficiente —dijo Lucy.

Y lo dijo como si lo dijera de verdad, sin esa cualidad de quien quiere decir *es suficiente por ahora, sigue*. Solo: suficiente. Una frase completa.

Amy cogió el bolso. Lucy echó mano a la cartera.

—Invito yo —dijo Amy.

Lucy la miró con una expresión que Amy no terminó de descifrar.

—Vale —dijo.

Amy dejó un billete de diez sobre la mesa —la mitad de su presupuesto del martes, lo cual tenía casi gracia— y se levantó, y Lucy se levantó también, y durante un instante estuvieron a la misma altura del modo en que dos personas están brevemente a la misma altura cuando una es más alta y ambas están de pie.

—No tengo tu número —dijo Lucy.

Amy la miró. Luego tendió la mano. Lucy desbloqueó el móvil y se lo dio, y Amy tecleó su número y se lo devolvió.

—Estaré en contacto —dijo Amy.

Era profesional y absurdo y el único registro al que tenía acceso en aquel momento.

—Ya lo sé —dijo Lucy.

Amy se alejó calle abajo sin mirar atrás, y consiguió llegar exactamente una manzana antes de detenerse en la esquina y quedarse completamente quieta un momento con la mano apoyada sobre el esternón, notándose el propio latido del corazón.

Luego siguió caminando.

Tenía clase a las dos.

Un paso.

6

LUCY

Sophie cogió la llamada al segundo tono.

—Háblame —dijo.

Lucy estaba en el coche, en el aparcamiento. Motor apagado. Las dos manos sobre el volante. Llevaba catorce minutos allí sentada, y lo sabía porque había estado mirando el reloj con esa atención concreta de quien no tiene ninguna otra cosa que hacer y, aun así, no puede dejar de hacerlo.

—Ha pasado algo —dijo.

—¿Estás bien?

—La transferencia se ha hecho.

—Vale —dijo Sophie con cuidado—. Pero.

—Ha habido una confusión.

Lucy se oyó decirlo y advirtió, como llevaba advirtiendo cosas toda la tarde, la distancia entre cómo sonaban las palabras y cómo se sentían.

—La clínica ha transferido mis embriones a la persona equivocada.

El silencio al otro lado tuvo una cualidad específica. Procesamiento a toda velocidad, contenido por Lucy.

—Lucy.

—Lo sé.

—Los dos embriones.

—Sí.

—A... otra paciente. Que había ido allí por otra cosa.

—A una consulta como donante. No tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Lucy miró la pared de hormigón frente al coche. Había un número de plaza pintado. Cuarenta y siete. Lo miró con total atención.

—Tiene veintiséis años. Es estudiante de Medicina. Necesitaba dinero.

Sophie soltó el aire. Largo, con cuidado.

—¿Y cómo está la situación ahora?

—Hemos hablado —dijo Lucy—. Ella y yo. Hemos tomado café.

Un silencio breve.

—Has tomado café con ella.

—Me pareció la única manera de tener una conversación de verdad.

—Lucy.

Pausa.

—¿Has hablado con un abogado?

—Soy abogada.

—¿Has hablado con un abogado que no seas tú?

—Aún no.

—Eso tiene que pasar hoy.

—Lo sé.

—Y la otra...

Sophie se interrumpió.

—Y Amy. ¿Qué te ha dicho?

—Que hoy no va a tomar ninguna decisión.

Lucy giró las manos sobre el volante.

—Fue... sincera. Sobre el dinero, sobre su situación. No intentó adornarlo.

Pausa.

—Eso me hizo respetarla.

Sophie se quedó callada un momento.

—¿Qué quieres que pase?

Lucy miró el número de la pared.

Esto era lo que no había dicho en la cafetería, lo que había tenido cuidado de no decir porque la dejaba demasiado expuesta y la situación ya estaba demasiado expuesta y ella era una persona que no decía cosas de las que no pudiera retractarse sin estar segura de que las decía en serio:

Quería que Amy dijera que sí con una intensidad que la asustaba.

No solo por los embriones. No solo por el plan, la habitación, los dos años de desear con cuidado. Se había sentado frente a una mujer de veintiséis años que estaba manteniéndose entera alrededor de algo que no había elegido, y algo en la cualidad concreta de eso —el no pedir compasión, el no *estoy haciendo esto a regañadientes*, la forma en que Amy la había mirado cuando Lucy había dejado ver demasiado— había hecho algo que Lucy no había previsto.

Quería que Amy dijera que sí de una forma que tenía muy poco que ver con los argumentos racionales para ello.

Reconoció que eso era un problema.

—Quiero que diga que sí —dijo Lucy.

—Claro que quieres —dijo Sophie—. Son tus embriones.

—No es solo eso.

Pausa. La pausa concreta de Sophie registrando algo y escogiendo cómo seguir.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir…

Lucy se interrumpió. Se presionó el talón de la mano contra el esternón, un gesto que no había planeado.

—Quiero decir que me he sentado frente a ella cuarenta minutos y estaba tan… quería que estuviera bien. Ella, en concreto. No solo bien en un sentido práctico, no solo que esto se resolviera legalmente, sino bien de verdad.

Hizo una pausa.

—Y no sé muy bien qué hacer con eso.

—Lucy —dijo Sophie con un tono que Lucy conocía bien. El tono de advertencia.

—Ya lo sé.

—La has conocido esta mañana.

—Lo sé.

—Y en unas circunstancias que... las circunstancias no son normales.

—Eso también lo sé.

—Estás describiendo a una estudiante de Medicina de veintiséis años a la que has conocido en la sala de espera de una clínica de fertilidad después de la peor mañana de tu año —dijo Sophie—. Tu juicio...

—Mi juicio está perfectamente —dijo Lucy, con más brusquedad de la que pretendía.

Un instante.

—No estoy diciendo que no lo esté —dijo Sophie con cuidado—. Estoy diciendo que esta situación hace muy fácil confundir la gratitud, o la esperanza, o simplemente... el alivio enorme de que alguien se porte decentemente contigo en un mal día, con otra cosa.

Lucy se quedó callada.

Era verdad. Sabía que era verdad. Sophie casi siempre tenía razón y Lucy era consciente de ello, y a veces le resultaba muy irritante.

—Me ha hecho una pregunta —dijo Lucy.

—¿Cuál?

—Si hacer esto sola era lo que yo quería de verdad o solo lo que tenía disponible.

Pausa.

—He dicho que ambas cosas.

—¿Era verdad?

Lucy miró el número de la pared. Cuarenta y siete.

—Sí —dijo—. Creo que sí. Y creo que...

Se interrumpió.

—Creo que me lo ha preguntado porque ya sabía la respuesta. Y creo que eso me ha hecho sentir...

Volvió a detenerse.

—No lo sé. Menos sola de lo que me he sentido con todo esto en mucho tiempo.

Sophie guardó silencio.

Luego dijo:

—Eso es lo que me preocupa.

—¿El qué?

—Que vayas a entrar en lo que venga después ya... ya apegada a un desenlace que no tiene nada que ver con los embriones.

—Sophie...

—No estoy diciendo que esté mal. No estoy diciendo que ella no... por lo que me has contado parece una persona de verdad que ha manejado una situación imposible con más elegancia que la mayoría. Pero, Lucy.

Su voz era serena, cuidadosa y honesta de esa forma tan concreta que tenía Sophie cuando decidía decir la verdad aunque incomodara.

—Acabas de pasar por la mañana más aterradora de los últimos dos años. Estás sentada en un aparcamiento porque todavía no puedes conducir. Y me estás diciendo que una mujer a la que has conocido hace cuatro horas te ha hecho sentir menos sola.

Pausa.

—Eso no es poca cosa. Y tampoco son datos. Todavía no.

Lucy apoyó las manos planas sobre los muslos.

Pensó en Amy en la cafetería, sentada frente a ella, diciendo *es lo único que puedo darte ahora mismo* con la cualidad de alguien que quería decir exactamente eso, ni más ni menos.

Pensó en desear, en concreto, que Amy estuviera bien.

Pensó en la cantidad de cosas que llevaba un tiempo deseando y sobre las que no tenía ningún control.

—Tienes razón —dijo.

—Ya lo sé —dijo Sophie—. Odio tener razón.

—Nunca odias tener razón.

—Vale. Voy a ejercer contención respecto a tener razón.

Pausa.

—Ven a casa esta noche. Pedimos comida.

—Tengo que volver al despacho.

—Lucy.

—Tengo una reunión a las tres —dijo Lucy—. Y si no voy, pasaré el resto de la tarde sentada en este aparcamiento, lo que...

—Lo que es más seguro que la alternativa —dijo Sophie, que no era exactamente lo que Lucy iba a decir, pero reconoció en privado que tampoco era del todo incorrecto.

—Te llamo esta noche —dijo Lucy.

—Antes de la hora que creas que necesitas —dijo Sophie —. No después de las nueve, cuando ya lleves seis horas estando bien y quieras pasarme el parte. Cuando de verdad lo necesites.

—Yo no...

—Lucy.

Se interrumpió.

—Vale —dijo.

—Gracias.

Pausa.

—La reunión de las tres no se va a desmoronar sin ti.

—Puede que sí.

—No se va a desmoronar. Pero aunque se desmoronara...

Sophie dejó el resto de la frase donde estaba.

Lucy volvió a mirar el número de la plaza una vez más.

—Estaba sentada en la sala de espera después. Antes de que ella saliera. Y no dejaba de pensar... son los últimos. Y si

dice que no, tengo que encontrar la manera de... tengo que encontrar una forma de seguir adelante que todavía no tengo.

Sophie guardó silencio.

—Y no sé si quería que dijera que se lo pensaría porque es lo correcto para ella —dijo Lucy—. O porque así no tenía que averiguar qué viene después si la respuesta es no.

El aparcamiento zumbaba a su alrededor. En algún sitio por encima de ella arrancó un coche, el eco concreto de un espacio cerrado.

—Eso es lo primero sincero que has dicho desde que he descolgado —dijo Sophie. No sin amabilidad.

—Lo sé —dijo Lucy.

—No pasa nada —dijo Sophie—. Puedes sentir las dos cosas. Querer lo correcto para ella y querer no tener que enfrentarte a la alternativa. No son excluyentes.

—Se sienten excluyentes.

—La mayoría de las cosas verdaderas lo parecen.

Pausa.

—Ve a tu reunión de las tres. Vuelve a casa. Llámame antes de las nueve.

Lucy arrancó el coche.

La reunión de las tres era una disputa contractual y ella estuvo afilada en ella —siempre estaba afilada cuando lo necesitaba; la lucidez estaba disponible para ella ocurriera lo que ocurriera por debajo, lo cual era o un activo profesional o algo que probablemente debería examinar con un terapeuta en algún momento—.

Marcus le llevó un café a las cuatro y dijo:

—Tienes esa cara.

Ni siquiera levantó la vista.

—¿Qué cara?

—La de que todo está bien pero llevas tres conversaciones paralelas en la cabeza.

—Esa es simplemente mi cara.

—Es una versión concreta de tu cara.

Le tendió el café.

—La de las cuatro y media ha llamado. Necesita pasarlo al jueves.

—Bien.

Marcus se encaminó a la puerta y se detuvo.

—¿Quieres que te quite algo más de hoy?

Lucy miró el expediente Hendricks abierto sobre la mesa. Pensó en la voz de Sophie diciendo *acabas de pasar por la mañana más aterradora de los últimos dos años*.

—No —dijo—. Acabaré esto.

Marcus se fue.

Lucy se quedó en el despacho con el expediente Hendricks, el café y la cualidad concreta de su propia oficina a las cuatro de la tarde, un espacio que había construido para que fuera funcional y que era, a la manera de los espacios que una misma se ha hecho, también revelador.

Pensó en lo que le había dicho a Sophie en el aparcamiento.

El deseo por los motivos correctos y el deseo de evitar la alternativa.

No había sabido del todo, hasta decirlo en voz alta, cuánto había de lo segundo ahí dentro. Cuánto de *espero que diga que sí* era en realidad *todavía no puedo mirar qué viene después si no lo hace*. No era, pensó, su mejor cualidad. No era la esperanza lúcida, meditada y generosa que había estado interpretando para sí misma. También era, Sophie tenía razón, algo permitido.

Tenía derecho a estar asustada.

Tenía derecho a haberse sentado en una cafetería frente a alguien y haber deseado, con desesperación, que la historia siguiera.

Solo necesitaba saber que eso era lo que estaba ocurriendo.

Abrió el expediente Hendricks.

El móvil vibró.

Número desconocido, mensaje: *Soy Amy. Dije que estaría en contacto. Aún no estoy preparada para tener una conversación completa, pero no quería que pensaras que había desaparecido.*

Lucy lo leyó dos veces.

Pensó en la advertencia de Sophie. En el apego y la esperanza y la vulnerabilidad concreta de una mañana muy mala.

Pensó en Amy en la cafetería diciendo *no estoy diciendo que sí y no estoy diciendo que no* con una firmeza que le había costado algo visible.

Tecleó: *Gracias. Tómate el tiempo que necesites.*

Miró la respuesta. Luego añadió: *Lo digo en serio.*

Dejó el móvil.

Cogió el expediente Hendricks.

No iba, se dijo, a interpretar nada del hecho de que Amy hubiera escrito. No iba a construir significado a partir de una ausencia de desaparición. Iba a leer el expediente Hendricks, irse a casa, llamar a Sophie antes de las nueve y ser honesta con lo que sentía, una práctica que al parecer apenas estaba empezando a desarrollar a los treinta y dos años.

Aparecieron los tres puntos en la pantalla del móvil y luego desaparecieron.

Lucy miró la pantalla un instante más del necesario.

Después puso el teléfono boca abajo y volvió al trabajo.

Llamó a Sophie a las ocho y cuarenta y siete.

—Dijiste antes de las nueve —dijo Lucy.

—Las ocho y cuarenta y siete cuenta —dijo Sophie—. ¿Cómo estás?

—Cansada —dijo Lucy—. Cansada de verdad, no cansada-bien.

—Bien. Ese es el tipo correcto.

—¿Lo es?

—Significa que has dejado de interpretar.

Pausa.

—¿Has comido?

—Marcus pidió algo a las seis.

—Eso no es lo que he preguntado.

—He comido —dijo Lucy—. La mitad.

—Vale.

Sophie calló un momento.

—Dime la versión real de cómo estás. No la versión del aparcamiento, no la versión de la reunión de las tres. La versión de ahora mismo.

Lucy estaba sentada en su cocina, en el silencio de la casa, mirando la habitación de la que nunca hablaba.

Pensó en lo que había sentido al pasar por delante aquella mañana. La mezcla concreta de esperanza y miedo que se había vuelto tan habitual que apenas la registraba ya. Pensó en catorce meses. En la carpeta. En el cuarenta y siete.

—Asustada —dijo—. Más de lo que me he permitido decir.

—Lo sé —dijo Sophie.

—Y...

Se interrumpió.

—Y aun así...

Volvió a detenerse.

—¿Aun así qué?

—Aun así sigo queriéndolo —dijo Lucy—. Incluso sabiendo todo lo que me ha costado quererlo. Sigo queriéndolo de una manera que no aprende de la experiencia.

Sophie guardó silencio.

—¿Eso es patético? —preguntó Lucy.

—No —dijo Sophie—. Eso es amor.

Pausa.

—No por ella, antes de que vayas por ahí. Por aquello que llevas mucho tiempo intentando construir. Quieres algo que todavía no existe y lo has querido durante mucho tiempo, y eso...

Se interrumpió.

—Eso no es un defecto de carácter, Lucy. Eso es simplemente quien eres.

Lucy miró la casa.

—Me ha escrito.

—Lo sé. Ya me lo has dicho.

—No ha desaparecido.

—No —dijo Sophie—. No ha desaparecido.

—Estoy intentando no convertir eso en más de lo que es.

—Bien —dijo Sophie—. Sigue intentándolo.

Pausa.

—Y además…

—No.

—Solo voy a decir…

—Sophie.

—No ha desaparecido —dijo Sophie—. Puedes dejar que eso signifique algo pequeño. No todo. Solo algo pequeño.

Lucy guardó silencio un momento.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Sophie.

Fuera de la ventana de la cocina el jardín estaba oscuro, sus formas visibles bajo la luz ambiental del vecindario, y Lucy se quedó sentada en su cocina, cansada, asustada y aún deseando de esa manera que no aprende de la experiencia, y dejó que todo eso ocupara exactamente el espacio que ocupaba.

—Ven el sábado a casa —dijo Sophie—. Cocinaré de verdad.

—Tú no cocinas.

—He empezado un curso.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas. Todavía no se me da bien, pero estoy comprometida.

Pausa.

—Ven.

—Vale —dijo Lucy.

Se quedó sentada en la cocina después de colgar.

Pensó en Amy sentada frente a ella en la cafetería, en su firmeza, en la cualidad concreta de alguien que sostenía una cosa difícil sin facilitarla.

Pensó en la advertencia de Sophie.

Pensó en desear cosas antes de haber establecido si tenía algún derecho a desearlas.

Luego se fue a la cama.

Tumbada a oscuras, miró el techo y pensó en el cuarenta y siete pintado en la pared del aparcamiento y en dos embriones y en un mensaje que había llegado antes de las nueve y en la cualidad concreta de no desaparecer.

Significaba algo pequeño.

Dejó que significara algo pequeño.

Cerró los ojos.

El móvil volvió a vibrar una vez antes de que se durmiera.

Amy, otra vez: *¿El jueves? Después de las cinco. Tengo clase hasta las cuatro y media.*

Lucy miró el mensaje en la oscuridad del dormitorio.

Tecleó: *El jueves me va bien. ¿Quieres venir a casa?*

La respuesta tardó más que las otras. Lo bastante para que Lucy dejara el móvil y pensara que Amy ya no contestaría esa noche.

Entonces llegó: *Sí. Envíame la dirección.*

Lucy se la envió.

Dejó el móvil en la mesilla.

Pensó: *un paso cada vez*. La forma de afrontar una declaración que no sabías si podrías ganar. La forma de afrontar cualquier cosa que pareciera demasiado grande para abarcarla de una vez.

Cerró los ojos.

7

AMY

La casa de Lucy no se parecía en nada a lo que Amy había esperado.

Se había construido una imagen durante el trayecto —zona de Brentwood, había supuesto, algo pulido y minimalista y agresivamente buen gusto, el tipo de casa que parece preparada para una sesión de fotos de revista y habitada solo en teoría—. Se había preparado para ello como se preparaba para las cosas que la hacían consciente de la distancia entre su vida y la de otras personas, un tipo muy concreto de preparación que desde fuera parecía indiferencia y no lo era.

La casa era acogedora.

Eso fue lo primero. Era grande, sí —ya sabía que sería grande; Lucy Davenport era abogada corporativa en Los Ángeles y el cálculo no tenía ninguna complejidad—, pero tenía la cualidad de un lugar escogido con cuidado y vivido de verdad. El jardín delantero tenía plantas reales, no decorativas. La luz que entraba por las ventanas a las cinco y cuarto de la tarde tenía ese tono ámbar tan concreto que significaba que el interior estaba diseñado a su alrededor, no a pesar de él.

Amy se quedó un momento en el escalón de la entrada después de llamar al timbre, con el bolso al hombro y la chaqueta que se había cambiado dos veces antes de salir porque no sabía qué se ponía una para una reunión así —no

existía código de vestimenta para hablar de si continuar o no un embarazo accidental en nombre de una desconocida—, y se dijo que dejara de fijarse en la casa y se centrara.

La puerta se abrió.

Lucy llevaba ropa distinta a la del martes —vaqueros oscuros, un jersey de aspecto suave en un verde profundo que hacía algo muy concreto con sus ojos, el pelo suelto— y, pensó Amy, tenía el aspecto de alguien que había pasado dos días manteniendo mucha compostura respecto a algo y que ahora estaba en esa parte de la tarde en la que la compostura se sostiene por medios distintos.

—Hola —dijo Lucy.

—Hola —dijo Amy.

Un instante.

—Pasa —dijo Lucy, apartándose, y Amy cruzó la puerta y entró en la casa.

El interior era... necesitaba dejar de fijarse en la casa.

El interior era acogedor y pensado y tenía estanterías ordenadas, pero no ordenadas de forma performativa, y una cocina abierta al salón de un modo que daba la sensación de haber sido diseñada para una vida que incluía a otras personas, no solo la impresión de otras personas. Había pequeños detalles que te decían que allí vivía alguien de verdad: una taza de café en la encimera que todavía no habían guardado, un bloc legal sobre la mesa de la cocina con anotaciones a mano, una manta sobre el sofá que se había usado hacía poco y no estaba doblada con exactitud.

Amy tenía una teoría sobre la relación entre las casas de la gente y quiénes eran de verdad frente a quiénes interpretan ser. La casa de Lucy, observó, iba por delante de la interpretación. Lo cual era o tranquilizador o más desconcertante de lo que había previsto.

—¿Quieres café? —preguntó Lucy—. O té... tengo de las dos cosas. O agua, claro.

—Té estaría genial —dijo Amy, porque eran las cinco de la tarde y ya llevaba tres cafés encima y su sistema nervioso estaba haciendo suficiente trabajo sin ayuda.

Se sentó en la mesa de la cocina porque parecía el lugar adecuado para la clase de conversación que estaban a punto de tener, y Lucy puso la tetera y se movió por la cocina con la soltura de alguien que sabía dónde estaba todo sin tener que pensarlo, y Amy dejó el bolso en el suelo y sacó la libreta que había traído.

Lucy la miró de reojo.

—Has tomado notas.

—Tomo notas de todo.

Amy destapó el bolígrafo.

—Tengo preguntas.

Algo que podría haber sido el principio de una sonrisa cruzó el rostro de Lucy y no llegó a materializarse del todo.

—Por supuesto que las tienes.

—¿Te parece bien?

—Sí —dijo Lucy—. Yo tengo respuestas.

Llevó dos tazas a la mesa y se sentó frente a Amy, y durante un momento quedaron dispuestas igual que en la cafetería, la misma geometría de dos personas con algo grande entre ambas, salvo que esta vez estaban en la cocina de Lucy y la luz era distinta y Amy había tenido dos días para pensar.

Había hecho muy poca cosa más.

—Vale —dijo Amy.

Miró la libreta.

—Voy a ser sincera contigo sobre el punto en el que estoy.

—Por favor.

—He estado yendo y viniendo —dijo Amy—. Y quiero dejar claro que he estado yendo y viniendo de verdad, no... no estoy aquí para negociar. Estoy aquí porque de verdad estoy

intentando averiguar qué es lo correcto y necesitaba más información para hacerlo.

Lucy asintió. Tenía las manos alrededor de la taza, quietas.

—La parte médica la entiendo —dijo Amy—. No me da miedo el embarazo en sí. Sé lo que implica, sé cuáles son los riesgos a nivel general, sé cómo es el seguimiento y cuál es el calendario y qué va a hacer mi cuerpo.

Hizo una pausa.

—No es esa la parte en la que he estado pensando.

—¿En qué parte has estado pensando?

Amy la miró directamente.

—En la parte en la que tengo veintiséis años, estoy en segundo de Medicina y comparto un subarriendo con mi compañera de piso y un sofá sospechoso y cuarenta y tres dólares en la cuenta.

Observó el rostro de Lucy.

—Te dije que iba a ser sincera.

—Me alegro de que lo seas —dijo Lucy, y sonó como si lo dijera de verdad.

—No puedo hacer esto sin un apoyo significativo... No puedo hacer esto y mantener mi vida tal como está. Mi carrera, mi piso, mi... todo. La parte física de un embarazo es manejable en teoría, pero en la práctica va a afectar a mi horario, a mi energía, a mi capacidad de trabajar, a mi...

Se interrumpió.

—Entiendes lo que quiero decir.

—Sí.

—Así que necesito saber qué me estás proponiendo exactamente. No en abstracto. En concreto.

Lucy la miró un momento. Luego dijo:

—¿Puedo contarte en qué he estado pensando desde el martes y tú me dices cómo te encaja?

—Sí —dijo Amy—. Eso es exactamente lo que quiero.

Lucy giró la taza un cuarto de vuelta sobre la mesa —el mismo movimiento pequeño y preciso de la cafetería, observó Amy, esa cosa que hacía con las manos cuando estaba siendo cuidadosa—.

—He estado pensando en qué sería justo —dijo Lucy—. Y siempre vuelvo a lo mismo, que es que justo probablemente ni siquiera es una palabra lo bastante fuerte. Lo que te ha pasado no ha sido justo. Lo que voy a pedirte que consideres no es poca cosa. Así que no quiero venir a ti con una cifra y un apretón de manos. Quiero venir con algo real.

Amy mantuvo el bolígrafo inmóvil sobre la libreta y esperó.

—Quiero que te mudes aquí —dijo Lucy—. Durante todo el embarazo.

Lo dijo con firmeza, como si hubiera ensayado esa firmeza.

—Tengo espacio. Tendrías tu propia habitación, tu propio baño, intimidad total. No tendrías que preocuparte por el alquiler ni por la comida ni por nada práctico... podrías centrarte por completo en la carrera. Yo cubriría todo. Los gastos médicos, obviamente, pero también todo lo demás. Y te pagaría. Aparte de los gastos. Una cantidad real, no simbólica.

Amy la miró.

—¿Hasta qué punto real?

—Sesenta mil dólares —dijo Lucy—. Pagados en plazos. Un tercio por adelantado, un tercio a los seis meses y un tercio en el parto.

La cifra cayó en la habitación.

Sesenta mil dólares.

Amy mantuvo el rostro inmóvil.

Pensó: *es suficiente. Más que suficiente. Eso resuelve el problema.*

También pensó, por debajo de eso, más bajo y menos cómodo: *¿así es como se siente que te compren?* Y: *¿importa, si es*

así? Y: *sí*, pensó, *importa, importa que sepa distinguir entre elegir esto y que me compren para hacerlo, y necesito asegurarme de saber cuál de las dos cosas es antes de decir nada más.*

Amy había hecho números durante el trayecto. Había intentado anticipar lo que Lucy podría ofrecer y había manejado cifras razonables y no había llegado a sesenta mil dólares.

—Eso es...

—Cubre lo que te falta de matrícula y tus gastos de vida y lo que dejes de ganar con las clases particulares y la compensación de la donación por la que viniste en primer lugar —dijo Lucy—, y sobra lo suficiente para que no empieces tercero de Medicina en la misma situación en la que estás ahora.

Hizo una pausa.

—Busqué el coste medio de Medicina en California. Quería asegurarme de que la cifra fuera de verdad útil, no solo grande.

Amy se quedó mirándola.

—Has investigado mi matrícula.

—Investigo las cosas —dijo Lucy, con la cualidad de alguien haciendo una admisión muy pequeña.

Amy miró la libreta. Había escrito *preguntas* arriba y lo había subrayado y luego había anotado cuatro cosas debajo, y la cuarta era *qué quiere realmente de mí*, y ahora estaba mirando eso, su propia letra, y pensando en una mujer que había pasado dos días investigando el coste de Medicina en California para poder hacer una oferta que fuera realmente útil.

—¿Qué ganas tú? —preguntó Amy.

Lucy la miró con serenidad.

—La posibilidad de que nazca mi hija.

—¿Y después? ¿Qué... qué aspecto tiene el después? ¿Simplemente te entrego un bebé y desaparezco? ¿Somos...

qué somos la una para la otra después de esto?

—No lo sé —dijo Lucy.

Y la honestidad de aquello era tan directa y tan desprotegida que detuvo a Amy un momento.

—No creo que ninguna de las dos pueda saberlo todavía. Pero no quiero que desaparezcas. No creo...

Se interrumpió.

—Creo que, sea lo que sea esto, es demasiado importante para que cualquiera de las dos simplemente se marche cuando termine. Pero no quiero prometer cosas que no sé si podré cumplir sobre cómo será. No me parece justo para ninguna de las dos.

Amy miró la mesa. La luz de la cocina había cambiado en los últimos veinte minutos, volviéndose más cálida a medida que caía el sol, y la habitación tenía la cualidad concreta del final de la tarde en un lugar donde alguien había pensado en la luz.

Pensó en su piso. En el sofá sospechoso. En Gerald, la mancha del techo. En los apuntes de inmunología de Jade siempre por el suelo. En los cuatro interrogantes de su lista.

Pensó en los cuarenta y tres dólares y en los ajustes de mercado y en su abuela Evie diciendo *un paso*.

Pensó en que estaba sentada en una cocina que parecía un hogar, frente a una mujer que había hecho los deberes, hablando de algo enorme e imposible y también, de alguna manera que no había esperado, de algo que se parecía menos a un desastre de lo que se le había parecido dos días antes.

Pensó: *necesito no tomar esta decisión porque la cocina es acogedora*.

—Necesito una semana —dijo.

Lucy asintió inmediatamente.

—Tómala.

—Y necesito que esté por escrito. Lo que acordemos. Un documento de verdad.

—Por supuesto.

Pausa.

—Haré que mi abogado lo redacte.

—Quiero que mi propia abogada lo revise.

—Yo insistiría en ello —dijo Lucy.

Amy la miró. Lucy le sostuvo la mirada. Fuera de la ventana de la cocina el jardín se estaba volviendo dorado con la luz tardía y en algún lugar de la casa un reloj hacía tictac, como hacen los relojes en las casas lo bastante silenciosas como para oírlos.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Amy.

—Sí.

—La habitación. Donde yo... si dijera que sí. ¿Puedo verla?

Algo cruzó el rostro de Lucy. No exactamente sorpresa. Algo más callado que eso, y menos defendido. Se levantó.

—Sí —dijo—. Ven.

La habitación estaba al final del pasillo de arriba, la más pequeña de las cuatro, con una ventana orientada al jardín. La habían pintado de un blanco cálido que no era del todo blanco, algo con más profundidad, algo que cambiaba con la luz. Había una cómoda contra una pared, de madera vieja restaurada, con una pequeña imperfección en la esquina superior derecha que decía que el trabajo se había hecho a mano.

No había casi nada más.

Amy se quedó en la puerta mirándola un largo momento.

—La pinté hace dos años —dijo Lucy desde justo detrás de ella.

Su voz tenía una cualidad que Amy todavía no le había oído: algo cuidadoso y expuesto, el sonido de alguien mostrándote una cosa que no enseña a mucha gente.

—No suelo subir a nadie aquí.

Amy miró la ventana. El jardín de abajo era ya dorado, la última luz directa atrapando las hojas de algo cuyo nombre no

conocía, y la habitación estaba llena de esa luz, cálida y concreta y real.

Pensó: *esta habitación ha estado esperando.*

No lo dijo.

—Vale —dijo en su lugar.

Se volvió. Lucy estaba en el pasillo, con una mano apoyada en el marco de la puerta, y tenía —por primera vez desde que Amy la conocía— el aspecto de alguien que no estaba gestionando cómo se veía. Solo una persona, de pie en un pasillo, esperando.

—Vale —repitió Amy—. Te daré una respuesta de aquí al próximo jueves.

—Vale —dijo Lucy.

Se quedaron allí un momento, en el silencio cálido del pasillo de arriba, y después Amy recogió el bolso de donde lo había dejado apoyado contra la pared y bajó de nuevo las escaleras, y Lucy fue detrás, y se quedaron junto a la puerta de entrada mientras Amy se ponía la chaqueta.

—Gracias por venir —dijo Lucy.

—Gracias por…

Amy hizo un gesto vago.

—El té. Y la sinceridad.

—Me parecía la única manera de hacer esto.

—Sí —dijo Amy—. A mí también.

Caminó hasta el coche y se fue, y pasó todo el trayecto de vuelta al piso sin tomar la decisión, todavía no, un paso delante del otro, como le habían enseñado.

Pero ya lo sabía.

Lo sabía desde la habitación.

8

LUCY

Amy escribió el miércoles por la mañana a las ocho y cincuenta y tres.

No el jueves. El miércoles. Seis días antes del plazo que se había dado a sí misma, un detalle que Lucy registró y decidió deliberadamente no interpretar, porque la voz de Sophie seguía en su cabeza desde el domingo diciendo *eso no son datos, todavía no*, y estaba intentando, con un éxito moderado, aplicar ese principio.

El mensaje decía: *Ya he decidido. Sí. Tengo condiciones. ¿Podemos hablar esta noche?*

Lucy lo leyó de pie en la encimera de la cocina, en los cinco minutos entre terminarse el café y salir hacia el despacho. Lo leyó dos veces. Luego dejó el móvil boca abajo sobre la encimera y se quedó completamente quieta un momento.

Sí.

Cogió el teléfono y escribió: *Esta noche me va bien. ¿A la misma hora?*

Amy: *A las cinco y media. Voy a tu casa.*

Lucy: *Aquí estaré.*

Guardó el móvil en el bolso y se fue a trabajar.

No llamó a Sophie desde el coche. No se lo dijo a Marcus cuando llegó, cosa que no habría hecho de todos modos, pero la deliberación de no hacerlo le pareció importante. Se sentó en su mesa, abrió el correo y trabajó, y el trabajo era real, y por debajo de él estaba eso a lo que todavía no tenía permitido

llamar alivio, porque el alivio requería un desenlace y ella todavía no tenía un desenlace, tenía un sí a una conversación, y ambas cosas eran distintas.

Estaba intentando mantenerlas distintas.

Salió del despacho a las cuatro y cuarto.

Era la segunda vez que hacía aquello desde que Amy había entrado en su vida, y Marcus lo registró con la misma neutralidad cuidadosa que la primera vez, algo que Lucy agradeció y no comentó.

Se cambió al llegar a casa. Aquello era algo que no dejaba de hacer y no dejaba de darse cuenta de que hacía: la chaqueta, la elección pensada de qué ponerse para una reunión que no era una reunión. Se quedó frente al armario treinta segundos, que eran veinticinco segundos más de los que merecía cualquier armario, y luego se puso unos pantalones oscuros y un jersey gris suave y bajó y preparó té y se quedó de pie en la encimera de la cocina.

Pensó en cuáles podrían ser las condiciones de Amy.

Llevaba pensándolo desde el miércoles por la mañana y había generado, al modo de una persona incapaz de dejar de prepararse para las cosas, una lista bastante completa de posibilidades. Estructura económica. Protección académica. Autonomía física. Intimidad. Había pensado en cada una y en cuál sería una respuesta justa.

También había pensado en qué pasaría si una de las condiciones fuera algo que no hubiera previsto. Algo a lo que no pudiera limitarse a decir que sí. Algo que exigiera una negociación para la que no estaba preparada.

Reconoció, de pie en la encimera de la cocina, que no tenía del todo claro si podía ser objetiva con aquello. Quería que Amy dijera que sí también a las condiciones. Quería que la conversación saliera bien. Lo quería lo bastante como para tener que ir con cuidado con la diferencia entre aceptar algo

porque era lo correcto y aceptarlo porque no soportaba la alternativa.

Sophie ya se lo había advertido.

La oía advirtiéndoselo en ese momento, a las cuatro y cincuenta y siete, en su propia cocina, y no terminaba de saber qué hacer con la advertencia.

El timbre sonó a las cinco y veintiocho.

Amy entró con una libreta.

No la misma del jueves. Más gruesa, con más páginas, de las que compras cuando esperas llenarlas. Dejó el bolso y fue directamente a la mesa de la cocina con la cualidad de alguien que ya había decidido de antemano dónde iba a sentarse, y se sentó y dejó la libreta sobre la mesa y miró a Lucy.

—Dije que tenía condiciones —dijo Amy.

—Sí —dijo Lucy, sentándose frente a ella—. Cuéntamelas.

—Seis —dijo Amy—. Algunas prácticas, otras menos. Todas innegociables.

Lucy asintió.

Amy abrió la libreta. La página estaba llena de letra, organizada por secciones, y Lucy reconoció el principio organizativo porque usaba el mismo: categorías, marcas de prioridad, la economía concreta de alguien que piensa en estructuras. Se dio cuenta de ello y lo archivó sin comentarlo.

—Llevo pensando en tu propuesta desde el jueves —dijo Amy—. En todo. La casa, el dinero, el acuerdo. Le he dado todas las vueltas que sé darle.

Miró la libreta.

—Y he decidido que sí. Pero ese sí tiene condiciones. Y necesito que entiendas que las condiciones no son puntos de negociación. Son el aspecto que tiene el sí para mí.

—De acuerdo —dijo Lucy—. Dímelas todas.

—Primera —dijo Amy—. Documento legal. Lo redacta tu abogado, lo revisa mi abogada. Tengo consulta con ella el viernes. Nada es definitivo hasta que ella esté satisfecha.

—De acuerdo.

—Segunda. Mi carrera queda protegida. Si necesito perderme algo por el embarazo, tú me ayudas a gestionarlo. No a resolverlo por mí. A ayudarme.

—Entendido.

—Tercera. La habitación es mía. Intimidad. Jade viene cuando quiera; es mi compañera de piso y mi mejor amiga y va a formar parte de esto lo planeemos o no.

—Por supuesto.

—Cuarta.

Amy miró la libreta y luego a Lucy, y su voz cambió ligeramente, algo por debajo de la franqueza que estaba menos preparado.

—Estoy llevando este embarazo. Las decisiones médicas sobre mi cuerpo son mías. Siempre. Tu opinión será bienvenida. La última palabra es mía.

—Sí —dijo Lucy. Sin pausa.

Amy la miró con atención. Lucy pudo ver que esperaba tener que discutir esta.

—Vale —dijo—. Bien.

—Lo he pensado con claridad —dijo Lucy—. Tu cuerpo. Yo tengo un interés en el resultado. Eso no me da un interés sobre tu cuerpo.

Amy le sostuvo la mirada un momento. Algo se movió en su expresión. Luego volvió a mirar la libreta.

—Quinta. El dinero. El primer pago, antes de mudarme. En el contrato.

—Sí.

—Y si algo sale mal médicamente, si el embarazo no sigue adelante por cualquier motivo que escape al control de cualquiera de las dos, me quedo con el primer pago.

—Sí —dijo Lucy—. Por supuesto.

—No estoy buscando una trampa legal —dijo Amy.

—Ya sé que no.

—Quiero que lo sepas específicamente.

—Lo sé —dijo Lucy—. Y también sé que estás asumiendo un riesgo físico importante y que ese riesgo no desaparece porque cambie el resultado. El dinero tiene eso en cuenta pase lo que pase.

Amy miró la libreta. Escribió algo. Luego dijo:

—Sexta.

Había una cualidad distinta en su voz ahora. Menos preparada que todo lo anterior.

—Esta no es legal —dijo Amy—. Es... necesito que estés de acuerdo con ella en principio.

—Dímela.

—No soy un proyecto —dijo Amy.

Levantó la vista.

—Sé que eso te va a costar. Veo cómo funcionas. Resuelves cosas, organizas cosas, anticipas cosas. Y necesito que entiendas que soy una persona, no algo que resolver.

Pausa.

—Si me cuesta algo, te lo diré. Si necesito algo, lo pediré. No necesito que me gestionen.

La cocina quedó en silencio.

Lucy la miró.

Pensó en los últimos diez días. En todas las formas en que ya había estado pensando en Amy: anticipando necesidades, dándole vueltas a lo que podría querer, preparando la habitación con la lámpara pequeña y el vaso de agua que luego había tenido que quitar. Pensó en Sophie diciendo *vas a entrar en esto ya apegada a un desenlace*. Pensó en cuánto de su preparación había sido en beneficio de Amy y cuánto respondía a su propia necesidad de estar haciendo algo, cualquier cosa, en dirección a aquello que quería.

—Te oigo —dijo.

—Necesito algo más que eso —dijo Amy.

—Lo sé.

Lucy le sostuvo la mirada.

—Soy una persona que resuelve cosas. Tienes razón. Y voy a equivocarme. Anticiparé algo que tú querías llevar por tu cuenta, o intentaré arreglar algo que no me has pedido que arregle. Cuando eso pase, quiero que me lo digas directamente.

Hizo una pausa.

—Pero también necesito decir una cosa.

Amy esperó.

—Parte de lo que tú describes como gestión —dijo Lucy con cuidado— también es, simplemente... preocuparse por alguien. Y todavía no sé del todo dónde está la línea entre ambas cosas. Voy a necesitar que me ayudes a encontrarla.

Algo cambió en la expresión de Amy. Lucy pudo ver que no esperaba eso. El reconocimiento de no saber.

—Vale —dijo Amy—. Eso es justo.

—Y vale también al revés —dijo Lucy—. Si yo... si hay cosas que necesito de este acuerdo y no las estoy diciendo con claridad, necesito que también puedas decírmelo tú.

Amy la miró.

—¿Qué tipo de cosas?

Lucy giró la taza sobre la mesa.

—Todavía no lo sé —dijo—. Esa es la respuesta sincera. No sé qué me va a costar esto emocionalmente. Me he estado preparando para la logística. No me he preparado del todo para...

Se interrumpió.

—Para lo que va a ser ver a otra persona llevar a mi hija.

La habitación quedó muy callada.

—Eso es lo primero que has dicho —dijo Amy— que no iba sobre mí.

—Lo sé.

—Has estado muy centrada en lo que es justo para mí.

—Es importante que sea justo para ti.

—Lo sé —dijo Amy—. Pero tú también eres...

Se interrumpió, buscando la forma.

—Tú también eres una persona en esto. No solo la persona con el dinero y la casa y el plan. También eres la persona que lleva dos años intentando tener un hijo y cuya última posibilidad ha terminado dentro del cuerpo de otra persona.

Le sostuvo la mirada a Lucy.

—Eso puede estar aquí también.

Lucy la miró.

No esperaba que Amy dijera aquello. Había sido tan minuciosa preparando esa conversación —la equidad de la oferta, la razonabilidad de cada término— que no había sido minuciosa con esto. Con lo que había debajo de la oferta.

—Gracias —dijo.

—No me des las gracias por decir lo evidente —dijo Amy.

—No era evidente para mí —dijo Lucy—. Esta noche no.

Amy bajó la vista a la libreta. Luego volvió a levantarla.

—No estoy haciendo esto solo por el dinero —dijo—. Quiero dejarlo claro. El dinero es real e importa y no voy a fingir que no. Pero hace diez días me senté en una cafetería y te vi mantenerte entera alrededor de algo enorme, y yo...

Se interrumpió.

—No era solo el dinero.

Lucy se quedó muy quieta.

—Todavía no sé qué más era —dijo Amy—. Estoy siendo sincera con eso. Pero no era solo el dinero.

La cocina quedó suspendida en ese silencio concreto de una habitación en la que se ha dicho algo real.

—Vale —dijo Lucy.

—Vale —dijo Amy.

Miró la libreta. Las seis condiciones, organizadas, marcadas por prioridad, innegociables. Luego miró la cocina —la lámpara, el bloc legal, la cualidad vespertina de la luz— y después volvió a mirar a Lucy.

—Quiero preguntarte una cosa —dijo Amy.

—Pregunta.

—Los sesenta mil —dijo Amy—. ¿Es una cifra que puedes permitirte de verdad? No la cifra que crees que es correcta, ni la que parece justa. La cifra que puedes permitirte de verdad sin que...

Hizo una pausa.

—...sin que cambie algo real para ti.

Lucy la miró.

—Sé que eso...

—No pasa nada —dijo Lucy—. Sí. Puedo permitírmelo. Con holgura.

—Vale.

Amy le sostuvo la mirada.

—Lo pregunto porque no quiero que el dinero sea una forma de no tener que pensar en todo lo demás. Para ninguna de las dos.

Lo dijo sin rodeos.

—He visto a gente usar el dinero para hacer que cosas que no están resueltas parezcan resueltas. No quiero que eso pase aquí.

Lucy pensó en eso.

Pensó en todas las cosas que el dinero había resuelto en su vida y en todas las que no, y en la forma concreta en que aquella situación se apartaba de ambas categorías.

—No creo que resuelva nada —dijo Lucy—. Creo que hace posible el acuerdo. Eso es distinto de resolverlo.

—Sí —dijo Amy—. Eso es exactamente.

Se quedaron un momento con aquello.

Después Amy cerró la libreta, hizo girar el bolígrafo entre los dedos y dijo:

—Quiero que esto funcione.

—Lo sé —dijo Lucy.

—No lo estoy haciendo a regañadientes.

—Eso también lo sé.

—Entonces tenemos que entrar en esto entendiendo las dos que va a ser difícil de formas que ninguna puede prever del todo —dijo Amy—. Y estar de acuerdo en que, cuando sea difícil, lo diremos en lugar de interpretar que estamos bien.

Lucy la miró a través de la mesa de la cocina.

Pensó en catorce meses interpretando que estaba bien. La sala de espera y el aparcamiento y la reunión de las tres y la voz cuidadosa de Sophie a las ocho y cuarenta y siete. Pensó en toda la energía que le había costado y en el precio que había tenido y en si en realidad había ayudado en algo.

—Sí —dijo—. Estoy de acuerdo.

—Vale —dijo Amy—. Entonces hagámoslo.

Lo dijo como parecía decir todo lo que ya había decidido: sin fanfarria, sin ceremonia, simplemente la decisión tomada, lo siguiente después.

—Vale —dijo Lucy.

Pasaron otra hora con la logística.

Fecha de mudanza, calendario de pagos, citas médicas, el lenguaje preciso de qué significaba ayudar y qué significaba gestionar y dónde estaba la línea que habían acordado ayudarse mutuamente a encontrar. Lucy tomó notas en el bloc legal. Amy escribió en la libreta. En algún momento las dos estaban escribiendo las mismas cosas en cuadernos distintos y ninguna lo comentó.

A las siete y cuarenta Amy dijo:

—Creo que por hoy es suficiente.

Y Lucy se dio cuenta de que llevaban más de dos horas en la mesa y ni siquiera había notado pasar el tiempo, cosa poco habitual en ella.

—¿Tienes hambre? —preguntó Lucy.

Amy la miró con esa leve cautela que Lucy había aprendido a reconocer como la evaluación de si algo era gestión.

—¿Has cocinado?

—Todavía no.

—Entonces sí —dijo Amy—. Tengo hambre.

Así que Lucy cocinó, que era algo que hacía bien y sin pensarlo, y Amy se sentó en la isla de la cocina y repasó sus notas mientras la pasta iba tomando forma, y la casa tuvo esa cualidad que Lucy había intentado no imaginar: otra persona dentro, los sonidos de la convivencia, la textura particular de una tarde que no era solo suya.

No iba a convertir aquello en más de lo que era.

Iba a mantenerlo firmemente en su sitio.

También admitió para sí, de pie frente a los fogones a las siete y cincuenta y tres, que se alegraba muchísimo de que Amy no hubiera desaparecido.

A las ocho y media Amy estaba junto a la puerta de entrada poniéndose la chaqueta.

—Hablaré con mi abogada el viernes —dijo—. A partir de ahí, seguimos.

—Haré que Daniel empiece mañana con el borrador —dijo Lucy.

—Bien.

Amy cogió el bolso. Hizo una pausa en la puerta.

—Lucy.

—Sí.

—Cuando esto se ponga difícil —dijo Amy—, y se pondrá, quiero que lo digas. No a mí de una manera que yo tenga que arreglar. Solo... dilo. Como has hecho esta noche. Sobre lo que te va a costar.

Lucy la miró.

—Vale —dijo.

Amy asintió.

—Vale.

Se fue.

Lucy se quedó en la puerta después de que las luces traseras doblaran la esquina, igual que llevaba dos años

quedándose en puertas, aparcamientos y salas de espera, en esa postura concreta de alguien que siempre estaba aguardando la llegada de algo siguiente.

Algo había llegado.

Entró en casa.

Se quedó de pie en la cocina, en silencio, pensando en seis condiciones, todas razonables, y en una confesión que no pensaba hacer, y en Amy diciendo que no era solo por el dinero con la cualidad de alguien que te entrega algo real.

Cogió el móvil.

No llamó a Sophie.

Se quedó en la cocina y dejó que la noche fuera lo que era —no resuelta, no simple, no ese comienzo limpio que había imaginado cuando imaginaba esto— y encontró, por debajo de toda la complicación, algo que no era exactamente alivio y no era exactamente esperanza, pero sí lindaba con ambas cosas.

Apagó la luz de la cocina.

Subió las escaleras.

Pasó por delante de la habitación al final del pasillo.

No se detuvo.

Siguió caminando.

9

AMY

La primera reacción de Jade fue el silencio.

Aquello resultaba notable porque Jade Moreno, en los dos años que Amy llevaba conociéndola, no se había quedado callada sobre nada. Tenía opinión sobre todo —marcas de café, métodos de estudio, las implicaciones éticas de las notas en curva, el momento exacto en que una serie se iba al garete — y expresaba esas opiniones con la eficacia confiada de alguien que ya había hecho el procesamiento interno de antemano y se limitaba a comunicar conclusiones.

El silencio duró once segundos. Amy los contó.

Estaban en el salón de su piso, Jade sentada con las piernas cruzadas en el cojín bueno del sofá porque había llegado antes, Amy en el suelo con la espalda apoyada en la mesa de centro porque era esa clase de conversación, la clase que se tiene en el suelo. Amy había empezado por el principio —la clínica, los formularios, el procedimiento que no había entendido, la sala de recuperación, la cara de Tessa— y había pasado por todo ello en la forma directa y secuencial con la que contaba las cosas difíciles, sin editorializar, y ahora ya había terminado y Jade seguía callada y el piso estaba haciendo esa cosa suya de quedarse en silencio.

—Vale —dijo Jade al fin.

—Vale —dijo Amy.

—Necesito…

Jade se interrumpió.

—Dame un segundo.

—Te doy dos.

Jade miró al techo. Tenía la expresión de alguien haciendo un cálculo interno rapidísimo, algo que Amy reconocía porque lo había visto aproximadamente diez mil veces en aulas y sesiones de estudio. Jade era brillante de una forma lateral: no iba directa a por las cosas, las rodeaba, llegaba a ellas desde el ángulo que no estaban esperando. Eso la convertía en una futura médica excelente y en una persona a veces agotadora con la que discutir.

—Entonces —dijo Jade—, una médica te transfirió por error los embriones de otra persona.

—Sí.

—Y esa otra persona es una abogada de treinta y dos años llamada Lucy que vive en Brentwood.

—Cerca de Brentwood.

—Amy.

—Sí —dijo Amy—. Eso es correcto.

—Y fuiste a tomar un café con ella.

—El mismo día en que pasó, sí.

—Y luego fuiste a su casa.

—Para hablar de la situación.

—Dos veces.

—La segunda fue para hablar de las condiciones.

Jade la miró.

—Negociaste.

—Tenía seis condiciones. Ella aceptó todas.

—Claro que las aceptó —dijo Jade, no del todo por lo bajo.

—¿Qué significa eso?

—Significa...

Jade volvió a interrumpirse. Descruzó las piernas, se abrazó las rodillas y miró a Amy con esa atención directa tan concreta que usaba cuando iba a decir algo que creía importante.

—Significa que entraste allí con una lista de condiciones y una abogada ya localizada, lo que quiere decir que ya habías decidido.

Amy abrió la boca y luego la cerró.

—Llamaste a una abogada antes de la segunda reunión —dijo Jade. No era una pregunta.

—La consulta es el viernes.

—Ya lo habías decidido antes de eso.

—No había… todavía lo estaba considerando…

—Amy.

La voz de Jade no fue dura. Fue la voz de alguien que la conocía lo bastante como para esquivar las defensas.

—Buscaste una abogada de familia, pediste cita, preparaste seis condiciones y volviste a la casa de una mujer a la que habías visto dos veces. Ya lo habías decidido.

Amy miró al suelo. La moqueta tenía un dibujo que se había aprendido la primera semana de vivir allí; siempre lo miraba cuando estaba pensando algo que no quería decir en voz alta.

—Lo decidí en la habitación —dijo.

—¿Qué habitación?

—Me enseñó una habitación. En la casa. Es…

Se interrumpió.

—Ha estado esperando. Se notaba. La pintó hace dos años y puso una cómoda dentro y luego simplemente… la dejó allí. Esperando.

Levantó la vista.

—No sé. Había algo en eso.

Jade la miró durante un largo momento. La expresión se le había desplazado —sin dejar de ser preocupación, pero atravesándola, hacia algo más complejo—.

—Háblame de ella —dijo.

Y Amy se lo contó.

Le habló de la cafetería y de cómo Lucy se había mantenido quieta alrededor de algo enorme, y de la manera precisa y cuidadosa en que había dicho *quiero ser directa contigo*, como si fuera una decisión que hubiera tomado y estuviera honrando. Le habló de la cocina y del bloc legal con letra escrita y de la taza que no habían guardado. Le habló de las seis condiciones y de cómo Lucy había aceptado todas sin pestañear, incluida la de no gestionarla, que era la que Amy esperaba tener que discutir.

Le habló de *tu cuerpo, tus decisiones*, y de la forma en que Lucy lo había dicho: no como una concesión, sino como algo que ya había pensado y tenía completamente claro.

Jade escuchó. Se le daba bien escuchar cuando elegía hacerlo.

Cuando Amy terminó, Jade se quedó callada un momento. Después dijo:

—Parece intensa.

—Es… sí. Es intensa.

—Pero no intensa en plan mal.

—No —dijo Amy—. Mal, no.

Jade asintió despacio.

—Y el dinero.

—Jade.

—No estoy juzgando el dinero. El dinero es real e importa, y fingir que no importa es algo que hace la gente con otras opciones.

La miró directamente.

—Te pregunto si el dinero es la razón o si forma parte de la razón.

Amy pensó en la habitación con las paredes blanco cálido y la luz entrando por la ventana del jardín y la cómoda con la pequeña imperfección en la esquina que significaba que alguien la había restaurado a mano.

—Forma parte —dijo—. Una parte real. Pero no es... si fuera solo por el dinero, me habría ido de la cafetería el martes, habría llamado a una abogada y habría buscado otra salida.

Hizo una pausa.

—Todavía no entiendo del todo el resto.

—Vale —dijo Jade—. Eso es honesto.

—Es lo máximo que tengo ahora mismo.

Jade la miró otro momento. Luego descruzó las piernas, se bajó al suelo a su lado y le dio un leve toque con el hombro.

—Cuéntame las condiciones —dijo—. Las seis.

Y Amy también se las contó.

La consulta legal fue el viernes a mediodía.

Amy había encontrado a su abogada del mismo modo en que encontraba la mayoría de las cosas que necesitaba deprisa: de manera metódica, cruzando fuentes hasta que un nombre empezaba a repetirse. Carmen Reyes llevaba asuntos de familia y contratos en una oficina de Koreatown pequeña y ordenada, con una fila de suculentas en el alféizar que estaban todas prosperando, algo que Amy interpretó como una buena señal porque las suculentas o estaban bien o estaban completamente muertas y podías saber en treinta segundos en qué clase de despacho habías entrado.

Carmen tenía poco más de cuarenta años, era compacta y precisa, y tenía la cualidad de alguien que se había pasado la carrera traduciendo las enormes complejidades de la vida de la gente a un lenguaje con el que la ley pudiera trabajar. Nada de lo que Amy le contó pareció sorprenderla, lo cual era o habilidad profesional o un reflejo de las cosas que Carmen Reyes habría visto en veinte años de derecho de familia, y probablemente ambas cosas.

—La transferencia embrionaria sin un consentimiento informado real es responsabilidad de la clínica —dijo Carmen, tomando una nota—. Eso es una cuestión distinta

del acuerdo que estás considerando con la señora Davenport, y te recomendaría mantener ambas cosas separadas legalmente. Es posible que tengas una reclamación contra la clínica. Merece la pena estudiarla por separado.

—Aún no he pensado en eso —dijo Amy.

—Piensa en ello. Hoy no, pero piénsalo.

Carmen la miró.

—Ahora, el acuerdo. Cuéntame qué se ha hablado.

Amy se lo explicó. Carmen escuchó, tomó notas e hizo preguntas precisas en los momentos precisos en que eran útiles, y al final Amy se sintió como se sentía después de una buena tutoría clínica: como si entendiera la forma de algo mejor de lo que la entendía al entrar.

—La estructura es clara —dijo Carmen—. Los acuerdos de gestación subrogada están bien establecidos en California. La filiación legal está clara: la señora Davenport y su donante de esperma son los progenitores genéticos; tú no tienes derechos ni obligaciones parentales, y eso debe quedar explícito en el documento.

Hizo una pausa.

—¿Cómo llevas eso? La parte de no tener derechos parentales.

Amy llevaba cuatro días sentándose con esa pregunta.

—Estoy bien con ello —dijo con cuidado—. Sé que el bebé es biológicamente suyo. Eso ya era verdad antes de que yo apareciera. Que yo esté implicada no cambia la biología.

—¿Y emocionalmente?

Amy miró las suculentas.

—Creo que ahora mismo necesito no responder a esa pregunta de forma definitiva —dijo—. Creo que la respuesta honesta es que todavía no lo sé del todo, y prefiero ser honesta con eso antes que decirte que estoy bien y que sea algo que en realidad no he trabajado.

Carmen la miró con algo que podía ser aprecio.

—Justo —dijo—. Voy a añadir una cláusula que delimite qué contacto, si alguno, querrías tener después del parto. No por obligación legal, sino por claridad. Es mejor tener esa conversación por adelantado.

—Ella dijo que no quiere que desaparezca —dijo Amy.

Carmen tomó una nota.

—¿Dijo qué sí quiere?

—Dijo que todavía no lo sabe.

—Vale.

Otra nota.

—Redactaré algo que os dé margen a las dos. Un marco sin exigencias rígidas.

Dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Una cosa más. El primer pago antes de mudarte: me aseguraré de que quede explícito y sea exigible. Hiciste bien en pedirlo.

—Lo aceptó sin discutir —dijo Amy.

—Bien.

Carmen volvió a coger el bolígrafo.

—¿Tiene buen abogado?

—Supongo que sí. Ella misma es abogada.

Carmen asintió.

—A finales de la semana que viene me pondré en contacto contigo con mi revisión de su borrador. No te mudes hasta tener una copia firmada en la mano.

—Lo sé —dijo Amy.

Carmen la miró por encima de las notas.

—Voy a decirte algo que no es estrictamente asesoramiento legal.

—Vale.

—Tienes veintiséis años, estás en Medicina y estás a punto de mudarte a una casa con una mujer a la que conociste hace poco más de una semana en unas circunstancias que son… inusuales.

—Sí.

—Asegúrate de entrar en esto con los ojos abiertos. No por la parte legal; con eso sí puedo ayudarte. Por la parte humana.

Hizo una pausa.

—Estas situaciones se complican de formas que los contratos no pueden prever del todo.

Amy pensó en Lucy en el pasillo, fuera de la habitación pequeña, con una mano en el marco de la puerta, pareciendo una persona que no estaba gestionando cómo se veía. Solo una persona, esperando.

—Lo sé —dijo.

—Bien.

Carmen recogió la carpeta.

—Te llamaré el martes.

Amy les dijo a sus alumnos de clases particulares que cambiaría de ubicación dentro de dos semanas. Le dijo al casero que dejaría la habitación, lo que implicó una conversación que llevaba días temiendo y que resultó sorprendentemente sencilla porque el casero ya tenía otra consulta interesándose por el cuarto y, pensó Amy, parecía casi aliviado.

Se quedó de pie en su dormitorio el sábado por la mañana mirando sus cosas.

No había muchas. Nunca había tenido muchas. Una vida construida para la movilidad, para hacer maletas con facilidad, para no acumular más de lo que podía cargar. Lo había aprendido pronto: guardabas lo que importaba, te movías cuando hacía falta y no te dejabas apegar demasiado a la geografía de un lugar.

La cómoda blanca de la habitación al final del pasillo tenía una imperfección en la esquina superior derecha de cuando la habían restaurado a mano.

Se puso a hacer cajas.

El domingo por la mañana Jade volvió de comprar café con dos vasos en lugar de uno y los dejó sobre la encimera de la cocina y se sentó con la expresión de alguien que había pensado bastante desde aquella conversación en el suelo del miércoles.

—Quiero conocerla —dijo Jade.

—Lo sé.

—Antes de que te mudes. No como condición, solo... quiero conocerla.

—Lo organizaré —dijo Amy.

Jade cogió el café.

—De verdad vas a hacer esto.

—De verdad voy a hacerlo.

—Vale.

Jade la miró por encima de la tapa del vaso.

—Entonces estoy dentro. Para lo que necesites.

Amy la miró —la cara de Jade, que intentaba ser neutra y no lo conseguía del todo; el esfuerzo bajo la serenidad; la cualidad concreta de alguien que te quiere y tiene miedo por ti y elige empezar por quererte de todos modos—.

—Gracias —dijo Amy.

—No me des las gracias. Todavía no he hecho nada.

Jade hizo una pausa.

—Pregúntamelo otra vez dentro de tres meses, cuando te esté llevando en coche a las citas con tu ginecóloga.

—No hace falta que...

—Amy.

La voz de Jade fue baja y segura.

—Ya sé que no hace falta. No estamos hablando de eso.

Amy miró a la pared. El piso ya empezaba a parecer distinto: unas cuantas cajas en la esquina, huecos en las estanterías de donde había empezado a sacar libros. El sofá con la mancha sospechosa. Gerald en el techo.

Había pasado dos años en aquel piso. Había sido el primer lugar que era suyo, realmente suyo; bueno, suyo y de Jade, que venía a ser lo mismo en la manera en que la compañera de piso adecuada hacía que un sitio se sintiera tuyo. Había sido pequeño e imperfecto y estaba lleno de noches largas de estudio y comidas compuestas casi siempre por lo más rápido, y Amy se dio cuenta de que lo había querido.

—Voy a echar de menos este sitio —dijo.

Jade la miró.

—Voy a echarte de menos a ti en este sitio —dijo—. No es lo mismo.

Amy asintió. Cogió el café.

—Háblame otra vez de la casa —dijo Jade—. De los detalles concretos. Quiero sentir envidia con propiedad.

Amy se echó a reír, y era la primera vez que se reía desde la clínica, y se sintió como si algo se aflojara, algo que había estado demasiado tenso durante demasiado tiempo.

Le habló a Jade de la casa.

Esta vez se lo contó todo, incluida la habitación.

10

LUCY

El acuerdo se firmó un jueves.

Carmen Reyes había devuelto un documento de siete páginas con anotaciones al borrador, que el abogado de Lucy —Daniel Park, que llevaba quince años dedicándose al derecho de familia y contractual y había visto casi de todo— describió como «exhaustivo» con ese tono concreto que usan los abogados cuando lo dicen como el mayor elogio posible. Lucy había leído ambos borradores y las anotaciones y la contrapropuesta, y había aceptado todos los cambios sustanciales que Carmen proponía, porque todos los cambios sustanciales que Carmen proponía eran correctos.

Amy la había llamado la noche anterior para decírselo.

—Tu abogada plantea buenos argumentos —dijo Lucy.

—Lo sé —dijo Amy—. Es buena.

—Daniel también.

—Eso también lo sé.

Pausa.

—He leído ambos borradores.

Claro que lo había hecho.

—¿Te queda alguna preocupación? —preguntó Lucy.

—Una.

La voz de Amy era cuidadosa.

—La cláusula sobre el contacto después del parto. Dice *según acuerden ambas partes de mutuo acuerdo*. Quiero que sea

un poco más específica que eso. No rígida. Solo... más específica.

—¿Qué te gustaría que dijera?

Una pausa más larga.

—Que tendremos una conversación. Antes del parto. Sobre cómo será el después. Una conversación de verdad, no solo un comodín legal.

Lucy pensó en ello.

—Puedo pedirle a Daniel que añada una redacción que exija una conversación de buena fe no más tarde de la semana treinta y seis.

—Sí —dijo Amy—. Eso.

—Vale.

Otra pausa. Más breve.

—Lucy.

—Sí.

—Quiero que sepas que he leído este documento suficientes veces como para sabérmelo casi de memoria, y que estoy satisfecha con él, y no estoy... estoy preparada.

Algo en el pecho de Lucy se asentó.

—Yo también —dijo.

Firmaron a la mañana siguiente, Amy con Carmen presente, Lucy con Daniel, ambas en la misma sala del despacho de Daniel en Century City, un lugar neutral. Lucy había estado en aquel despacho para otras firmas —contratos, acuerdos, documentos que representaban el comienzo o el final formal de cosas importantes—, y siempre tenía la cualidad de un umbral. Algo en la tinta y los testigos y el peso legal de elegir.

Vio a Amy firmar su nombre —rápido, decidido, la letra pequeña y precisa— y sintió esa cualidad de umbral más que nunca.

Después se quedaron en la acera frente al edificio, bajo el sol de la mañana, y Amy dijo:

—Iré con la primera carga el sábado.

Y Lucy respondió:

—Me aseguraré de que la habitación esté lista.

Y debería haber sonado profesional, dos personas confirmando logística, y lo era, técnicamente, pero debajo había algo que no era profesional en absoluto.

—Gracias —dijo Amy—. Por lo de Carmen. Por ponerlo fácil.

—Debería ser fácil —dijo Lucy—. Esa era la idea.

Amy la miró con esa expresión que Lucy empezaba a reconocer: la de cuando estaba comprobando algo, calibrando internamente. Luego asintió, al parecer satisfecha, y dijo:

—El sábado.

Y se fue hacia su coche. Lucy se quedó en la acera, bajo el sol de Century City, viéndola marcharse y pensando: *empieza ahora*.

Pasó el viernes por la noche preparando la habitación.

Ya había hecho que el servicio de limpieza la dejara lista, y se había asegurado de que el baño del final del pasillo estuviera abastecido —toallas, ese tipo de cosas básicas que alguien podría necesitar los primeros días antes de haber deshecho del todo las maletas—. Se quedó en el umbral del dormitorio pequeño mirándolo como llevaba dos años mirándolo: las paredes blanco cálido, la ventana al jardín, la cómoda con la imperfección en la esquina.

Había estado esperando algo.

Ella siempre había creído saber qué.

Puso una lámpara pequeña sobre la cómoda —una sencilla, de luz cálida, no demasiado grande— y un vaso de agua en el alféizar porque la habitación recibía el sol de la mañana y pensó que quizá Amy querría agua al despertarse si se levantaba temprano, y luego dio un paso atrás y miró aquellas dos pequeñas incorporaciones y reconoció, con

bastante claridad, que estaba haciendo exactamente aquello que Amy le había pedido que no hiciera.

Movió el vaso a la cómoda y lo miró allí y luego lo sacó de la habitación del todo y bajó y abrió el portátil.

Estaba preparando las cosas. Se le permitía prepararlas. Había una diferencia entre preparar y gestionar, y el vaso de agua había cruzado esa línea, y ella iba a ser una persona capaz de reconocerla y de quedarse en el lado correcto.

Trabajó hasta las once y se fue a la cama.

Amy llegó el sábado a las nueve y media de la mañana.

Conducía un Honda de diez años que era, tal como había advertido, estructuralmente optimista: Lucy lo oyó llegar desde media manzana de distancia, un sonido mecánico alegre que claramente llevaba tiempo existiendo y había sido asumido por completo. Detrás venía un segundo coche.

Jade.

Lucy ya había sido informada sobre Jade. Amy la había descrito como observadora, protectora y con opiniones que no se va a callar, lo que había hecho sonreír a Lucy de una forma que le alegró que Amy no pudiera ver a través del teléfono. Abrió la puerta principal cuando entraban en el camino y las vio bajar.

Jade Moreno era varios centímetros más baja que Amy, con el pelo oscuro y esa cualidad concreta de mirada despierta de alguien que lo ve todo y está cómoda con que se sepa que lo está viendo. Tenía dos cajas en brazos antes incluso de terminar de salir del coche, y miró la casa con una expresión que pasó por la impresión y aterrizó en algo más complejo.

Miró a Lucy con la evaluación directa de alguien que llevaba una semana pensando en aquel momento y estaba recopilando datos.

—Jade —dijo Amy, dejando la caja que llevaba y señalando entre ambas—, ella es Lucy. Lucy, Jade.

—Hola —dijo Lucy.

—Hola —dijo Jade.

Un instante.

—Bonita casa.

—Gracias.

—Amy dijo que era acogedora. Tenía razón.

Otro instante.

—Voy a estar mucho por aquí.

—Cuento con ello —dijo Lucy, y lo decía en serio, y vio cómo Jade recalibraba ligeramente ante la franqueza.

—Vale —dijo Jade—. Bien.

Volvió a coger sus cajas y miró a Amy.

—¿Adónde vamos?

Tardaron tres horas.

Amy no había hecho un equipaje ligero, o mejor dicho, no lo había hecho según los estándares de alguien que había hecho equipajes ligeros toda su vida, lo que significaba que tenía menos cosas que la mayoría, pero las tenía con criterio. Libros, muchos libros, textos de Medicina y novelas mezclados en las cajas sin una lógica organizativa aparente que Lucy reconoció como la lógica de alguien que organizaba según algo distinto de las categorías. Una lámpara de escritorio con una grieta en la base que claramente había sido reparada con cuidado. Una cafetera más vieja que todo lo demás y envuelta en un jersey para transportarla como si fuera algo precioso.

Lucy ayudó a subir cajas. No comentó nada sobre la cafetera, aunque la registró. Le enseñó a Amy dónde estaba el armario de la ropa de cama y qué baño sería el suyo y cómo funcionaba el cierre de la ventana del dormitorio, porque se atascaba un poco si no levantabas a la vez que girabas.

—Haré que lo arreglen —dijo Lucy.

—No —dijo Amy, examinándolo—. Puedo apañarme. Me gusta conocer las rarezas.

Lucy la miró.

—Las casas tienen personalidad —dijo Amy sin apartar la vista de la ventana—. Las rarezas forman parte.

Jade, que estaba sacando una caja de libros sobre el escritorio, soltó una especie de bufido divertido.

—Eso lo decía también de nuestro piso. Gerald.

—¿Quién es Gerald? —preguntó Lucy.

—La mancha de humedad del techo —dijo Amy—. Ha sido de gran apoyo.

—Ya veo —dijo Lucy, lo cual no era del todo cierto, pero era lo mejor que tenía.

Amy la miró entonces, y algo en la situación —lo absurdo, lo extraño, dos personas que se habían conocido once días antes de pie en un dormitorio rodeado de cajas hablando de una mancha de humedad llamada Gerald— pareció ocurrírseles a ambas al mismo tiempo, y a Amy se le dibujó esa cosa que Lucy ya le había visto dos veces, la comisura de la boca con ganas de moverse, y esta vez se movió. Solo un poco. Lo justo.

Lucy apartó la mirada primero.

A mediodía Lucy pidió comida al tailandés de dos manzanas más allá —le había preguntado a Amy aquella mañana qué le gustaba y Amy había dicho cualquier cosa con fideos con la convicción de alguien para quien aquello era una filosofía alimentaria genuina y meditada—, y las tres se sentaron a la mesa de la cocina, rodeadas por las pruebas de una mudanza interrumpida, y comieron.

Jade habló. Lucy estaba aprendiendo deprisa que aquel era su estado natural; no parloteo, no ruido por el ruido, sino la energía conversacional concreta de alguien que recopilaba información mientras aparentaba simplemente estar presente.

Le preguntó a Lucy por la casa. Por el barrio. Por su trabajo, de forma general, sin entrometerse, solo la forma de ello. Lucy respondió con franqueza y vio cómo Jade archivaba

las respuestas en algún sitio y formulaba la siguiente pregunta, y la cualidad del interrogatorio era lo bastante precisa como para que al cabo de veinte minutos Lucy sintiera la necesidad de señalarlo.

—Se te da muy bien esto —dijo.

Jade la miró.

—¿El qué?

—Sacar una imagen de alguien sin parecer que lo haces.

Un instante. Luego Jade sonrió, y fue la primera cosa completamente sin defensa que Lucy le vio.

—Me dijo que eras lista —dijo Jade.

—¿Dijo eso?

Jade lanzó una mirada a Amy, que estaba concentrada en sus fideos con la expresión de alguien que pensaba mantenerse al margen de aquello.

—Dijo que piensas por capas —dijo Jade—. He estado poniendo a prueba la hipótesis.

—¿Y?

—Respaldada —dijo Jade.

Cogió el tenedor.

—Por si te sirve de algo —y te lo digo porque Amy jamás te lo diría por sí sola porque está constitucionalmente en contra de decir cosas que puedan interpretarse como vulnerables—, esta semana ha estado bien. Más que bien, de hecho. Ha estado...

Jade hizo una pausa, eligiendo.

—...asentada. Y ese no es su estado por defecto cuando las cosas son inciertas.

Amy dejó el tenedor.

—Jade.

—Solo estoy informando de los hallazgos.

—No exactamente.

—Creo que las dos tenéis razón —dijo Lucy, y Amy la miró con una expresión que Lucy no terminó de leer, y Jade miró de

una a otra con una expresión que sí leyó, y Lucy cogió el vaso de agua y bebió y el momento pasó.

Jade se fue a las tres.

Abrazó a Amy en la puerta —un abrazo de verdad, de los que transmiten cosas sin decirlas— y luego se volvió hacia Lucy y dijo:

—Nos vemos pronto.

Lo dijo con la cualidad de una afirmación y de una advertencia leve a la vez, cosa que Lucy agradeció por su honestidad.

—Lo esperaré con ganas —dijo.

Vio alejarse el coche de Jade y luego se volvió para encontrar a Amy de pie en medio del salón, mirando el espacio con una expresión más difícil de leer en ausencia de la cobertura conversacional de Jade. Seguía con la misma ropa de la mañana —vaqueros y una camisa de cuadros, el pelo recogido ahora cuando antes lo llevaba suelto, una mancha de polvo en el antebrazo de las cajas—.

—¿Estás bien? —preguntó Lucy.

—Sí.

Luego Amy la miró.

—En realidad sí. Lo cual es… no dejaba de esperar que me resultara más equivocado de lo que me resulta.

—¿Te resulta equivocado?

Amy se lo pensó de verdad.

—Me resulta extraño —dijo—. Pero no equivocado.

Miró alrededor del salón.

—Tu casa… no se siente como un sitio que no me quiera aquí.

Lucy se quedó un momento con aquello.

—Bien —dijo—. Esa era la intención.

Amy la miró.

—¿Estabas nerviosa? ¿Por hoy?

—Sí —dijo Lucy.

—Yo también.

Amy volvió a mirar la habitación.

—Gracias por la lámpara. La del dormitorio.

—Por supuesto.

—Y por pedir la comida adecuada.

—Dijiste cualquier cosa con fideos.

—Lo sé, pero…

Amy hizo una pausa.

—Pediste suficiente para tres sin que nadie te lo dijera.

Lo dijo sencillamente, solo registrándolo, sin hacerlo más grande de lo que era.

—Eso… gracias.

Lucy la miró. Tuvo la extraña sensación de que aquel era el primer momento desde la cafetería en el que no estaban dentro de algún tipo de contexto estructurado; ni negociando, ni firmando, ni gestionando logística. Solo dos personas de pie en un salón al principio de algo.

—¿Estás cansada? —preguntó Lucy.

—Completamente.

—La habitación es tuya. No necesitas socializar ni estar presente esta noche ni ninguna otra. Quiero que estés cómoda.

Amy la miró un momento.

—Vale —dijo—. Voy a subir a deshacer cajas.

Cogió el bolso del sofá.

—Lucy.

—Sí.

—Creo que esto va a estar bien —dijo.

No con certeza. Con la cualidad reflexiva de alguien que había sopesado algo con cuidado y había llegado a una conclusión en la que elegía confiar.

—Yo también lo creo —dijo Lucy.

Amy subió las escaleras.

Lucy se quedó en el salón, en silencio, escuchando los sonidos de alguien moviéndose por el dormitorio pequeño al final del pasillo, los pasos suaves y los cajones de la cómoda abriéndose y cerrándose, el sonido concreto de una casa con otra persona dentro.

No se había dado cuenta, hasta entonces, de cuánto tiempo hacía que no sonaba así.

Fue a la cocina y preparó té y no hizo nada más durante un rato, solo quedarse de pie en la encimera, en silencio, escuchando cómo su casa estaba menos silenciosa de lo habitual.

Le pareció, pensó, el sonido de algo que estaba empezando.

11

AMY

La primera semana tuvo una forma que no había esperado.

Había anticipado ajuste —la fricción de dos desconocidas ocupando el mismo espacio, las pequeñas negociaciones del territorio compartido, la tensión concreta de no conocer aún bien los ritmos de alguien como para moverte a su alrededor con naturalidad—. Había vivido dos años con Jade y les había hecho falta un mes entero antes de que el piso dejara de parecer dos personas interpretando la convivencia y empezara a parecer dos personas viviendo de verdad juntas.

Con Lucy era distinto, y Amy todavía estaba intentando averiguar si distinto significaba mejor o solo desconocido.

Lucy se iba a trabajar a las siete y cuarenta y cinco cada mañana. Amy lo sabía porque ella estaba despierta a las seis y media —un hábito de la universidad que se le había calcificado en el cuerpo con independencia de a qué hora se acostara— y oía los sonidos de la casa desde su dormitorio: el café preparándose, la cadencia concreta de alguien moviéndose con eficacia por una rutina de mañana, la puerta principal cerrándose con un cuidado deliberado que decía que Lucy sabía que Amy podía seguir en la cama y estaba eligiendo no despertarla.

Eso fue lo primero. La consideración era tan constante y tan silenciosa que Amy tardó tres días en darse cuenta de ella por completo. La cafetera preparada cada noche con el café molido para que se pusiera sola por la mañana. Una caja del té

concreto que Amy había mencionado que le gustaba apareciendo en la encimera sin comentario alguno. El volumen de la televisión —Lucy veía las noticias por la noche, un hábito que Amy encontraba inexplicablemente tranquilizador— bajado los días en que Amy había mencionado que tenía clase a las siete.

No gestionada. No atendida de forma performativa. Solo... tenida en cuenta.

Amy seguía averiguando qué hacer con eso.

Sus clases de martes y jueves iban seguidas de nueve a una, lo que significaba que salía de casa antes de que Lucy se fuera a trabajar. Los demás días se cruzaban en la cocina —a veces doce minutos, a veces más— y Amy había empezado, sin proponérselo, a encontrar esas mañanas la parte más interesante del día.

Lucy antes del trabajo era una versión distinta de Lucy a la que Amy había conocido en la sala de espera de la clínica o al otro lado de la mesa de la cocina durante las negociaciones. Seguía siendo compuesta —aquello parecía estructural, no circunstancial—, pero había algo más desprotegido en ella a las siete y cuarto de la mañana en su cocina, algo que tenía que ver con estar en un espacio que se había construido para sí misma y no estar aún del todo dentro del registro profesional con el que se movía por el mundo.

Era graciosa, algo que Amy no había previsto.

No graciosa de forma obvia, no como una actuación. Seca. Callada. La clase de graciosa que exigía que estuvieras prestando atención, y Amy descubrió que lo estaba, más de lo que había esperado.

El miércoles de aquella primera semana Lucy leyó algo en las noticias e hizo un *hm* con un tono concreto, y Amy, sin levantar la vista de los apuntes, dijo:

—Qué.

Y Lucy le describió una pieza de litigio corporativo que se había resuelto de una forma que a ella le parecía o impresionante o desconcertante, no tenía claro cuál de las dos cosas, y Amy dijo:

—Ambas, creo.

Y Lucy la miró con una expresión que era... sorpresa. No de forma dramática. Solo un breve reajuste. Como si hubiera esperado tener que explicarse y no hubiera sido necesario.

La mañana siguió a su alrededor, y Amy volvió a mirar los apuntes, y Lucy terminó de leer el artículo, y no pasó nada, salvo que el silencio que vino después era distinto del que había antes.

Tenía una cita con la obstetra el viernes de aquella primera semana.

Fue sola, que era lo que había querido, lo que había especificado en el acuerdo, y se sentó en una sala de espera distinta de la de Brentwood y rellenó formularios distintos y conoció a la doctora Sarah Okafor, muy recomendada por Carmen y con la cualidad de alguien que ocupaba exactamente el espacio necesario y ni un centímetro más.

—Te han hecho una admisión muy completa —dijo la doctora Okafor, repasando la historia de Amy—. Entiendo la situación.

—Bien —dijo Amy—. Preferiría no tener que volver a explicarla.

—Solo preguntaré lo relevante.

La doctora Okafor levantó la vista.

—Físicamente estás bien. La implantación, por lo que vemos, ha tenido éxito. Se transfirieron ambos embriones y hoy confirmaremos la viabilidad con una ecografía.

Amy se quedó un momento con esa palabra. Ambos. No se había permitido pensar con demasiada precisión en eso.

—Es posible que sean gemelos —dijo.

—Es posible. Veremos qué muestra la ecografía.

La doctora Okafor hizo una pausa.

—¿Cómo te sientes con esto? Con toda la situación.

—Soy estudiante de Medicina —dijo Amy—. Entiendo la fisiología.

—No es eso lo que he preguntado.

Amy miró la pared. Había una lámina enmarcada de un diagrama anatómico que le resultó extrañamente reconfortante.

—Estoy bien —dijo—. Es raro. Pero tomé la decisión con claridad y estoy dentro de ella con claridad y no... no estoy pasándolo mal de la manera en que quizá esperaría.

—¿Y la mujer a cuyos embriones corresponde este embarazo?

—Lucy.

El nombre le salió con naturalidad.

—Tenemos un acuerdo claro. Ella... ella está bien. Confío en la situación.

La doctora Okafor la miró con calma.

—¿Confías en ella?

Amy pensó en la cafetera preparada cada noche. En el té sobre la encimera. En el volumen de la televisión.

—Sí —dijo, con menos vacilación de la que esperaba.

La doctora Okafor tomó una nota.

—Bien. Eso importa más que el papeleo.

La ecografía mostró un único embrión viable.

Amy estaba tumbada en la camilla mirando la pantalla y dejando que la información se asentara. Uno. El otro no había implantado. Estadísticamente normal, dijo la doctora Okafor, muy frecuente en transferencias dobles, nada que indicara ningún problema. El que sí había implantado estaba exactamente donde debía estar, midiendo exactamente lo que debía medir.

Amy miró la pantalla durante un largo momento.

No tuvo la reacción que había anticipado. Se había estado preparando para algo complicado —la rareza de ver la prueba de un embarazo que no había elegido, la disociación de que fuera biológicamente de otra persona—, y parte de eso estaba ahí, la rareza era real. Pero por debajo había algo para lo que no se había preparado, algo muy callado y completamente inesperado: una sensación de asombro.

Había algo ahí. En la pantalla. Aproximadamente del tamaño de un grano de arroz y ya más organizado de lo que nadie tendría derecho a estar a esas alturas.

Pensó: *Lucy va a querer saber esto*.

No como obligación legal. No como deber contractual. Solo... Lucy iba a querer saberlo, y Amy descubrió que quería ser ella quien se lo contara.

Estuvo de vuelta en casa a las seis.

El coche de Lucy estaba en el camino, lo que significaba que había regresado del despacho, algo un poco antes de lo habitual. Amy entró con la llave que había estado en la encimera de la cocina la primera mañana, dejada allí sin ceremonia, y siguió el olor de algo cocinándose.

Lucy estaba en la cocina.

Amy se fijó en que estaba cocinando de verdad —no esa clase de cocina performativa que hace la gente cuando quiere parecer doméstica, sino la de verdad, concentrada y ligeramente absorta, con la postura concreta de alguien que cocina como hace la mayoría de las cosas: con atención plena —. Había una tabla de cortar con hierbas y una sartén al fuego y la cocina olía a algo con ajo y algo verde.

Lucy levantó la vista cuando Amy entró.

—¿Qué tal ha ido?

Amy dejó el bolso en una silla. Había estado pensando en cómo decir aquello durante el trayecto de vuelta, dándole vueltas.

—Uno —dijo—. Ha implantado un embrión. El otro no.

Lucy se quedó inmóvil un instante.

—Eso es... normal —dijo Amy—. Frecuente. La doctora Okafor ha dicho que es exactamente lo esperable en una transferencia doble. No pasa nada.

—Uno es...

Lucy se interrumpió.

—Uno está bien. Uno es... sí.

Dejó el cuchillo que tenía en la mano.

—¿Estás segura de que todo se veía bien?

—Mide exactamente lo que corresponde a la edad gestacional. El latido...

Amy hizo una pausa.

—Había latido.

Algo cruzó el rostro de Lucy. Rápido y desprotegido y tan sin defensa que Amy sintió que estaba viendo algo que solo se le permitía ver porque Lucy no había conseguido volver a colocarse la compostura a tiempo.

—Vale —dijo Lucy.

La voz no le salió del todo igual.

—¿Quieres ver la ecografía? —preguntó Amy—. Tengo una copia. La doctora Okafor me la ha impreso.

Un instante.

—Sí —dijo Lucy—. Por favor.

Amy sacó la imagen del bolso, se acercó a la isla de la cocina y la dejó sobre la encimera, y Lucy la miró durante un largo momento sin moverse, con las dos manos planas sobre la encimera a ambos lados del papel, y Amy se quedó a su lado mirando la pequeña imagen gris y ninguna de las dos dijo nada.

Era la primera vez que estaban tan cerca físicamente sin una mesa entre ambas. El hombro de Lucy estaba a unos centímetros del suyo y la cocina estaba cálida y la sartén al fuego estaba haciendo algo que requería atención, y aun así ninguna se movió.

—Hola —dijo Lucy en voz baja, a la imagen.

Era una palabra tan pequeña. Tan privada. Amy sintió que el aire de la habitación cambiaba ligeramente y tuvo el instinto claro de que estaba presenciando algo que llevaba mucho tiempo preparándose y que estaba ocurriendo en ese instante porque Lucy había olvidado, por un momento, que no estaba sola.

Dio un pequeño paso atrás, en silencio, dándole ese espacio.

—Voy a...

Amy señaló.

—La sartén.

—Sí —dijo Lucy, sin moverse—. Gracias.

Amy bajó el fuego y se fue al otro lado de la cocina y encontró algo que hacer con las manos que no implicara mirar la cara de Lucy.

Al cabo de un momento Lucy cogió la ecografía, la miró una vez más y la dejó de nuevo, con cuidado, sobre la encimera. Volvió a la sartén con la compostura casi restaurada, casi, y dijo:

—¿Tienes hambre?

Con una voz solo ligeramente distinta de la habitual.

—Muchísima —dijo Amy.

—Estará en veinte minutos.

—Voy a cambiarme.

Amy cogió el bolso. Hizo una pausa en la puerta de la cocina.

—Lucy.

Lucy la miró.

—Tiene buena pinta —dijo Amy—. De verdad. La doctora Okafor... me ha gustado. Es directa y no se va por las ramas.

Hizo una pausa.

—Creo que te caería bien.

Lucy la miró un momento.

—¿Puedo ir? —preguntó—. A la próxima cita. Si... si te parece bien.

—Sí —dijo Amy—. Iba a proponértelo yo.

Subió las escaleras.

Se cambió la ropa de la clínica y se sentó un momento en el borde de la cama, en la habitación de paredes blanco cálido y ventana al jardín, escuchando los sonidos de Lucy cocinando en la cocina de abajo, el silencio doméstico concreto de una casa con alguien dentro preparando comida.

Pensó: *hola*.

Pensó en cómo lo había dicho Lucy. A la imagen de la ecografía. La intimidad de ello y la sencillez y la manera en que ocho años de deseo habían quedado comprimidos en una sola sílaba.

Se apoyó la mano plana sobre el esternón.

Un paso, se dijo.

Bajó a cenar.

Cenaron en la mesa de la cocina.

Lucy había hecho pasta —simple, buena, de la que exige saber lo que haces—, y se sentaron una frente a la otra como siempre se sentaban y hablaron de cosas que no eran la ecografía. Amy le contó una clase del martes que había sido genuinamente interesante y Lucy le habló de un caso del que no podía hablar en concreto pero sí en términos generales, lo suficiente para que resultara interesante.

En algún momento Amy dijo algo que hizo reír a Lucy —una risa de verdad, no la educada, rápida y genuina y sorprendida de sí misma—, y Lucy pareció un poco sobresaltada por haberla soltado antes de decidir si iba a hacerlo.

—¿Qué? —dijo Amy.

—Nada —dijo Lucy—. Eres graciosa.

—Lo sé —dijo Amy.

Lucy la miró con una expresión que estaba haciendo varias cosas a la vez, y Amy le sostuvo la mirada, y la cocina estaba cálida a su alrededor y la ecografía seguía sobre la encimera, donde Lucy la había dejado, y ninguna dijo nada más al respecto.

Después de cenar Amy recogió porque Lucy había cocinado y esa era la lógica con la que estaba funcionando, y Lucy se quedó a la mesa de la cocina con el portátil trabajando en algo, y la casa tenía una cualidad que Amy estaba empezando a reconocer.

Asentada. Esa era la palabra.

Todavía no sabía muy bien qué hacer con eso.

Guardó el último plato y dio las buenas noches y subió y se tumbó a oscuras en la habitación del final del pasillo y escuchó la casa a su alrededor.

Desde abajo, débilmente: el sonido del portátil de Lucy. El silencio. La calidez concreta de una casa que no estaba vacía.

Amy miró al techo.

Un paso, pensó, y lo sintió menos como una advertencia de lo que lo había sentido antes.

12

LUCY

Sophie vino a cenar el sábado.

Aquello estaba planeado desde hacía dos semanas, lo que significaba que estaba planeado desde antes de que Amy se mudara, lo que significaba que Lucy había considerado cancelarlo y había decidido no hacerlo, porque cancelarlo habría sido una forma de gestionar: a Amy, a la situación, a la ansiedad concreta que le producía que esas dos cosas ocuparan la misma habitación por primera vez.

Se lo dijo a Amy el jueves.

—Mi mejor amiga viene a cenar el sábado. Puedes unirte o no, como prefieras. Sin ninguna presión, en ningún sentido.

Amy estaba en la mesa de la cocina con sus apuntes, rotulador en mano, y levantó la vista con la expresión que usaba cuando evaluaba algo deprisa.

—¿Qué le has contado de mí?

—Todo —dijo Lucy—. Lo sabe desde el día de la clínica.

—¿Todo todo?

—Sophie lo sabe todo —dijo Lucy—. Ese ha sido el acuerdo durante once años y ya he dejado de intentar cambiarlo.

Amy la miró un momento.

—Vale —dijo—. Estaré.

Lo cual era o valiente o curioso o una combinación de ambas cosas, y Lucy pasó la noche del jueves fingiendo que no estaba pensando en ello.

Sophie llegó a las siete con vino —una buena botella, de las que llevaba cuando estaba prestando atención— y miró la casa del modo en que siempre la miraba, con los ojos de alguien que conocía a Lucy lo bastante como para leer el espacio como una prolongación de ella.

Luego miró la cocina y la segunda taza sobre la encimera y el libro de texto de Medicina en la mesa de centro y la camisa de franela echada sobre el brazo del sofá, y su expresión hizo esa cosa que hacía cuando estaba archivando algo a toda velocidad.

—¿Todavía no ha bajado? —preguntó Sophie.

—Está arriba. Ahora baja.

—Sus cosas están por todas partes.

—Es un libro de texto y una chaqueta.

—Para ti eso es por todas partes.

Lucy le tendió un vaso de agua y dijo:

—No.

—No he dicho nada.

—Estabas a punto.

Sophie cogió el agua con esa sonrisa mínima de alguien a quien han leído correctamente y no va a pelearlo. Se sentó en la isla de la cocina y miró a Lucy con la atención cuidadosa que usaba cuando estaba decidiendo cómo empezar.

—¿Qué tal? —preguntó—. De verdad.

Lucy abrió el horno para comprobar el pollo.

—Han pasado nueve días.

—Eso no es una respuesta.

—Está bien —dijo Lucy—. Bien de verdad, en realidad. Mejor de lo que esperaba.

—Esperabas un desastre.

—Esperaba ajuste —dijo Lucy, que era más preciso y también más honesto—. Y ha habido ajuste. Pero ha sido…

Se interrumpió.

—Es fácil convivir con ella. Eso me ha sorprendido.

—¿Por qué?

—No lo sé. Creo que esperaba más fricción.

Sophie hizo girar el vaso de agua entre las manos.

—Te gusta.

—Es fácil que te guste.

—No es eso lo que he dicho.

Lucy cerró el horno.

—Sophie.

—Solo lo estoy observando.

—Observas demasiadas cosas.

—Es una habilidad.

Sophie la miró con calma.

—Te gusta y eso te está volviendo cuidadosa, y esa cautela en algún momento se va a convertir en un problema, pero esta noche no voy a insistir con eso porque está a punto de entrar y no quiero que lo primero que vea sea que te están gestionando a ti.

Lucy la miró.

—Te lo agradezco.

—Ya lo sé.

Sophie cogió el vino.

—Ve a buscarla. Dile que la cena está casi lista.

Amy bajó en vaqueros y un top oscuro y suave distinto de la combinación de franela y camiseta de rayas que Lucy había empezado a asociar con sus horas informales, lo cual era o una coincidencia o un pequeño reconocimiento de que aquella noche era ligeramente distinta, y Lucy se dio cuenta de ello y se dio cuenta de que se había dado cuenta y siguió adelante.

—Sophie —dijo Lucy—, ella es Amy. Amy, Sophie Klein.

Sophie miró a Amy con toda la fuerza de su atención, que era considerable. Amy le sostuvo la mirada sin inmutarse, que era la respuesta correcta y también, pensó Lucy, la única posible ante Sophie que no te colocaba inmediatamente en desventaja.

—Hola —dijo Amy.

—Hola —dijo Sophie.

Un instante.

—Lucy me ha dicho que estás en Medicina.

—Segundo curso. En la USC.

—Curso duro.

—Sí.

—Y estás llevando eso y...

Sophie hizo un gesto leve, señalando la situación en su totalidad.

—...esto.

—De momento —dijo Amy.

Sophie la miró un momento más. Luego dijo «bien» con ese tono concreto que usaba cuando lo decía en serio, se apartó para dejarle sitio en la isla y al parecer con eso quedó resuelto.

Lucy soltó el aire en silencio y fue a terminar el pollo.

La cena fue, según cualquier medida objetiva, un éxito.

Sophie se interesaba de verdad por la gente en vez de limitarse a fingir interés, y Amy decía lo que pensaba y preguntaba lo que quería saber y no llenaba los silencios por llenarlos, y Lucy se encontró mirándola al otro lado de la mesa más de lo estrictamente necesario.

Hablaron de Medicina. Sophie había hecho premedicina antes de cambiarse a Derecho y seguía teniendo opiniones al respecto, opiniones firmes, y Amy sostuvo la conversación con la facilidad de alguien que conoce su materia y no necesita interpretarla. Hablaron de Los Ángeles y de dónde había crecido Amy —no en Los Ángeles, dijo, sino en Santa Bárbara, lo que explicaba ciertas cosas de su manera de hablar de la ciudad, esa ligera cualidad de forastera incluso después de dos años—.

—¿Dónde está tu familia? —preguntó Sophie dentro del flujo natural de la conversación, sin intención.

—Me crio mi abuela —dijo Amy con la misma franqueza directa con la que siempre decía eso—. Murió cuando yo tenía dieciocho años.

—Lo siento —dijo Sophie.

—Gracias.

Amy cogió el tenedor.

—Ha pasado tiempo. Tengo... tengo a Jade. Y una red más o menos general de personas que he ido reuniendo por el camino.

Lo dijo con ligereza, pero Lucy, que llevaba nueve días escuchando cómo Amy decía las cosas, oyó lo real debajo de la ligereza.

Sophie también lo oyó. Miró a Lucy una fracción de segundo y Lucy bajó la vista al plato.

—¿Qué te hizo elegir Medicina? —preguntó Sophie.

Amy consideró la pregunta del modo en que consideraba las cosas que ya había pensado antes pero que seguía tomándose en serio cuando se las hacían.

—Mi abuela estuvo enferma el último año de su vida —dijo —. Pasé mucho tiempo en hospitales. Y no dejaba de pensar..., no dejaba de notar la diferencia entre los médicos que te hacían sentir una persona y los que te hacían sentir un problema. Quería ser de los primeros.

La mesa se quedó en silencio un momento.

—¿Qué especialidad? —preguntó Lucy.

Amy la miró.

—Todavía no lo sé. Pensaba en Medicina Interna. Quizá obstetricia.

Hizo una pausa leve.

—Eso último es nuevo.

Lucy le sostuvo la mirada un momento.

—Lo veo —dijo en voz baja.

Algo cruzó el rostro de Amy. No exactamente una sonrisa. Algo más interior que eso.

Sophie miró de una a otra con la quietud cuidadosa de alguien que está eligiendo no reaccionar.

Después de cenar Amy ayudó a recoger la mesa —lo hizo sin preguntar, sencillamente se levantó y empezó, el movimiento natural de alguien que hace esas cosas porque están ahí para hacerlas— y Sophie observó aquello con una expresión que Lucy pudo leer desde el otro lado de la cocina.

Lucy evitó mirarla a los ojos.

Amy se retiró a las nueve y media con la elegancia de alguien que entendía cuándo debía dejarle espacio a la gente, algo que Lucy agradeció.

—Me ha encantado conocerte —le dijo a Sophie, y lo dijo sencillamente, sin interpretación social.

—Igualmente —dijo Sophie, y lo dijo con esa manera en que se notaba cuando hablaba en serio—. Volveré.

—Ya lo sé —dijo Amy con una leve sonrisa.

Le dio las buenas noches a Lucy —«el pollo estaba excelente, por cierto»— y subió las escaleras, y Lucy escuchó sus pasos cruzar el pasillo y la puerta del dormitorio pequeño cerrarse con su sonido particular.

Silencio.

Entonces Sophie se volvió hacia Lucy con una expresión que contenía un párrafo entero.

—No —dijo Lucy.

—No he dicho nada.

—Estabas a punto.

Sophie cogió el vino. Lo dejó. Miró a Lucy con la atención directa de once años.

—Es maravillosa —dijo.

—Lo sé.

—No de la forma que esperaba. Pensé..., no sé qué pensé. Quizá alguien más frágil. Alguien que necesitara más de la situación de lo que estaba dando.

Sophie negó con la cabeza, apenas.

—No necesita nada de ti. Ha elegido estar aquí.

—Sí —dijo Lucy.

—Esa distinción importa.

—Lo sé.

—Y te gusta —dijo Sophie. Ya no era una pregunta.

Lucy miró la encimera de la cocina. La ecografía del viernes seguía allí: la había movido de la encimera al alféizar de la ventana sobre el fregadero, apoyada contra el cristal, donde le daba la luz de la mañana. No había decidido colocarla ahí. Simplemente había acabado ahí.

—Me enseñó la ecografía —dijo Lucy—. Volvió de la cita y me la enseñó, y dijo…, dijo «parece que está bien». No el embrión. Ella. Dijo ella.

Hizo una pausa.

—No sé si fue a propósito. Pero lo dijo.

Sophie se quedó callada.

—Estoy intentando con mucho empeño —dijo Lucy— ser apropiada con todo esto.

—Ya lo sé.

—Y no estoy segura de que…

Se interrumpió.

—No estoy segura de que apropiada siga siendo el enfoque correcto. No estoy segura de que lo haya sido nunca. Solo que no sé cuál es el enfoque correcto.

Sophie cogió la copa.

—¿Puedo decir lo que no te va a gustar oír?

—Lo vas a decir de todas formas.

—Llevas ocho años eligiendo mujeres dispuestas a quererte en la versión fácil de una vida y no en la real.

La voz de Sophie era a la vez suave y directa.

—Y ahora hay una persona durmiendo en tu casa que se ha leído la letra pequeña de esta situación, toda, y ha elegido estar aquí de todos modos. Con condiciones. Con abogada.

Con seis puntos innegociables que, por lo que me contaste, eran todos completamente razonables.

Hizo una pausa.

—Sabía dónde se estaba metiendo y se ha metido igual. Eso no es poca cosa.

Lucy miró la ecografía en la ventana.

—Vino a donar óvulos —dijo—. Por dinero. Tiene veintiséis años. Yo tengo treinta y dos y soy su..., soy parte de un acuerdo legal bajo el que ella está operando. La diferencia de poder es...

—Real —dijo Sophie—. Lo sé. Pero, Lucy..., negoció ese acuerdo. Tenía su propia abogada. Puso sus propias condiciones. No es alguien a quien la situación le está sucediendo.

Pausa.

—Es alguien que decidió.

Lucy guardó silencio un momento.

—No quiero complicarlo.

—Ya es complicado.

—Más complicado.

Sophie la miró.

—Quieres decir que no quieres sentir lo que estás sintiendo y que luego no sea correcto. No quieres abrir algo para que luego ella no esté ahí.

Lo dijo con sencillez, sin crueldad.

—Eso es lo que quieres decir.

Lucy no respondió.

—Ya lo sé —dijo Sophie, más bajo—. Ya sé que es eso.

Se quedaron un momento dentro de aquello. Afuera, el jardín estaba oscuro y la cocina contenía su silencio y arriba, en algún sitio, Amy probablemente estuviera leyendo o estudiando o tumbada en la habitación del final del pasillo mirando la ventana al jardín.

—Va a tener un bebé dentro de ocho meses —dijo Lucy—. Mi bebé. Y luego... no sé qué viene después. Nadie sabe qué viene después.

—No —dijo Sophie—. Pero eso es verdad en todas las relaciones que alguna vez han merecido la pena.

Lucy miró a su mejor amiga de once años.

—No te estoy diciendo que hagas nada —dijo Sophie—. Te estoy diciendo que dejes de fingir que no sientes lo que sientes. Esa parte no te está ayudando.

Lucy cogió la copa de vino.

—El pollo estaba excelente de verdad —dijo Sophie al cabo de un momento.

—Gracias.

—Y ella me cae bien. Por lo que valga.

—En realidad vale bastante —dijo Lucy—. No te cae bien casi nadie.

—Me cae bien casi todo el mundo —dijo Sophie, con dignidad—. Lo que pasa es que no se lo digo a casi nadie.

Lucy fregó después de que Sophie se fuera.

Se movió por la cocina en el silencio de la casa, guardando cosas, dejando correr el agua, haciendo esas tareas pequeñas y repetitivas que usaba cuando necesitaba pensar sin pensar. La ecografía atrapaba la luz de la ventana encima del fregadero.

La miró.

Pensó en Amy diciendo *parece que está bien*. En cómo se había apartado en la cocina el viernes, en silencio, dejándole a Lucy un momento sin convertirlo en algo. En las mañanas de doce minutos. En la risa de Amy, que ya le había provocado dos veces y que las dos veces había sorprendido a Lucy, lo cual era extraño porque no era una risa sorprendente, solo era genuina, y las cosas genuinas tienen una cualidad de sorpresa cuando no las estás esperando.

Pensó en lo que había dicho Sophie.

Pensó en la mujer que había entrado en una cafetería doce días antes y se había sentado frente a ella y había dicho *no estoy diciendo que sí y no estoy diciendo que no* con una firmeza que le había costado algo, y que luego se había ido a casa y había hecho una lista con condiciones y había encontrado una abogada y había vuelto.

Apagó la luz de la cocina.

Se quedó de pie un momento a oscuras, con la ecografía iluminada por la luz ambiental del jardín del otro lado del cristal, la pequeña imagen gris una semana más avanzada que la última vez que había pensado en ella.

—Hola —dijo otra vez, dirigiéndose a ella.

En voz baja. En la oscuridad. Solo ella.

Se fue a la cama.

13

AMY

A las tres semanas, Amy había aprendido lo siguiente sobre Lucy Davenport:

Hacía café a las seis y cincuenta y ocho todas las mañanas sin variación. Ni a las seis y cincuenta y cinco ni a las siete. A las seis y cincuenta y ocho, lo cual era o una coincidencia o el resultado de una rutina matinal medida al minuto, y Amy estaba bastante segura de que era lo segundo. Se lo bebía solo, de pie en la encimera, leyendo algo en el móvil exactamente durante lo que duraba la primera taza. Nunca miraba las noticias en el teléfono antes de que el café estuviera listo, cosa que Amy había comprobado experimentalmente bajando lo bastante pronto como para observarlo, y que sugería una decisión deliberada más que un hábito.

Era una persona nocturna interpretando a una persona matinal. Amy lo había averiguado al cuarto día: la ligera compresión de la energía de Lucy antes de las nueve, la forma en que se abría después, el tipo de concentración concreta de sus noches cuando trabajaba en la mesa de la cocina. Corría por las mañanas porque había decidido hacerlo, no porque su cuerpo lo quisiera. Amy lo reconocía porque hacía lo mismo y lo odiaba exactamente igual.

Mantenía siempre un bloc legal sobre la mesa de la cocina. La letra cambiaba según en qué estuviera trabajando: apretada y precisa para notas, más suelta para listas, a veces algo que parecían diagramas, formas y flechas que Amy no

había logrado descifrar desde el otro lado de la mesa sin parecer que estaba mirando.

Tenía una risa concreta para cuando algo le hacía gracia de verdad frente a cuando le hacía gracia por cortesía, y la de verdad era más baja y venía con una pequeña exhalación, y Amy había dejado de fingir que no estaba catalogando la diferencia.

Se interesaba por Amy sin parecer que se interesaba por Amy, lo cual era o la cosa más considerada que nadie había hecho jamás o una forma de vigilancia tan elegante que había dejado de sentirse como vigilancia, y Amy llevaba dos semanas dándole vueltas a cuál de las dos cosas era sin resolverlo.

—Estás describiendo a una persona que te parece interesante —dijo Jade.

Estaban en el cuarto de Amy un miércoles por la tarde, Jade en el suelo con sus apuntes de bioquímica porque Jade estudiaba mejor en el suelo, Amy en la cama con el portátil. Llevaban tres miércoles seguidos así, Jade conduciendo hasta allí después del grupo de estudio porque, según decía, no se fiaba de que Amy se pasara la semana entera encerrada en aquella casa y perdiera perspectiva.

Amy sospechaba que aquello era su manera de decir *te echo de menos y quiero asegurarme de que no estás desapareciendo dentro de la vida de otra persona*, pero Jade jamás lo diría tan directamente, y Amy jamás diría que lo sabía, y esa era una de las cosas que más quería de su amistad.

—Estoy describiendo a una persona con la que convivo —dijo Amy.

—Estás describiendo a una persona sobre la que has pensado lo suficiente como para tener una taxonomía.

—Es interesante —dijo Amy—. Es un tipo de persona muy concreto con el que no me había encontrado antes. Estoy observando.

—Ajá.

Jade pasó una página.

—¿Qué piensa ella de ti?

—¿Qué?

—Me has dado datos extensísimos sobre lo que has notado de ella. ¿Qué ha notado ella de ti?

Amy miró la pantalla del portátil.

—No lo sé.

—Adivínalo.

Amy pensó en las mañanas en la cocina. En cómo cambiaba la atención de Lucy cuando Amy decía algo que ella no esperaba. No de forma dramática, solo un pequeño reajuste, el foco ligeramente más intenso de alguien actualizando su modelo de una situación. Pensó en cómo la había mirado Lucy la noche de la cena con Sophie, a través de la mesa de la cocina, cuando Amy había dicho *pensaba en Medicina Interna, quizá obstetricia*.

—Presta atención —dijo al fin.

—¿A ti en concreto o en general?

—Creo que en general —dijo Amy—. Pero...

Se interrumpió.

—Pero —repitió Jade, con la paciencia de alguien que había aprendido a esperar las frases completas de Amy.

—Creo que la atención general tiene una versión específica que se aplica a mí —dijo Amy—. Y no sé qué hacer con esa información.

Jade levantó la vista de los apuntes.

—Amy.

—Lo sé.

—Estás embarazada de su bebé.

—Soy consciente.

—Y vives en su casa.

—También soy consciente.

—Y hay un acuerdo legal que cubre toda tu situación vital actual.

—Jade.

—No lo digo por... Lo digo porque eres la persona más cuidadosa que conozco y necesito asegurarme de que lo estás siendo con esto en concreto.

Amy miró el techo de su cuarto. Era blanco liso, sin Gerald, solo una superficie limpia y neutra que no ofrecía nada en términos de comentario existencial. Le resultó ligeramente menos útil de lo esperado.

—Estoy siendo cuidadosa —dijo.

—¿Sí?

—Sí.

Hizo una pausa.

—Sé lo que es esto. Sé la forma que tiene. No estoy... no estoy confundida respecto a la situación.

—Vale —dijo Jade—. Pero no estar confundida respecto a la situación y ser cuidadosa contigo misma son dos cosas distintas.

Amy la miró. Jade le devolvió la mirada con esa expresión que usaba cuando ya había dicho lo que quería decir y pensaba dejarlo ahí.

—¿Qué tal la bioquímica? —preguntó Amy.

—Horrible —dijo Jade—. No cambies de tema.

—Lo he cambiado con éxito.

—Lo has cambiado temporalmente.

Jade volvió a mirar los apuntes.

—Solo digo que tengas cuidado.

Amy volvió al portátil.

Lo estaba teniendo.

Estaba casi segura de que lo estaba teniendo.

La cuestión del cuidado se volvió más complicada el sábado siguiente.

Lucy había salido a correr por la mañana y había vuelto y estaba en la cocina cuando Amy bajó, y aquello era normal, la coincidencia de las mañanas ya era rutinaria, salvo que Lucy había regresado de correr y había ido directa a hacerse café y la carrera debía de haber sido de esas en las que pasa algo que una sigue procesando, porque tenía el aspecto de alguien metida todavía en un pensamiento del que no había regresado del todo.

Amy se sirvió su propio café, se sentó en la isla de la cocina y esperó.

—He pasado corriendo por delante de un parque infantil —dijo Lucy al cabo de un momento, sin levantar la vista del café.

—Vale —dijo Amy.

—Había una niña... quizá de dos años, dos y medio... que había conseguido subirse a una estructura de trepar y luego no sabía bajar. No estaba asustada, solo... atascada. Mirando la altura como si la estuviera calculando.

Lucy guardó silencio un momento.

—Su padre estaba justo al lado. No la levantó para bajarla. Solo le fue diciendo cómo hacerlo. Pon aquí el pie, ahora aquí la mano, bien. Y ella lo hizo.

Pausa.

—Le llevó unos cuatro minutos.

Amy sostuvo la taza.

—Llevo cuarenta y cinco minutos pensando en eso —dijo Lucy. Y lo dijo como si estuviera ligeramente molesta consigo misma por ello.

—Es una buena historia —dijo Amy.

—Es solo una historia.

—Es una buena historia.

Amy miró el café.

—Vas a ser una buena madre.

Las palabras le salieron antes de haber decidido del todo decirlas, algo poco habitual. Amy solía tener bien gestionado el tiempo entre pensamiento y habla. Lucy se quedó muy quieta.

—No puedes saber eso —dijo.

—Sé que has pensado lo suficiente como para tener una conversación interna de cuarenta y cinco minutos sobre una niña en un parque infantil —dijo Amy—. Eso son datos.

Lucy la miró. Algo detrás de la compostura hizo lo que hacía siempre, moverse, dejarse ver un instante y luego serenarse.

—Estoy aterrada —dijo. Sencillamente. Como si la admisión fuera un dato más.

—Sí —dijo Amy—. Imagino que es lo correcto.

—¿Eso te preocupa? Desde... desde tu posición en esto.

Amy se tomó la pregunta en serio.

—No —dijo—. Me preocuparían más las personas que no están aterradas.

Lucy la miró durante un largo momento.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó—. Físicamente.

—Bien.

Era verdad. Las dos primeras semanas habían sido un poco nauseosas de una manera coherente con la etapa de gestación, y Amy lo había llevado con té de jengibre y la tranquila satisfacción de saber exactamente lo que estaba ocurriendo fisiológicamente.

—Las náuseas son sobre todo por la mañana y se pueden manejar. A las nueve estoy cansada, lo cual es molesto, pero compatible con la vida.

—Te estás acostando antes.

—Lo sé.

—No era... no era una queja.

—Ya lo sé —dijo Amy—. Solo señalo que te has dado cuenta.

Un instante.

—Me doy cuenta de cosas —dijo Lucy.

—Lo he notado —dijo Amy.

Se miraron a través de la isla de la cocina bajo la luz de la mañana, y el momento era algo que Amy no terminaba de saber nombrar. Fácil y no fácil. Familiar y extraño. Una cosa que había ido construyéndose tan despacio que no podías señalar exactamente cuándo había empezado.

El móvil de Amy vibró sobre la encimera. Lo miró. Jade, una nota de voz, lo que significaba que era algo complicado y que iba a importar el tono.

—Debería…

Amy cogió el teléfono.

—Claro —dijo Lucy, y volvió al café.

Amy se llevó el móvil al salón y escuchó la nota, que era Jade estresada con una prueba práctica y necesitando hablar en voz alta de una vía bioquímica, y para cuando contestó y le mandó ella otra nota de voz de vuelta y regresó a la cocina, Lucy ya había subido a arreglarse para lo que fuera que hiciera un sábado una persona como Lucy, y la cocina estaba vacía y en silencio.

Amy se quedó un momento allí.

Estaba siendo cuidadosa.

Las náuseas empeoraron la semana siguiente.

No de forma dramática. Amy había visto suficientes casos obstétricos en habilidades clínicas como para saber distinguir entre unas náuseas normales del primer trimestre y algo por lo que llamar a la doctora Okafor, y aquello estaba claramente en la categoría de lo normal. Pero normal no quería decir cómodo, y para el jueves ya se había despertado a las cinco dos veces y había llegado a la clase de las ocho ambas mañanas por pura inercia y por la determinación de alguien que no permitía que su cuerpo le ganara discusiones.

Lucy la encontró el jueves por la noche sentada en el suelo de la cocina.

Amy no había planeado estar en el suelo de la cocina. Había bajado a por agua, y el acto de agacharse para coger un vaso del armario bajo había sido lo que había inclinado las náuseas más allá del punto de lo manejable, y se había sentado apoyando la espalda en los armarios con la practicidad específica de alguien que entendía que horizontal o casi horizontal era la posición correcta para los siguientes minutos y el suelo era la opción más rápida.

Oyó a Lucy en las escaleras —el crujido concreto del tercer escalón empezando por abajo, que ya había aprendido a reconocer— y luego se encendió la luz de la cocina en el nivel bajo, lo cual era o coincidencia o consideración.

—Hola —dijo Amy desde el suelo.

Lucy se quedó en la entrada de la cocina, con una camiseta gastada y pantalones de franela de dormir, el pelo suelto, y miró a Amy en el suelo con la expresión de alguien que estaba decidiendo muy deprisa no convertir aquello en una cosa.

—Hola —dijo.

—Estoy bien.

—Lo sé.

—El suelo es útil.

—He podido comprobarlo —dijo Lucy con ese tono seco que Amy ya tenía catalogado como su graciosa-de-verdad y no su graciosa-social.

—No hace falta que…

—Voy a por agua —dijo Lucy—. ¿Quieres galletitas saladas?

—Tengo galletitas.

—¿Dónde?

—En mi cuarto. Segundo estante.

—Dame un minuto —dijo Lucy, y fue a buscarlas.

Amy se quedó sentada en el suelo de la cocina respirando despacio y oyendo los pasos de Lucy subir y bajar otra vez, y luego Lucy se sentó en el suelo a su lado —sin revolotear, sin ponerse en cuclillas para comprobar cómo estaba, simplemente sentándose, como si sentarse en el suelo de la cocina a las once de la noche fuera una elección completamente normal— y dejó un paquete de galletitas entre las dos.

Amy cogió una.

Se quedaron en la luz baja de la cocina sin hablar un rato, lo cual era o cómodo o extraño o ambas cosas, y Amy se comió dos galletitas y bebió agua y sintió cómo las náuseas empezaban a aflojar, como siempre hacían cuando estaba quieta y casi horizontal.

—¿Te pasa mucho? —preguntó Lucy al cabo de un tiempo.

—Menos que la semana pasada —dijo Amy—. Primer trimestre. Es normal.

—Ya sé que es normal —dijo Lucy—. He leído sobre ello.

—Claro que sí.

—¿Hay algo que ayude más que las galletitas?

—Jengibre. Agua fría. Tiempo.

Amy miró el techo desde el suelo. Se veía distinto desde aquel ángulo.

—No estar erguida.

—¿Quieres quedarte aquí abajo un rato?

—Estoy bien.

—No te he preguntado si estás bien.

Amy la miró. Lucy estaba apoyada en los armarios a su lado, lo bastante cerca como para que Amy pudiera ver la cualidad de su atención. No ansiosa, no gestora. Solo presente. Del todo allí.

—Unos minutos más —dijo Amy.

—Vale.

Así que se quedaron sentadas juntas en el suelo de la cocina bajo la luz baja, Amy con sus galletitas, Lucy con su vaso de agua, y la casa estaba callada a su alrededor y fuera la ciudad seguía haciendo su cosa nocturna naranja y gris y no se exigía nada de ninguna de las dos.

Al cabo de un rato Lucy dijo:

—He estado pensando en lo que dijiste. Que estar aterrada eran datos.

—Vale —dijo Amy.

—Creo que tenías razón —dijo Lucy—. Pero también creo que hay una versión de aterrada que se vuelve... contraproducente. Que se convierte en control. Y estoy intentando darme cuenta de cuándo hago eso.

Amy la miró.

—¿Lo estás haciendo ahora?

—No —dijo Lucy—. Ahora mismo solo estoy sentada en el suelo.

Amy se comió otra galletita.

—Bien —dijo—. La versión del suelo es mejor.

—Lo tendré en cuenta.

Las náuseas casi habían desaparecido ya. Amy sabía que debería levantarse, volver a la cama, dormir las seis horas que necesitaba antes de su clase de las siete. Sabía todo eso.

Se quedó en el suelo unos minutos más de todos modos, y Lucy se quedó también, y ninguna convirtió aquello en nada.

Al final Amy dijo:

—Vale.

Y se impulsó hacia arriba con el movimiento cuidadoso de alguien cuyo cuerpo estaba haciendo algo nuevo y requería negociación, y Lucy se levantó también, con facilidad, y dejó las galletitas sobre la encimera donde Amy pudiera alcanzarlas por la mañana.

—Gracias —dijo Amy.

—No he hecho nada —dijo Lucy.

—Ya —dijo Amy—. Esa era la parte buena.

Volvió arriba.

Se tumbó a oscuras en la habitación del final del pasillo y pensó en Lucy sentada en el suelo de la cocina a su lado sin que nadie se lo hubiera pedido. Sin convertirlo en cuidados. Solo sentándose.

Pensó: *ten cuidado*.

Pensó: *estoy teniendo cuidado*.

Pensó: *ya no estoy segura de que cuidado sea el enfoque correcto*.

Cerró los ojos.

Fuera de la ventana del jardín, la ciudad tenía su habitual tono naranja y gris, nunca del todo oscuro.

Se durmió pensando en el parque infantil y en la niña y en el padre guiándola paso a paso.

Pon aquí el pie. Ahora la mano. Bien.

14

LUCY

La segunda cita con la obstetra era un martes a las once.

Lucy la había apuntado en el calendario tres semanas antes, la mañana siguiente a que Amy la mencionara en la cocina mientras ambas se movían por el estrecho espacio entre la isla y los fogones, que, en la geografía comprimida de las mañanas compartidas, se había vuelto más transitable de lo que lo había sido al principio. Lo había añadido sin ceremonia, como añadía todo lo que importaba, y luego había pasado dos semanas interpretando una versión de sí misma que no pensaba en ello.

Recogió a Amy en la facultad.

Había sido idea de Amy, práctica y sin anuncio previo: *Tengo un hueco entre las once y la una, la cita es a las once y cuarto, puedes recogerme en la entrada lateral de Exposition*. Lo había dicho con la eficacia que Amy empleaba para la logística, el mismo tono con el que hablaba de su horario de estudio o de sus alumnos particulares, y Lucy había respondido *allí estaré a las once* y había estado allí a las diez y cincuenta y cinco y llevaba cinco minutos sentada en el coche cuando Amy salió por la puerta lateral con el uniforme clínico y una chaqueta, el bolso en un hombro, el café en la mano, entornando un poco los ojos bajo el sol invernal.

Entró en el asiento del copiloto, dijo:

—Hola.

Se abrochó el cinturón y se incorporaron al tráfico, y la facilidad de aquello —la falta de ceremonia— se le asentó a Lucy en algún punto del pecho como algo en lo que pensaría más tarde.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó Lucy.

—Práctica de anatomía.

Amy miró por la ventana.

—Se me dan bien las prácticas. Se me da peor preocuparme por una práctica a las ocho de la mañana.

—¿Ha ido bien?

—Sí.

Pausa.

—Siempre me salen bien. Lo que no siempre hago es disfrutarlas.

—Es una cualidad útil en una médica —dijo Lucy.

Amy la miró de reojo.

—¿Eso era un cumplido?

—Era una observación.

—Ha sonado a cumplido.

—Tómalo como tal si quieres.

Amy volvió la vista a la ventana con una expresión que podía ser una sonrisa o podía ser el sol. Lucy mantuvo los ojos en la carretera.

La consulta de la doctora Okafor estaba en Santa Mónica, lo que significaba que el trayecto desde la USC duraba veinticinco minutos con el tráfico de media mañana, y lo pasaron del modo en que habían ido pasando el tiempo juntas en el coche y en la cocina y en las tardes: hablando de una forma que se había desarrollado a lo largo de tres semanas de cercanía, directa, a veces divertida, nunca rellena de actuación social.

Amy le contó la práctica de anatomía con más detalle del que había dado en el resumen inicial. Lucy le habló de un caso que estaba cerrando, de la satisfacción concreta del papeleo

que pone fin a algo. Hablaron de Jade, que aquella mañana le había mandado a Amy una cadena de preguntas de bioquímica a las que Amy iba respondiendo desde el asiento del copiloto en tiempo real, algo que Lucy encontró discretamente impresionante.

No hablaron de adónde iban ni de lo que iban a ver.

Estaba bien. Lucy sospechaba que era la decisión correcta para ambas: hablar alrededor de ello hasta llegar, hasta que ese no hablar de ello se convirtiera en hablar de otra cosa, una estrategia que reconocía de su propia caja de herramientas y que la reconfortó, de una forma extraña, ver también en Amy.

La doctora Okafor le estrechó la mano a Lucy en la consulta con la eficacia de alguien que había visto muchas configuraciones inusuales de personas en su sala de espera y no tenía ningún interés en hacer que ninguna de ellas pareciera inusual.

—Usted es la madre genética —dijo. Una afirmación, no una pregunta.

—Sí —dijo Lucy.

—Bien. Quería conocerla.

Miró a Lucy con una cualidad directa y valorativa que le recordó la forma en que ella miraba a la parte contraria cuando necesitaba establecer deprisa con qué estaba tratando.

—Amy me ha dicho que es abogada.

—Lo soy.

—También me ha dicho que se ha leído todo lo que hay que leer sobre el desarrollo del primer trimestre.

—He leído bastante —dijo Lucy.

La doctora Okafor la miró un instante más.

—Bien —dijo otra vez, al parecer satisfecha.

Se volvió hacia Amy.

—¿Cómo van las náuseas?

—Mejor esta semana —dijo Amy—. Las he ido manejando.

—¿Manejando o suprimiendo?

—Manejando —dijo Amy, con el tono de alguien que conocía la diferencia y la había considerado—. Galletitas saladas, té de jengibre, no pasar más de tres horas sin comer.

—Bien.

La doctora Okafor tomó una nota.

—¿Niveles de energía?

—A las nueve estoy cansada. A veces a las ocho y media.

—Es lo esperable. Tu cuerpo está haciendo un trabajo considerable.

Miró la historia.

—Estás de doce semanas. Hoy deberíamos tener una imagen clara.

Lanzó una mirada a Lucy.

—Será la primera vez que vea la ecografía.

—Sí —dijo Lucy.

La doctora Okafor la miró con la serenidad de alguien que llevaba mucho tiempo en habitaciones con gente en momentos importantes.

—Bien —dijo, sencillamente.

La sala de exploración estaba más fría que la consulta.

Amy subió a la camilla con la eficacia ensayada de alguien que había estado en suficientes camillas como para tener un sistema propio, y Lucy se quedó de pie al borde de la habitación, presente y sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—Puedes acercarte —dijo Amy, sin levantar la vista—. Vas a querer ver bien la pantalla.

Lucy se acercó hasta quedar junto a la camilla. Desde allí podía ver el perfil de Amy: la ligera tensión de la mandíbula que aparecía, había notado Lucy, cuando Amy estaba gestionando algo que no iba a mostrar directamente. Pensó en decir algo y no lo hizo.

La doctora Okafor preparó el equipo con la eficacia de la práctica repetida. La pantalla de la pared se encendió. Gris y

negro y el lenguaje visual de la ecografía que Lucy había estudiado lo suficiente para leer a un nivel básico, algo que en aquel momento le resultó a la vez útil e insuficiente.

—Aquí está —dijo la doctora Okafor.

La imagen se definió.

Lucy la miró.

Ya había visto la primera ecografía, la impresión pequeña que Amy había traído a casa y que seguía en la ventana de la cocina atrapando la luz de la mañana, y que ella había mirado tantas veces que se la sabía de memoria. Aquello era distinto. Aquello estaba en una pantalla, en tiempo real, y la imagen era más clara, y lo que mostraba era algo que llevaba doce semanas trabajando sobre sí mismo y había llegado a una forma. Una forma inconfundible.

Podía ver la cabeza. Su curva, la especificidad clara e imposible de una cabeza.

Podía ver el latido. Un parpadeo en la pantalla, rápido y regular y absolutamente real.

No hizo ningún sonido. No estaba segura de estar respirando.

—Buen latido fuerte —dijo la doctora Okafor, con la calidez profesional de alguien que había dado aquella información muchas veces y seguía tratándola con el peso que merecía—. Todo mide exactamente según lo previsto.

Amy miraba la pantalla. Lucy miraba la pantalla. Durante un momento ambas se limitaron a mirar, no a mirarse entre ellas, sino a la cosa en la pantalla que llevaba doce semanas convirtiéndose en algo real.

—¿Queréis saber el sexo? —preguntó la doctora Okafor—. Es pronto, pero a veces a las doce semanas ya se puede ver.

Lucy miró a Amy.

Amy miró a Lucy.

Algo pasó entre ellas que no era una conversación y al mismo tiempo era enteramente una conversación. Lucy

sostuvo esa mirada uno, dos segundos, dándole la elección a Amy, asegurándose de que Amy supiera que era suya.

—Todavía no —dijo Amy.

A la doctora Okafor, pero seguía mirando a Lucy cuando lo dijo.

—De acuerdo —dijo la doctora Okafor—. Tendremos una imagen más clara a las veinte semanas.

La cita continuó. Lucy escuchó todo: las medidas, las fechas, las cosas a vigilar en las semanas siguientes, los parámetros normales y aquello que requeriría una llamada. Hizo tres preguntas, precisas, de las que la doctora Okafor respondió directamente y sin ese matiz de sorpresa que algunos médicos tenían cuando los pacientes sabían lo que estaban preguntando. Amy hizo dos más.

En algún momento la mano de Amy, apoyada a su lado sobre la camilla, se movió un poco, y el dorso de sus dedos rozó el dorso de la mano de Lucy, que descansaba en el borde de la camilla.

Fue breve. Podría haber sido accidental. Ninguna de las dos apartó la mano.

En el coche de vuelta iban calladas.

No el silencio vacío de no tener nada que decir, sino el silencio de tener demasiado que decir y no saber bien por dónde empezar. Lucy conducía y Amy miraba por la ventana y la ciudad se movía a su alrededor y pasaron once minutos antes de que Amy dijera algo.

—Parecía...

Se interrumpió.

—Sí —dijo Lucy.

—No estaba preparada para lo...

Volvió a detenerse.

—Entiendo las etapas del desarrollo. Sé cómo se ven las doce semanas. Lo he visto en habilidades clínicas.

Se giró un poco hacia la ventanilla.

—Es distinto cuando está dentro de ti.

Lucy mantuvo los ojos en la carretera.

—¿En qué es distinto?

Pausa.

—Está… presente —dijo Amy—. De una forma que la ecografía y los libros no llegan a cubrir del todo.

Se quedó callada un momento.

—No… quiero que sepas que no te estoy diciendo esto porque me esté costando el plan. No me está costando. Solo… estoy describiendo la experiencia. Porque creo que deberías saberlo.

—Quiero saberlo —dijo Lucy—. Siempre. Incluso cuando sea complicado.

—Vale.

Amy miró por la ventana.

—Tenía dedos —dijo—. Se veían.

Las manos de Lucy se tensaron apenas sobre el volante.

—Diez —dijo Amy—. Presumiblemente.

—Presumiblemente —dijo Lucy con una voz casi del todo estable.

Amy se volvió entonces a mirarla —Lucy lo notó sin necesidad de verla— y la miró un instante, y luego volvió la vista a la ventana.

—He dicho que todavía no —dijo Amy—. Lo del sexo. Lo he dicho porque… no sé. Me ha parecido algo que debíamos decidir juntas. No algo que yo decidiera por ti.

Hizo una pausa.

—¿Te ha parecido bien?

Lucy pensó en la mirada que habían compartido. Ese medio segundo de consulta que no había necesitado palabras.

—Sí —dijo—. Me ha parecido exactamente bien.

Amy asintió, al parecer satisfecha con la respuesta, y volvió a mirar por la ventanilla.

Condujeron el resto del trayecto en silencio, un silencio distinto al de la ida, de algún modo más lleno, y Lucy paró en la entrada lateral de Exposition y Amy se desabrochó el cinturón y cogió el bolso.

Hizo una pausa antes de bajar.

—Lucy.

—Sí.

—Gracias por venir.

Lo dijo sencillamente, sin el peso social que la gente le pone a los agradecimientos cuando solo está llenando espacio. Solo: gracias. Por venir. A esto en concreto.

—Importaba.

—Lo sé —dijo Lucy—. Gracias por pedirme que viniera.

Amy la miró un momento —esa cosa suya de comprobar, de calibrar internamente— y luego bajó del coche y cruzó la entrada lateral de vuelta a su tarde, y Lucy se quedó sentada al volante bajo el sol frío de diciembre delante de la facultad de Medicina de la USC y respiró.

Pensó en un latido en una pantalla, rápido y real.

Pensó en los dedos. Diez.

Pensó en el dorso de la mano de Amy rozando el suyo, breve e imprevisto, y en que ninguna de las dos se hubiera apartado.

Volvió al tráfico.

Tenía tres reuniones por la tarde y una llamada a las cinco y pensaba estar presente en todas con toda su atención profesional porque eso era lo que hacía, y también iba a hacerlo aquel día, y además, lo sabía, iba a pensar en una imagen gris en una pantalla durante el resto de la tarde y probablemente durante bastante más tiempo.

Pensó: *nosotras*.

No había querido pensarlo. Simplemente había llegado, igual que la mano de Amy había llegado contra la suya, sin decisión previa, solo presente.

Hemos dicho que todavía no.

Siguió conduciendo.

Sophie escribió a las seis: *qué tal la cita*

Lucy estaba en la mesa de la cocina con el expediente Hendricks, una copa de vino y la ecografía en la ventana sobre el fregadero, atrapando el último resto de luz del día.

Miró el mensaje de Sophie un momento.

Escribió: *Tenía dedos.*

La respuesta de Sophie llegó en menos de diez segundos: *Lucy.*

Luego: *¿Estás bien?*

Lucy miró la ecografía en la ventana.

Sí, escribió. *Creo que estoy muy bien.*

Dejó el móvil y cogió el expediente Hendricks e intentó, con un éxito moderado, pensar en otra cosa.

Desde arriba: el sonido de Amy moviéndose por el dormitorio pequeño, los pasos suaves, un cajón, la ventana abriéndose un poco como Amy la abría al final de cada día hiciera la temperatura que hiciera porque una vez le había dicho a Lucy, en la cocina, que necesitaba oír lo de fuera antes de dormir.

Lucy escuchó.

Pensó: *esta casa suena bien.*

Pasó una página del expediente.

15

AMY

A las catorce semanas, el cuerpo de Amy tenía opiniones.

No era sorprendente —entendía el mecanismo, lo había estudiado, podía dar una clase razonablemente competente sobre la cascada hormonal responsable de cada síntoma—, pero entender el mecanismo y vivir dentro de él eran, como ya había observado en la cita de las doce semanas, cosas distintas. Las náuseas casi habían desaparecido, sustituidas por un cansancio menos dramático y más constante, de ese que no te derriba pero está siempre ahí, en el borde de todo, una leve bajada de intensidad en su voltaje habitual.

Se adaptó. Reorganizó sus mejores horas de estudio para las mañanas, cuando estaba más despierta. Redujo sus clases particulares de noventa minutos a sesenta y cobró lo mismo, algo por lo que se sintió ligeramente culpable durante aproximadamente un día antes de decidir que unas sesiones apenas más cortas seguían valiendo más que la mayoría de las alternativas de la gran área de Los Ángeles. Empezó a coger el ascensor en la facultad en vez de las escaleras, lo que le pareció una pequeña derrota y superó reformulándolo como gestión de recursos en lugar de limitación.

No se lo dijo a nadie en la facultad. Aún no. Catorce semanas seguían siendo pronto, y la logística de esa conversación —el cómo, el a quién, la gestión de las reacciones ajenas ante algo que ni siquiera ella había terminado de procesar— era un proyecto que estaba

posponiendo. Se lo había dicho a Carmen. Se lo había dicho a Jade, obviamente. Se lo había dicho a la consulta de la doctora Okafor y a su médico de cabecera y a la oficina administrativa del programa en ese lenguaje vago que cubría adaptaciones médicas sin entrar en detalles.

Todo el mundo lo sabría cuando ella decidiera que lo supieran, que era una forma de control a la que se aferraba deliberadamente, uno de los pocos aspectos de la situación que eran enteramente suyos de gestionar.

Un jueves por la tarde, en su cuarta semana en casa de Lucy, Amy estaba estudiando en la mesa de la cocina cuando oyó abrirse la puerta principal y, después, nada.

Por lo general, Lucy entraba del trabajo con una cualidad reconocible de movimiento —no ruidosa, pero sí presente—, los sonidos de alguien moviéndose por su propia casa con la soltura de la familiaridad. Dejar el bolso, quitarse los zapatos, beber agua en la cocina, los breves sonidos de transición de una persona pasando de una versión de su día a otra.

Aquella noche no hubo nada de eso.

Amy esperó.

Al cabo de un momento se levantó y encontró a Lucy en el recibidor, todavía con el abrigo puesto, de pie con el bolso al hombro y las llaves en la mano y los ojos fijos en ningún punto concreto de la pared del pasillo.

—Eh —dijo Amy.

Lucy la miró como si emergiera de algo.

—Hola.

Parpadeó una vez.

—Perdona. Ha sido un día largo.

—Vale —dijo Amy. No preguntó. Se volvió hacia la cocina —. Iba a prepararme un té.

Oyó a Lucy dejar el bolso. Dejar las llaves en el colgador —el pequeño sonido deliberado del metal—. Entrar en la cocina.

Amy puso la tetera.

Detrás de ella, los sonidos de Lucy quitándose el abrigo, doblándolo sobre el respaldo de una silla. El silencio de una persona que llevaba todo el día interpretando compostura y ya no tenía espacio para más.

Amy sacó dos tazas.

—El caso Hendricks se resolvió hoy —dijo Lucy.

—Lo de la empresa tecnológica.

—Sí.

Pausa.

—Ganamos. De forma concluyente. Todo lo que llevábamos cuatro meses construyendo.

Otra pausa.

—Y no sentí nada durante unas tres horas. Y luego me sentí muy cansada.

Amy se volvió a mirarla. Lucy estaba sentada en la mesa de la cocina, con el abrigo sobre la silla de al lado, todavía vestida de trabajo, las manos planas sobre la mesa.

—Eso suena a algo cercano al agotamiento —dijo Amy.

—Sé a qué suena.

—Vale.

—No estoy acostumbrada a que me vean cuando llego a casa —dijo. Le salió con la cualidad de una admisión que no pensaba hacer—. Soy consciente de que... es posible que esté manejando esto peor de lo habitual por eso.

Amy la miró.

—Y tú lo ves —dijo Lucy—. Eso cambia el... No podía simplemente llegar a casa, procesarlo en privado y presentarte la versión terminada.

—No estás haciéndolo mal en absoluto —dijo Amy.

—Estoy sentada a la mesa de mi cocina, con la ropa del trabajo, siendo inarticulada con mis sentimientos con mi...

Lucy hizo una pequeña pausa en la palabra que habría venido a continuación, y Amy registró la pausa.

—...contigo.

—A mí me parece bien —dijo Amy.

La tetera hizo clic. Sirvió el agua, llevó las dos tazas a la mesa, se sentó frente a Lucy y le empujó una.

Lucy la miró.

—Gracias.

—No hace falta que interpretes que estás bien —dijo Amy —. Aquí no.

Lucy levantó la vista hacia ella.

—Por lo que he podido ver, desde que me mudé has gastado mucha energía en asegurarte de que yo estoy bien —dijo Amy—. Y te lo agradezco, y además lo haces sin que parezca gestión, que es... no es fácil y se te da bien.

Miró su taza.

—Pero yo también vivo aquí. Y si tienes un mal día, puedo saberlo.

Lucy estaba muy quieta.

—No me voy a romper —dijo Amy—. Y no voy a pensar peor de ti. Voy a hacer té y voy a sentarme aquí y tú puedes ser inarticulada con tus sentimientos todo el tiempo que necesites.

Algo se movió en la cara de Lucy, eso que había detrás de la compostura y que Amy llevaba cuatro semanas viendo a ráfagas, la parte de Lucy que existía por debajo del control y que Amy había llegado a pensar que era incluso más interesante que la superficie, ya de por sí considerable.

—Vale —dijo Lucy en voz baja.

—Vale —dijo Amy.

Se quedaron con sus tés.

Lucy habló, al final. No sobre el caso en concreto, sino sobre la planicie que seguía a las grandes victorias cuando la victoria había costado lo suficiente como para que no quedara nada con lo que sentirla. Sobre cómo llevaba haciendo aquello el tiempo suficiente como para conocer la forma que tenía,

saber que se pasaba, saber lo que significaba y lo que no, y cómo saber todo eso no hacía que se sintiera distinto.

Amy escuchó. Hizo una pregunta, en el momento adecuado, y escuchó la respuesta.

Pensó: *así es como se ve cuando no lo está gestionando*.

Pensó que no era menos impresionante. Pensó que era bastante más.

—Tengo una pregunta —dijo Amy un viernes por la mañana, dos días después.

Lucy levantó la vista del bloc legal. Las dos estaban en la mesa de la cocina —Amy con sus apuntes, Lucy con un expediente que se había traído a casa— a primera hora de la tarde, una franja que se había convertido, casi sin hablarlo, en un tiempo compartido. No estructurado. No planeado. Solo las dos, en la mesa, ocupándose de su respectivo trabajo en un silencio que había dejado de parecer dos personas tolerando la proximidad y había empezado a parecer otra cosa.

—Pregunta —dijo Lucy.

—La habitación —dijo Amy—. La pequeña.

Lucy se quedó quieta. No la quietud interpretada. La de verdad.

—La pintaste hace dos años —dijo Amy—. He estado haciendo cuentas. Eso fue… ¿estabas en una relación?

Una pausa larga.

—Sí —dijo Lucy.

—Y la relación terminó.

—Sí.

—Pero te quedaste con la habitación.

—Sí.

Lucy miró el bloc legal.

—Se llamaba Dana. Dos años. Decía que quería hijos… más adelante. Esa era siempre la palabra. *Más adelante*.

Lo dijo con la regularidad de algo contado muchas veces internamente, alisado por la repetición.

—Cuando insistí en algo real, cuando empecé a planificar de verdad —citas, plazos—, dijo que en realidad nunca lo había querido. Que solo había querido que yo fuera feliz.

Pausa.

—Yo ya había pintado la habitación.

—Y no pudiste deshacerlo.

—No quería deshacerlo —dijo Lucy—. La habitación nunca iba sobre Dana. Iba sobre lo que yo quería. Ella solo era... la persona con la que pensaba llegar allí.

Amy miró sus apuntes. No los estaba leyendo.

—¿Cuántas? —preguntó—. ¿Relaciones que acabaron así?

Lucy se lo pensó un momento.

—Tres serias —dijo—. Y varias menos serias que terminaron por lo mismo antes de llegar a serlo.

—Se fueron cuando se volvió real.

—No exactamente. Dos fueron sinceras desde el principio, viéndolo en retrospectiva. Querían cosas distintas y terminaron diciéndolo. Una...

Se interrumpió.

—Una se quedó mucho más tiempo del que debería, y yo lo permití, porque era muy buena diciendo lo que yo quería oír y yo no era...

Otra pausa.

—...tan buena distinguiendo lo que la gente quería decir de lo que decía como debería haber sido.

—Rebecca —dijo Amy.

Lucy levantó la vista hacia ella con rapidez.

—Sophie mencionó un nombre —dijo Amy—. La noche que vino a cenar. Solo un nombre. No dijo nada más.

—Sophie habla demasiado —dijo Lucy, sin especial calor.

—Lo mencionó una vez y no elaboró —dijo Amy—. Soy yo quien lo saca ahora.

Lucy volvió a mirar el bloc.

—Rebecca era... entendía lo que yo quería. Era muy buena devolviéndomelo como reflejo. Y yo confundí eso con que quisiera lo mismo.

Cogió el bolígrafo y volvió a dejarlo.

—Cuando empecé a moverme de verdad hacia ello —las citas de fertilidad, la planificación real—, se quedó seis meses y luego me dijo que nunca había querido hijos, que solo había querido que yo fuera feliz.

—Lo cual suena a cariño, pero en realidad era...

—En realidad era dejarme construir algo sobre una base que ella sabía que no existía.

Lucy lo dijo sin amargura, lo cual lo volvía aún más preciso.

—No es una villana. Tenía miedo y tardó demasiado en ser sincera. Pero me costó un tiempo que yo no tenía para gastar.

Amy se quedó un momento dentro de eso.

—¿Por eso decidiste hacerlo sola? —preguntó—. En concreto.

—En parte.

Lucy giró el bolígrafo entre los dedos.

—Y en parte porque me cansé de que mi vida estuviera organizada alrededor de esperar a alguien que seguía sin llegar.

Levantó la vista.

—No me arrepiento de la decisión. Quiero dejar eso claro. La parte de hacerlo sola fue una elección real, no simplemente una opción por defecto.

—Lo sé —dijo Amy—. Eso lo vi desde el principio.

—¿Qué viste exactamente?

—Que no estabas triste por ello —dijo Amy—. Estabas... resuelta. Hay una diferencia.

Pausa.

—Lo reconocí.

Lucy la miró.

—Llevo mucho tiempo tomando decisiones sola —dijo Amy—. Llega un momento en que deja de sentirse como una ausencia y empieza a sentirse como... la forma que tienen las cosas. La forma que tiene tu vida.

Miró sus apuntes.

—Y luego aparece algo y resulta que esa forma es más flexible de lo que pensabas y no sabes si eso es bueno o aterrador.

La cocina estaba muy silenciosa.

—Ambas cosas —dijo Lucy en voz baja.

—Sí —dijo Amy—. Ambas cosas.

Se miraron a través de la mesa de la cocina, a la luz de la lámpara, con el bloc legal entre ellas y la ecografía aún apoyada contra la ventana de la cocina, y Amy había empezado a reconocer el momento por lo que era y había tenido mucho cuidado de no ponerle nombre.

Bajó la vista a sus apuntes.

—Tengo un parcial dentro de una semana —dijo.

—Lo sé —dijo Lucy—. Lo has mencionado ocho veces.

—Menciono las cosas cuando son importantes.

—Me he dado cuenta.

—Podrías hacerme preguntas —dijo Amy.

Le salió un poco antes de haber decidido decirlo.

—Si quieres. Sé que no es... tienes trabajo de verdad. Pero lees rápido y si te doy el material puedes preguntarme cosas y me ayudaría más que las tarjetas.

Un instante.

—Sí —dijo Lucy—. Me gustaría.

Amy deslizó los apuntes por la mesa, tres semanas de caos organizado, codificado por colores y anotado, y vio a Lucy cogerlos y empezar a leer, y sintió que algo encajaba en un espacio que tenía la forma exacta para ello.

Los repasos se convirtieron en una cosa.

No todas las noches; Lucy tenía tardes que se alargaban y Amy tenía otras que requerían ese tipo de estudio concentrado y en solitario que no se beneficiaba de compañía. Pero varias noches a la semana, en la mesa de la cocina, después de cenar, Lucy cogía la sección que Amy le diera y le hacía preguntas con la atención metódica de alguien que retenía la información deprisa y hacía las preguntas de seguimiento correctas.

—No necesitas entender el material para repasarme —había dicho Amy la primera noche.

—Entiendo la mayor parte —dijo Lucy, sin levantar la vista de los apuntes.

—Entiendes farmacología médica.

—Entiendo cómo funcionan las cosas —dijo Lucy—. El vocabulario es nuevo. La lógica no.

Amy la había mirado un momento y luego había dicho:

—Vale, insuficiencia suprarrenal secundaria, causas y presentación.

Y se habían puesto a ello, y Amy había acertado siete de ocho y la que había fallado Lucy la había encontrado en los apuntes y se la había explicado de vuelta con una claridad que le hizo soltar a Amy:

—Se te da bien esto de verdad.

En un tono más sorprendido de lo que pretendía.

—Pareces sorprendida —dijo Lucy.

—Estoy recalibrando —dijo Amy.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a la suposición de que quién es la persona más inteligente de la habitación depende de la habitación.

Lucy la había mirado con esa expresión otra vez, la que estaba recalibrando algo propio, y Amy había pasado a la siguiente sección antes de que ninguna de las dos tuviera que hacer nada con aquello.

La noche antes del parcial, vino Jade.

Llegó a las siete con comida y la energía concentrada de alguien que había estado conteniendo una preocupación concreta durante una cantidad concreta de tiempo y ahora estaba presente para hacer algo útil con ella.

Amy le abrió, y Jade entró por el recibidor, pasó junto a la hilera ordenada de zapatos junto a la puerta que incluía tanto las zapatillas blancas maltrechas de Amy como las de correr de Lucy, y llegó a la cocina, donde Lucy estaba en la mesa con un expediente y levantó la vista cuando entraron.

—Jade —dijo Lucy.

—Hola —dijo Jade.

Dejó la comida en la encimera y miró la cocina con la atención que reservaba para los espacios, catalogando. Su mirada pasó del bloc legal a los apuntes desplegados sobre la mesa y a la ecografía en la ventana. La miró un momento y luego miró a Lucy.

—¿Cómo está? —preguntó Jade.

No a Amy. A Lucy.

Un instante.

—Preparada —dijo Lucy—. Sabe el material. Está durmiendo lo suficiente. Está lista.

Jade la miró fijamente.

—No me refería del todo a eso.

—Lo sé —dijo Lucy—. También está bien. De verdad.

Jade se volvió hacia Amy, con algo cruzándole la cara que Amy no tenía ancho de banda emocional para procesar la noche antes de un parcial.

—Vale —dijo Jade—. Bien.

Se volvió de nuevo hacia la encimera y empezó a abrir recipientes.

—He traído tres tipos de fideos porque no sabía cuál iba a ser la opción correcta.

—Tres es correcto —dijo Amy.

—Eso pensaba.

Jade miró a Lucy.

—¿Quieres?

—Sí —dijo Lucy—. Gracias.

Así que cenaron las tres en la mesa de la cocina, con los apuntes de Amy apartados a un lado, y Jade le hizo preguntas a Lucy sobre su trabajo con la eficacia de alguien que había decidido pasar de la fase de evaluación a la de aceptación, y Lucy respondió con franqueza y sin interpretación, y en algún momento Amy miró a las dos hablando a través de la mesa y sintió algo para lo que no tenía un lenguaje preciso.

Después de cenar Jade ayudó a Amy a repasar la última sección de apuntes y Lucy fregó, y la cocina tuvo la cualidad de un espacio con tres personas dentro que, por sus propios motivos, estaban eligiendo estar allí.

Jade se fue a las diez.

En la puerta abrazó a Amy y le dijo en voz baja, al oído:

—Tienes razón. Es intensa. Pero de las buenas.

Amy no dijo nada.

—Llámame mañana al salir —dijo Jade—. Justo al salir.

—Lo sé —dijo Amy.

Vio alejarse el coche de Jade y se quedó un momento en la puerta abierta, en el aire de la noche, con la ciudad haciendo su cosa naranja y gris por encima de los tejados, y luego volvió dentro.

Lucy estaba en la cocina, con los platos ya recogidos, la mesa despejada, apoyada en la encimera con un vaso de agua.

—Deberías dormir —dijo Lucy.

—Lo sé.

—Ya sabes todo lo que necesitas saber. Una hora más de apuntes no va a cambiar eso.

—Eso también lo sé.

Amy se quedó en la puerta de la cocina.

—Lucy.

—Sí.

—Gracias —dijo Amy—. Por estas últimas semanas. Los repasos, y...

Hizo un gesto vago, queriendo decir las cenas y el suelo de la cocina y las mañanas y el té que aparecía en la encimera y la televisión bajada y todas esas cosas pequeñas y consideradas que habían ido sumando algo cuya ausencia Amy no había sabido que notaba hasta que lo había tenido delante.

—Todo.

Lucy la miró.

—No hace falta que me des las gracias por eso.

—Quiero hacerlo.

—Vale.

Lucy le sostuvo la mirada.

—Mañana te va a ir bien.

—Lo sé —dijo Amy—. Pero aun así da gusto oírlo.

—Mañana te va a ir bien —repitió Lucy, y la certeza en ello era tan nítida y tan poco interpretada que Amy la sintió asentarse en algún lugar sólido.

Subió las escaleras.

Se tumbó a oscuras en la habitación del final del pasillo y miró la ventana al jardín y pensó en el examen y luego, a pesar de sí misma, en Jade en la puerta diciendo *es intensa, pero de las buenas*, y en Lucy apoyada en la encimera con el vaso de agua, y en la forma que había ido tomando la cocina en cuatro semanas de convertirse en un lugar donde ambas existían.

Pensó: *ten cuidado*.

Pensó: *lo sé*.

Pensó: *lo sé y no estoy segura de que esté funcionando*.

Cerró los ojos.

Fuera de la ventana, la ciudad estaba en su habitual oscuridad que no terminaba de ser oscuridad, y se durmió con ese sonido y durmió mejor que en las dos semanas anteriores.

16

LUCY

Estuvo a punto de no preguntárselo.

Llevaba una semana pensándolo: la logística concreta de Navidad, que llevaba tantos años resolviendo sola que ya se había vuelto sencilla, una llamada a su madre, una hora acordada, la facilidad concreta de ir a un sitio donde te esperan. Aquel año la logística era distinta. Aquel año había otra persona en la casa, y la cuestión de qué iba a hacer esa otra persona en Navidad llevaba varios días en el borde de sus pensamientos sin terminar de resolverse en una respuesta obvia.

Conocía los hechos. La abuela de Amy había muerto cuando ella tenía dieciocho años. No se había mencionado a ninguna otra familia. La familia de Jade estaba ese año en Nuevo México; Amy lo había dicho de pasada, sin dramatismo, de la forma en que decía las cosas que le costaban decir pero había decidido no mostrar que costaban. *La familia de Jade está este año en Nuevo México*. Siete palabras que contenían algo mucho mayor y que Amy había pronunciado con la eficacia rápida de alguien cerrando una puerta antes de que algo pudiera salir.

Lucy lo había oído. Lo había archivado. Había pasado cuatro días decidiendo qué hacer con ello.

El miércoles antes de Navidad volvió del trabajo y encontró a Amy en la mesa de la cocina con sus apuntes, que era donde estaba siempre, y dejó el bolso y dijo, sin preámbulos, porque

el preámbulo lo habría convertido en algo más grande de lo que quería que fuera:

—Mis padres hacen cena de Navidad. Mi madre cocina todo el día y hay demasiada comida. Eres bienvenida si quieres venir. Sin ninguna presión, en ningún sentido.

Amy levantó la vista de los apuntes.

Tenía la expresión que usaba cuando evaluaba algo deprisa, el cálculo interno breve, la comprobación. Lucy esperó.

—¿A qué hora? —preguntó Amy.

—A las dos. Saldríamos sobre la una.

Amy miró sus apuntes. Luego volvió a mirarla.

—Vale —dijo. Sencillamente. La decisión, al parecer, ya tomada.

—Vale —dijo Lucy.

Subió a cambiarse la ropa de trabajo y procuró no examinar demasiado de cerca la cualidad concreta de lo que se había asentado en su pecho cuando Amy dijo que sí.

Su madre llamó el jueves por la mañana.

—La traes —dijo Helen. No era una pregunta.

—Se lo he propuesto —dijo Lucy—. Ha dicho que sí.

—Bien.

Una pausa que contenía bastante más que esa palabra.

—Llevo preguntándome cuándo la conocería.

—Conoces la situación —dijo Lucy—. La conoces desde octubre.

—Conozco la situación —convino Helen—. Eso no es lo mismo que conocerla a ella.

Otra pausa.

—Has tenido mucho cuidado con lo que me cuentas, Lucy.

—Te he contado todo lo relevante.

—Me has contado los hechos —dijo Helen, con la precisión de alguien que conocía a Lucy desde hacía treinta y

dos años y entendía la diferencia—. La clínica, el acuerdo, la convivencia. No me has contado cómo estás tú.

—Estoy bien.

—Lucy.

—Estoy bien de verdad —dijo Lucy, y oyó ella misma la diferencia—. Es... está bien. Mejor de lo que esperaba.

—¿Mejor en qué sentido?

Lucy miró la cocina. La ecografía en la ventana sobre el fregadero. El bloc legal en la mesa. La segunda taza de café aún sobre la encimera desde aquella mañana.

—Simplemente mejor —dijo—. Nos vemos en Navidad.

Pudo oír a su madre tomar la decisión de dejarlo estar, lo que ya era un tipo de información.

—A las dos —dijo Helen—. Y dile que estoy haciendo demasiada comida. Que venga con hambre.

Condujeron hasta Pasadena la mañana de Navidad.

Los Ángeles en diciembre tenía su propia cualidad, no frío, no invierno en ningún sentido dramático, sino algo más reflexivo de lo habitual, la luz más baja y más horizontal, la ciudad un poco más callada que el resto del año. Amy iba en el asiento del copiloto con un vestido verde oscuro que Lucy no le había visto antes y que registró y luego dejó deliberadamente de registrar, y miraba la ciudad pasar por la ventanilla con esa expresión que usaba cuando estaba pensando algo que no iba a decir.

—No hace falta que te quedes si es demasiado —dijo Lucy —. Podemos inventarnos una excusa.

—Estoy bien —dijo Amy.

—Mi madre va a tener opiniones sobre todo. Mi padre va a mantener la calma respecto a todo. Sophie suele venir, pero este año está en Nueva York, así que seremos solo cuatro, que es mejor o peor dependiendo de...

—Lucy —dijo Amy.

—Sí.

—Estoy bien.

Se volvió desde la ventanilla.

—Quiero estar allí.

Lucy mantuvo los ojos en la carretera.

—Vale —dijo.

—Estás nerviosa —dijo Amy.

—No estoy nerviosa.

—Me has dado una vía de escape dos veces en cuatro minutos.

Lucy guardó silencio un momento.

—Quiero que salga bien —dijo al fin—. Eso es todo.

Amy la miró con esa expresión que comprobaba cosas. Luego volvió la vista a la ventana.

—Va a salir bien —dijo, con la certeza que reservaba para las cosas que había decidido y no para las que sabía.

Lucy condujo.

Pensó: *te creo*. Pensó: *no sé por qué eso lo vuelve más aterrador*.

La casa de su madre en Pasadena era todo lo que la suya no era, no porque fuera distinta en esencia, sino porque era el original. Lucy había construido su casa como construía casi todo: entendiendo lo que quería y trabajando hacia atrás desde ahí, de forma metódica, con toda la atención puesta en ello. Helen Davenport había llegado a una estética parecida a través de treinta años de vivir de verdad en un lugar, y eso producía algo que se parecía y se sentía completamente distinto. Más gastado. Más seguro de sí mismo.

Helen abrió la puerta antes de que llamaran.

Tenía los ojos de Lucy y una cualidad que Lucy siempre había pensado que había heredado de su padre: inmediatez, apertura, la calidez de alguien que parte de la versión más generosa de una persona en lugar de esperar a comprobar si se merece. Miró a Amy un momento con esa atención

concentrada que Lucy reconocía como su madre viendo algo que le resultaba interesante.

—Amy —dijo, y dio un paso adelante y la abrazó, cosa que Lucy no había anticipado y que Amy, pudo ver Lucy mientras observaba, tampoco. Amy se quedó quieta en ello un instante con la breve sorpresa de alguien recibiendo algo que no esperaba necesitar, y luego se acomodó.

—Hola —dijo Amy cuando Helen se apartó—. Gracias por recibirme.

—Por supuesto —dijo Helen con el tono de alguien para quien *por supuesto* no era una fórmula social, sino una afirmación de hecho.

Miró a Lucy por encima del hombro de Amy con una expresión que contenía una conversación entera que Lucy no iba a tener ahora mismo.

Robert apareció desde la cocina con la cualidad tranquila de un hombre que había estado cocinando y había decidido darse una pausa. Le estrechó la mano a Amy con la gravedad con la que estrechaba las manos, no formal, solo genuina, y dijo «Amy» como decía los nombres de la gente cuando pensaba recordarlos.

—He oído hablar de la masa madre —dijo Amy.

Algo cambió en la cara de Robert, la expresión complacida de alguien cuya pasión ha sido reconocida por la persona correcta.

—Cada vez está mejor —dijo.

—Me gustaría probarla alguna vez —dijo Amy.

—Como mínimo dentro de dos semanas —dijo Robert—. La levadura aún no está lista.

—Ella seguirá aquí dentro de dos semanas —dijo Helen desde la puerta, y la frase cayó en la habitación con un peso que nadie abordó directamente y todo el mundo registró.

La tarde tuvo una facilidad para la que Lucy no se había preparado.

Había esperado ajuste: la ligera incomodidad de dos mundos separados ocupando el mismo espacio, el esfuerzo de la traducción. Lo que encontró, en cambio, fue a Amy en la isla de la cocina hablando con su madre mientras Helen cocinaba, la facilidad de dos personas que preferían la franqueza a la interpretación encontrando muy deprisa una frecuencia compartida. Amy hacía preguntas que demostraban que había estado escuchando. Helen respondía de un modo que demostraba que estaba prestando atención a quién preguntaba.

Robert encontró a Amy en el salón antes de cenar, de pie ante la estantería con esa atención concentrada que ponía en todo lo que leía, y hablaron veinte minutos de algo que Lucy no oía desde la cocina. Cuando miró de reojo, Robert estaba haciendo esa cosa que hacía cuando alguien le interesaba de verdad: inclinarse un poco hacia delante, hacer preguntas de seguimiento, no rellenar el silencio.

Lucy observó aquello desde el otro lado de la habitación y sintió algo para lo que no tuvo nombre de inmediato.

En la cena hablaron de Medicina y de Derecho y de Pasadena y del proyecto de masa madre de Robert, que se había convertido, en su manera de contarlo, en una empresa filosófica tanto como culinaria.

—La levadura necesita constancia —dijo—. No puedes apresurarla. No puedes ignorarla. Solo tienes que presentarte cada día y mantener las condiciones.

—Eso sirve para la mayoría de las cosas —dijo Amy.

—La mayoría —convino Robert, y la miró con esa atención que reservaba para la gente sobre la que ya había decidido que valía la pena.

Lucy miró de uno a otra y pensó: *encaja aquí*. El pensamiento llegó sin aviso y se quedó allí, sólido y un poco alarmante, mientras la conversación seguía a su alrededor.

Después de cenar, cuando los platos ya estaban fregados y Robert se había quedado dormido en su sillón con la satisfacción de un hombre que había comido bien, Helen se sentó junto a Amy en el sofá y hablaron en voz baja, del modo en que Helen hablaba con la gente a la que había decidido conocer, no interrogando, solo presente, haciendo el tipo de preguntas que dejaban espacio para decir tanto o tan poco como se quisiera.

Lucy se sentó al otro lado de la habitación con su té y observó.

Observó a Amy con su madre y pensó en todas las maneras en que había sido cuidadosa, con la situación, con Amy, con lo que se permitía querer, y en lo poco visible que era esa cautela en aquel momento, en aquella habitación, donde Amy estaba sentada en el sofá de su madre contándole cosas sobre su abuela con la facilidad callada de alguien que había encontrado, inesperadamente, un lugar donde esa historia era bienvenida.

Helen miró a Lucy una vez, brevemente, desde el otro lado de la habitación.

Lucy bajó la vista al té.

Se fueron a las ocho.

El trayecto de vuelta fue silencioso de una manera en que el de ida no lo había sido, más lleno, de algún modo, el silencio de dos personas que llevaban consigo algo que no tenían al empezar. Amy llevaba la cabeza apoyada en el respaldo y miraba la ciudad pasar, el naranja grisáceo de Los Ángeles por la noche haciendo su cosa habitual por encima de los tejados.

—Tus padres son maravillosos —dijo.

—Lo sé —dijo Lucy.

—Tu madre lo ve todo.

—Eso también lo sé.

Amy giró un poco la cabeza hacia ella sin llegar a volverse del todo.

—¿Qué ve? Sobre esto.

Lucy mantuvo los ojos en la carretera.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

Pausa.

—Ve lo que quiere ver —dijo Lucy con cuidado—. Tiene cierta tendencia a hacerlo.

—¿Y qué quiere ver?

Lucy no respondió. La ciudad se movía a su alrededor y el silencio se alargó del modo en que se alargan los silencios cuando las dos personas dentro de ellos están decidiendo algo.

—Gracias por invitarme —dijo Amy al cabo de un rato. Sin insistir. Solo: gracias, y el tema quedó liberado.

—Gracias por venir —dijo Lucy.

Llegaron a casa a las ocho y media.

Lucy abrió la puerta principal y Amy entró primero en el recibidor a oscuras, y Lucy alargó el brazo por detrás para encender la lámpara, y en el pequeño instante de ese gesto, Lucy muy cerca de ella, la puerta todavía abierta, el aire de diciembre entrando desde fuera, Amy se volvió.

Estaban más cerca de lo que exigía la geometría del recibidor.

Amy la miró. Lucy la miró. La lámpara estaba encendida y la casa callada a su alrededor y fuera la noche de diciembre hacía su concreta cosa angelina, fresca y clara y no del todo fría.

Ninguna se movió.

Duró tres segundos, quizá cuatro, la cualidad suspendida de un momento que estaba formulando una pregunta a la que ninguna de las dos había decidido todavía responder. Lucy era consciente de la cara de Amy a la luz de la lámpara, la

expresión de comprobación había desaparecido, sustituida por algo más abierto, y de su propia respiración, que había cambiado de alguna manera que estaba registrando sin poder abordar.

Entonces los ojos de Amy bajaron un instante, no apartándose, solo hacia abajo, apenas una fracción, y dio un pequeño paso atrás, y el momento se soltó.

—Voy a subir —dijo Amy. La voz le salió estable. Casi del todo estable.

—Vale —dijo Lucy. La suya también.

Amy subió las escaleras.

Lucy se quedó un momento en el recibidor con la puerta aún abierta detrás de ella, el aire de la noche en la nuca, respirando.

Cerró la puerta.

Se quedó de pie en el pasillo pensando en tres segundos y un paso atrás y en la expresión que había habido antes del paso atrás, eso en la cara de Amy que no había sido la cautela comprobada que solía llevar puesta, sino algo por debajo, visible un instante.

Pensó: *eso no ha sido nada*.

Pensó: *lo sé*.

Apagó la lámpara.

Subió las escaleras.

Pasó junto a la habitación del final del pasillo.

Desde dentro: la ventana abriéndose, el aire de diciembre entrando, el sonido concreto de Amy al final de un día.

Lucy se detuvo exactamente un instante en el pasillo.

Después siguió hasta su habitación.

Se sentó en el borde de la cama, a oscuras, y pensó en la casa de su madre y en Robert y en la masa madre y en Amy en el sofá de su madre con su té, y en la vuelta en coche, y en el recibidor, y en esos tres segundos que habían bastado para contener una pregunta.

Cogió el móvil.

Sophie: *feliz navidad. qué tal ha ido*

Lucy miró el mensaje durante un largo momento.

Bien, escribió. *Muy bien.*

Y luego, tras una pausa:

Encaja, Soph.

La respuesta de Sophie tardó más de lo habitual. Cuando llegó fueron solo tres palabras:

Lo sé que sí.

Lucy dejó el móvil.

Se tumbó a oscuras pensando en un momento en un recibidor y en un paso atrás que no había sido un no pero tampoco un sí, y en el espacio entre esas dos cosas, que era donde seguían estando ambas y que, se dijo, era el lugar correcto en el que estar.

Por ahora.

Cerró los ojos.

17

LUCY

Amy aprobó el parcial.

Escribió a las dos y catorce de la tarde: *Percentil 98. No lo conviertas en algo raro.*

Lucy estaba en una declaración.

Leyó el mensaje debajo de la mesa, algo que no hacía desde la facultad de Derecho, y pasó los cuarenta minutos siguientes siendo una abogada completamente profesional y presente mientras algo cálido y concreto se le instalaba en el pecho y se negaba a ser profesional o presente respecto a nada.

Contestó a las tres y cuarto, cuando hicieron una pausa: *No lo estoy convirtiendo en algo raro. Solo señalo que percentil 98 es excepcional y deberías permitirte disfrutarlo.*

Amy: *Lo estoy disfrutando. Lo estoy disfrutando en silencio.*

Lucy: *Eso está permitido.*

Amy: *Jade ha gritado. Por teléfono. Mucho rato.*

Lucy: *Parece la reacción correcta.*

Amy: *Sabía que dirías eso.*

Lucy guardó el móvil y volvió a la declaración y fue, el resto de la tarde, algo más fácil estar con ella de lo que había sido últimamente, cosa que Marcus señaló a las cinco con una mirada breve y elocuente que ella decidió no abordar.

Preparó la cena.

No porque le tocara —habían ido cayendo en una rotación informal que ninguna de las dos había hablado de manera explícita, una de las varias cosas de las últimas semanas que

habían ocurrido sin organizarse—, sino porque Amy había tenido el examen y luego un laboratorio de habilidades clínicas programado para la misma tarde. Cuando llegó a casa a las seis y cuarto y cruzó la puerta con el bolso y la energía de alguien que había sido excelente en algo agotador, Lucy tenía la pasta al fuego, una ensalada hecha y vino abierto para ella y agua con gas con lima ya servida para Amy.

Amy se quedó en la puerta de la cocina mirando la mesa.

—No hacía falta —dijo.

—Lo sé —dijo Lucy—. Siéntate.

Amy se sentó. Miró el agua con gas y luego a Lucy con una expresión que estaba haciendo varias cosas a la vez, y Lucy volvió a la cocina antes de tener que hacer nada con ello.

—¿Qué tal el laboratorio? —preguntó Lucy.

—Humillante —dijo Amy—. En un sentido útil.

Se quitó la goma del pelo y se lo echó hacia atrás, un gesto que Lucy había catalogado sin proponérselo y que ya había visto suficientes veces como para saber que significaba que Amy estaba saliendo del modo de rendimiento.

—Hicimos entrevistas a pacientes. Pacientes estandarizados, actores entrenados para presentar síntomas. Mi paciente presentaba dolor torácico y acerté con el diagnóstico, pero me pasé cuarenta segundos en una línea de preguntas que al final no era relevante.

—Cuarenta segundos —dijo Lucy.

—En una situación real esos cuarenta segundos podrían importar.

—O podrían ser exactamente el tiempo correcto para descartar algo.

Amy la miró.

—Eso es lo que dijo mi adjunto.

—Tu adjunto tiene razón.

—Lo sé —dijo Amy—. Aun así no me gustan los cuarenta segundos.

—Vas a ser una médica muy exigente.

—Conmigo en concreto.

—A eso me refería.

Amy guardó silencio un momento, y Lucy oyó en ese silencio el sonido de alguien aceptando una información que ya sabía y encontrándola un poco más fácil de sostener porque otra persona la había dicho en voz alta. Entendía eso. Vivía ahí con bastante frecuencia.

Sirvió la pasta.

Durante la cena hablaron del parcial —Amy, una vez que se le había dado permiso explícito para disfrutar del resultado, era capaz de estar contenta de una manera contenida y precisa que Lucy encontraba característica y atractiva— y del laboratorio de habilidades clínicas y de una llamada que Lucy había tenido al mediodía con un cliente que había cambiado su postura en tres puntos clave entre el martes y el jueves por motivos que no sabía explicar con claridad.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Amy.

—Le dije que necesitaba los motivos por escrito antes de nuestra siguiente conversación —dijo Lucy—. La gente piensa con más cuidado cuando tiene que comprometerse en papel.

—¿Haces eso en tu vida personal?

Lucy la miró.

—Pedirle a la gente que ponga las cosas por escrito —dijo Amy—. Cuando necesitas que sea más cuidadosa.

—Lo intento —dijo Lucy—. No siempre funciona.

—¿Cuándo no funciona?

—Cuando la gente no está siendo cuidadosa porque no quiere estarlo —dijo Lucy—. Cuando la vaguedad le resulta útil.

Hizo una pausa.

—A algunas personas les incomoda la precisión. Prefieren quedarse en el espacio en el que las cosas no están definidas.

Amy la miraba con la atención que usaba cuando creía que una conversación iba de algo más que de la superficie.

—Y eso te resulta difícil.

—Me resulta ineficiente —dijo Lucy—. Me resulta... sí. Difícil.

Hizo girar la copa sobre la mesa.

—No siempre sé qué hacer con las cosas que no se resuelven en claridad.

—¿Por eso haces listas?

—Hago listas porque las listas funcionan.

—Las listas funcionan con problemas de parámetros claros —dijo Amy—. Son menos útiles con problemas que no se están quietos.

Lucy la miró.

—Eso es muy perceptivo.

—Llevo semanas viéndote hacer listas.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

Amy se tomó la pregunta con la seriedad que reservaba para las cosas que la merecían.

—A que las listas son reales y te resultan sinceramente útiles —dijo—. Y a que las cosas que no puedes poner en una lista son las que más te cuestan.

La cocina quedó en silencio a su alrededor.

—Sí —dijo Lucy—. Eso es exacto.

Amy miró su pasta. Lucy miró el vino. Fuera de la ventana de la cocina, la tarde de enero había caído del todo y el jardín era una forma tenue al otro lado del cristal.

—¿Cuáles son ahora mismo las cosas que no entran en una lista? —preguntó Amy.

Un silencio largo.

—Amy —dijo Lucy.

—No hace falta que contestes.

—Lo sé.

Lucy hizo girar la copa.

—Soy consciente de que hay cosas que no estoy… que estoy manejando con cuidado porque la situación tiene…

Se interrumpió.

—Hay cosas sobre las que no me estoy permitiendo tener claridad. Tienes razón.

Amy la miró con calma.

—Creo que sabes cuáles son —dijo Lucy con cuidado.

—Creo que quizá sí —dijo Amy, con el mismo cuidado.

Se quedaron sentadas en el silencio cargado de dos personas que habían llegado al borde de algo y eran ambas conscientes de ello y ninguna se movía aún.

Entonces Amy dijo:

—Tengo cita de las diecisiete semanas el lunes. La doctora Okafor dijo que quizá se vea más de lo que se veía a las doce.

—¿Quieres que vaya? —preguntó Lucy.

—Sí —dijo Amy—. Ya te la he puesto en el calendario.

Lucy la miró.

—Me has puesto la cita en el calendario.

—Me diste acceso a tu calendario para las citas médicas. Tercera condición.

—Es verdad —dijo Lucy.

—Parecía que ibas a preguntarlo —dijo Amy—, y me pareció más fácil si ya estaba ahí.

Lucy la miró un momento.

—Gracias —dijo.

—Tenía sentido logístico —dijo Amy, lo cual era verdad y tampoco era toda la verdad, y las dos lo sabían, y ninguna lo dijo.

La semana anterior a la cita de las diecisiete semanas, llamó Rebecca.

Lucy estaba en el despacho cuando ocurrió, y eso fue una suerte porque le dio la compostura del entorno profesional,

que utilizó. La llamada no fue dramática. Rebecca no era una persona dramática, ese nunca había sido el problema con Rebecca. El problema con Rebecca había sido siempre el inverso: la manera en que hacía que todo pareciera calmado y razonable justo hasta que dejaba de serlo.

Estaba en Los Ángeles por una conferencia. Había estado pensando en Lucy. Le gustaría tomar un café, si Lucy estaba dispuesta.

Lucy se quedó sentada a su mesa cuando colgó, pensando en ello.

Pensó en lo que le había contado a Amy. Tres relaciones serias, el patrón, los años construyendo cosas sobre bases que parecían correctas hasta que dejaban de sostener peso. Pensó en el diagnóstico de Sophie sobre ocho años eligiendo mujeres que querían la versión fácil.

Pensó en la mesa de la cocina. En el bloc legal. En las mañanas. En la forma en que Amy había puesto la cita en su calendario porque había anticipado que Lucy iba a preguntar.

Pensó en las cosas que no entraban en una lista.

Volvió a llamar a Rebecca y le dijo que no creía que un café fuera una buena idea ahora mismo, y Rebecca dijo que lo entendía, y Lucy colgó y se quedó sentada a su mesa un momento con la sensación limpia de haber tomado una decisión clara.

Anotó en el bloc legal el seguimiento del Hendricks.

Volvió al trabajo.

No le habló a Amy de la llamada.

No porque se lo estuviera ocultando, no era algo que exigiera ser revelado, era una llamada que había gestionado y dejado atrás. Pero en algún lugar del fondo de su mente era consciente de que no contarle a Amy era una decisión, y de que las decisiones eran datos, y de que esos datos encajaban con lo que ya sabía de sí misma.

Se lo contó a Sophie, porque a Sophie le contaba cosas.

—La rechazaste —dijo Sophie.

—Sí.

—Sin dudar.

—Dudé unos cuarenta y cinco segundos en mi despacho.

—Eso no es dudar —dijo Sophie—. Eso es ser minuciosa.

—Sophie.

—Solo digo que hace seis meses quizá habrías aceptado el café —dijo Sophie—. Eso es un cambio.

—En seis meses han cambiado muchas cosas.

—Sí —dijo Sophie.

Tenía esa cualidad cuidadosa que usaba cuando no iba a decir lo obvio.

—Sí que han cambiado.

Llegó el lunes.

Lucy recogió a Amy en la facultad a las diez y cuarenta y cinco. Amy iba otra vez con uniforme clínico, café en la mano, entornando los ojos bajo el sol invernal, y entró en el coche y dijo:

—Hola.

Y se abrochó el cinturón y se incorporaron al tráfico con la facilidad de la gente que ya había hecho aquello antes.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó Lucy.

—Clase de farmacología —dijo Amy—. Bien, de hecho. La profesora hizo algo interesante con el mecanismo de acción de...

Se interrumpió.

—No importa, es complicado.

—Cuéntamelo —dijo Lucy.

Amy la miró con esa leve sorpresa que todavía a veces tenía cuando Lucy hablaba en serio.

—Es complicado de verdad.

—Te seguiré el ritmo.

Así que Amy se lo contó, y Lucy se lo siguió, y hablaron de farmacología hasta que entraron en el aparcamiento de Santa

Mónica, y solo cuando caminaron hacia el edificio la conversación se detuvo y el día se hizo presente de nuevo.

Amy caminaba a su lado. Sus brazos casi se rozaban.

—¿Nerviosa? —preguntó Amy.

—Sí —dijo Lucy.

—Bien —dijo Amy—. Yo también.

La doctora Okafor fue eficiente y cálida y tuvo la cualidad que siempre tenía, la de tratar la situación como completamente normal, algo que Lucy había llegado a entender como uno de sus dones.

—Diecisiete semanas —dijo, mirando la historia—. Bien. Todo desde la última visita evoluciona como debería. Hoy deberíamos tener una imagen clara.

Las miró a ambas.

—¿Queréis saber el sexo?

Lucy miró a Amy.

Amy miró a Lucy.

—Sí —dijeron las dos.

A la vez. Ninguna había decidido decirlo antes de que lo dijera la otra, lo que significaba que ambas lo habían decidido por su cuenta y habían llegado al mismo momento.

La doctora Okafor sonrió.

—De acuerdo. Vamos a mirar.

La imagen en la pantalla era distinta de la de las doce semanas. Significativamente distinta. Lo que había sido una forma era ahora, sin duda, una persona. El perfil claro, las proporciones repentinamente, asombrosamente reconocibles. Brazos. Piernas. La curva de una columna.

Lucy estaba de pie junto a la camilla.

Amy miraba la pantalla con esa atención concentrada que llevaba a todo lo que importaba, y Lucy miraba la pantalla, y luego miraba a Amy mirando la pantalla, la leve separación de sus labios, la intensidad de su atención.

Volvió a mirar la pantalla.

—Es una niña —dijo la doctora Okafor.

La sala quedó muy callada.

Lucy se apoyó la mano plana sobre el esternón, un gesto que no había planeado, y sintió su propio latido debajo de la palma, rápido y real.

A su lado, Amy hizo un sonido. Muy pequeño. No una palabra. Solo un sonido, y Lucy la miró, y Amy seguía mirando la pantalla, y tenía en la cara algo sin defensa que Lucy no le había visto antes. No el humor de Amy ni su precisión ni su calidez cuidadosamente medida, sino algo por debajo de todo eso, más antiguo y menos protegido.

—Hola —dijo Lucy en voz baja. A la pantalla.

Amy la miró entonces. Y Lucy le devolvió la mirada.

Y ninguna apartó la vista.

La doctora Okafor dijo algo sobre medidas y percentiles, y Lucy lo oyó y lo archivó con precisión y también no salió del todo de ese momento, de la cara desprotegida de Amy y de la niña en la pantalla y del conocimiento de que las dos estaban, en ese instante, exactamente en el mismo lugar.

—Parece perfecta —dijo Amy.

Técnicamente a la doctora Okafor. Pero seguía mirando a Lucy.

—Lo está —dijo la doctora Okafor—. Lo está de verdad.

Se quedaron sentadas un momento en el coche, en el aparcamiento, antes de que Lucy arrancara.

—Una niña —dijo Amy.

—Una niña —dijo Lucy.

Amy miró sus manos sobre el regazo.

—No dejo de pensar en lo que dijiste. Lo del parque infantil. El padre guiando a la niña para bajar.

—Sí.

—Vas a hacer eso —dijo Amy—. Vas a estar justo ahí, diciéndole cómo hacerlo.

Lucy sintió que algo ocurría en su pecho, algo para lo que no tenía palabra y tampoco la necesitaba.

—Sí —dijo—. Lo haré.

Amy asintió. Miró a través del parabrisas el hormigón del aparcamiento.

—Tiene tu nariz —dijo.

Lucy se volvió a mirarla.

—En la ecografía —dijo Amy—. El perfil. Tiene tu nariz.

Lucy miró la cara de Amy, algo que llevaba teniendo mucho cuidado de no hacer demasiado, simplemente mirarla, la cara de Amy.

—No me había fijado —dijo.

—Yo sí —dijo Amy, sencillamente.

Se fija. Mira y se fija, pensó Lucy.

Arrancó el coche.

Condujeron de vuelta a la facultad en un silencio distinto de todos los anteriores, más lleno, el silencio de dos personas sentadas dentro de algo importante que ninguna se apresuraba a nombrar.

En la entrada lateral Amy se desabrochó el cinturón, cogió el bolso y se quedó un segundo quieta, y Lucy esperó, porque ya había aprendido que las pausas de Amy significaban que venía algo que estaba escogiendo con cuidado.

—Tiene tu nariz —dijo otra vez. En voz baja. Como si estuviera diciendo otra cosa del todo.

—Lo sé —dijo Lucy.

Amy la miró un momento con esa cualidad de comprobación, de calibración interna.

—Lucy —dijo.

—Sí.

—Creo que deberíamos hablar —dijo Amy—. Hoy no. Ahora no. Pero... pronto. De las cosas que no entran en una lista.

Lucy se quedó completamente quieta.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Amy.

Bajó del coche y cruzó la entrada lateral y Lucy la vio alejarse, el motor aún en marcha junto al bordillo, y pensó en una niña en una pantalla con su nariz, y en Amy diciendo *yo sí*, y en el momento en que supo, mientras estaba ocurriendo, que iba a llevarlo consigo durante mucho tiempo.

Se incorporó al tráfico.

Condujo.

Pensó: *pronto*.

18

AMY

No sacó el tema durante cinco días.

Aquello no era evitación. Amy tenía una taxonomía interna precisa para distinguir entre evitar y esperar, y la distinción le importaba del modo en que siempre le importaban las distinciones precisas: evitar era no mirar algo porque mirarlo resultaba incómodo. Esperar era mirarlo con claridad y elegir el momento porque el momento formaba parte de la cosa misma.

Estaba esperando.

Aquellos cinco días tuvieron una textura. Era consciente de Lucy del mismo modo en que lo llevaba siendo durante semanas, el mismo ir catalogando, los mismos datos acumulados, pero algo había cambiado en el aparcamiento de Santa Mónica. El cambio era pequeño, exteriormente. Seguían teniendo sus mañanas en la cocina. Lucy seguía bajando el volumen de la televisión a las nueve. Amy seguía estudiando en la mesa de la cocina mientras Lucy trabajaba. Ninguna de las formas había cambiado.

Pero había algo en el espacio entre ellas que se había vuelto menos fácil de pasar por alto.

Amy era consciente de ello como se es consciente de una frecuencia que una acaba de identificar: no era nueva, siempre la había estado recibiendo, solo que ahora ya tenía nombre.

Pensó en lo que iba a decir.

Pensó en ello durante fisiopatología el martes y durante el laboratorio de habilidades clínicas del jueves y durante los cuarenta minutos de carrera suave que había empezado a hacer por las tardes, un compromiso entre la creciente preferencia de su cuerpo por la quietud y la exigencia absoluta de su cabeza de moverse. Corría despacio, algo que encontraba humillante y que la doctora Okafor le había confirmado que era correcto, y pensaba en Lucy, y pensaba en eso que no entraba en una lista, y pensaba en la voz de Jade diciendo *ten cuidado* y en su propia voz respondiendo *lo sé*.

No creía que saberlo hubiera bastado.

Pensaba también en la niña.

Eso lo hacía de forma menos deliberada: pensar en la niña le llegaba sin invitación, del modo en que le había ido llegando durante semanas. El aleteo que había empezado a notar a las dieciséis semanas, irregular primero y luego más regular, la pequeña presencia concreta de alguien que estaba allí y cada día estaba más allí. Pensaba en la niña del modo en que se piensa en algo que es tuyo de una forma con la que no habías acordado y con la que ya no podías dejar de acordar, y pensaba en lo que pasaría dentro de cinco meses cuando eso terminara, y pensaba en el final, y en lo que era ella al otro lado de ese final.

No tenía respuesta.

Lo archivó. Siguió andando.

El viernes por la tarde volvió a casa y encontró a Lucy en el jardín.

Aquello era poco habitual. Lucy usaba el jardín a veces; Amy la había visto allí los fines de semana por la mañana con café, de pie al borde del césped mirando el jardín con la cualidad de alguien a quien le resultaba reparador. Pero entre semana, por la tarde, solía estar en la mesa de la cocina o en su despacho de arriba.

Amy se quedó junto a la ventana de la cocina mirándola.

Lucy estaba sentada en el banco bajo de piedra al fondo del jardín, con la ropa de trabajo, la chaqueta todavía puesta, sin móvil, sin vino, sin libro. Solo sentada. El jardín en enero estaba desnudo —estructural, lo había llamado Lucy una vez, sus huesos visibles sin la distracción de las hojas— y la luz tardía de la tarde estaba haciendo esa cosa suya de enero en Los Ángeles, baja y precisa, consiguiendo que todo lo que tocaba pareciera pensado.

Amy la observó un momento.

Luego abrió la puerta de atrás y salió.

Lucy la oyó y levantó la vista, y apareció el reajuste breve de siempre, la compostura reuniéndose, más despacio de lo habitual.

—Hola —dijo Lucy.

—Hola.

Amy se sentó a su lado en el banco. No tan cerca como para invadirla, sí lo bastante como para estar presente.

—¿Día aceptable?

—Medio —dijo Lucy.

—¿Medio bueno o medio malo?

—Medio anodino.

Le dio una vuelta a la palabra.

—He tenido cuatro reuniones que han estado bien y nada que haya sido interesante, y he venido conduciendo a casa pensando que llevo ocho años ejerciendo el derecho corporativo y se me da muy bien y ni una sola vez me ha parecido interesante del modo en que me parecen interesantes... otras cosas.

—¿Qué cosas te parecen interesantes? —preguntó Amy.

Lucy la miró de lado.

—Sabes la respuesta.

—Quiero oírtela decir.

Pausa.

—Hablar contigo —dijo Lucy—. Casi todo lo que implique hablar contigo.

Amy sintió que aquello le llegaba justo donde llevaba días esperándolo, a algún lugar del pecho que ya estaba preparado.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Lucy.

Miraron el jardín.

—He estado pensando en lo que dije en el coche —dijo Amy—. Lo de las cosas que no entran en una lista.

—Lo sé.

—Dije que deberíamos hablarlo.

—Eso también lo sé.

—Voy a hablarlo ahora —dijo Amy—. Si te parece bien.

—Sí —dijo Lucy—. Por favor.

Amy miró las ramas desnudas del árbol al fondo del jardín, la forma limpia del invierno, la estructura visible ahora que las hojas ya no la tapaban. Pensó en la precisión. En las cosas a las que llevaba cinco días dándole vueltas.

—Soy consciente de la situación —dijo—. De todas sus capas. Tengo veintiséis años, tú treinta y dos. Vivo en tu casa en virtud de un acuerdo legal. Tú vas a ser la madre del bebé que llevo. Las dinámicas de poder son reales y no... no tengo una versión de esto en la que finja que esas cosas no son verdad.

—Yo tampoco —dijo Lucy.

—Pero —dijo Amy.

—Pero —dijo Lucy.

Amy miró sus manos.

—He sido cuidadosa. He sido muy deliberada al ser cuidadosa. Y creo que lo cuidadoso ha sido lo correcto, y creo que el momento de esta conversación es el correcto, y también creo que...

Hizo una pausa.

—...también creo que llega un punto en que lo cuidadoso se convierte en una forma de evitación.

Lucy estaba muy quieta.

—Me fijo en ti —dijo Amy—. Me fijo en cosas de ti en las que no me fijaría si solo estuviera conviviendo con alguien. En cómo piensas. En cómo eres por la mañana antes de estar del todo encendida. En cómo te sentaste en el suelo de la cocina a las once de la noche sin convertirlo en una cosa.

Miró el jardín.

—En cómo le dijiste hola a la ecografía. Las dos veces.

—Amy —dijo Lucy en voz baja.

—No he terminado —dijo Amy—. Sé lo que siento. Lo sé desde hace un tiempo. He estado sentándome con ello y comprobándolo desde distintos ángulos porque necesitaba estar segura de que era real y no... no una función de la situación. No yo viviendo en casa de alguien, siendo cuidada por primera vez en mucho tiempo, y confundiéndolo con otra cosa.

Pausa.

—He sido minuciosa al comprobarlo.

—¿Y? —dijo Lucy.

Solo eso. Sin estrategia de compostura. Solo esa palabra y todo lo que llevaba dentro.

—Y no es la casa —dijo Amy—. No es la situación. Eres tú. Tú, concreta y real.

Se volvió a mirarla.

—Y necesitaba que lo supieras antes de decir ninguna otra cosa, porque lo demás solo importa si la primera parte está clara.

Lucy la miraba con lo que había detrás de la compostura completamente presente, nada gestionado en ello.

—Está clara —dijo.

—Vale —dijo Amy.

—Vale —dijo Lucy.

Un instante.

—Ahora me toca a mí —dijo Lucy.

—Sí.

Lucy se giró un poco en el banco para encararla más de lleno.

—Llevo intentando ser apropiada con esto desde aproximadamente la segunda vez que te vi. Que fue en la sala de espera de la clínica, doce minutos después del peor momento de mi año, así que el momento siempre ha sido espectacular.

Algo se movió en su cara, casi una sonrisa, más oscura que las habituales.

—Me hice una lista muy precisa de razones por las que sentir lo que sentía era prematuro o equivocado o una función de la situación o algo que debería gestionar hasta que la situación se resolviera en algo más limpio.

—¿Funcionó la lista? —preguntó Amy.

—No —dijo Lucy—. La lista no funcionó.

—Es un dato interesante, teniendo en cuenta lo buenas que se te dan las listas.

—Te dice algo sobre la naturaleza de la cosa —dijo Lucy.

Se miraron en el jardín de enero, las ramas desnudas y la luz de última hora y la ciudad haciendo su callada cosa de viernes por la tarde al otro lado de los muros.

—Necesito decir lo obvio —dijo Amy—. Porque no quiero que seamos personas que no dicen lo obvio.

—Dilo.

—La situación es complicada —dijo Amy—. Llevo a tu bebé. Vivo en tu casa. Tenemos un acuerdo legal y una diferencia de poder y vamos a estar conectadas de alguna forma pase lo que pase entre nosotras, y eso significa que si esto sale mal, sale mal dentro de todas esas cosas.

Pausa.

—Eso es real.

—Sí —dijo Lucy—. Lo sé.

—Y aun así…

—Y aun así —dijo Lucy. Sin vacilar.

Amy la miró.

—Necesitaba asegurarme de que lo habías pensado.

—Llevo seis semanas pensando en poco más —dijo Lucy, y fue la cosa más directa que Amy le había oído nunca, dicha con la tranquilidad de algo que por fin se deja en el suelo después de haberlo cargado mucho tiempo.

Amy sintió que esas palabras le llegaban con un peso clarificador.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Lucy.

El jardín estaba muy callado. En algún sitio más allá de los muros pasó un coche. La luz se estaba volviendo de ese ámbar profundo de las últimas horas de una tarde de enero, todo ligeramente dorado y ligeramente frío a la vez.

Amy volvió la vista al árbol.

—¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé —dijo Lucy.

—Tú siempre sabes qué hacer.

—Esta vez no.

Lucy también estaba mirando el árbol.

—Creo… creo que hacemos lo que hemos estado haciendo. Creo que seguimos como hemos estado siguiendo. Y lo hacemos sabiendo esto entre nosotras en lugar de…

Hizo un gesto vago.

—…en lugar de esa cosa de la que las dos somos conscientes y no estamos diciendo nada.

—Puedo hacer eso —dijo Amy.

—Creo que es mejor —dijo Lucy—. Creo que es lo correcto. No porque quiera seguir siendo cuidadosa indefinidamente. Sino porque quiero que lo que sea esto tenga la base adecuada. No la base de la situación. La base real.

Amy le dio una vuelta a aquello.

—Es la decisión correcta —dijo—. Y me irrita muy ligeramente que hayas llegado antes que yo.

Lucy hizo ese sonido, la exhalación baja que era su risa de verdad, y Amy la sintió en el sitio de siempre.

—Ya habías llegado —dijo Lucy—. Has dicho lo mismo de tres formas distintas en los últimos cinco minutos.

—Estaba siendo minuciosa.

—Siempre eres minuciosa.

—Tú siempre eres precisa.

—Somos muy irritantes —dijo Lucy.

—Muchísimo —dijo Amy.

Se quedaron sentadas en el jardín de enero sin decir nada más durante un rato, y fue el silencio más cómodo que Amy recordaba haber compartido, algo de lo que era consciente del modo en que se es consciente de las cosas discretamente importantes mientras están ocurriendo.

Luego Lucy dijo, sin ceremonia particular, mirando el jardín en vez de a Amy:

—He estado pensando en el después.

Amy la miró.

—No quiero que desaparezcas —dijo Lucy—. Eso ya lo he dicho antes. Pero ahora quiero ser más específica.

Pausa.

—Quiero que ella te conozca. No como un concepto legal, no como una historia que yo le cuente sobre de dónde viene. Como una persona en su vida. Alguien a quien ve. Alguien a quien conoce.

Se volvió a mirar a Amy.

—Quiero que eso sea real y quiero que sea elegido, no... no algo que se desvanezca porque ninguna de las dos lo hizo concreto.

Amy se quedó muy quieta.

—No sé cómo llamarlo —dijo Lucy—. El papel. No creo que exista la palabra. Pero tú estarías... has estado aquí desde el principio, desde antes del principio, y eso no es nada. No es algo que yo quiera que ella no sepa sobre sí misma.

Algo atravesó a Amy, grande y complicado y no del todo nombrable.

Pensó: *esto es lo que dije que quería.*

Pensó: *es lo que quería.*

Y pensó, por debajo de eso, más bajo y menos cómodo: *¿es lo único que quería?*

Apoyó la mano plana sobre el muslo.

—Vale —dijo. La voz le salió estable. Se estaba obligando a que lo fuera—. Yo también quiero eso.

—Bien —dijo Lucy. Sencillamente.

Se quedaron dentro de ello. La luz de enero estaba casi desapareciendo ya, el jardín oscureciéndose a su alrededor, y Amy se quedó sentada en el aire que empezaba a enfriar y sintió el peso concreto de haber recibido algo que había pedido y descubrir que se posaba en ella de una manera distinta a la que había esperado. No mal. No menos de lo que había deseado. Solo... al lado de algo que todavía no estaba preparada para mirar directamente.

Miró el árbol desnudo al fondo del jardín.

Pensó: *una cosa cada vez.*

Pensó: *sé lo que siento por ella. Esa parte es verdad. La otra parte... ya averiguaré la otra parte.*

No la miró aún.

Aquella noche no.

Más tarde, dentro de casa, Amy preparó té y Lucy se cambió la ropa de trabajo y a las siete ya estaban las dos en la mesa de la cocina, la disposición habitual, los apuntes de Amy y el expediente de Lucy y la lámpara entre las dos.

Pero era distinto.

No de forma dramática. No de una manera visible para alguien que no hubiera estado semanas en aquella habitación. Solo... el saber estaba asentado en el espacio entre ambas, instalado, sin exigir todavía nada.

En un momento dado Amy levantó la vista de los apuntes y encontró a Lucy mirándola ya. Lucy no apartó la mirada. Amy tampoco. Duró exactamente lo que tenía que durar y luego las dos volvieron a su trabajo.

A las nueve Amy dijo:

—Me subo.

Y Lucy dijo:

—Que descanses.

Amy recogió los apuntes y la taza y se detuvo en la puerta de la cocina.

—Lucy.

—Sí.

—Gracias por la conversación del después —dijo Amy—. La parte del bebé. Necesitaba oír eso.

Lucy la miró con calma.

—Lo decía en serio.

—Lo sé —dijo Amy—. Por eso me ha ayudado.

Subió las escaleras.

Se tumbó a oscuras en la habitación del final del pasillo y miró la ventana al jardín y sintió la ciudad haciendo su cosa de nunca terminar de oscurecerse y pensó en el banco y en la luz de enero y en la conversación que había dicho lo que tenía que decir.

Pensó en Lucy diciendo *quiero que ella te conozca*.

Pensó en cómo había caído aquello, el alivio, real y genuino, y en lo otro que había por debajo del alivio, eso que no había mirado, la pregunta que todavía no se había hecho porque no estaba segura de estar preparada para la respuesta.

Se apoyó la mano sobre el abdomen.

La niña se movió.

Lo sé, pensó Amy. *Yo también.*

Cerró los ojos.

Fuera de la ventana del jardín la ciudad de enero tenía su habitual oscuridad que no terminaba de ser oscuridad, y se durmió con ese sonido, las dos cosas que llevaba dentro asentándose en la forma concreta de algo sin resolver, pero real.

19

LUCY

Lo de saberlo era que cambiaba la textura de las cosas corrientes.

No de forma dramática. No de una manera visible para nadie que no estuviera prestando mucha atención, y muy poca gente prestaba mucha atención a la cualidad concreta de las mañanas de Lucy Davenport. Pero la cocina tenía ahora una frecuencia distinta. La mesa por las noches. Los sonidos de Amy moviéndose por arriba. La manera en que sonaba la casa cuando Amy estaba dentro frente a cuando no estaba, una diferencia de la que Lucy había sido consciente desde la primera semana y que había procurado no examinar y que ahora, al parecer, sí podía examinar.

La examinó.

Todavía no iba a hacer nada al respecto. Esto no era la cautela de antes, no la cautela gestionada y estratégica de alguien que controla una situación, sino otra clase de cuidado, la que se le concede a algo real porque es real y, por tanto, merece ser tratado como tal. Amy había usado la palabra *base*. Técnicamente la había usado primero Lucy, pero Amy la había recibido con esa precisión que te decía que alguien entendía no solo la palabra, sino también la arquitectura que había detrás.

Estaban construyendo algo.

Y pensaban seguir construyéndolo bien.

Aquello era, reconoció, lo más paciente que había sido jamás con algo que quería, y lo quería considerablemente.

Vio a Rebecca un miércoles.

No estaba planeado. Ni concertado. Lucy estaba en una comida de trabajo con un cliente en un restaurante de Brentwood, el tipo de comida que nominalmente iba sobre un caso y en realidad iba sobre el mantenimiento de una relación, una distinción que ella hacía y sus clientes no, y estaba sentada de cara a la puerta, como siempre, y vio entrar a Rebecca con una mujer a la que no conocía antes de que Rebecca la viera a ella.

Venían en mitad de una conversación, cerca la una de la otra, con la soltura de dos personas que se conocían bien. Rebecca tenía —Lucy registró aquello con la eficacia desapasionada que llevaba a todas sus valoraciones— buen aspecto. Bastante bueno, en realidad. Más ligera que la última vez que la había visto, que había sido casi un año antes, el final de algo que había tardado demasiado en terminar.

Rebecca levantó la vista y la vio.

Una breve quietud. Luego una sonrisa genuina y sencilla, la que a Lucy siempre le había gustado más de ella, la que llegaba antes que la versión interpretada. Un pequeño gesto con la mano. Lucy asintió de vuelta. Rebecca se volvió hacia su acompañante.

Y eso fue todo.

Treinta segundos. Ninguna conversación. Ningún rodeo hasta su mesa.

Lucy volvió con su cliente y terminó la comida y estuvo presente en ella, cosa que no le resultó difícil porque siempre estaba presente cuando lo necesitaba. Pero algo se quedó en el borde de la tarde, no pena, no arrepentimiento, no nada tan grande como eso, solo la cualidad de una cosa cerrada a la que le recuerdan que está cerrada.

Pensó en ello de vuelta al despacho.

Pensó: *esa era mi vida antes*. Construir hacia alguien que no iba a quedarse.

Pensó: *ya no es mi vida*.

Pensó en Amy en el jardín de enero diciendo *eres tú, concreta y real*, y en el peso de alguien diciendo una cosa que había comprobado desde todos los ángulos antes de decirla.

Pensó: *esa es la diferencia*.

Volvió al trabajo.

La llamada de la doctora Feld llegó a las cuatro y cuarto.

Lucy estaba entre reuniones, de pie junto a la ventana de su despacho con un vaso de agua, y vio el número y se sentó antes de contestar.

La doctora Feld tenía por teléfono la misma cualidad que en persona, un punto demasiado rápida, generando su propia turbulencia, y dijo, tras un breve preámbulo profesional:

—Llevaba tiempo queriendo llamarte. Por el incidente.

—El incidente —dijo Lucy, que era una manera de llamarlo.

—No te llamo para reabrir nada en el plano legal —dijo rápidamente la doctora Feld—. Tu abogado y el mío ya han resuelto la parte formal. Te llamo porque…

Hizo una pausa, algo inusual en la doctora Feld.

—…porque he estado pensando en vosotras. En las dos. Y quería que supieras que entiendo lo que hice. No solo en el plano procedimental. El coste humano.

Lucy se quedó muy quieta.

—Cometí un error catastrófico —dijo la doctora Feld—. Y la forma en que se ha resuelto, la manera en que lo habéis llevado las dos, no es algo que yo tuviera derecho a esperar. Quiero que sepas que lo sé.

—¿Por qué me dices esto? —preguntó Lucy.

—Porque creo que eres una persona que necesita oírlo dicho de forma directa —dijo la doctora Feld—. No insinuado ni gestionado.

Pausa.

—Y porque, por lo que entiendo de la situación, puede llegar un momento en el que necesites recordar que lo que ha pasado entre Amy y tú empezó como algo que se os hizo a las dos. No como algo que ninguna eligiera en condiciones normales.

Lucy se quedó inmóvil de otra manera.

—Es una observación interesante —dijo con cuidado.

—No estoy diciendo nada sobre lo que es ahora —dijo la doctora Feld—. Estoy diciendo lo que fue. Y creo que a veces el origen de algo importa. Incluso cuando se convierte en otra cosa.

Se despidió y colgó con la misma rapidez con la que hacía todo, y Lucy se quedó sentada en su despacho largo rato con el teléfono en la mano.

Pensó: *no se equivoca del todo*.

Pensó: *y tampoco tiene del todo razón*.

Pensó: *no sé qué parte me da más miedo*.

Aquella noche no le habló a Amy de la llamada de la doctora Feld.

Se dijo que no era relevante. Que era una pieza de cierre de la clínica, gestionada, terminada. Estuvo a punto de creérselo.

Lo que en realidad creía, si era sincera, era que la doctora Feld había dicho algo que todavía no sabía sostener, y necesitaba sostenerlo primero a solas antes de poder sostenerlo con nadie más.

Amy estaba en la mesa de la cocina cuando ella llegó a casa, ocupada de esa forma en que estaba por las noches, los apuntes extendidos, el subrayador en la mano, la cualidad concentrada de una persona cuyo cerebro estaba ejecutando varias operaciones a la vez. Levantó la vista al oírla entrar.

—Eh —dijo Amy—. ¿Día aceptable?

—Medio —dijo Lucy.

—¿Medio malo o medio anodino?

—Medio… me ha pasado algo que no esperaba.

Dejó el bolso.

—He visto a Rebecca. En la comida. Estaba allí con alguien, nos hemos saludado con la cabeza y ya está.

Amy dejó el subrayador.

El gesto fue pequeño y deliberado, y Lucy lo registró, la cualidad concreta de una persona obligando a sus manos a hacer algo neutro cuando querían estar haciendo otra cosa.

—¿Dónde? —preguntó Amy.

—En un restaurante de Brentwood. Comida de trabajo con un cliente. Ha entrado con alguien mientras yo estaba allí.

Pausa.

—Treinta segundos. Ninguna conversación.

—Vale —dijo Amy.

—No ha sido… nada —dijo Lucy—. De verdad, eso es lo que ha sido. Pero quería contártelo porque no contártelo me parecía una decisión que luego tendría que examinar.

Amy volvió a coger el subrayador. Miró los apuntes. Luego levantó la vista.

—¿Y cómo ha sido? Verla.

—Bien —dijo Lucy—. De verdad bien. Tenía buen aspecto. Yo sentí…

Se interrumpió, buscando la palabra con honestidad.

—Sentí la distancia entre lo que aquello fue y lo que esto es. Solo eso.

—Ya —dijo Amy.

Lo dijo con el tono de alguien que está diciendo una cosa que no es exactamente la que piensa, y Lucy, que llevaba semanas aprendiendo los tonos de Amy, lo oyó.

—Amy —dijo.

—Estoy bien —dijo Amy.

—No he dicho que no lo estés.

—Lo sé.

Amy miró los apuntes. Luego levantó la vista.

—No tengo ningún derecho sobre tu historia. Lo sé. Ella es tu pasado y se ha acabado, y verla en un restaurante es solo... una cosa que ha pasado. Todo eso lo sé.

—Pero —dijo Lucy.

Una pausa ligeramente más larga de lo neutro.

—No me gusta que exista —dijo Amy.

Le salió de forma llana, con la cualidad de algo admitido, no interpretado.

—Sé que no es razonable. Existe. Es un hecho.

Miró los apuntes.

—Simplemente no me gusta pensar en ti con alguien que se fue cuando se puso serio. No me gusta que te pasara suficientes veces como para cambiar cómo construyes las cosas.

Lucy la miró.

—Y no me gusta —dijo Amy, más bajo— que cuando dijiste su nombre algo en mí se quedara muy quieto. Porque sé lo que es eso. Y significa que estoy más metida en esto de lo que he estado diciendo en voz alta.

Lo dijo con la llaneza de una afirmación, no de una confesión. Solo: sé lo que es esto y te lo digo porque deberías saberlo.

Pero Lucy, al observarla, vio otra cosa debajo de esa llaneza: no exactamente incertidumbre, no exactamente miedo, sino la cualidad concreta de alguien que ha nombrado una cosa y es consciente de que al nombrarla ha hecho más visible otra, contigua y más grande. Los ojos de Amy bajaron un instante a sus propias manos. Un movimiento pequeño, no pensado.

Luego volvió a levantar la vista y la expresión era uniforme otra vez.

—¿Cuánto más metida? —preguntó Lucy.

—Lo bastante como para que treinta segundos en un restaurante me hicieran sentir algo que no había sentido

antes.

Pausa.

—Lo bastante como para asustarme un poco.

—A mí también me ha asustado —dijo Lucy—. No por la misma razón. Pero hoy me ha llamado la doctora Feld y ha dicho algo sobre que lo que empezó entre nosotras fue algo que se nos hizo. No algo elegido. Y llevo dándole vueltas desde las cuatro.

Amy frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Ha insinuado... ha dicho que el origen importa. Que debería recordar cómo empezó.

Lucy miró hacia la ventana del jardín.

—Y he estado intentando decidir si tiene razón.

—No la tiene —dijo Amy.

Lucy la miró.

—No la tiene —repitió Amy, con la firmeza uniforme de alguien exponiendo una postura a la que ha llegado y de la que está segura—. Lo que ella hizo inició la situación. No inició esto.

Le sostuvo la mirada.

—Sé distinguir entre sentir algo por unas circunstancias y sentir algo por una persona. He sido muy cuidadosa en saber la diferencia. Y lo que siento es por ti.

Lucy se quedó dentro de aquello.

Pensó en la voz de la doctora Feld. *A veces el origen de algo importa*. Pensó en la voz de Sophie, que ya podía oír preparándose para decir algo preciso y correcto. Pensó en Amy diciendo *lo bastante como para asustarme un poco* con la franqueza de alguien que había revisado esa sensación desde todos los ángulos antes de pronunciarla.

—Te creo —dijo.

—Vale —dijo Amy.

—Y yo...

Lucy se interrumpió.

—Siento lo que siento por ti. No por la situación.

Pausa.

—Quería decirlo.

Amy la miró un largo momento.

—Vale —dijo. Más bajo—. Bien.

Miró los apuntes. Luego a Lucy.

—La doctora Feld debería meterse en sus asuntos.

Algo se aflojó en el pecho de Lucy.

—Sí —dijo—. Probablemente debería.

La comisura de la boca de Amy se movió.

Se quedaron en la cocina, en el silencio de una tarde que había sido difícil y se estaba resolviendo, con los apuntes entre ambas y la lámpara encendida y fuera la oscuridad de enero al otro lado de la ventana del jardín.

—Te lo he contado porque no contártelo me parecía una decisión que luego tendría que examinar —dijo Lucy—. Quiero que sepas que así es como estoy intentando hacer esto. La parte de no interpretar que estoy bien.

—Lo sé —dijo Amy—. Me he dado cuenta.

Miró los apuntes.

—Estoy más metida de lo que he estado diciendo. Solo quería que supieras que yo lo sé.

—Yo también lo sé —dijo Lucy—. Sobre mí.

Se miraron.

Ninguna se movió para convertirlo en algo más de lo que era.

Todavía no.

Pero el conocimiento estaba entre ellas, nombrado y real, y eso era, pensó Lucy, exactamente lo que una base debía sentirse.

Aquella noche se lo contó a Sophie.

No lo de Amy, porque Sophie ya conocía la forma de eso, sino lo de Rebecca, y el restaurante, y la doctora Feld.

Sophie escuchó y se quedó callada un momento.

—La doctora Feld te ha llamado —dijo.

—Sí.

—Para decirte que el origen importa.

—Esencialmente, sí.

Sophie guardó silencio otra vez.

—Lucy.

—Lo sé.

—Cometió un error catastrófico —dijo Sophie—. Y aquello en lo que se ha convertido es algo de lo que ella no forma parte y sobre lo que no tiene ningún derecho. El hecho de que esté intentando volverlo legible como consecuencia de su error es...

Se interrumpió.

—No es malicia. Pero tampoco es objetividad.

—Lo sé —dijo Lucy—. He pensado lo mismo.

—Y aun así lo has recogido.

—Sí.

—Porque te daba un motivo para dudar de algo que te da miedo tener del todo —dijo Sophie. Sin crueldad.

Lucy guardó silencio.

—Lo de Rebecca —dijo Sophie—. ¿Qué tal fue en realidad?

—Bien —dijo Lucy—. De verdad bien. La vi y pensé en la distancia entre lo que aquello fue y lo que esto es.

Pausa.

—Y luego volví a casa y se lo conté a Amy, porque no contárselo me parecía una decisión que luego tendría que examinar.

Un instante.

—Se lo contaste —dijo Sophie.

—Sí.

—Antes de que yo pudiera decirte que lo hicieras.

—Sí.

Sophie hizo un sonido.

—Vale —dijo—. Bien.

Pausa.

—¿Y Amy?

Lucy pensó en el subrayador. En el tono controlado. *No me gusta que exista*.

—Estaba más metida de lo que había estado diciendo —dijo Lucy—. En voz alta, quiero decir. A sí misma ya se lo estaba diciendo.

—Y te lo ha contado.

—Sí.

—Porque tú se lo has contado primero.

—Creo que sí.

Sophie guardó silencio un momento.

—Eso es lo que parece —dijo—. Cuando está funcionando de verdad.

Lucy miró la ventana de la cocina. La ecografía seguía allí, atrapando la luz ambiental del jardín. La ventana de Amy estaba abierta arriba, el pequeño sonido de ello, la ciudad entrando como Amy necesitaba que entrara antes de dormir.

—Lo sé —dijo Lucy.

—Deja de tenerle miedo —dijo Sophie—. No a la incertidumbre, con la incertidumbre puedes quedarte. Pero deja de tenerle miedo a las partes buenas.

—Estoy en ello.

—Ve más deprisa —dijo Sophie, con esa calidez que hacía que no sonara cruel.

—Buenas noches, Sophie —dijo Lucy.

—Buenas noches —dijo Sophie—. Le haces bien. Espero que lo sepas.

—Lo sé —dijo Lucy.

Colgó.

Se quedó sentada en la cocina, en el silencio de una casa que era menos silenciosa de lo que había sido, escuchando la ciudad entrar por la ventana abierta de Amy, y pensó en los

orígenes y en lo que determinan y en lo que no, y dejó que la tarde se asentara en algo que pudiera llevar.

Apagó la luz de la cocina.

Subió las escaleras.

Pasó junto a la puerta de Amy, la luz ya apagada, la ventana abierta, la ciudad haciendo su trabajo.

Fue a su habitación.

Se tumbó a oscuras pensando en un restaurante de Brentwood y en un encuentro de treinta segundos que no le había hecho sentir nada en absoluto, y en una mesa de cocina y en un subrayador dejado con cuidado deliberado, y en una mujer diciendo *no me gusta que exista* con la cualidad de alguien entregando algo que había estado sosteniendo en privado.

Y debajo de eso, más callado, algo que Lucy había registrado y archivado: los ojos de Amy bajando un instante a sus propias manos. El pequeño movimiento no pensado. La cosa que Amy no había nombrado.

Pensó: *hay algo más*.

Pensó: *ya me lo dirá cuando esté preparada*.

Cerró los ojos.

20

LUCY

El beso ocurrió un miércoles.

Más tarde, Lucy pensaría que aquello era muy propio de las dos: ni un momento planeado ni un accidente, sino esa clase de inevitabilidad que solo parece coincidencia si no has estado observando cómo las semanas anteriores se iban acumulando hacia ella.

Había sido un miércoles normal. Tan normal como se habían vuelto ya sus miércoles, es decir: con la textura de la intimidad corriente de dos personas viviendo dentro de los mismos ritmos. Amy tenía clase a las nueve, Lucy a las diez. Habían tenido sus doce minutos en la cocina, que fueron más largos de lo habitual porque Amy había hecho huevos —cocinaba aproximadamente dos veces por semana ya, siempre algo rápido y siempre ligeramente mejor de lo necesario, una habilidad que desplegaba sin comentario del mismo modo en que desplegaba la mayoría de sus habilidades—, y habían hablado de un caso que Lucy estaba cerrando y de un adjunto que Amy tenía que le recordaba, dijo, a un golden retriever muy estresado, una imagen en la que Lucy seguía pensando a las diez y cuarenta y cinco en su despacho.

La parte normal continuó por la tarde. Amy en casa a las cuatro, cambiada y en la mesa de la cocina a las cuatro y media. Lucy en casa a las seis, con los sonidos de la casa recibiéndola. Habían hecho la cena juntas —eso había empezado a ocurrir, la parte de juntas, la misma acumulación

natural que había hecho que ocurriera todo lo demás—, y habían cenado, y habían fregado, y Lucy había subido a su despacho durante una hora y había bajado para encontrar a Amy en el sofá.

Sin estudiar.

Amy casi siempre estaba estudiando, o leyendo algo adyacente al estudio, o repasando apuntes, o haciendo una de las otras doce cosas que constituían el zumbido productivo constante de su vida intelectual. Aquella noche no estaba haciendo nada de eso. Estaba sentada en el sofá con los pies recogidos debajo del cuerpo y la cabeza apoyada en los cojines, mirando al techo con la cualidad de alguien que se había detenido por primera vez en bastante tiempo y no sabía del todo qué hacer con ello.

—¿Estás bien? —preguntó Lucy.

—Sí.

Amy la miró.

—Solo que me he quedado sin cosas que hacer y no sé qué hacer cuando me quedo sin cosas que hacer.

—¿Qué haces normalmente?

—Encontrar más cosas que hacer.

Volvió a mirar el techo.

—Pero ya lo he hecho todo. Los apuntes están hechos, la lectura está hecha, la preparación de la práctica está hecha. Incluso he contestado todos los correos.

Lo dijo con la leve perplejidad de alguien que ha dejado su bandeja de entrada completamente vacía y la está mirando con desconfianza.

—Eso suena a una noche libre —dijo Lucy.

—No suelo tener de esas.

—Pues estás teniendo una ahora.

—Al parecer.

Amy la miró.

—¿Qué haces tú en las noches libres?

Lucy se lo pensó con honestidad.

—Yo tampoco suelo tener de esas.

Se miraron.

—Podríamos ver algo —dijo Amy—. Sé que ves las noticias, pero ¿ves... otras cosas?

—A veces —dijo Lucy—. No muy a menudo.

—¿Qué te gusta?

—Sobre todo documentales. De esos sobre cosas de las que no sé lo suficiente.

Hizo una pausa.

—El año pasado vi una serie de cuatro partes sobre la construcción del puente de Brooklyn y me resultó completamente absorbente.

Amy se quedó mirándola.

—¿Qué? —dijo Lucy.

—Nada —dijo Amy—. Es muy propio de ti.

—¿Eso es una crítica?

—Es justo lo contrario.

Amy se recolocó en el sofá, haciéndole sitio. Una invitación no expresada como invitación, que era muy Amy.

—Busca algo. Veré cualquier cosa que no sea activamente mala.

Lucy se sentó en el otro extremo del sofá —no exactamente a su lado; seguía habiendo un cojín de distancia apropiada entre ambas— y encendió la televisión y pasó más tiempo del que admitiría intentando encontrar algo que pareciera adecuado, y terminó eligiendo un documental sobre la restauración de Notre-Dame, reciente y absorbente, y Amy dijo de inmediato que era una elección excelente con el tono de alguien que se había preparado para mostrarse amable con lo que fuera que apareciera y estaba, en cambio, sinceramente satisfecha.

Lo vieron.

Aquello era nuevo. No sin precedentes —había habido tardes en que estaban en la misma habitación con la televisión encendida, ruido de fondo para sus respectivos trabajos—, pero ver algo juntas, de verdad verlo, con el trabajo guardado y sin ninguna otra agenda, era distinto. Más silencioso de otra manera. El documental era bueno y hablaron durante él, como se habla durante las cosas en las que ambas están metidas, no constantemente, pero sí con esa cadencia de observación y respuesta que significa que dos mentes están procesando el mismo material.

Amy dijo en un momento algo sobre la ingeniería que era técnicamente correcto y ligeramente gracioso a la vez, y Lucy se volvió para decírselo y encontró que Amy ya se había vuelto hacia ella con esa pequeña satisfacción de alguien que sabe que acaba de hacer una buena observación, y el hueco entre las dos en el sofá era menor que al principio de la noche.

Lucy no registró el momento exacto en que ese hueco había cambiado.

Lo registró entonces.

El documental terminó.

Aparecieron los créditos en el silencio de algo acabado, y ninguna de las dos se movió enseguida, lo cual ya era una forma de información.

Amy tenía ahora las piernas extendidas a lo largo del sofá, la cabeza apoyada en el cojín del respaldo, girada ligeramente hacia Lucy. La lámpara estaba encendida y el salón tenía la cualidad que tenía en las noches en que no se le exigía nada concreto. Lucy era consciente de Amy del modo en que siempre era consciente de Amy, completamente, algo que llevaba siendo cierto semanas y que solo hacía poco había dejado de fingir que no lo era.

—Ha estado bien —dijo Amy.

—Sí.

—La parte de los arquitectos originales.

La voz de Amy tenía esa cualidad de última hora de la noche que le aparecía, más baja y algo distinta de la voz del día.

—No dejo de pensar en eso. Construir algo que no iban a ver terminado.

—No es algo exclusivo de la arquitectura —dijo Lucy.

—No.

Amy giró más la cabeza hacia ella.

—¿Eres de las personas que necesitan ver las cosas terminadas?

—Sí —dijo Lucy—. Con fiabilidad.

—¿Y eso es duro? Cuando no las ves.

—He aprendido a replantearlo —dijo Lucy—. Hay cosas que no tienen un punto final. Solo tienen un estado actual.

—Es una perspectiva muy madura.

—No he dicho que me resulte cómoda.

Amy hizo el sonido que era su versión de una risa baja, la de verdad, y Lucy la sintió donde siempre la sentía, en un lugar sobre el que cada vez le resultaba más difícil ser precisa.

—Aprecio la distinción —dijo Amy.

Lucy se volvió a mirarla.

Estaban más cerca de lo que la geografía original de la noche sugería, el sofá haciendo lo que hacen los sofás, esos pequeños desplazamientos acumulados de proximidad. Lo bastante cerca como para que Lucy pudiera ver la concentración de la atención de Amy: plena, presente, la manera en que la prestaba a las cosas que se tomaba en serio.

Amy la estaba mirando.

No casualmente. No la mirada rápida y retirada de alguien que simplemente se había girado en la dirección adecuada. Mirándola con la firmeza de alguien que había decidido mirar.

—Las cosas que no tienen un punto final —dijo Amy en voz baja—. ¿Siguen sintiéndose inciertas cuando estás dentro de ellas?

—Constantemente —dijo Lucy.

—Y te quedas en ellas de todos modos.

—Cuando merecen la pena.

Algo cambió en la expresión de Amy. Una decisión haciéndose visible, el instante anterior a una cosa.

—Quiero decir algo —dijo Amy.

—Dilo.

—Dijimos que íbamos a tener paciencia.

—Sí.

—He tenido paciencia —dijo Amy—. La base es sólida. Sé lo que siento y sé lo que sientes y creo…

Se interrumpió.

—Creo que la paciencia ya ha hecho lo que tenía que hacer.

Lucy la miró.

—Así que… —dijo Amy. Solo eso.

—Así que… —dijo Lucy.

Ninguna se movió durante exactamente un instante.

Entonces Amy cerró la distancia entre ambas, ni deprisa ni con vacilación, simplemente con decisión, del mismo modo en que Amy hacía todo lo que de verdad había decidido, y la besó.

Fue breve. Suave. La cualidad de una primera cosa que sabe que es una primera cosa.

Cuando terminó, ambas seguían quietas, cerca, y la cara de Amy estaba lo bastante próxima como para que Lucy pudiera verla con claridad bajo la luz baja de la lámpara.

Pero Amy no dijo vale.

La miró con una expresión que no era esa cualidad suya de comprobación y calibración que solía llevar puesta después de haber hecho algo que le había costado. Tenía… incertidumbre. No arrepentimiento. Incertidumbre. Como si hubiera hecho la cosa y el hecho de hacerla hubiera hecho más visible lo que había debajo.

—He estado pensando —dijo Amy en voz baja— en lo que dijiste. En el jardín. Sobre querer que ella me conozca.

—Sí —dijo Lucy.

—Y he estado pensando en el hecho de que...

Amy se interrumpió. Volvió a empezar.

—...de que estoy de veinte semanas y estoy enamorada de ti y esas dos cosas están pasando a la vez y no...

Volvió a detenerse.

—Amy —dijo Lucy.

—No sé cómo sostener las dos sin que una cambie la otra —dijo Amy—. No sé si lo que siento por ti es... si es independiente de lo que está pasando con ella. Y lo he estado comprobando, del modo en que compruebo las cosas, y creo que sí, creo que es independiente, creo que es real en sus propios términos. Pero yo...

Miró a Lucy directamente.

—Necesito que sepas que no estoy del todo segura. Y que esa falta de certeza me asusta. Porque yo no hago cosas sin estar segura.

La habitación estaba en silencio.

Lucy la miró. Pensó en la llamada de la doctora Feld. *El origen importa.* Pensó en lo que ella misma le había dicho a Amy en respuesta: *Siento lo que siento por ti, en concreto.* Pensó en si esa certeza era real o si era la cosa que necesitaba creer.

—Yo tampoco estoy del todo segura —dijo.

Amy la miró.

—Te he dicho que estaba segura —dijo Lucy—. Y lo decía en serio. Lo digo en serio. Pero también...

Se interrumpió.

—He estado equivocada antes sobre lo que sentía en situaciones que eran...

—Esto no es como aquellas situaciones.

—Lo sé. Pero también sé que saber eso y estar segura son cosas distintas.

Lucy miró hacia la ventana.

—Creo que las dos estamos muy metidas y estamos siendo muy honestas al respecto, y aun así ninguna puede saber del todo si la situación forma parte de lo que sentimos. Porque no podemos extraernos de la situación y ponerlo a prueba. No tenemos esa opción.

Amy guardó silencio.

—Eso no significa que no sea real —dijo Lucy—. Creo que lo es. Creo que lo que siento es tan real como cualquier cosa que haya sentido. Solo que...

Pausa.

—...estoy intentando ser honesta con los límites de mi propia certeza. Porque tú me pediste eso. La noche de las condiciones. Me pediste que dijera las cosas en lugar de interpretarlas.

Amy la miró durante un largo momento.

—Sí —dijo—. Te lo pedí.

—Así que...

—Así que... —dijo Amy.

La lámpara seguía encendida. La televisión estaba oscura. Fuera, la ciudad de enero estaba haciendo su cosa, fresca y clara, el aire con su propia quietud, la ciudad algo más silenciosa que en verano, el cielo en su habitual naranja grisáceo que nunca llegaba a oscurecerse del todo. Dentro, el sofá sostenía a dos personas que acababan de besarse por primera vez y que ahora estaban sentadas dentro de la complejidad de todo lo que hacía que ese beso fuera a la vez correcto e incierto.

Amy giró ligeramente el cuerpo para mirar al salón y no a Lucy.

—Creo —dijo despacio— que somos dos personas muy cuidadosas que han sido muy cuidadosas con esto y que, aun así, han llegado hasta aquí. Y que haber llegado hasta aquí, a pesar del cuidado, es en sí mismo un dato.

—Sí —dijo Lucy.

—Y creo que la incertidumbre está bien —dijo Amy—. Creo que es la forma que tiene la honestidad en una situación así de complicada. Y prefiero eso a una certeza falsa que luego se venga abajo.

—Sí —dijo Lucy otra vez.

—Pero también creo —dijo Amy, más bajo— que te he besado y me ha parecido correcto y quiero volver a hacerlo y no quiero que la incertidumbre me convenza de no hacerlo.

Lucy la miró.

—Yo tampoco quiero que te convenza de eso —dijo.

Amy volvió a mirarla.

—La incertidumbre entra en la habitación con todo lo demás —dijo Amy—. Con la situación y el acuerdo y la diferencia de poder y todas las cosas complicadas que también son verdad. Todo está en la habitación. Pero esto también.

Le sostuvo la mirada.

—Y yo estoy eligiendo esto.

—Yo también lo estoy eligiendo —dijo Lucy.

Amy se inclinó de nuevo, y esta vez fue menos breve y menos vacilante y sostuvo todo lo que acababan de decir, la incertidumbre y la elección y la habitación complicada, y resultó más honesto por todo ello, más real, el beso de dos personas que no estaban fingiendo que la situación fuera simple pero que se estaban eligiendo dentro de ella de todos modos.

Cuando se separaron, Amy apoyó la frente en la de Lucy.

Se quedaron así un momento.

—El documental de Notre-Dame estaba muy bien —dijo Amy.

—Pensé que te gustaría.

—Restauración de una catedral —dijo Amy—. Eres extremadamente tú.

—Eres extremadamente tú —dijo Lucy.

—Lo sé —dijo Amy—. Está saliendo sorprendentemente bien.

Pero lo dijo ligeramente distinto de como podría haberlo dicho una hora antes. No con la seguridad limpia de algo ya resuelto. Con la calidez de algo verdadero e incompleto y elegido de todos modos.

Y eso era, pensó Lucy, probablemente la versión más honesta de *está saliendo sorprendentemente bien* de la que cualquiera de las dos era capaz.

Al final se separaron, la hora tardía, la realidad práctica del madrugón de Amy y de la llamada temprana de Lucy.

Amy se quedó al pie de las escaleras.

—Lucy —dijo.

—Sí.

—Me alegro de que hayamos hablado —dijo—. La versión real. No solo la…

—Yo también —dijo Lucy—. Siempre la versión real.

Amy la miró un momento con esa cualidad de comprobación, de calibración interna. Luego dijo:

—Sigo sin estar segura del todo. De algunas cosas. Quiero que sepas que yo lo sé.

—Yo también lo sé —dijo Lucy—. Sobre mí.

—Y aun así lo estamos haciendo.

—Y aun así lo estamos haciendo —dijo Lucy.

Amy subió las escaleras.

Lucy se quedó de pie en el salón, bajo la luz de la lámpara, pensando en elegir algo dentro de la incertidumbre. En el hecho de que la llegada limpia que llevaba años imaginando, el *por fin, esto es correcto, estoy segura*, había resultado ser esto. Más desordenado. Más honesto. Dos personas en un sofá admitiendo lo que no sabían y eligiendo estar allí de todos modos.

Pensó: *quizá esto es lo que se siente de verdad.*

No certeza. No resolución. Solo: elegir, con toda la información, incluida la parte que seguía sin resolverse.

Apagó la lámpara.

Subió las escaleras.

Pasó junto a la habitación del final del pasillo.

Desde dentro le llegaban los sonidos de Amy preparándose para dormir, la ventana abriéndose un poco como la abría todas las noches, el aire de enero de la ciudad entrando.

Lucy se detuvo un momento en el pasillo.

Pensó en incertidumbre y elección y en la forma en que esas dos cosas no eran opuestas.

Fue a su habitación.

Le escribió a Sophie a las once: *Nos hemos besado.*

Sophie respondió en menos de diez segundos: *Por fin.*

Luego: *¿Qué tal ha sido?*

Lucy pensó en la frente de Amy apoyada en la suya. En *No quiero que la incertidumbre me convenza de no hacerlo.* En la elección, clara, dentro de todas las cosas que seguían siendo complicadas.

Honesto, escribió.

Sophie: *Ese es el mejor tipo.*

Luego: *¿Estás bien?*

Lucy miró la oscuridad del techo.

Sí, escribió. *No estoy segura de todo. Pero estoy bien.*

Sophie: *No estar segura de todo es mejor que estar segura de las cosas equivocadas.*

Lo sé, escribió Lucy.

Dejó el móvil.

Se tumbó a oscuras pensando en una niña con su nariz que se movía con decisión, y en Amy diciendo *Yo estoy eligiendo esto*, y en la cualidad de ser elegida por alguien que estaba siendo honesta sobre todo, también sobre lo que no sabía.

Era suficiente.

Más que suficiente.

Cerró los ojos.

21

AMY

Las veinte semanas llegaron como un umbral.

No de forma dramática —su cuerpo no lo anunció de una manera distinta la mañana en que cumplió exactamente veinte semanas, porque la biología es indiferente a los números redondos—, pero algo en cruzar la mitad cambió la experiencia. El aleteo que había sentido a las dieciocho semanas se había convertido, a las veinte, en una presencia. Ocasional, inequívoca. Una personita haciendo cosas de personita al otro lado de la pared de su propio cuerpo.

Había dejado de explicarlo como un libro de texto.

Casi.

Explicarlo como un libro de texto era una costumbre que había identificado en sí misma años atrás: una forma de poner distancia respecto a las cosas demasiado grandes o demasiado extrañas para sostenerlas de frente. Lo había hecho en la sala de espera de la clínica, lo había hecho en la consulta de la doctora Okafor, lo había hecho en el coche después de la ecografía de las doce semanas. A veces el reflejo resultaba útil y a veces era evitación, y cada vez se le daba mejor distinguirlo.

Esto, había decidido, ya no necesitaba distancia.

Estaba embarazada de veinte semanas de la hija de otra mujer y vivía en la casa de esa mujer y estaba, contra toda expectativa razonable, bien. Más que bien. De maneras que seguía catalogando.

Pero.

Había un *pero* que aún no le había dicho a nadie. Ni a Jade, ni a Lucy, ni a la doctora Okafor. Llevaba dos semanas sentándose con él, dándole vueltas, comprobándolo desde distintos ángulos como comprobaba todo aquello de lo que no estaba segura.

El *pero* era este:

Estaba más metida de lo que había planeado, y ese estar más metida había ocurrido en dos direcciones a la vez, y no estaba del todo segura de que esas dos direcciones fueran compatibles.

Se lo contó a Jade un martes.

No la versión completa. La forma de ello.

Estaban en la habitación de Amy, la disposición habitual de los miércoles salvo que era martes porque Jade tenía algo el miércoles, Jade en el suelo con sus apuntes, Amy en la cama, la geografía doméstica de dos años estudiando juntas trasladada a una habitación distinta con mejor luz.

—Nos besamos —dijo Amy.

Jade levantó la vista de los apuntes. Dejó el bolígrafo.

—Cuándo —preguntó.

—El miércoles pasado. En el sofá. Estábamos viendo un documental.

—Claro que estabais viendo un documental.

Jade la miró con calma.

—¿Y?

—Y fue...

Amy miró al techo.

—Fue correcto. Se sintió correcto. Y después me di cuenta de que estaba más asustada que antes. No por ella. No por lo que siente. Por...

Se interrumpió.

Jade esperó.

—Estoy llevando a su bebé —dijo Amy—. Ya sé que eso suena a... ya sé que lo hemos dicho antes y que ha estado bien, que ha sido algo que las dos hemos tenido claro. Pero estoy de veinte semanas y ella ya es real, el bebé es real, noto cómo se mueve y sé que es de Lucy y estoy enamorada de Lucy y no...

Volvió a interrumpirse.

Jade seguía completamente quieta.

—No sé —dijo Amy— qué va a ser entregársela.

La habitación quedó en silencio.

—No porque quiera quedármela —dijo Amy rápidamente —. Quiero dejar eso claro. Es de Lucy. Siempre he sabido que es de Lucy, lo sabía antes de aceptar todo esto, eso nunca ha sido ambiguo. No estoy...

—Amy —dijo Jade.

—No estoy confundida respecto al plan.

—Ya sé que no —dijo Jade—. Te están permitidos sentimientos que no son confusión.

Amy apoyó las manos planas sobre los muslos.

—Voy a quererla —dijo—. Ya...

Se interrumpió otra vez.

—Se mueve y yo le hablo y la conozco de una manera que no tiene nada que ver con la genética y sí con ser el lugar donde ha estado durante veinte semanas.

Miró a Jade.

—Y dentro de cuatro meses se la voy a entregar a Lucy y Lucy va a ser su madre, que es lo correcto, que es como tiene que ser, y yo voy a ser...

Se detuvo.

—Qué —dijo Jade.

—No sé qué voy a ser —dijo Amy.

Era la primera vez que lo decía en voz alta. El miedo, el que llevaba dos semanas volviendo y revolviendo. No *qué quiero yo*. No *qué dice el acuerdo*. Sino: *qué soy yo, después*.

Era la gestante. Ese era el lenguaje legal. Claro y correcto e insuficiente.

También era la persona que había estado allí todos los días durante cuatro meses, en la cocina y en las tardes y en el banco de piedra bajo la luz de última hora y en los trayectos en coche a Santa Mónica. Era la persona junto a la que Lucy se había sentado en el suelo a las once de la noche. Era la persona que había visto a Lucy decirle hola a una ecografía con todo sin defensa y había dado un paso atrás en silencio para dejarle ese momento.

Estaba enamorada de Lucy.

Y estaba gestando a la hija de Lucy.

Y en algún punto esas dos cosas iban a exigirle ser dos personas distintas a la vez y no sabía si podría hacerlo.

—¿Has hablado con Lucy de esto? —preguntó Jade.

—No.

—¿Por qué no?

Amy miró al techo.

—Porque acabamos de besarnos por primera vez y antes de eso tuvimos la conversación de Rebecca y la conversación del jardín y no quiero…

Se interrumpió.

—No quiero que todas las conversaciones sean yo necesitando algo.

—Pedir algo no es necesitar algo —dijo Jade.

—Sabes a qué me refiero.

—Sé a qué te refieres y te estoy diciendo que te equivocas —dijo Jade con la franqueza que usaba cuando había decidido empujar—. Llevas cuatro meses teniendo muchísimo cuidado de no ser una carga en esa casa. Y entiendo por qué. Sé por qué haces eso. Pero estás embarazada de veinte semanas y estás enamorada de ella y la besaste y ahora tienes más miedo que antes y eso es algo que ella necesita saber.

Amy la miró.

—Tú dijiste que el acuerdo necesitaba una cláusula —dijo Jade—. Una conversación de verdad sobre cómo iba a ser el después. Para la semana treinta y seis.

—Sé lo que dice el acuerdo.

—Pues ten la conversación —dijo Jade—. No a las treinta y seis semanas. Ahora. Antes de que lleves otros cuatro meses sosteniendo esto sola.

Amy guardó silencio.

—No va a pensar peor de ti —dijo Jade— por tener sentimientos hacia un bebé que llevas veinte semanas gestando. Eso no es debilidad. Eso es simplemente...

Hizo una pausa.

—...eso es simplemente ser humana.

—Lo sé —dijo Amy.

—¿Sí?

Amy miró hacia la ventana.

Fuera, el jardín se veía bajo la luz pálida de enero, la claridad fría de una tarde invernal de Los Ángeles, esa clase de luz que hace que todo parezca pensado sin volverlo suave. Las ramas desnudas del arce japonés junto a la verja, la lavanda del macizo sur ya plateada y quieta. Nada dramático. Solo silencio. El jardín en ese estado de entretiempo, todo estructural, esperando.

—Llevo mucho tiempo cuidando de mí sola —dijo Amy—. Y parte de eso es... parte de eso es no dejar que las cosas se compliquen. No añadirle a una situación cosas que sean difíciles de manejar. Y esto es...

Se interrumpió.

—Esto es difícil de manejar.

—Sí —dijo Jade—. Lo es.

La miró con calma.

—Y por eso precisamente no deberías manejarlo sola.

No habló con Lucy aquella noche.

Volvió a sus apuntes y Jade volvió a los suyos y el martes continuó del modo en que continuaban los martes, y a las nueve Amy dijo que estaba cansada y Jade se fue, y Amy se tumbó a oscuras en la habitación del final del pasillo y pensó en lo que no había dicho.

La niña se movió.

No de forma dramática, el aleteo que se había ido afirmando durante dos semanas, la presencia de alguien que estaba allí y que iba a seguir estándolo.

—Hola —dijo Amy en voz baja.

La niña se volvió a mover.

—Lo sé —dijo Amy—. Yo también.

Se apoyó la mano sobre el abdomen, el peso de la palma contra ese pequeño movimiento, y pensó en todas las maneras en que había sido cuidadosa en su vida. Las listas, los planes, la gestión deliberada de la distancia entre dónde estaba y dónde necesitaba llegar. Los cuatro interrogantes al final de una hoja de cálculo. La decisión de ir a la clínica porque las cuentas no salían.

Había sido muy cuidadosa.

Y aun así había acabado allí, en una habitación al final de un pasillo que llevaba tiempo esperando algo, en una casa que se había sentido hogar antes de que ella decidiera permitirlo, llevando a una hija que era de otra persona y también, en todas las formas que no eran legales, suya.

Y había besado a la mujer cuya hija era, y aquello se había sentido correcto, y ahora lo correcto y lo aterrador eran la misma cosa y no sabía qué hacer con eso.

Pensó: *tengo que decírselo*.

No todo. No todo el interior complicado de aquello. Pero sí lo suficiente. El miedo. El *qué soy yo después*. Porque Jade tenía razón: lo estaba gestionando sola y gestionarlo sola estaba costándole algo, y la razón misma de lo que Lucy y ella habían ido construyendo era que ya no gestionaban las cosas solas.

Lo había dicho ella. En el banco de piedra, mientras la luz de la tarde se volvía ámbar a su alrededor. Había dicho *estoy dentro de esto, de verdad, no de la situación, de ti*. Y Lucy había respondido encontrándola ahí.

Le tocaba a ella encontrarse con Lucy ahí también.

La ecografía morfológica de las veinte semanas era un jueves.

Lucy la tenía en el calendario. Amy la había puesto allí, como hacía ya con todas las citas, y aquella mañana bajó a las siete para encontrar a Lucy ya en la encimera, el café hecho, con esa cualidad recogida que tenía cuando estaba gestionando algo interno.

—Eh —dijo Amy.

—Eh.

Lucy se volvió. Tenía ese aspecto suyo de antes de las citas, ese *todo va bien* que le costaba algo.

—Has dormido mal —dijo Amy.

—Lo suficiente.

—Lucy.

Pausa.

—No especialmente bien —admitió.

—Vale —dijo Amy. Se sirvió el café y se quedó al otro lado de la isla—. Va a ser una buena cita. Todo ha ido exactamente como debía.

—Lo sé —dijo Lucy—. He leído los indicadores.

—Claro que sí.

—¿Eso es molesto?

—No —dijo Amy—. Es extremadamente propio de ti.

Sostuvo la taza.

—Necesito decirte algo. No ahora, no antes de la cita. Pero esta noche. Hay una cosa que llevo tiempo llevando y necesito decírtela.

Lucy la miró. La cualidad recogida cambió a algo más atento.

—¿Pasa algo?

—No —dijo Amy—. No pasa nada. Solo es algo que debería haber dicho antes y no dije porque estaba siendo cuidadosa de la forma equivocada.

Le sostuvo la mirada.

—¿Esta noche?

—Sí —dijo Lucy—. Claro.

Amy asintió. Cogió el café y subió a arreglarse y, detrás de ella, oyó a Lucy quedarse quieta en la encimera con la inmovilidad de alguien a quien acaban de dar algo que sostener durante el resto del día.

Conocía esa sensación.

La ecografía fue extraordinaria.

La imagen a las veinte semanas era distinta de todo lo anterior, la revisión estructural, cada sistema examinado, la imagen completa de una persona en proceso de hacerse real. Amy estaba tumbada en la camilla y Lucy de pie a su lado y Priya, la ecografista, iba narrando cada hallazgo con la eficacia serena de alguien que había hecho aquello miles de veces y seguía tomándoselo en serio.

El perfil. La columna. Las manos, que ya había visto a las diecisiete semanas y que aún no terminaban de ser del todo reales.

Estructuras cardíacas, cuatro cavidades, buen flujo.

A su lado, Lucy hizo ese sonido que no era una palabra. El pequeño, involuntario. Amy no la miró. Miró la pantalla y sintió la presencia de Lucy en su hombro y pensó en la cosa que iba a decirle esa noche y en si estaba preparada para decirla y en si preparada era siquiera el marco correcto.

Alargó la mano sin decidirlo y sus dedos encontraron la muñeca de Lucy.

No un agarre. Solo un contacto. Estuvo y dejó de estar.

Lucy no se apartó.

Está midiendo perfectamente, dijo Priya. Y además está siendo muy colaboradora.

—Sabe lo que hace —dijo Amy.

Y sintió, mientras lo decía, la facilidad de aquello, *ella*, obvia, inequívoca, la hija que tenía la nariz de Lucy y se movía con decisión y llevaba siendo real semanas de una manera que las ecografías seguían confirmando pero que Amy sabía desde antes de que lo confirmara ninguna.

Apoyó la mano plana sobre la camilla.

La doctora Okafor revisó todo, todas las medidas, todos los sistemas, la imagen completa, y al final dijo:

—Tiene una pinta perfecta. Todo exactamente donde debe estar.

Y Amy miró a Lucy.

Y Lucy miró a Amy.

Y la cosa que pasó entre ellas en la luz gris de la sala de exploración fue la misma que llevaba pasando entre ellas durante semanas, construyéndose capa a capa, paciente y real. No la revelación de un hecho nuevo. Solo la confirmación de algo que las dos habían estado llevando desde la cita de las diecisiete semanas, vuelto más concreto ahora por la imagen en la pantalla: un perfil que era sin duda una persona, una columna, unas manos, la imagen completa de alguien haciéndose real.

Su hija.

Ninguna de las dos lo dijo.

Ninguna necesitó hacerlo.

Se fueron a comer.

Al sitio de Santa Mónica con buena luz, y se sentaron una frente a la otra con las imágenes de la ecografía entre ambas. Fuera de la ventana la tarde de enero estaba haciendo su cosa, sol pálido, la claridad fría de un invierno de Los Ángeles que no se parecía al invierno de ningún otro sitio y aun así seguía siendo su propia estación. La gente de la comida iba

menguando y la luz estaba baja y todo tenía un aire ligeramente suspendido, entre cosas.

Hablaron de cosas que no eran la ecografía, farmacología, un caso que Lucy estaba cerrando, y luego no hablaron un rato, el buen silencio, el que no hace falta llenar.

—Esta noche —dijo Lucy—. Dijiste esta noche.

—Sí —dijo Amy.

—¿Vas a hacerme esperar toda la comida?

Amy la miró.

—Sí. Necesito hacerlo bien. No en un restaurante.

—Vale —dijo Lucy.

—No es malo —dijo Amy—. Quiero dejar eso claro.

—Eso ya lo has dicho esta mañana.

—Lo sé. Lo estoy diciendo otra vez.

Lucy la miró con esa expresión que era valorativa y cálida a la vez.

—Vale —dijo—. Esta noche.

Volvieron en coche a la facultad en el silencio de una tarde que se sentía distinta a las anteriores.

El sol de enero estaba bajo, de los que entran por la ventanilla del coche en ángulo y hacen que todo lo que tocan parezca un poco más sí mismo de lo habitual. Amy iba en el asiento del copiloto mirando la ciudad pasar y sintiendo el peso de un día que ya era importante y aún no había terminado.

En la entrada lateral se desabrochó el cinturón y se quedó quieta un instante.

—Tiene tu nariz —dijo.

—Eso ya lo dijiste a las diecisiete semanas.

—Iba en serio entonces también —dijo Amy—. Y quería decirlo otra vez porque yo...

Se interrumpió.

—Porque ahora es real. Completamente real. Y eso significa cosas.

Lucy la miró.

—¿Qué cosas?

—Esta noche —dijo Amy.

Y se bajó del coche.

Aquella noche, después de cenar, Amy se sentó en la mesa de la cocina y Lucy frente a ella y la casa callaba a su alrededor.

—Voy a decir una cosa —dijo Amy— y necesito que durante un minuto me escuches sin responder. ¿Vale?

—Vale —dijo Lucy.

Amy miró la mesa. Luego levantó la vista.

—Voy a quererla —dijo—. Ya la quiero. Sé que es tuya, eso siempre lo he sabido, la genética y el plan y el acuerdo, nada de eso está en cuestión. Pero llevo veinte semanas gestándola y le hablo y sé cuándo se mueve y sé distinguir entre sus movimientos de la mañana y los de la tarde y yo...

Se interrumpió.

—Voy a quererla de una manera que no está en el acuerdo.

Lucy se quedó muy quieta.

—Y no sé qué significa eso —dijo Amy—. Para el después. Para lo que soy yo después. Sé cuál es el lenguaje legal. Sé que soy la gestante. Sé que es tu hija. No estoy... no estoy cuestionando eso.

Apoyó las manos planas sobre la mesa.

—Solo te estoy diciendo que llevo dos semanas dándole vueltas a este miedo y el miedo es: ¿qué soy yo después? No legalmente. De verdad.

La cocina estaba muy callada.

—Debería habértelo dicho antes —dijo Amy—. Estaba siendo cuidadosa de la forma equivocada. No quería añadir algo complicado a...

—Amy —dijo Lucy.

—No he terminado.

—Vale.

—Estoy enamorada de ti —dijo Amy—. Ya lo dije, lo sé, y esto no es volver a decirlo por énfasis. Lo digo porque esas dos cosas, quererla a ella y quererte a ti, están conectadas de una forma que vuelve complicada la pregunta del después. Porque el después no va solo de lo que yo soy para ella. Va de lo que soy para las dos. Y necesito saber que vamos a tener esa conversación antes de que llegue.

Soltó el aire.

—Eso es. Eso era lo que necesitaba decir.

Lucy la miró a través de la mesa de la cocina.

No habló enseguida, y Amy dejó que ese momento existiera, dejándole sostener todo lo que acababa de poner sobre él.

Luego Lucy dijo, en voz baja:

—No he averiguado todavía cómo llamar a lo que eres. Para ella. No creo que exista la palabra.

Pausa.

—Pero llevo pensándolo desde antes de que me lo preguntaras. Desde antes de esta conversación.

—¿Y? —preguntó Amy.

—Y eres la persona que lleva veinte semanas haciéndola crecer. Eres la persona a la que ella conoce. Eres la persona que le habla y conoce sus movimientos y a la que va a reconocer cuando nazca.

Le sostuvo la mirada.

—Eso no desaparece. Yo no quiero que desaparezca. Sea lo que sea lo que eso te convierte, vas a estar aquí después. De la manera que construyamos.

Amy la miró.

Sintió en el pecho algo grande que llevaba dos semanas esperando a soltarse.

—No tenías por qué pensar en eso —dijo.

—He pensado en ello más de lo que tú sabes —dijo Lucy—. Solo que no sabía cómo sacarlo sin hacerte sentir que te

estaba...

—Gestionando.

—Anticipando —dijo Lucy—. Que es mi versión de lo mismo.

Amy soltó el aire. Un aire de verdad, del que sale después de sostener demasiado tiempo algo demasiado pesado.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Lucy.

Amy miró la cocina, la lámpara, la ecografía de las diecisiete semanas todavía apoyada en la ventana, el bloc legal con la letra de Lucy, y sintió algo que había estado cerrado abrirse sin dramatismo, simplemente: una puerta, aire, y la habitación siendo más grande de lo que había sido antes.

—Hoy se ha movido —dijo Amy—. Durante la ecografía. Cuando estaban haciendo las mediciones cardíacas. Ha hecho simplemente así..., se ha recolocado.

—Lo sé —dijo Lucy—. Lo he visto.

—Es muy deliberada —dijo Amy—. La forma de moverse. Como si lo decidiera.

—Va a ser insoportable —dijo Lucy.

Amy sintió la risa llegar antes de poder hacer nada con ella, la de verdad, la completa, y la expresión de Lucy hizo eso que hacía cuando Amy se reía, la cosa discretamente satisfecha, y fuera la ciudad tenía su habitual oscuridad que no terminaba de ser oscuridad y entre las dos la hija era una niña con la nariz de Lucy que se movía con decisión y conocía la voz de Amy y que era, en todas las formas que importaban antes de las legales, ya de las dos.

—Esta noche —dijo Amy.

—Sí —dijo Lucy.

—Me alegro de haberlo dicho.

—A mí también me alegro de que lo hayas dicho —dijo Lucy—. Aunque deberías haberlo dicho hace dos semanas.

—Estaba siendo cuidadosa.

—Estabas siendo cuidadosa de la forma equivocada.

—Lo sé —dijo Amy—. Puedes decir *te lo dije*.

—Te lo dije —dijo Lucy suavemente.

Amy la miró.

Lucy le sostuvo la mirada.

Y la cocina las contuvo y la ecografía siguió en la ventana y todo lo que tenía que decirse se había dicho y lo que aún tenía que pasar pasaría cuando estuviera listo, que era pronto, que era real, que era exactamente donde tenía que estar.

22

AMY

La mañana siguiente fue un miércoles convirtiéndose en jueves, lo que significó que la alarma de Amy sonó a las seis y cuarto y ella se quedó tumbada a oscuras un momento en la habitación del final del pasillo, mirando al techo y pensando: *eso ha pasado*.

Había pasado. Era real. Lo había hecho deliberadamente y no tenía el menor interés en echarse atrás, y lo principal que sentía, al pasar revista a sí misma en la oscuridad temprana, era una especie de aplomo para la que no tenía experiencia previa.

También sentía, por debajo de ese aplomo, la alerta de alguien que está al principio de algo que exige seguir tratándolo con cuidado. No miedo. No duda. Solo el reconocimiento sobrio de que lo que habían construido en cuatro meses era real y merecía ser tratado como tal.

Se levantó.

Lucy ya estaba en la cocina.

Aquello era poco habitual —normalmente bajaba antes Amy, o llegaban con dos minutos de diferencia—, y le dijo algo a Amy sobre cómo había dormido Lucy, algo que archivó sin comentarlo. Lucy estaba en la encimera con el café, sin mirar el móvil, simplemente quieta del modo en que a veces se quedaba cuando estaba pensando, con el jardín visible a través de la ventana.

Se volvió cuando Amy entró.

Se miraron.

—Hola —dijo Amy.

—Hola —dijo Lucy.

Un instante que contenía varias cosas y no exigía que ninguna se dijera.

Amy fue hacia la cafetera.

—¿Cómo has dormido?

—No muy bien —dijo Lucy—. Lo suficiente.

—Yo tampoco.

Amy se sirvió café y se volvió para apoyarse en la encimera, enfrente de Lucy.

—¿Vamos a ponernos raras con esto?

—No lo creo —dijo Lucy—. ¿Tú sí?

—No —dijo Amy—. No me pongo rara con las cosas que he decidido.

—Ya lo sé —dijo Lucy—. Yo tampoco.

—Así que…

—Así que…

Amy miró su café.

—Quiero dejar una cosa clara —dijo—. Sobre dónde estoy yo con esto.

—Vale.

—Yo no soy una persona que haga las cosas a medias —dijo Amy—. Cuando estoy en algo, estoy. Así estoy hecha.

Levantó la vista.

—Así que, si esto va hacia algún sitio, va hacia un sitio real. No me interesa una versión de esto que sea cuidadosa de una manera que signifique no terminar de llegar nunca.

Lucy la miró con calma.

—A mí tampoco me interesa eso.

—Ya lo sé. Solo necesitaba decirlo en voz alta para que quedara dicho.

—Te lo agradezco —dijo Lucy—. Mi versión de lo mismo es que he pasado mucho tiempo siendo cuidadosa con mis

sentimientos de formas que en realidad eran autoprotección y no consideración. Estoy intentando dejar de hacerlo.

Hizo girar la taza.

—Así que, si estoy presente de una manera que parece más de lo que la situación exige, es porque lo es.

Amy le sostuvo la mirada.

—La situación ya exige bastante.

—Lo sé —dijo Lucy—. Todo lo que hay más allá de eso es una elección. Lleva siendo una elección un tiempo.

—Para mí también —dijo Amy.

La cocina estaba en silencio. La luz de la mañana entraba con el ángulo con que entraba en enero, más baja y más horizontal que dentro de unos meses, esa clase de luz que hace que todo lo que toca parezca pensado. Amy estaba de pie dentro de ella y sintió la cualidad de una conversación que había dicho lo que necesitaba decir y ya podía terminar.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Lucy.

Amy se apartó de la encimera.

—Tengo una práctica a las nueve.

—Lo sé.

—Y tú tienes la llamada con Marchetti a las ocho y media.

—Sí.

—Entonces probablemente deberíamos… —dijo Amy, haciendo un gesto vago hacia la mañana.

—Sí —dijo Lucy.

Se movieron por la cocina con la práctica de los últimos cuatro meses, cerca en los espacios estrechos, la coreografía de las mañanas compartidas, y lo único distinto era que, cuando pasaban una junto a la otra, el casi contacto tenía otra cualidad, algo ya reconocido allí donde antes no se reconocía.

En la puerta Amy cogió el bolso y se volvió.

—Lucy.

—Sí.

—Por lo que valga —dijo Amy—, la forma en que has hecho esto. Todo. La paciencia y el cuidado y el no…

Se interrumpió, buscando la palabra.

—…el no hacerme sentir como algo que estabas gestionando. Eso importa. Me importa.

Le sostuvo la mirada.

—Quería que lo supieras.

Algo cruzó la expresión de Lucy, esa cosa detrás de la compostura, visible y sin prisa.

—Gracias —dijo—. Significa bastante.

—Bien.

Amy abrió la puerta.

—Que vaya bien la llamada con Marchetti.

—Que vaya bien la práctica.

Amy salió.

Caminó hasta el coche en la fresca mañana de enero, el aire con su propia claridad, esa que produce Los Ángeles en invierno, no lo bastante fría como para exigir abrigo, pero sí lo bastante como para hacerse notar, todo un poco más sí mismo dentro de esa nitidez. Se quedó sentada un momento antes de arrancar y miró la casa a través del parabrisas. La luz de la cocina visible desde la ventana delantera. La puerta del jardín. El exterior corriente de un lugar que se había convertido, sin que ella hubiera planeado que ocurriera, en el lugar en el que pensaba cuando pensaba en estar en alguna parte.

Arrancó el coche.

Condujo hasta la facultad.

Hizo una práctica excelente.

Jade llamó a mediodía.

Amy estaba sentada en un banco fuera del edificio de Medicina, comiéndose un sándwich bajo el pálido sol de invierno, lo bastante cálido si encontrabas el sitio adecuado

fuera del viento y lo bastante frío como para recordarte que era enero.

—Cuéntame la mañana —dijo Jade—. Ya sé lo del beso. Quiero la mañana después.

—La mañana después fue muy nosotras —dijo Amy.

—Cuéntamelo igualmente.

Y Amy se lo contó. La cocina, los doce minutos, la conversación que había dicho lo que necesitaba decir sin convertirse en nada más de lo que era. La versión de Lucy de lo mismo. Ese *lleva siendo una elección un tiempo* dicho con la certeza llana de algo que había sido verdad mucho antes de que ninguna de las dos lo dijera en voz alta.

Jade escuchó.

—El *¿vamos a ponernos raras con esto?* —dijo cuando Amy terminó—. Puedo oírte diciéndolo.

—Me pareció la forma correcta de empezar.

—Era la forma correcta de empezar.

Pausa.

—¿Cómo te sientes? Ahora que ya es el día después del día después.

—Asentada —dijo Amy.

—Ayer también usaste esa palabra.

—Sigue siendo verdad.

—Vale.

La voz de Jade tenía la calidez que le aparecía cuando ya había establecido lo que necesitaba establecer.

—El sábado. En el sitio de tacos. Necesito verte la cara cuando hables de esto.

—El sábado —dijo Amy.

Terminó su sándwich al sol de invierno y volvió a entrar.

La semana tuvo una forma nueva.

No dramáticamente nueva. Las mañanas seguían siendo mañanas, la mesa de la cocina seguía siendo la mesa de la cocina, las tardes seguían teniendo la cualidad que habían

desarrollado a lo largo de cuatro meses de convivencia. Pero había cosas pequeñas, detalles añadidos a la textura ya existente de los días.

La forma en que la mano de Lucy encontraba la parte baja de su espalda cuando se cruzaban en la cocina, breve, natural y sin prisa, allí y luego no. La forma en que Amy apoyaba el hombro contra el de Lucy cuando estaban juntas en la encimera leyendo cosas distintas, una cercanía que siempre había sido posible y ahora era elegida.

Cosas pequeñas.

Cosas grandes, en la arquitectura de lo que estaban construyendo.

El viernes por la tarde Lucy volvió del trabajo, encontró a Amy en la mesa de la cocina con los apuntes y se sentó enfrente no con un expediente, sino con nada, y dijo:

—Cuéntame tu semana.

No *qué tal la semana*, que era un saludo. *Cuéntame tu semana*, que era una invitación.

Así que Amy se la contó.

Le contó la práctica y el adjunto que le había dado un comentario que seguía procesando y las dos clases que habían sido de verdad interesantes y la que no, y la comida con el grupo de estudio y la conversación que había tenido con su profesora de bioquímica sobre la posibilidad de ayudar en un proyecto de investigación en el semestre de primavera, que era lo que más ilusión le hacía y para lo que aún no había encontrado el momento adecuado.

—Eso es importante —dijo Lucy cuando Amy llegó al proyecto de investigación.

—Puede quedarse en nada —dijo Amy—. Es pronto.

—Pero te interesa.

—Muchísimo.

Amy miró sus apuntes.

—Va sobre vías inflamatorias en… es complicado.

—Cuéntamelo igualmente.

Y Amy se lo contó también, y Lucy hizo las preguntas correctas, las de seguimiento que significaban que estaba siguiéndola y no solo siendo educada, y Amy se quedó sentada en la mesa de la cocina, bajo la luz del viernes por la tarde, sintiendo el placer preciso de ser conocida.

Era distinto de que le preguntaran por ella. La gente le preguntaba por ella constantemente: cómo estás, estás bien, qué necesitas, y ella contestaba a esas preguntas con la economía eficaz de alguien que había aprendido a dar respuestas útiles en vez de verdaderas. Aquello era distinto. Lucy no le estaba preguntando si estaba bien. Le estaba preguntando en qué estaba pensando, qué le interesaba, qué estaba ocurriendo dentro de su vida interior. Y luego escuchaba la respuesta como si importara.

Importaba.

Amy había pasado suficiente parte de su vida rodeada de gente para quien su vida interior era o interesante como curiosidad o irrelevante por completo. La experiencia de que alguien la tratara como algo que sencillamente valía la pena conocer, no extraordinario, no especial, solo digno de ser conocido como consecuencia natural de importarle, era tan nueva que seguía calibrándose a ella.

—Estás pensando —dijo Lucy.

—Siempre.

—En esto concretamente.

Amy la miró.

—En lo que se siente cuando alguien hace las preguntas correctas.

La expresión de Lucy hizo esa cosa suave y visible.

—Quiero saber en qué piensas —dijo sencillamente—. Quiero seguir sabiéndolo.

—Lo sé —dijo Amy.

—¿Te parece bien?

—Me parece muy bien —dijo Amy—. Solo que todavía me estoy acostumbrando.

—Puedes tardar lo que necesites —dijo Lucy.

—No me estoy quejando —dijo Amy—. Estoy observando.

—¿Qué estás observando?

Amy miró la mesa, los apuntes, la lámpara, la ecografía en la ventana de la cocina.

—Que así es como se siente cuando la situación deja de ser la cosa y la persona empieza a ser la cosa.

Levantó la vista.

—La situación siempre iba a resolverse. Pasara lo que pasara, el bebé, el acuerdo, la mudanza. Esas cosas tienen un punto final. Pero esto...

Se interrumpió.

—Esto no se siente como algo que tenga un punto final.

Lucy se quedó muy quieta.

—No lo digo como algo malo —añadió Amy rápidamente —. Es... creo que ese es el sentido. Creo que eso es lo que distingue...

—Amy —dijo Lucy.

—Sí.

—Sé lo que quieres decir —dijo Lucy—. Yo también lo siento.

Amy soltó el aire.

—Bien —dijo—. Me alegro de que eso haya caído como debía.

—Siempre consigues que caiga como debe —dijo Lucy, con ese tono seco que era su graciosa-de-verdad, y Amy se encontró sonriendo de la forma completa, no solo con la comisura de la boca.

Llegó el sábado y Amy fue a encontrarse con Jade en el sitio de tacos.

Tenía veinte semanas y cuatro días de embarazo y estaba enamorada de Lucy Davenport y tenía una posibilidad de

proyecto de investigación y una hija sana con cuatro cavidades cardíacas bien formadas y un carácter colaborador, y se sentó frente a su mejor amiga bajo el sol de enero, la luz en su ángulo bajo de invierno, el aire claro y fresco, la ciudad sin prisa de esa manera en que no tiene prisa los fines de semana por la tarde, y sintió, durante un momento sostenido y completamente ganado, que todo estaba exactamente donde tenía que estar.

—Estás resplandeciente —dijo Jade.

—Eso es cosa del embarazo —dijo Amy.

—Es otro tipo de resplandor.

—Cómete el taco.

—Solo lo estoy observando.

—Sé que lo estás observando —dijo Amy—. Obsérvalo en silencio.

Jade se comió el taco. Estuvo callada aproximadamente cuarenta y cinco segundos.

—Así que estás feliz.

—Sí.

—Feliz de verdad.

—Sí.

—Y Lucy…

—Sí —dijo Amy—. También sí.

Jade dejó el taco y la miró con esa expresión que usaba cuando estaba haciendo la cosa que jamás diría que estaba haciendo, que era sentir cosas sobre la vida de Amy por delegación, la emoción secundaria de una mejor amiga que ha visto a alguien forcejear hacia algo durante mucho tiempo y ahora la ve llegar.

—Vale —dijo Jade. La voz le sonó un poco distinta de lo habitual—. Bien.

—Jade.

—Estoy bien.

—Estás haciendo la cosa.

—Me estoy comiendo un taco.

—Has dejado el taco.

Jade volvió a cogerlo.

—Me alegro muchísimo —dijo—. Eso es todo. Me alegro muchísimo.

Amy la miró, la cara de Jade, el esfuerzo de la serenidad, lo real debajo de ella, y sintió la calidez de ser querida por alguien que había aparecido siempre, con constancia y sin condiciones, desde el sofá sospechoso hasta la clínica, pasando por el banco de piedra, y hasta allí.

—Gracias —dijo Amy—. Por todo.

—No —dijo Jade—. Me vas a hacer llorar y llevo rímel.

—Nunca llevas rímel.

—Estaba probando algo.

Jade dio un bocado grande al taco.

—Háblame del proyecto de investigación.

Y Amy se lo contó.

Y fuera del sitio de tacos Los Ángeles estaba haciendo su cosa de sábado de enero, la luz en su ángulo bajo, el aire con su claridad de invierno, la ciudad sin prisa del fin de semana por la tarde cuando la urgencia de la semana se ha levantado temporalmente, y dentro Amy estaba sentada con su mejor amiga hablando de vías inflamatorias y de Lucy y del bebé y del semestre de primavera y de todas las formas en que la forma de una vida puede cambiar en cuatro meses si la dejas.

La dejó.

La estaba dejando.

Aquella noche, en el sofá, Amy se recostó contra el hombro de Lucy mientras veían un documental sobre ecosistemas de las profundidades marinas que Lucy había encontrado y declarado interesante, y el brazo de Lucy la rodeó con la facilidad de algo ya practicado y no nuevo, y Amy escuchó al narrador hablar de criaturas bioluminiscentes a tres mil metros bajo la superficie del océano mientras sentía el pulgar

de Lucy moviéndose despacio de un lado a otro sobre su brazo.

Ninguna dijo nada.

Aquello estaba allí, y también el documental, y la casa haciendo su callada cosa de tarde.

En algún momento Amy alzó la cara y Lucy se volvió ligeramente hacia ella y se besaron con la facilidad de gente que ya lo ha hecho antes y piensa volver a hacerlo y no tiene ninguna prisa con ninguna de esas dos cosas.

La hija se movió.

Amy soltó una risa de sorpresa.

—¿Qué? —preguntó Lucy.

—Se ha movido —dijo Amy—. Lo hace cuando estoy contenta.

Se interrumpió.

—Ya sé que eso no...

—Ya lo sé —dijo Lucy—. Dímelo igualmente.

Amy cogió la mano de Lucy y la puso sobre el abdomen, donde lo había sentido, y la respiración de Lucy cambió.

Se quedaron muy quietas.

Y entonces, debajo de la palma de Lucy, breve e inequívoco:

un movimiento.

Lucy hizo un sonido que Amy no le había oído nunca antes, algo pequeño y completamente sin defensa, un sonido sin nada gestionado, nada controlado, solo una persona conmovida por completo.

Amy la observó la cara.

Puso su mano sobre la de Lucy, las dos allí.

—Hola —dijo Amy en voz baja. No a Lucy. A la hija.

Lucy volvió a hacer ese sonido.

Y Amy, que había pasado ocho años aprendiendo a bastarse sola y se le había dado muy bien, sintió que ocurría esa cosa irreversible que ocurre cuando dejas de bastarte sola

porque has encontrado a alguien con quien, en su lugar, quieres bastarte.

Apoyó la cabeza en el hombro de Lucy.

El brazo de Lucy se cerró un poco más a su alrededor.

Fuera, la ciudad tenía su habitual oscuridad que no terminaba de ser oscuridad, el naranja grisáceo de Los Ángeles por la noche, el cielo sin llegar a ponerse nunca completamente negro.

Dentro, la casa estaba cálida.

23

LUCY

Lo de la felicidad era que te hacía tener más miedo.

Lucy lo había entendido teóricamente durante mucho tiempo: la relación entre tener algo y la vulnerabilidad que lo acompañaba, la forma en que la presencia de algo que querías volvía concreta la posibilidad de perderlo de una manera que antes no lo había sido. Lo había entendido del mismo modo en que entendía la mayoría de las cosas que no había vivido del todo: con precisión, a distancia.

Ahora lo entendía de otra manera.

No era un pensamiento constante. La mayor parte del tiempo simplemente estaba dentro de los días, en la cocina, en el coche, en la mesa, en la calidez de una tarde que se había convertido en la tarde que esperaba desde media tarde. La mayor parte del tiempo el miedo era una frecuencia de fondo, manejable, algo que había aprendido a notar sin amplificarlo.

Pero estaba ahí.

Y un martes de la tercera semana de marzo dejó de ser un ruido de fondo.

Empezó con algo pequeño.

Amy tenía una rotación que se alargó hasta tarde —una situación con una paciente, había escrito, nada va mal, solo se está alargando— y Lucy había hecho la cena y había esperado y la espera había estado bien, corriente, la clase de cosa que pasa en vidas que contienen a otras personas.

Amy llegó a casa a las ocho y media.

Estaba cansada de esa forma de agotamiento clínico, la que pasa del cuerpo a algo más fundamental. Dejó el bolso, se sentó en la isla de la cocina y aceptó el plato que Lucy le puso delante con la cualidad de alguien que llevaba doce horas cuidando de otras personas y se había quedado sin recursos.

—¿Qué tal? —preguntó Lucy.

—Duro —dijo Amy—. La paciente llegó a las dos, estuve allí todo el tiempo, no...

Se interrumpió.

—No terminó bien.

—Lo siento —dijo Lucy.

—Estoy bien —dijo Amy—. Forma parte de esto. Sé que forma parte de esto.

Comió un poco.

—Solo necesito estar callada un rato.

—Claro —dijo Lucy.

Así que estuvieron calladas. Lucy recogió, Amy comió, y la cocina tuvo el silencio fácil que solía tener, y Lucy se alegró de que Amy estuviera en casa y se alegró de haber hecho comida de sobra y se alegró de la textura ordinaria de todo aquello.

Y entonces Amy dijo, sin levantar la vista del plato:

—Sophie me llamó hoy.

Lucy se quedó quieta.

—Quería saber qué tal iba —dijo Amy—. Ahora hace eso. Creo que en algún momento decidió que preocuparse por mí formaba parte del acuerdo.

—Eso hace —dijo Lucy—. Cuando le importa alguien.

—Ya lo sé.

Amy movió la comida por el plato.

—Me preguntó cómo estaba. Le hablé de la rotación. Y luego dijo...

Amy se interrumpió.

Lucy esperó.

—Dijo que se alegraba de que las cosas fueran bien —dijo Amy—. Entre nosotras. Y luego dijo…

Otra pausa.

—…dijo que al principio había estado un poco preocupada. De que tú…

Se interrumpió otra vez.

—Dímelo —dijo Lucy.

Amy levantó la vista.

—Dijo que le había preocupado que te enamoraras de la situación en vez de de mí. Que llevabas tanto tiempo queriendo una familia que quienquiera que estuviera en la casa cuando pasara podría haber acabado…

Hizo una pausa, buscando la palabra.

—…absorbida dentro de ese deseo.

La cocina quedó muy callada.

Lucy miró a Amy desde el otro lado de la isla.

Pensó en lo que se suponía que tenía que decir, que Sophie se equivocaba, que ella amaba a Amy en concreto, que aquello era real. Lo había dicho. Lo creía. Lo había sentido de verdad cada vez que lo había dicho.

También pensó en la llamada de la doctora Feld. *El origen importa.* Pensó en la conversación del sofá en enero, en la incertidumbre que había admitido, en elegirlo aun así. Pensó en todas las veces que había mirado a Amy y había sentido algo a lo que había llamado amor y en si de verdad había interrogado ese sentimiento o simplemente lo había recibido.

—¿Y tú qué dijiste? —preguntó Lucy.

—Que no tenía de qué preocuparse —dijo Amy. Estaba observándole la cara—. Le dije que yo sí sabía distinguir la diferencia.

—Vale —dijo Lucy.

—Lucy.

—Sí.

—Te has ido a algún sitio hace un momento —dijo Amy—. Cuando te he contado lo que dijo Sophie.

—Estaba pensando —dijo Lucy.

—En qué.

Una pausa. De las que duran un poco demasiado para ser neutras.

—En si Sophie se equivoca —dijo Lucy.

Las palabras le salieron antes de haber decidido del todo decirlas, algo poco habitual en ella, y el silencio que quedó después tuvo una cualidad distinta a la de todos sus silencios anteriores.

Amy dejó el tenedor.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Significa...

Lucy se interrumpió.

—Significa que llevo haciéndome esa pregunta desde el principio y sigo llegando a la misma respuesta y aun así sigo...

Se detuvo otra vez.

—Sigo sin estar del todo segura de que la pregunta esté resuelta.

Amy la miró.

La cara le estaba haciendo esa cosa de comprobar, de calibrar internamente, pero debajo había algo distinto de la versión habitual. Una quietud de otra clase.

—No estás segura —dijo Amy.

—Estoy segura de ti —dijo Lucy—. Quiero dejar claro...

—¿Lo estás? —dijo Amy—. Porque lo que acabas de decir suena a lo contrario de claro.

—No he dicho que no esté segura de ti —dijo Lucy—. He dicho que no estoy segura de que la pregunta esté resuelta.

—No son cosas distintas, Lucy.

—Sí lo son...

—Me estás diciendo que, después de todo, después del jardín y del sofá y de dos meses de esto, sigues sin saber si me

quieres a mí o si quieres la idea de mí dentro de tu casa mientras esperas a tu hija.

La voz de Amy era uniforme. Controlada de esa manera que costaba algo.

—Eso es lo que estás diciendo.

—Eso no es…

Empezó Lucy.

—¿No?

La cocina sostuvo el silencio de una discusión que había llegado sin que ninguna de las dos la hubiera planeado.

Lucy miró a Amy.

Pensó: *debería decir que no*. Debería decirle que no era eso lo que quería decir. Debería darle la versión clara y segura porque la versión clara y segura es la que cree.

También pensó: *si digo eso ahora, sin sentarme primero dentro de lo que acaba de pasar, vuelvo a actuar.*

—No creo que sea eso lo que estoy diciendo —dijo Lucy con cuidado—. Pero creo…

Se interrumpió.

—Creo que Sophie ha dicho algo que me ha tocado un nervio y he reaccionado antes de pensarlo bien. Y estoy intentando ser honesta con eso en vez de…

—¿En vez de qué? —preguntó Amy.

—En vez de decirte lo que quieres oír porque me asusta lo que está pasando ahora mismo.

Amy la miró durante un largo momento.

Apartó el plato.

—Necesito decirte una cosa —dijo—. Y necesito que la oigas de verdad.

—Vale.

—He pasado…

Se interrumpió. Volvió a empezar.

—Me he pasado la vida sin necesitar a nadie en concreto. He necesitado gente en general, ayuda en general, presencia

en general. Pero a nadie en concreto. Porque lo concreto es donde duele. Lo concreto es donde construyes algo y luego la persona se va y lo concreto se va con ella.

Estaba mirando la mesa, no a Lucy.

—Y entonces llegué aquí y empecé a necesitarte a ti en concreto. No la casa. No la situación. A ti. Y sabía lo que eso significaba y lo hice de todos modos porque tú habías sido...

Se interrumpió.

—...porque todo en la manera en que has sido ha hecho que pareciera seguro hacerlo.

Lucy estaba completamente quieta.

—Y si descubro —dijo Amy en voz baja— que la razón por la que parecía seguro es que tú necesitabas tanto la situación que casi cualquiera que hubiera estado dentro te habría hecho sentir lo mismo...

Se interrumpió.

—Necesito que entiendas lo que eso cuesta. No solo para mí. Para ella.

Se llevó la mano al abdomen.

—Porque he estado dejando que ella también se vuelva concreta. He estado dejando que vosotras dos os volváis concretas. Y si lo concreto resulta ser situacional...

—Amy —dijo Lucy.

—Déjame terminar.

Lucy esperó.

—No te estoy pidiendo que tengas certeza sobre todo —dijo Amy—. En enero te dije que yo tampoco la tenía sobre todo. Sé cómo es la incertidumbre en una situación así y la he aceptado. Pero hay diferencia entre incierto y no resuelto. Incierto es: no sé todo lo que esto es. No resuelto es: no he decidido si el sentimiento es real.

Pausa.

—Y necesito saber cuál de las dos cosas me estás diciendo esta noche.

La cocina estaba muy callada.

Lucy miró a Amy.

Miró a la mujer que había negociado con seis condiciones y su propia abogada y se había mudado a su casa y le había dicho, en un sofá en enero, que la estaba eligiendo dentro de la incertidumbre y llevaba a su hija y se había sentado a su lado en el suelo de la cocina a las once de la noche y había dicho que debía saber siempre de cada movimiento, cada cita, cada pequeña cosa verdadera.

Pensó en la pregunta de Sophie. *¿Sentirías esto en otras circunstancias?*

Pensó: *no lo sé*. Pensó: *no puedo saberlo*. Pensó: *no saberlo no significa que el sentimiento sea falso*.

—Es incierto —dijo—. No no resuelto.

Amy le sostuvo la mirada.

—Tú sabes la diferencia —dijo Lucy—. Lo has dicho tú misma. Incierto quiere decir que no sé todo lo que esto es. No lo sé. No voy a fingir que sí. Pero sí sé lo que siento. Sé que cuando llegas a casa yo estoy…

Se interrumpió, buscando la forma honesta.

—…menos sola. No en el sentido conveniente. En el sentido concreto. En el sentido de ti.

Pausa.

—Sé que pensar en qué pasa si me he equivocado en esto es lo más aterrador que puedo imaginar. Y no por la situación. Por ti.

Amy guardó silencio.

—Sé que esta noche he dicho algo que te ha hecho daño —dijo Lucy—. Y lo he dicho porque soy una persona que no va a interpretar una certeza que no tiene. No contigo. No después de todo lo que hemos…

Se interrumpió.

—Tú me pediste eso. La noche de las condiciones. Lo de dejar de fingir que estamos bien.

—Ya lo sé —dijo Amy.

—Y sé que el momento en que lo he dicho ha sido...

—Malo —dijo Amy.

—Sí —dijo Lucy—. El momento ha sido malo.

Se quedaron dentro de eso.

Amy miró la mesa. Luego la ventana, la noche de marzo afuera, el jardín oscuro, la ciudad haciendo su cosa naranja y gris más allá de los muros. Luego volvió a mirar a Lucy.

—Nunca había dejado que nadie se volviera concreto antes —dijo.

Le salió en voz baja, lo real debajo de la discusión, la cosa que la discusión había estado protegiendo.

—Llevo ocho años gestionando la distancia entre yo y todo el mundo. Y dejé de gestionarla contigo. Y eso...

Se interrumpió.

—Eso es lo más aterrador que he hecho en muchísimo tiempo.

—Lo sé —dijo Lucy.

—Y cuando has dicho que no estabas segura...

—Lo sé —dijo Lucy—. Sé lo que cuesta.

Amy apoyó las dos manos planas sobre la isla.

—Necesito que seas honesta conmigo —dijo—. Sobre todo. No la versión que me protege. La versión real.

—Esta es la versión real —dijo Lucy—. Incierta y elegida. Las dos cosas. A la vez.

—Y lo de Sophie —dijo Amy—. Lo de quedar absorbida dentro del deseo.

—Es una pregunta real —dijo Lucy—. Una que me he hecho. Una que probablemente me seguiré haciendo. Y la respuesta a la que sigo llegando es: no. Pero no puedo demostrártelo. Solo puedo seguir llegando a ella y decírtelo cuando llegue.

Amy la miró durante un largo momento.

La cocina las sostuvo con la cualidad de una discusión que había tocado suelo, no resuelta, no reparada, pero sí apoyada sobre lo real que había debajo.

—Vale —dijo Amy.

—¿Vale?

—Vale —repitió—. Te he oído.

Miró sus manos.

—Sigo…

Se interrumpió.

—Necesito un poco de tiempo con esto.

—Vale —dijo Lucy.

—No me voy a…

Amy levantó la vista.

—No me voy a ir a ninguna parte. Solo…

—No tienes que explicarlo —dijo Lucy—. Tómate el tiempo que necesites.

Amy asintió. Se bajó del taburete y cogió el bolso, donde lo había dejado una hora antes, cuando había vuelto cansada de un día duro y se había sentado en la isla y había empezado algo que ninguna había planeado.

En la puerta de la cocina se detuvo.

—Lucy —dijo.

—Sí.

—Lo que he dicho. Sobre dejar que os volváis concretas.

Miraba el marco de la puerta.

—Lo decía en serio. Las dos.

Pausa.

—Necesitaba que lo supieras. Incluso ahora.

Subió las escaleras.

Lucy se quedó de pie en la cocina.

Pensó en *absorbida dentro del deseo* y en incierto y no resuelto y en la forma en que Amy había dicho *nunca había dejado que nadie se volviera concreto antes* con la cualidad de algo expuesto que no llevaba armadura.

Pensó en todo lo que había dicho y en todo lo que debería haber dicho de otro modo y en la cuestión de si existía una versión de aquella conversación que pudiera haber salido mejor, y decidió que probablemente no, porque la conversación había pasado como había pasado porque ella era quien era y Amy era quien era y habían construido algo lo bastante honesto como para que las cosas honestas salieran incluso cuando el momento era terrible.

Apagó la luz de la cocina.

Se quedó un momento a oscuras.

Desde arriba: los pasos de Amy. El crujido del tercer peldaño. La puerta del dormitorio pequeño. La ventana abriéndose, entrando el aire de marzo, más fresco de lo que sería un mes más tarde.

Lucy lo escuchó.

Pensó: *sigue aquí*.

Y por debajo de eso, más bajo: *tengo que merecerme eso*.

Subió las escaleras.

No se paró ante la puerta de Amy. Fue a su propio dormitorio y se sentó al borde de la cama y pensó en lo que significaba seguir llegando a una respuesta que no puedes demostrar. En el coste de una honestidad mal cronometrada. En Amy diciendo *dejé de gestionar la distancia contigo* con la cualidad de alguien poniéndote en las manos algo rompible.

Pensó: *no lo rompas*.

Cogió el móvil.

No llamó a Sophie.

Lo dejó.

Se tumbó a oscuras pensando en incierto y elegir y en la responsabilidad de ser elegida por alguien que nunca antes había dejado que nadie se volviera concreto.

A la mañana siguiente Amy estaba en la cocina a las siete.

No antes, que habría sido ya un mensaje en sí mismo, y no ausente, que habría sido otro distinto. Simplemente allí, a las

siete, preparándose té con la cualidad deliberada de alguien que ha decidido estar presente y está ejecutando esa decisión.

Lucy bajó.

Amy levantó la vista.

—Hola —dijo.

—Hola —dijo Lucy.

Un instante.

—He estado pensando —dijo Amy.

—Vale.

—En lo que dijiste. Y en lo que dije yo.

Hizo girar la taza entre las manos.

—Reaccioné demasiado rápido a la parte de la incertidumbre. Porque me cayó justo en el sitio concreto donde guardo el miedo.

Miró a Lucy.

—Eso no es culpa tuya. Estabas siendo honesta. Eso es lo que yo te pedí.

—El momento fue cosa mía —dijo Lucy—. Debería haber...

—No —dijo Amy—. No quiero que gestiones cuándo dices cosas verdaderas. Eso es peor que la versión difícil.

Le sostuvo la mirada.

—Lo que dijiste anoche era honesto. Y yo necesitaba una noche para tenerle miedo y luego recordar que habíamos dicho que íbamos a hacer esto siendo honestas.

Lucy la miró.

—Sigo teniendo miedo —dijo Amy—. Quiero dejar eso claro. Me da miedo que lo que tenemos sea en parte situacional y me da miedo haberte dejado volverte concreta y me da miedo que cuanto más me meta en esto más cueste si resulta que estaba equivocado.

Dejó la taza sobre la encimera.

—Pero anoche me daba miedo y aun así me he despertado esta mañana queriendo estar en esta cocina. Y creo que eso también son datos.

—Sí —dijo Lucy—. Yo también lo creo.

Amy asintió. Cogió la taza.

—La rotación de hoy es mejor —dijo—. Menos aguda.

—Bien —dijo Lucy.

—Y tengo grupo de estudio a las cuatro, pero estaré en casa a las siete.

—Haré la cena —dijo Lucy.

Amy la miró.

—No la hagas como ofrenda de paz. Hazla porque es miércoles y a una de las dos le toca cocinar.

—Es miércoles y a una de las dos le toca cocinar —dijo Lucy.

—Bien —dijo Amy.

Cogió el bolso.

Se detuvo en la puerta de la cocina, como siempre se detenía.

—Lucy —dijo.

—Sí.

—Lo que dijiste anoche. Lo de sentirte menos sola. En ese sentido concreto.

Miró el marco de la puerta.

—Esa es la respuesta. A la pregunta de Sophie. Esa es la respuesta.

Se volvió a mirarla.

—Ya sé que eres tú quien tiene que llegar a ella. Solo te estoy diciendo dónde creo que vive.

Se fue.

Lucy se quedó en la cocina, en la luz de primera hora de marzo, el sol aún bajo, el jardín de fuera empezando a enseñar las primeras insinuaciones de lo que sería en abril, y pensó en incierto y elegir y en la cualidad de despertarse con miedo y bajar igualmente.

Pensó: *esa es la respuesta*.

Pensó: *lo sé*.

Preparó café.
Se fue a trabajar.

24

AMY

La semana posterior a la discusión tuvo una textura que no había esperado.

No era frialdad. Había tenido miedo de la frialdad, de ese enfriamiento que se instala en los espacios compartidos después de algo difícil, el que hace que las habitaciones parezcan más pequeñas y los silencios más punzantes. No era eso. Era más bien la cualidad de algo que había estado bajo presión y por fin había soltado aire, y esa liberación había dejado todo ligeramente reconfigurado. Las mismas habitaciones, los mismos ritmos, pero el aire dentro de ellas un poco distinto. Más honesto, de una manera para la que Amy no tenía un lenguaje preciso.

Había bajado a la cocina a la mañana siguiente y había querido decir exactamente lo que dijo, lo de los datos, lo de despertarse queriendo estar en esa cocina. Lo había comprobado antes de decirlo, como comprobaba todo. Era verdad.

También era verdad que seguía teniendo miedo.

Las dos cosas eran verdad al mismo tiempo y estaba aprendiendo, despacio, que así era como se sentían las cosas reales. No limpias. No resueltas. Solo: ambas a la vez, sostenidas por la decisión de quedarse.

Llamó a Jade el miércoles.

—¿Y ahora cómo estás? —preguntó Jade—. Después de dormirlo.

—Mejor —dijo Amy—. Sigo teniendo miedo. Pero mejor.

—El miedo no se va a ir —dijo Jade—. Lo sabes, ¿no? Cuanto más te metas, más costará si sale mal. Eso no es un problema que haya que resolver. Es solo... es lo que es querer a alguien.

Amy apoyó la mano sobre el abdomen.

La niña se movió.

—Lo sé —dijo Amy.

—Y sigues dentro de esto.

—Sí.

—Vale —dijo Jade—. Pues esa es la respuesta.

Amy pensó en Lucy aquella mañana en la cocina diciendo *es miércoles y a una de las dos le toca cocinar* con la cualidad de alguien que honra una petición con precisión. Lo de no convertirlo en una ofrenda de paz. Esa obediencia concreta.

—Es muy irritante —dijo Amy.

—Lo es muchísimo —dijo Jade con calidez.

—En ese sentido en que hace exactamente lo que le has pedido incluso cuando sería más fácil hacer otra cosa.

—La peor clase de irritante —dijo Jade.

—Sí —dijo Amy—. Exactamente.

El sábado siguiente llamó Helen.

Amy estaba en la mesa de la cocina estudiando cuando el móvil vibró y vio el nombre y sintió esa calidez que el nombre de Helen había empezado a provocarle, algo a lo que todavía seguía calibrándose. Descolgó.

—Amy —dijo Helen, con el tono que usaba, ni formal ni del todo informal, la calidez de alguien que ha decidido que le importas y llama para actuar en consecuencia.

—Hola, Helen.

—No llamo por nada concreto —dijo Helen—. Solo quería saber qué tal estabas. Lucy me comentó que habías tenido una semana difícil.

Amy absorbió aquello.

—¿Te lo contó?

—En términos generales —dijo Helen—. Dijo que las cosas habían sido complicadas y que quería que yo lo supiera por si te llamaba y notaba que estabas...

Pausa.

—...por si parecía que necesitabas algo.

Amy se quedó un momento dentro de eso.

Lucy había llamado a su madre. No para informar, no para gestionar, sino para asegurarse de que Helen sabría que tenía que comprobar cómo estaba Amy. Sin decirle a Amy que lo había hecho.

—Eso es muy Lucy —dijo Amy.

—Lo es —convino Helen, con la calidez de alguien que llevaba treinta y dos años viendo a Lucy ser muy Lucy—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo Amy—. Fue duro y luego fue mejor. Hablamos.

—Bien —dijo Helen—. Necesita gente que la obligue a hablar. Se le da muy bien aparentar que ya ha procesado las cosas.

—Lo sé —dijo Amy.

—Tú haces que de verdad las procese —dijo Helen—. Lo he notado.

Amy miró los apuntes, el caos organizado del tercer curso de Medicina extendido sobre la mesa, y pensó en aquella noche en la cocina y en Lucy diciendo *estoy intentando ser honesta con eso en lugar de decirte lo que quieres oír*.

—Lo hace ella sola —dijo Amy—. Yo simplemente no dejo que se lo salte.

Helen hizo un sonido cálido y concreto.

—Eso es lo que quería decir —dijo.

Hablaron veinte minutos. De la rotación de Amy. Del jardín de Helen, que al parecer estaba planeando algo ambicioso para la primavera, que ya estaba llegando a la manera angelina, un calor aún tentativo, el primer verde verdadero

volviendo a los parterres. De Robert, que había empezado a aprender a hacer pan de masa madre con la misma paciencia concentrada que llevaba treinta y ocho años dedicando a casi todo.

—Se le da fatal —dijo Helen—. Pero sigue insistiendo. Dice que la levadura necesita tiempo para aprender a confiar en él.

Amy sintió la risa llegar.

—Eso es lo más Robert que he oído en mi vida.

—Lo es muchísimo.

Pausa.

—Amy.

—Sí.

—Eres familia —dijo Helen.

Sencillamente. Sin explicación. Sin matices. Solo la frase, con la cualidad de algo que ya había sido decidido y ahora simplemente se estaba enunciando.

Amy se quedó muy quieta.

—Sé que es una cosa grande para decir —dijo Helen—. Y sé que la situación es...

—Helen —dijo Amy.

—Sí.

—Gracias —dijo Amy.

La voz le hizo esa cosa que a veces le hacía cuando algo llegaba justo al lugar que normalmente mantenía defendido. Se llevó un instante el dorso de la mano a la boca.

—No me des las gracias —dijo Helen—. Es simplemente verdad.

La cita de las treinta semanas era un jueves.

Ella y Lucy fueron en coche a Santa Mónica a última hora de la mañana, la misma ruta que ya habían hecho cinco veces, lo bastante familiar como para tener su propio ritmo. Fuera, Los Ángeles estaba haciendo lo suyo de finales de marzo y principios de abril, la luz más cálida de lo que lo había sido en meses, el aire con la cualidad de una ciudad que había estado

esperando exactamente esa temperatura y por fin la había conseguido, todo ligeramente más vivo que un mes antes.

—He hablado con tu madre —dijo Amy en un semáforo.

Lucy le lanzó una mirada.

—Lo sé. Ella me lo ha dicho.

—La llamaste —dijo Amy—. Después de la discusión.

—Sí.

—Para asegurarte de que me llamaría.

—Sí —dijo Lucy.

Sin disculparse ni explicarse. Solo: sí, hice eso, era lo correcto.

—¿Te ha parecido bien?

Amy miró por la ventanilla.

—Muy propio de ti —dijo.

—Eso no es una respuesta.

—Es un sí —dijo Amy—. Me ha parecido bien.

Hizo una pausa.

—Más que bien.

Volvió la vista a la calle.

—Tu madre me ha dicho que soy familia.

Lucy guardó silencio.

—Lo dice en serio —dijo al cabo de un momento.

—Ya lo sé.

Amy observó la ciudad pasar, la versión primaveral de la ciudad, las jacarandas todavía sin florecer, pero cerca, la luz distinta de la cualidad plana de hacía apenas un mes.

—Todavía estoy aprendiendo qué hacer con eso. Con que la gente diga cosas así y vaya en serio.

—Puedes limitarte a tenerlo —dijo Lucy—. No hace falta que hagas nada con ello.

—Ya lo sé —dijo Amy—. Estoy en ello.

Lucy puso el intermitente. Luego añadió:

—Mi padre quiere saber si vendrás a cenar el próximo domingo. Ha estado trabajando en la masa madre y quiere a

alguien que, según él, le dé una valoración sincera.

—Tu madre ha dicho que se le da fatal.

—Se le da fatal —dijo Lucy—. Pero está mejorando. Y necesita a alguien que no sea simplemente educada.

Le lanzó una mirada.

—Te ha pedido a ti en concreto.

Amy la miró.

—Tu padre me ha pedido a mí en concreto.

—Ha dicho que eres la persona más sincera que ha conocido en mucho tiempo —dijo Lucy—. Y viniendo de mi padre, es el mayor elogio posible.

Amy sintió cómo el calor de eso le llegaba exactamente donde le llegaba, y lo dejó llegar.

—Iré —dijo—. Obviamente iré.

La consulta de la doctora Okafor tenía la cualidad que siempre tenía, eficiente, cálida, la combinación que Amy había llegado a asociar con la buena medicina. Ella estaba en la camilla y Lucy a su lado y Priya frente a la pantalla y la rutina de aquello tenía ahora una cualidad distinta de la de la primera vez, la cualidad de algo familiar.

—Treinta semanas —dijo la doctora Okafor—. Bien. Todo sigue yendo como debe.

Miró las mediciones.

—Sigue midiendo un poco grande.

—¿Sigue dentro de la normalidad? —preguntó Lucy.

—De sobra —dijo la doctora Okafor—. No me preocupa. Solo lo estoy siguiendo.

Miró a Amy.

—¿Cómo estás durmiendo?

—De manera inconsistente —dijo Amy—. Pero ya he hecho las paces con eso.

—Bien. ¿Algo más en lo físico?

—Dolor de espalda. Lo esperable. Llevadero.

Amy hizo una pausa.

—Por la noche está muy activa. A veces cuesta saber si no duermo por la espalda o porque ella tiene opiniones.

La doctora Okafor sonrió.

—Sabe cuándo estás despierta.

—Eso no está basado en evidencia —dijo Amy.

—No —convino la doctora Okafor—. Pero es verdad igualmente.

Las miró a las dos.

—Quiero tener hoy la conversación sobre el plan de parto. No los detalles, eso llega a las treinta y seis semanas. Pero sí las líneas generales. Cómo queréis que sea la sala, quién estará presente, la forma general.

Amy miró a Lucy.

Lucy miró a Amy.

—Las dos —dijo Amy—. Quiero a Lucy en la sala.

—Por supuesto —dijo la doctora Okafor, tomando nota.

—Y Jade —dijo Amy—. Si puede. No tiene por qué ser así, no es un requisito. Pero si puede estar.

La doctora Okafor asintió.

—¿Alguien más?

Amy pensó en Helen. En aquella llamada y en ese *eres familia* dicho de manera sencilla, sin matices.

—Quizá la madre de Lucy —dijo Amy—. No dentro de la sala. Pero cerca.

Lo dijo sin mirar a Lucy, pero sintió a su lado cómo Lucy se quedaba quieta de esa manera que tenía cuando algo la sorprendía y elegía no mostrarlo.

—Podemos acomodar eso —dijo la doctora Okafor.

Después de la cita, en el coche, Lucy guardó silencio más de lo habitual.

—Mi madre —dijo al final.

—La llamaste después de la discusión —dijo Amy—. Me pareció lo correcto.

Pausa.

—Sí —dijo Lucy en voz baja—. Lo era.

Condujeron un rato.

Amy miró por la ventanilla la ciudad primaveral, la luz más cálida y más directa de lo que había sido en meses, Los Ángeles a finales de marzo o comienzos de abril, cuando la ciudad recuerda que se supone que debe ser hermosa y actúa en consecuencia.

—He estado pensando en una cosa —dijo Amy.

—Dímela.

—La conversación que dijimos que tendríamos —dijo Amy —. La cláusula. Cómo va a ser el después.

Se volvió a mirar el perfil de Lucy.

—Ya sé que esa conversación la tuvimos. En enero. Pero quiero volver a tenerla ahora, no porque lo diga el contrato. Porque las cosas son distintas y quiero decirlo desde aquí.

—Sí —dijo Lucy—. Yo también.

—¿Esta noche?

—Esta noche —dijo Lucy.

La tuvieron en la mesa de la cocina, que era donde tenían todas sus conversaciones reales, con té y sin apuntes y con la cualidad de dos personas que habían decidido decir cosas verdaderas.

—¿Qué quieres? —preguntó Lucy—. De verdad. No lo que diga el acuerdo. Lo que quieres ahora.

Amy miró la taza.

—Lo mismo que quería en enero —dijo—. Pero quiero volver a decirlo porque ahora significa otra cosa.

Pausa.

—Quiero estar en su vida. No como un concepto legal. Como una persona a la que conoce. Alguien sabiendo desde pequeña que estuvo ahí desde el principio.

Levantó la vista.

—Y quiero que eso sea una elección que hacemos. No una obligación legal. Una elección.

—Sí —dijo Lucy—. Eso es lo que yo quiero también.

Amy la miró.

—¿Qué más?

Lucy hizo girar la taza.

—Quiero que estés aquí —dijo—. No en el sentido contractual. En el sentido en que has estado. En la casa, en la cocina, en las mañanas.

Le sostuvo la mirada.

—Quiero que lo que estamos construyendo la incluya a ella de la manera más natural posible. Y quiero...

Se interrumpió.

—Dilo —dijo Amy.

—Quiero dejar de tener una palabra para esto —dijo Lucy —. La situación. El acuerdo. Quiero que simplemente sea... nosotras. Las tres. Sin el lenguaje legal puesto encima.

Amy le sostuvo la mirada un largo momento.

—Yo ya lo decidí —dijo—. Lo decidí antes de Navidad. Lo sabes.

—Lo sé —dijo Lucy—. Quiero oírtelo otra vez.

—Me quedo —dijo Amy.

Sencillamente. De la forma en que decía las cosas que había decidido.

—Eso es lo que quiero. Eso es lo que es esto.

Lucy la miró al otro lado de la mesa de la cocina con la cosa completamente presente en la cara, no gestionada, no compuesta, solo allí.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Amy.

Fuera de la ventana de la cocina, la tarde primaveral estaba haciendo lo suyo, la luz volviéndose ámbar de esa forma en que se vuelve ámbar en abril, todo lo que el jardín había venido prometiendo desde febrero empezando por fin a llegar, la rosa trepadora junto al muro del fondo mostrando el primer crecimiento verdadero de la estación.

El té se estaba enfriando entre ellas y ninguna hizo nada al respecto.

—Treinta y seis semanas es dentro de seis semanas —dijo Amy.

—Lo sé —dijo Lucy.

—Seis semanas no es mucho.

—No —dijo Lucy—. No lo es.

Amy miró sus manos sobre la mesa. Luego a Lucy.

—¿Tienes miedo?

—Constantemente —dijo Lucy.

—Yo también —dijo Amy—. Del tipo en que tienes miedo porque la cosa es real y te importa.

—Sí —dijo Lucy—. Exactamente ese tipo.

Amy alargó la mano sobre la mesa.

La apoyó sobre la de Lucy, entre las dos tazas ya frías.

No fue un gesto dramático. No fue una resolución. Solo una mano, sobre una mesa, en una cocina, entre dos personas que habían dicho las cosas difíciles y seguían allí.

Lucy le dio la vuelta a la mano.

Se quedaron así un rato.

La ciudad siguió haciendo lo suyo fuera.

La niña se movió.

Amy lo sintió, el movimiento deliberado, ese que siempre parecía una decisión, y sin pensarlo apretó la mano de Lucy contra su costado, y Lucy se quedó muy quieta, y esperaron.

Y ahí estuvo.

Debajo de la palma de Lucy.

—Hola —dijo Lucy en voz baja. En la cocina, a comienzos de abril, con seis semanas por delante y todo todavía incierto y la elección ocurriendo de todos modos.

—Hola —dijo Amy. No a Lucy. A la hija.

Y las tres estaban allí, en la cocina, dentro de la cualidad de una vida que había empezado como un accidente y se había convertido, a fuerza de trabajo y honestidad y todas esas

pequeñas elecciones diarias, en algo que se sentía no resuelto, no simple, no terminado, pero sí real.

Suyo.

Se quedaron en la mesa hasta que el té estuvo frío y la lámpara fue la única luz y la ciudad de fuera se asentó en su habitual naranja grisáceo.

En algún momento Lucy se levantó a recoger las tazas y Amy también, y quedaron las dos en el espacio estrecho entre la mesa y la encimera y ninguna hizo el gesto de apartarse para crear más sitio.

Lucy la miró.

Amy le devolvió la mirada.

No había ninguna versión de aquel momento que necesitara palabras. Ya habían usado suficientes palabras, las correctas, las difíciles, las que habían costado algo y las que habían dado algo a cambio. La cocina las conocía todas ya. Las paredes las habían sostenido.

Amy cogió la taza de la mano de Lucy y la dejó sobre la encimera.

No apartó la mirada.

—Quédate —dijo.

No era una pregunta. Ni una súplica. Solo la palabra, llana y clara, de la manera en que decía las cosas que había decidido.

La mano de Lucy subió hasta su cara.

—Sí —dijo.

Subieron.

Fue distinto de los besos en el sofá, de la facilidad con la que llevaban semanas tocándose, una mano en la parte baja de la espalda, un hombro apoyado en otro. Aquello era otra cosa. Eran las manos de Amy encontrando el borde de la camiseta de Lucy y la respiración de Lucy cambiando con ese contacto, la cualidad aguda y concreta de algo que había

estado a una distancia cuidadosamente medida y dejaba por fin de estarlo.

Lucy dijo su nombre una vez. Solo una. De la forma en que decía las cosas importantes, sin interpretación, sin gestión, solo la palabra, y todo lo que llevaba dentro.

Amy había pasado ocho años aprendiendo a bastarse sola. Se le daba muy bien. Se dio cuenta de que había terminado con eso.

Más tarde, la ciudad todavía haciendo su cosa naranja y gris al otro lado de la ventana que Amy había abierto, como la abría siempre antes que ninguna otra cosa, esa necesidad de oír lo de fuera antes de dormir, se quedaron tumbadas a oscuras sin hablar un rato, que era ya un tipo de lenguaje en sí mismo.

—Eh —dijo Lucy en voz baja.

—Mmm —respondió Amy.

—¿Sigues teniendo miedo?

Pausa.

—Sí —dijo Amy—. Menos que antes.

—Yo también —dijo Lucy—. Menos que antes.

Amy se volvió hacia ella en la oscuridad.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Lucy.

La lámpara seguía encendida en la cocina cuando habían subido y ninguna bajó a apagarla, y ardió así durante toda la noche de abril, cálida y corriente, como arden las luces en las casas donde la gente ha elegido estar.

25

AMY Y LUCY

Empezó a las dos y cuarenta y siete de la madrugada de un jueves de finales de junio.

Amy lo supo de inmediato. No por el dolor —el dolor estaba ahí, pero era manejable, esa presión profunda que llevaba meses leyendo en libros y artículos, que podía identificar clínicamente y que ahora estaba identificando desde dentro—, sino por la cualidad de aquello. Distinta de las contracciones de Braxton Hicks que llevaba tres semanas controlando y cronometrando, esas que había determinado con la certeza metódica de alguien que había investigado y sabía distinguir la diferencia. Esto era lo real. Su cuerpo lo supo antes de que su cerebro terminara la frase.

Se quedó quieta durante una contracción completa.

Respiró a través de ella. Dentro, aguanta, fuera. La técnica que había practicado y que funcionaba, no para borrar la sensación, sino para atravesarla en vez de resistirse a ella, igual que había aprendido a atravesar la mayoría de las cosas difíciles.

Cuando terminó, siguió tumbada un momento más.

Pensó: *vale*.

Pensó: *ya está*.

Pensó, por debajo de ambas cosas, algo que no esperaba pensar a las dos y cuarenta y siete de la madrugada, al comienzo del parto: *voy a echarla de menos*.

No el parto. Estaba preparada para el parto, médica y prácticamente, sabía exactamente lo que iba a hacer su cuerpo. No el después; ella y Lucy habían hablado del después, habían dicho lo que había que decir, se habían elegido dentro de todo ello. Sabía lo que venía a continuación.

Para lo que no se había preparado del todo era para esto: el duelo concreto del final de algo que había sido enteramente suyo. Treinta y ocho semanas siendo el lugar en el que alguien se volvía real. Aquella noche terminaba esa versión del bebé. Aquella noche se convertía en alguien a quien ambas podrían conocer.

Amy apoyó la mano sobre el abdomen.

La niña se movió.

—Lo sé —dijo Amy en voz baja, a la oscuridad—. Yo también.

Se volvió hacia Lucy.

—Lucy —dijo suavemente.

Pausa. Después Lucy se movió, ya despertándose del todo de la forma en que lo hacía, sin blandura de sueño en ella, completamente presente casi de inmediato.

—Amy.

—Es el momento —dijo Amy.

Un breve silencio.

Y entonces Lucy ya se estaba levantando.

—¿Cada cuánto? —preguntó.

—Cada ocho minutos. Acaba de empezar.

—Vale.

Lucy ya estaba en movimiento, no apresurada, no presa del pánico. Decidida.

—Voy a vestirme. ¿Puedes llamar a la doctora Okafor?

—Ya le estoy escribiendo —dijo Amy.

—¿Necesitas algo ahora mismo…?

—La bolsa está junto a la puerta —dijo Amy—. Desde la semana treinta y seis.

Lucy la miró.

—La mía también. Desde la treinta y cinco.

—Claro que sí —dijo Amy.

Algo pasó entre ellas, no del todo una risa, no del todo una sonrisa, sino la frecuencia de dos personas que se conocen lo bastante bien como para encontrar exactamente las cosas correctas graciosas en exactamente los peores momentos.

—Ve a vestirte —dijo Amy—. Te veo abajo.

El servicio de la doctora Okafor le devolvió la llamada cuatro minutos después.

—¿Cada cuánto? —preguntó la doctora Okafor.

—Cada ocho minutos. Fuertes desde la primera. No han ido aumentando poco a poco.

—Sabes distinguir la diferencia.

—Sé distinguirla.

—Ve al hospital. Yo estaré allí en cuarenta minutos.

Pausa.

—Llámame si bajan de cinco antes de que llegues.

—Vale.

—Amy.

—Sí.

Pausa, y la doctora Okafor dijo algo que no le había dicho antes, en ninguna de las citas:

—Lo has hecho todo bien. Todo.

Amy se quedó en el pasillo con el teléfono en la mano después de colgar.

Pensó en la clínica de Brentwood un martes por la mañana de octubre. La coordinadora con el cordón identificativo. La sala 4 de la segunda planta. La lámina botánica con cinco flores rosa pálido.

Pensó en todas las maneras en que *lo has hecho todo bien* podía aplicarse a una historia que había empezado de un modo tan catastróficamente equivocado como aquella.

Bajó.

Lucy estaba junto a la puerta. Las dos bolsas. Las llaves. El aspecto de alguien que ya había decidido adónde iban y estaba preparada.

La miró.

—¿Lista? —preguntó.

Amy la miró. Miró a la mujer que había estado en la cafetería y en la cocina y en el jardín y en el coche y en todos los lugares que se habían ido acumulando hasta convertirse en algo que, a las dos y cincuenta y tres de la madrugada, al comienzo del parto, se sentía como la palabra que llevaba meses aprendiendo a usar para esa casa y esas personas.

—Sí —dijo.

El trayecto duró veintidós minutos.

Los Ángeles a las tres de la mañana de finales de junio era una ciudad distinta de la que habitaban durante el día: el calor de la jornada por fin había cedido, el aire cálido pero respirable, las calles vacías y permitiéndoles avanzar sin obstáculos.

Amy iba en el asiento del copiloto mirando pasar la ciudad y pensando en la cualidad de aquel momento, esa cualidad de *todo está a punto de cambiar*, los últimos minutos de una forma de las cosas que no volvería a ser la misma después de aquella noche.

Tuvo una contracción en el coche.

Respiró a través de ella. Lucy condujo y no habló durante la contracción, lo cual era lo correcto, como casi siempre, y cuando pasó:

—¿Bien? —preguntó Lucy.

—Sí.

Amy soltó el aire.

—Cada siete minutos.

—Vamos llegando.

Amy miró por la ventana.

—Tengo miedo —dijo.

No del parto. No del después; ya habían hablado del después, habían dicho lo que había que decir. Aquello era otra cosa. Más pequeña y más concreta.

—Cuéntamelo —dijo Lucy.

—He estado pensando en lo que le dije a la doctora Okafor en aquella primera cita. Sobre la clase de médica que quiero ser. La que hace que la gente se sienta persona.

Miró la ciudad pasar.

—Y he estado pensando en que llevo treinta y ocho semanas siendo el lugar donde ella ha estado. Y esta noche eso termina. Y yo…

Se interrumpió.

—Lucy.

—Voy a echarla de menos —dijo Amy—. La versión de ella que era solo mía. La que solo yo conocía.

Apoyó la mano sobre la ventanilla, el cristal tibio.

—Sé lo que viene después. Sé que sigue aquí. Sé que es otra manera de tenerla. Solo… necesitaba decirlo.

Lucy guardó silencio un momento.

—Lo sé —dijo—. Sé que la echarás de menos.

—Está bien —dijo Amy—. Necesitaba decirlo. Está bien.

—Está más que bien —dijo Lucy—. Le has dado el primer todo. El primer latido, el primer movimiento, la primera voz que conoció. Eso no desaparece esta noche. Eso es…

Hizo una pausa.

—…eso es suyo. Lo lleva con ella. Para siempre.

Amy miró la ciudad.

Pensó en el amor que no tenía una palabra limpia para nombrarlo. El amor que no era maternal en sentido legal y sí completamente maternal en todos los demás. El amor que había llegado sin pedir permiso y se había asentado en la forma de treinta y ocho semanas siendo el lugar donde alguien se volvía real.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Lucy.

Condujeron el resto del trayecto en un silencio que contenía todo aquello, el miedo y la elección y el duelo por un final que era también un comienzo, y Amy pensó que era el silencio más honesto que habían compartido nunca, que ya era decir algo.

El triaje fue eficiente.

Cuatro centímetros, contracciones constantes, el latido de su hija en el monitor rápido y regular y completamente suyo. Ingresaron a Amy.

La habitación tenía la cualidad que tienen todas las habitaciones de hospital, ese olor concreto, la luz fluorescente suavizada por una lámpara en una esquina, el equipo que Amy podía identificar y nombrar y que era distinto de saber que estaba allí para ella. Había estado en habitaciones de hospital desde ambos lados. Aquello no era ninguno de los dos. Era su propia categoría.

Lucy se acomodó en la silla junto a la cama con la cualidad de alguien que ya había decidido dónde iba a estar.

Miró a Amy.

—¿Qué necesitas? —preguntó.

Amy pensó en la pregunta. En todas las versiones de ella que le habían hecho a lo largo de los meses y todas las versiones que había esquivado porque esquivar era más fácil que saber. Miró a Lucy en la silla de la esquina a las tres y cuarenta de la mañana y pensó en lo que de verdad necesitaba.

—Cuéntame algo —dijo—. Mientras esperamos. Algo real.

Lucy la miró.

—¿Qué tipo de algo?

—Cualquiera —dijo Amy—. Algo que no sepa de ti. Algo que no me hayas contado todavía.

Lucy guardó silencio un momento.

—Cuando tenía veinticuatro años —dijo— estuve a punto de no ir a Derecho.

Amy la miró.

—¿Qué?

—Tenía plaza —dijo Lucy—. Me habían aceptado. Y tres semanas antes de empezar estuve a punto de aplazarlo porque me ofrecieron un puesto con una ONG en Uganda. Trabajo de derechos humanos. Documentación.

Pausa.

—Quería ir. Muchísimo. Llevaba pensándolo desde la universidad.

—¿Y por qué no fuiste?

—Hice lo que hago yo —dijo Lucy—. Hice una lista. Pros y contras. Resultados a largo plazo. Escenarios ponderados por probabilidad.

Se volvió las manos sobre el regazo.

—La lista decía Derecho. Así que fui.

—¿Y? —preguntó Amy.

—Y llevo ocho años siendo muy buena en derecho corporativo —dijo Lucy—. Lo cual no es lo mismo que correcto.

Miró hacia la ventana.

—A veces pienso en ello. En lo que habría hecho en su lugar. En quién habría sido.

Amy la observó la cara.

—¿Te arrepientes? —preguntó.

—Me arrepiento de la manera en que lo decidí —dijo Lucy —. No me arrepiento de dónde estoy.

Pausa.

—No me arrepiento de nada. Esa es la versión más verdadera.

Amy le sostuvo la mirada.

—Habrías sido extraordinaria en eso —dijo—. En lo de derechos humanos.

—Lo sé —dijo Lucy, sencillamente—. Lo habría sido.

Llegó otra contracción.

Amy respiró a través de ella, dentro, aguanta, fuera, y la mano de Lucy encontró la parte baja de su espalda, firme y quieta, simplemente allí, y Amy la atravesó y salió al otro lado y soltó el aire.

—Vale —dijo.

—Bien —dijo Lucy—. Lo estás haciendo bien.

—Cuéntame otra cosa —dijo Amy—. Sigue.

Y Lucy siguió. Le habló del año del ajedrez con su padre y del domingo en que de pronto lo entendió. Le habló del viaje que hizo sola a Portugal con veintinueve años, el año después de Dana, cuando pasó dos semanas andando y sin hablar con casi nadie y volvió sabiendo cosas que antes no sabía. Le habló del bloc legal que había empezado a llevar en la universidad y que había seguido llevando desde entonces, todos archivados en una caja en el despacho de arriba, doce años de pensar escribiendo que nunca le había enseñado a nadie del todo.

—Quiero verlos —dijo Amy.

—Algún día —dijo Lucy.

—Pronto —dijo Amy.

—Pronto —convino Lucy.

Las horas tuvieron su propia forma.

De cuatro a cinco, las contracciones encontrando ritmo. De cinco a seis, el ritmo cerrándose. El amanecer ocurrió en algún lugar al otro lado de la ventana y Amy lo registró solo como un cambio de cualidad, la oscuridad convirtiéndose en el gris de una mañana de verano en Los Ángeles, el cielo aclarando más rápido que en invierno, el calor empezando ya a levantarse en los bordes de las cosas.

A las siete entró la doctora Okafor.

—Ocho centímetros. Has progresado bien.

Miró a Amy directamente.

—Ahora viene la parte más dura. La siguiente fase.

—Lo sé —dijo Amy.

—¿Manejo del dolor?

—El mínimo —dijo Amy—. Quiero estar presente.

La doctora Okafor asintió. Miró a Lucy.

—¿Preguntas?

—¿Qué debería hacer durante una contracción si la respiración no basta? —preguntó Lucy.

—Centrarse en algo concreto y externo —dijo la doctora Okafor—. Algo de la habitación. Algo real.

Miró a Amy.

—¿Qué es real para ti ahora mismo?

Amy miró a Lucy.

—Eso —dijo.

La doctora Okafor las miró a las dos. Luego asintió, anotó algo y se fue.

Las dos horas siguientes fueron lo más intenso que Amy había vivido en su vida.

Lo había entendido fisiológicamente. Había entendido que el parto era una de las experiencias físicas más exigentes que atravesaba un cuerpo humano, que el dolor era funcional y tenía un propósito y que el cuerpo estaba diseñado precisamente para eso.

Lo estaba viviendo ahora desde dentro y el entender y el vivir eran cosas completamente distintas.

Estaba en la cama. Lucy a su lado, la silla arrimada hasta el borde, cerca. Los monitores hacían su trabajo. La habitación se contraía alrededor del trabajo que había que hacer.

En lo peor, Amy le sujetó la mano a Lucy con la fuerza de alguien que está utilizando todos los recursos disponibles y no dijo nada porque no había nada que decir, y Lucy tampoco dijo nada, solo la sostuvo, y aquello era exactamente lo correcto, exactamente lo necesario, el sostener sin narrar.

Entre contracciones:

—Lo estás haciendo —dijo Lucy.

No animando de una forma interpretada. Informando. De manera factual.

—Estás haciendo exactamente lo que hay que hacer.

—Lo sé —dijo Amy.

—Ya sé que lo sabes —dijo Lucy—. Te lo digo igualmente.

Amy soltó el aire.

—Vale.

—Vale —dijo Lucy.

A las nueve y catorce, la doctora Okafor dijo que ya era el momento.

Lo que vino después era… Amy, que había estudiado aquello y se había entrenado en versiones simuladas y entendía cada mecanismo fisiológico, pensaría más tarde: hay cosas que puedes saber por completo y aun así no saberlas hasta que estás dentro de ellas.

La habitación se convirtió en la única cosa.

La doctora Okafor, tranquila y dirigiendo.

Lucy, a su lado. No a distancia. A su lado, del todo, como había estado a su lado durante meses y como estaba ahora de la manera más concreta posible.

Amy trabajó. Su cuerpo trabajó. El trabajo fue el mundo entero durante una cantidad de tiempo específica que no tuvo ninguna relación con el tiempo ordinario.

Y entonces.

A las nueve y veintiocho.

El sonido.

Ya lo había oído antes. En las rotaciones, en grabaciones, en las cuidadosas simulaciones de la formación clínica. Sabía lo que era, lo que significaba, qué lo causaba.

Lo oyó ahora y no se parecía a ninguna de esas cosas.

Era el sonido más concreto que había oído jamás. Completamente sí mismo. Completamente sí misma ya.

Sintió cómo se la colocaban sobre el pecho y las manos se le alzaron sin decidirlo, simplemente allí, rodeando aquel peso, esa pequeña persona furiosa que había estado dentro de

ella durante treinta y ocho semanas y ahora estaba, en el sentido más absoluto posible, fuera.

Le miró la cara.

Roja y escandalizada y anunciándose a la habitación con la competencia de alguien que tenía opiniones y quería que constaran.

—Hola —dijo Amy.

La voz no le salió estable. No le salió nada estable y ni siquiera intentó que así fuera.

—Hola. Ya estás aquí. Estás bien. Ya estás aquí.

El sonido siguió.

Y entonces —Amy conocía el mecanismo, sabía exactamente lo que hacía que un recién nacido orientara la cabeza hacia una voz que llevaba meses oyendo— la niña giró un poco la cabeza hacia la voz de Amy.

Amy sintió que algo ocurría en su pecho.

Grande y completamente nuevo.

Había tenido miedo, en el coche a las tres de la mañana, de que el final se sintiera únicamente como pérdida. Había tenido miedo de echarla de menos.

Lo que sentía ahora no era solo pérdida.

Era amor de una clase que no sabía que era capaz de sentir. No el amor cuidadoso, comprobado, gestionado que se había permitido durante meses. Aquello era enorme y desarmado y enteramente real. Y por debajo, más bajo, el duelo concreto que había nombrado en el coche. La versión del bebé que había sido solo suya, la que solo ella había conocido. Esa se estaba terminando. Sintió cómo se iba, brevemente, y la dejó ir.

Y entonces levantó la vista.

Lucy.

Lucy estaba junto al borde de la cama, cerca, y tenía en la cara... todo. Todo lo que normalmente no mostraba, todo a la vez, nada gestionado. Los ojos húmedos. La cara de alguien a

quien Amy llevaba meses viendo por destellos, la versión real, la que vivía debajo de la compostura, y ahora estaba toda allí, sin sujeción.

Parecía alguien que llevaba dos años esperando aquello y ahora estaba, por primera vez, dentro de ello.

—Acércate —dijo Amy.

Lucy se acercó más.

Amy la miró y luego miró a la niña y volvió a mirarla a ella.

—Ya está aquí —dijo Amy.

La mano de Lucy se alzó. El contacto más leve posible contra un lado de la cabeza de la niña. Con tanto cuidado. La cualidad de alguien tocando algo en lo que había creído antes de que fuera real y a quien por fin le acababan de dar esa realidad.

—Hola —dijo Lucy.

En voz baja. De la misma forma en que se lo había dicho a la ecografía, a la imagen, en la cocina y a oscuras. Ahora se lo decía a la persona real. La niña real con la nariz de Lucy que ya estaba callándose, ya girándose hacia lo que viniera después.

—Hola —dijo Lucy otra vez.

La voz se le quebró en la segunda.

Amy la vio. Vio a Lucy quebrarse, brevemente, del modo en que algo que se rompe bajo la presión adecuada no es destrucción sino liberación, años de deseo llegando a su destino al mismo tiempo, y mantuvo los ojos en ella porque aquel momento merecía una testigo y quería serlo.

—Tiene tu nariz —dijo Amy.

Lucy se rió. El sonido le salió mal y bien a la vez, húmedo y sin defensa.

—Eso ya lo dijiste en la ecografía.

—Tenía razón entonces —dijo Amy—. La tengo ahora.

Lucy la miró, miró a Amy, y aquel cruce de miradas tuvo la cualidad de todos sus mejores cruces de miradas, directo y sin prisa y completamente presente, pero ahora había algo más

en él, algo añadido en las últimas horas que ya no iba a marcharse.

—Gracias —dijo Lucy.

Dos palabras. Conteniéndolo todo. Los meses y la cocina y el suelo y el banco de piedra y las ecografías y el jardín de octubre y las conversaciones difíciles y el trayecto largo en la noche de verano y todo ello comprimido.

Y por debajo de todo eso, Amy oyó: *veo lo que te ha costado. Sé lo que has dado. Gracias por darlo.*

—Siempre —dijo Amy.

Más tarde, una hora quizá, o dos, porque el tiempo había perdido su precisión habitual, Amy estaba tumbada en la cama con la niña en el moisés junto a ella y Lucy en la silla colocada lo bastante cerca como para poder alcanzarla, y la habitación del hospital tenía la cualidad de lo que viene después, el calor agotado de algo que ya se ha completado.

Amy miró el techo.

Pensó en el coche a las tres de la mañana. *Voy a echarla de menos.* Miró el moisés, a la personita dentro durmiendo con el abandono completo de un recién nacido.

No sentía solo duelo.

Sentía... plenitud. Del tipo que no termina, sino que cambia de forma.

—Es nuestra —dijo Amy.

No en el sentido legal. En el verdadero. El que incluía treinta y ocho semanas y dos voces y todas las acumulaciones de lo concreto.

Lucy la miró con todo en la cara.

—Es nuestra —dijo.

Amy guardó silencio un momento.

—Creía que iba a echarla de menos —dijo—. Lo dije en el coche. Tenía miedo del momento de entregarla.

—Lo sé —dijo Lucy.

—Y sí que la echo de menos —dijo Amy—. Echo de menos la versión de ella que era solo mía. La que solo yo conocía.

Miró el moisés.

—Pero sigue aquí. Está aquí de otra forma. Y yo voy a... voy a poder conocerla ahora. A la de verdad. A la de fuera.

Se volvió a mirar a Lucy.

—Eso no es pérdida. Es solo... otra forma de tenerla.

Lucy le sostuvo la mirada.

—Sí —dijo—. Lo es.

—No me lo esperaba —dijo Amy.

—Lo sé —dijo Lucy—. Creo que así es como ha funcionado casi todo esto. No de la manera en que ninguna de las dos esperaba.

—Mejor —dijo Amy.

—Sí —dijo Lucy—. Mejor.

—Necesita un nombre —dijo Amy.

Lucy guardó silencio un momento. Miró el moisés, a esa persona diminuta dormida con el abandono completo de un recién nacido. Algo pasó por su cara, una decisión, o la llegada de algo que llevaba un tiempo sosteniendo.

—Evelyn —dijo—. Evie.

Pausa.

—Has hablado de ella. De tu abuela. Se ha ido colando en todo lo que me has contado: las listas, el *one foot*, la clase de médica que quieres ser. Llevo un tiempo pensándolo.

Miró a Amy directamente.

—Si tú quieres. La elección es enteramente tuya. Es tu...

—Sí —dijo Amy.

Apenas le salió como una palabra. Se llevó la mano a la boca.

—Sí —dijo otra vez, más estable—. Evie.

Lo dijo hacia el moisés. Hacia la personita dentro, dormida ahora con el abandono total de un recién nacido, toda su

energía dirigida hacia dentro, al proyecto enorme de estar viva.

—Evie —dijo Amy.

El nombre llenó la habitación.

Lucy la miró con todo completamente presente, el amor y el duelo y los años de ello y la llegada de ello, todo a la vez, sin sujetarlo.

—Perfecto —dijo Amy.

Lucy asintió.

Se quedaron en el silencio y el calor de una habitación donde algo había sido nombrado y el hecho de nombrarlo lo había vuelto más real.

—Tengo que decir una cosa —dijo Amy.

—Lo sé —dijo Lucy.

—No por primera vez —dijo Amy—. Ya sé que no es la primera vez. Pero quiero decirlo aquí. En esta habitación. Con ella.

Le sostuvo la mirada.

—Te quiero. Lo sé desde hace mucho y lo he comprobado del modo en que compruebo todo y sigue siendo verdad desde todos los ángulos. Y la quiero a ella. Y esas dos cosas son la misma y también son distintas, y quería que ambas quedaran dichas en voz alta en esta habitación concreta, hoy, para que existan también aquí.

Soltó el aire.

—Eso es todo.

Lucy la miró.

La cara sin defensa, todavía. La versión real. Todo lo que normalmente gestionaba, presente sin gestión.

—Te quiero —dijo Lucy—. Por completo. Te quería antes de estar segura de que te quería y te quiero ahora que sí lo estoy, y la quiero a ella, y yo...

Se interrumpió.

—Ya no le tengo miedo a nada de esto. Eso es lo que quería decir. La incertidumbre y la elección y todo ello... ya no me da miedo. Simplemente estoy aquí.

Pausa.

—Esa es mi versión.

Amy sintió que le llegaba al mismo sitio al que siempre le llegaban las cosas cuando eran reales.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Lucy.

En el moisés, Evie dormía.

Fuera de la ventana del hospital, la mañana de finales de junio estaba haciendo lo que hacen las mañanas de finales de junio en Los Ángeles, el sol ya alto y decidido, la ciudad calentándose del modo en que se calienta en verano, deprisa y del todo.

Amy cerró los ojos.

Estaba enormemente cansada y enormemente llena y en algún sitio fuera de aquella habitación Jade iba a recibir una llamada dentro de aproximadamente media hora que iba a provocar una reacción que Amy ya estaba deseando ver. Helen estaba en la sala de espera, algo sobre lo que Lucy le había escrito a las cinco de la mañana, no preguntándole que viniera, sino contándoselo, que era la manera que Lucy tenía de preguntar. El mundo iba a reanudar sus operaciones ordinarias y todas las cosas que seguían siendo complicadas seguirían siéndolo y las partes inciertas seguirían inciertas.

Y dentro de aquella habitación estaba Evie, real y nombrada y dormida.

Y Lucy, que estaba allí. Que había elegido estar allí todos los días durante meses y seguía estando allí ahora.

Y Amy, que había dejado de gestionar la distancia.

One foot, pensó. Y luego otro. Y luego levantas la vista y estás en algún sitio.

Y se durmió.

Epílogo

LUCY Y AMY

Cuatro meses después

El jardín de atrás en octubre era distinto del jardín de atrás en noviembre.

No el noviembre de ahora —Los Ángeles en octubre todavía conservaba calor, el calor obstinado de una ciudad que se negaba a entregar del todo el verano hasta que le daba la gana—. Pero sí el noviembre en que Amy había visto el jardín por primera vez, la versión de ramas desnudas por la que Lucy se había disculpado, la versión de estructura sin carne que sugería la forma de las cosas sin entregarlas todavía.

Esto era la entrega.

La rosa trepadora del muro del fondo había pasado ya su mejor momento, pero seguía ahí, las últimas flores de la temporada resistiendo con la obstinación de las cosas que han decidido quedarse. La lavanda del macizo sur se había vuelto de un morado profundo, plateado en los bordes, y las abejas seguían trabajando sobre ella en el calor de la tarde. El arce japonés junto a la verja había empezado su cambio, el rojo oscuro intensificándose todavía más, esa cualidad de octubre en un árbol que decide ser espectacular antes de soltarse.

Amy estaba sentada en el banco de piedra al fondo del jardín, con Evie en brazos, mirándolo todo.

Evie tenía cuatro meses y, en esos cuatro meses, había desarrollado las siguientes opiniones: que el sonido del agua

corriendo era excelente, que estar quieta demasiado rato resultaba inaceptable, que el hombro de Amy era el hombro correcto y único, y que la voz de Lucy era la voz adecuada para las dos de la madrugada y también para todas las demás horas. Tenía la nariz de Lucy, tal como se había prometido, y la concentración de Lucy, esa sensación de alguien prestando muchísima atención, que en una bebé de cuatro meses se expresaba como una mirada fija y deslumbrada que Amy llevaba recibiendo aproximadamente dieciocho horas al día.

Era, pensó Amy, completamente ella misma. Ya. Ya concreta.

Lo cual era extraordinario y también, reconocía Amy, algo que llevaba mucho tiempo viendo suceder desde dentro.

—Hola —le dijo.

Evie la miró con toda su atención.

—Estamos fuera —dijo Amy—. Las cosas que zumban son abejas. Viven en la lavanda y van a dejar de venir pronto porque va a hacer más frío. Pero hoy todavía están.

Evie volvió la cabeza hacia la lavanda como si hubiera entendido la referencia, cosa que no había hecho, tenía cuatro meses, pero el seguimiento era real y siempre detenía a Amy, esa cualidad de la atención de Evie, tan completamente de Lucy que a veces la hacía reír en voz alta.

—Está siguiendo a las abejas —dijo Lucy desde detrás de ella.

Amy se volvió. Lucy cruzaba el jardín con dos vasos de agua, habiendo adquirido —tras cuatro meses recalibrando su sentido de dónde estaban todas las superficies y todos los bordes— la habilidad de llevar cosas en una mano mientras dejaba la otra libre para cualquier situación relacionada con Evie que pudiera surgir. Se sentó en el banco junto a Amy y le tendió un vaso.

—Lo mencionó el doctor Park —dijo Lucy—. Lo del seguimiento. Dijo que es pronto para eso y que se le da muy

bien.

—Ya lo sé —dijo Amy—. Yo estaba allí.

—Me gusta decirlo —dijo Lucy—. Merece repetirse.

—Casi todo lo que tiene que ver con ella merece repetirse —dijo Amy—. Me he dado cuenta de eso en ti.

—Soy minuciosa.

—Muchísimo.

Evie miró a Lucy. El seguimiento, el movimiento de los ojos siguiendo la cara de Lucy. Lucy le devolvió la mirada con esa expresión que usaba con Evie, la que no usaba con nadie más, la que era tan desarmada que aún ahora resultaba casi impactante. Solo: amor, visible, sin gestionar, completamente expuesto.

—Hola —le dijo Lucy.

Evie hizo un sonido.

—Ese es el nuevo —dijo Amy—. Lo ha hecho seis veces esta mañana.

—Siete —dijo Lucy—. Una vez mientras estabas en la ducha. Lo he contado.

Amy la miró.

—Lo has contado.

—Cuento cosas —dijo Lucy con calma.

—Ya sé que cuentas cosas —dijo Amy—. Es extremadamente propio de ti.

—Eso lo dices de muchas cosas.

—Porque muchas cosas son extremadamente propias de ti —dijo Amy—. No es una crítica.

Lucy la miró con esa expresión suya de graciosa-de-verdad, la versión de la exhalación baja. Evie miró de una a otra con esos ojos atentos, Amy y luego Lucy, Lucy y luego Amy, con la meticulosidad de alguien comprobando que todo estaba donde se suponía que tenía que estar.

Lo estaba.

La forma de los días había vuelto a cambiar.

Esta era la tercera versión: la de antes de Amy, que Lucy pensaba ahora como la versión silenciosa; la versión del embarazo, la versión de construir; y esta versión, para la que todavía seguía encontrando lenguaje.

La casa se había reorganizado alrededor de una tercera persona. La geografía de las mañanas había cambiado —más tarde ahora, menos precisa, la cocina conteniéndolas a menudo a las tres en distintos estados de preparación, Evie en la hamaca sobre la encimera observando el proceso de hacer café con la seriedad que llevaba a todo.

Amy había vuelto al programa hacía seis semanas. Tercer año, rotaciones. Pasaba más tiempo en el hospital que en casa y, cuando estaba en casa, estudiaba, y cuando estudiaba también estaba, con frecuencia, presente para Evie del modo en que Amy estaba presente para las cosas, la forma en que era capaz de sostener varias exigencias a la vez sin que ninguna recibiera menos de toda su atención.

Lucy observaba aquello y lo encontraba, sistemáticamente, asombroso. No lo decía constantemente —Amy no necesitaba narración y además le resultaría embarazoso—, pero lo anotaba. Lo anotaba todo.

Había contratado a Maya, que tenía veinticuatro años, era competente y entendía que su trabajo consistía en ser útil sin hacerse visible. Maya iba tres días a la semana. Los otros días se turnaban: Amy hacía las mañanas, Lucy las tardes. Los fines de semana eran fluidos, como suelen serlo los fines de semana cuando tienes una bebé y has aceptado que los planes son borradores.

Era, pensó Lucy, exactamente la textura de lo que había querido y en nada la de lo que había imaginado, y la diferencia entre una cosa y la otra no era una carencia sino un regalo.

Sophie iba los domingos.

Eso se había convertido en una costumbre: las tardes de domingo, Sophie llegando con café y la energía de alguien que

había decidido ser una presencia constante y estaba ejecutando esa decisión. Se había autodesignado la persona que cogía a Evie en brazos para que Lucy y Amy pudieran comer una comida usando las dos manos, cosa que describía como una contribución práctica y que también era claramente una tapadera para el hecho de que estaba, en silencio y a conciencia, completamente prendada de Evie de una forma que jamás admitiría de manera directa.

—La semana pasada me sonrió —había dicho Sophie el domingo anterior, con la neutralidad cuidadosa de alguien informando de un hecho al que intenta no dar demasiada importancia.

—Le sonríe a todo el mundo —había dicho Amy.

—No es la misma sonrisa —había dicho Sophie.

—Son todas la misma sonrisa, Sophie.

—Categóricamente no lo son —había dicho Sophie, negándose a discutirlo más, lo cual Amy le había comentado luego a Lucy que era la cosa más Sophie que había pasado jamás, y Lucy había estado de acuerdo, y ambas se habían sentido discretamente satisfechas.

Helen y Robert iban sábados alternos.

Helen llegaba con comida —siempre demasiada, siempre concreta, lo que Amy hubiera mencionado que le gustaba durante las dos semanas anteriores, lo que significaba que Helen prestaba mucha atención a todo lo que Amy decía—. Robert cogía a Evie en brazos con la facilidad de un hombre que ya había sostenido bebés antes y no les tenía miedo, y Evie lo miraba con los ojos de seguimiento y con la cualidad de alguien realizando una evaluación.

—Tiene mis ojos —había dicho Robert el tercer sábado.

—Tiene los ojos de Lucy —había dicho Amy.

—Lucy tiene mis ojos —había dicho Robert, con la plácida certeza de alguien que sabía que tenía razón.

Amy había mirado a Lucy. Lucy le había devuelto la mirada con la expresión graciosa-de-verdad. Ambas habían vuelto a mirar a Robert, que miraba a Evie, satisfecho.

—No se equivoca —había dicho Lucy después.

—Tiene toda la razón —había dicho Amy—. Y ya lo sabía antes de discutirlo.

—¿Entonces por qué discutiste?

—Quería ver qué hacía.

—¿Y?

—No vaciló ni un segundo —había dicho Amy—. Muy Robert.

Había hecho una pausa.

—Me gusta eso de él. Que simplemente... afirma las cosas. Sin interpretarlas.

Lucy la había mirado.

—A él le gustas por exactamente la misma razón —había dicho.

Amy había absorbido aquello.

—Toda tu familia es así —había dicho—. Muy directa a la hora de decir que le gusta alguien.

—¿Eso es un problema?

—No —había dicho Amy—. Todavía me estoy calibrando a ello.

—Tómate tu tiempo —había dicho Lucy.

—Voy más rápido —había dicho Amy.

La cosa con los cuatro meses era que eran muy poco tiempo y a la vez suficiente.

Lucy había estado pensando en ello últimamente: en la forma en que el tiempo funcionaba ahora de otra manera, cada día lo bastante lleno como para que la semana se le pasara antes de haber terminado de procesar el martes. Pensaba en dos años atrás, en la cualidad de espera que había caracterizado tanta parte de su vida. La habitación. El plan. La gestión cuidadosa de la esperanza.

Miró a Amy en el banco de piedra con Evie en brazos, en el jardín de octubre, bajo la luz de la tarde, y pensó: *esto es hacia lo que apuntaba todo*.

No esto específicamente. No habría podido inventar esto, la ruta concreta e imposible que las había llevado allí, la clínica y la cafetería y el suelo de la cocina y la discusión y todo lo demás. Pero sí la cualidad de ello. La sensación de una vida plenamente ocupada por las cosas correctas.

Pensó también —porque seguía intentando ser honesta consigo misma incluso en los buenos momentos— que no sabía qué habría sentido si Amy hubiera sido otra persona. Si quien hubiera estado en la casa hubiese sido alguien distinto. Se había hecho esa pregunta y siempre llegaba al mismo lugar: no lo sabía. No podía saberlo. Lo que tenía era el hecho irreductible de Amy, y el hecho irreductible de lo que sentía.

Eso bastaba. Eso era, había decidido, el aspecto real de la certeza: no la ausencia de preguntas imposibles de responder, sino la presencia de algo lo bastante real como para que las preguntas no cambiaran la respuesta.

Se sentó junto a Amy en el banco.

Evie siguió mirando entre ellas y el jardín hizo su cosa de octubre y la tarde tenía el calor de las tardes de octubre en Los Ángeles —no el calor pleno del verano, sino algo más meditado, la luz más baja y más dorada, el calor sabiendo que sus días estaban contados y mostrándose generoso con lo que le quedaba—.

—Va a caminar pronto —dijo Amy—. Ya intenta ponerse de pie cuando la coges erguida.

—Ya lo sé —dijo Lucy—. He estado leyendo sobre eso.

—Claro que sí.

—¿Eso es molesto?

—Sería molesto si no tuvieras siempre razón —dijo Amy —. Así, solo es útil.

—Extremadamente propio de ti —dijo Lucy.

—No uses mi frase contra mí —dijo Amy.

Más tarde —Evie dormida, el jardín enfriándose hacia la tarde de octubre, la luz volviéndose dorada y luego ámbar y luego algo más hondo— se quedaron las dos sentadas juntas en el banco de piedra.

Amy apoyaba la cabeza en el hombro de Lucy. Lucy la rodeaba con un brazo. El banco no estaba hecho para esa disposición y ambas habían realizado ajustes que nunca habían discutido y a los que simplemente habían llegado, del mismo modo en que habían llegado a la mayoría de las cosas.

—He estado pensando —dijo Amy.

—Dímelo —dijo Lucy.

—En el año que viene —dijo Amy—. Las solicitudes de residencia. He estado haciendo una lista.

—Cuéntame la lista.

—Tres programas en Los Ángeles —dijo Amy—. Uno en San Francisco. Uno en Boston.

Hizo una pausa.

—Boston es el mejor programa. Sobre el papel.

Lucy guardó silencio.

—No estoy diciendo que quiera irme a Boston —dijo Amy —. Estoy diciendo que está en la lista.

—Vale —dijo Lucy.

—Vale —dijo Amy—. ¿Eso es todo? ¿Esa es toda tu respuesta?

—¿Qué te gustaría que dijera?

—Quiero que digas algo real —dijo Amy—. No la versión que me protege de lo que piensas de verdad.

Lucy se volvió un poco hacia ella.

—Creo que si es Boston lo resolvemos —dijo—. Creo que no somos personas que no resuelvan las cosas. Y creo...

Se interrumpió.

—Creo que quiero que solicites el programa que sea el adecuado para ti. No el programa que resulte conveniente

para la situación.

Amy guardó silencio.

—Esa es la versión real —dijo Lucy.

—Ya lo sé —dijo Amy—. Se notaba.

Miró el jardín.

—Los programas de Los Ángeles también son buenos. Y he estado observándote intentar practicar no anticiparte a mis necesidades y quiero que sepas...

Se interrumpió.

—¿Qué?

—Quiero que sepas que veo que lo intentas —dijo Amy—. El esfuerzo. Y te lo agradezco.

Hundió brevemente la cara en el hombro de Lucy.

—Se te da mejor.

—Gracias —dijo Lucy.

—No me des las gracias por fijarme en cosas.

—Quiero.

—Ya lo sé —dijo Amy—. Eso es extremadamente propio de ti.

La ciudad hacía su cosa al otro lado del muro del jardín, el sonido ambiente de una tarde de octubre, y Amy se quedó sentada en el crepúsculo con la cabeza sobre el hombro de Lucy pensando en todas las versiones de sí misma que habían existido antes de aquel banco.

La versión de la hoja de cálculo y los cuarenta y tres dólares. La versión de la sala de recuperación mirando cinco flores rosa pálido. La versión en el suelo de la cocina con galletas saladas, la versión del pasillo a las cuatro de la mañana en verano, la versión que había dicho *no estoy diciendo que sí y no estoy diciendo que no* al otro lado de una mesa de cafetería y todavía no sabía hacia qué estaba caminando.

No había estado caminando hacia esto en concreto.

Había estado caminando, un pie y luego otro, y aquello era donde había llegado.

Pensó en la frase de su abuela. *El hogar no es un lugar que encuentras sino un lugar que reconoces cuando llegas*. Llevaba ocho años pensando en ella y nunca había estado del todo segura de qué quería decir hasta hacía poco.

Ahora lo sabía.

No era la casa, aunque la casa formaba parte de ello. No era el jardín ni la cocina ni la ecografía en la ventana encima del fregadero.

Era el reconocimiento. La cualidad de llegar a algún sitio y entender, en la forma en que se entienden las cosas verdaderas antes de saber articularlas, que llevabas mucho tiempo avanzando hacia aquello sin saberlo.

Desde dentro de la casa llegó el pequeño sonido de Evie empezando a despertarse. Las dos lo oyeron. Ninguna se movió de inmediato.

—Te toca —dijo Amy.

—Técnicamente te toca a ti —dijo Lucy—. Yo hice la de las dos.

—Yo hice la de las cinco.

—La de las cinco apenas cuenta.

—La de las cinco cuenta muchísimo. La de las cinco es la peor porque casi consigues convencerte de que todavía es de madrugada.

—A las cinco y cuarenta y cinco ya estabas dormida otra vez —dijo Lucy.

—Eso no es verdad.

—Es exactamente verdad —dijo Lucy—. Lo cronometré porque yo seguía despierta a tu lado.

Amy se incorporó.

—¿Por qué seguías despierta?

—Porque tú estabas despierta —dijo Lucy. Sencillamente —. No duermo bien cuando tú estás despierta.

Amy la miró en la penumbra de octubre.

Ya lo sabía, del modo en que sabía casi todo sobre Lucy, catalogado, archivado, entendido. Pero oírselo decir con sencillez, como un hecho, por la tarde en el banco de piedra —la cualidad de alguien afirmando una cosa porque es cierta y no por ninguna otra razón— cayó de otra manera.

—Eso es muy propio de ti —dijo en voz baja.

—Ya lo sé —dijo Lucy.

Amy se puso de pie. Le tendió la mano.

Lucy la cogió.

Entraron.

Evie estaba en la habitación pequeña al final del pasillo.

La habitación que había estado esperando. Las paredes blanco cálido y la ventana al jardín y la cómoda con la pequeña imperfección en una esquina, ahora rodeada de pruebas de ocupación: la cuna, el móvil que había llevado Helen, los libros sobre la cómoda, la fotografía en el alféizar.

Amy había hecho aquella fotografía sin que Lucy lo supiera. Era Lucy en la habitación del hospital, la mañana del día en que nació Evie, sosteniendo a su hija por primera vez. La cara que tenía en ella era la que Amy llevaba meses observando, la versión sin defensa, completamente presente, y era la fotografía más honesta que existía de Lucy Davenport, en el sentido de que la mostraba exactamente como era cuando había dejado de gestionar el mostrarse.

Lucy la había visto en el alféizar tres días después de volver a casa y se había quedado mucho rato delante de ella y no había dicho nada y no la había movido.

Evie estaba despierta.

No llorando. Solo presente. Los ojos abiertos de esa forma concentrada, volviendo al mundo de las cosas que podía ver. Miró el móvil. Miró la ventana. Miró a Amy. Miró a Lucy.

—Hola —dijo Amy, inclinándose sobre la cuna.

Evie hizo el sonido. El nuevo. El que había empezado aquella mañana.

—Está hablando —dijo Lucy.

—Está vocalizando —dijo Amy.

—Está hablando —dijo Lucy.

Amy se irguió y la miró, luego miró a Evie y luego de nuevo a Lucy.

—Está hablando —aceptó.

Cogió a Evie en brazos. La facilidad práctica del gesto, la forma en que su cuerpo ya conocía esa forma. La cabeza de Evie encontró el hombro de Amy con el instinto que había tenido desde que nació.

Lucy se quedó a su lado.

Evie miró entre las dos, Amy y luego Lucy, Lucy y luego Amy, esa cualidad de comprobación, la misma que había tenido desde que nació, la de mirar para asegurarse de que todo estaba donde tenía que estar.

Lo estaba.

—Estamos aquí —le dijo Amy—. Las dos. Estamos aquí.

Evie pareció darse por satisfecha.

Hizo el sonido otra vez.

Amy contó. Lucy tomó nota.

Siete.

La habitación pequeña del final del pasillo estaba cálida en la luz de la tarde de octubre, el jardín visible a través de la ventana, la rosa trepadora del muro del fondo aún sosteniendo sus últimas flores, la lavanda ya honda y plateada en el anochecer.

Todo lo que había estado desnudo estaba lleno.

Todo lo que había estado esperando había llegado.

No limpiamente. No sin coste. No sin la discusión en la mesa de la cocina y el miedo en el coche a las tres de la mañana y la incertidumbre en el sofá y todas las cosas

honestas y difíciles que habían sido necesarias para llegar hasta allí.

Pero allí.

Concretamente, irreductiblemente allí.

Más tarde, aquella noche, con Evie ya otra vez dormida y la casa en silencio, Amy estaba en la mesa de la cocina con sus apuntes y Lucy a su lado con el bloc legal, y la lámpara encendida, y la ecografía en la ventana, y la ciudad fuera haciendo su habitual oscuridad que no terminaba de ser oscuridad.

Amy levantó la vista de los apuntes.

—Eh —dijo.

Lucy levantó la vista.

—Sí.

—El programa de Boston —dijo Amy—. No voy a solicitarlo.

—Amy...

—No por la situación —dijo Amy—. Porque cuando pienso en estar allí no quiero estar allí. Quiero estar aquí.

Le sostuvo la mirada.

—Es una elección. La estoy haciendo con claridad.

Lucy la miró.

—Vale —dijo.

—Vale —dijo Amy.

Volvió a sus apuntes.

Lucy la observó un momento —el subrayador y el caos organizado y la sudadera de la USC y todo ello— y sintió la cosa que sentía cuando se permitía tenerla sin gestionarla.

Volvió al bloc legal.

La casa callaba a su alrededor.

Fuera, la ciudad tenía su habitual oscuridad que no terminaba de ser oscuridad.

Dentro, la lámpara estaba encendida.

Las dos en la mesa.

Evie al final del pasillo.

El jardín, en octubre, todavía siendo él mismo.

Había empezado como un error.

Se había convertido —a fuerza de trabajo y honestidad y todas las pequeñas decisiones diarias y también las grandes, a través de las conversaciones difíciles y el suelo de la cocina y el banco de piedra y la discusión que no acabó con ellas y la incertidumbre que eligieron de todos modos— en algo completamente distinto.

Algo que no tenía una palabra limpia.

Pero sí tenía un nombre.

Evie.

Y una cocina.

Y dos mujeres en una mesa bajo la luz de una lámpara.

Eso bastaba.

Eso era, al final, todo.

I THINK THIS IS YOURS

Para cada habitación que se construyó antes de que llegara la persona. Para la incertidumbre y la elección. Para todo el mundo que se quedó.